¿Qué es el hombre?

Serie – 10

“El hombre glorificado”

Virgilio Zaballos

ÍNDICE:

Introducción

1. Una vista panorámica (I)
2. Una vista panorámica (II)

3. Diferenciando algunas cosas
4. *Shekina,* la gloria de Dios
5. El Incomparable no comparte su gloria
6. Glorificar a Dios
7. Gloriarse en el Señor

8. Predestinados a su gloria (I)
9. Predestinados a su gloria (II)
10. Predestinados a su gloria (III)
11. Predestinados a su gloria (IV)
12. Predestinados a su gloria (V)
13. Predestinados a su gloria (VI)
14. Predestinados a su gloria (VII)
15. Predestinados a su gloria (VIII)
16. Predestinados a su gloria (IX)
17. Predestinados a su gloria (X)
18. Predestinados a su gloria (XI)
19. Predestinados a su gloria (XII)
20. Predestinados a su gloria (XIII)
21. Predestinados a su gloria (XIV)
22. Predestinados a su gloria (XV)
23. Predestinados a su gloria (XVI)
24. Predestinados a su gloria (XVII)
25. Predestinados a su gloria (XVIII)

26. Destituidos de su gloria (I)
27. Destituidos de su gloria (II)
28. Destituidos de su gloria (III)

29. La primera promesa de redención
30. El primer vestido con sacrificio
31. El peregrinaje del hombre en la tierra
32. Los hombres comienzan a invocar a Dios
33. El hombre vuelve a caminar con Dios
34. Noé caminó con Dios y fue pregonero de justicia
35. Después del juicio por agua
36. El pacto de Dios con Noé
37. El llamamiento de Abram
38. Un altar para invocar el nombre del Señor

39. La promesa de la tierra a Abram
40. La promesa de un hijo a Abram
41. La promesa sellada con un pacto
42. Ismael el hijo de la esclava
43. La confirmación y señal del pacto
44. El nacimiento del heredero
45. La prueba suprema
46. La adoración suprema
47. Lo que contiene el altar de Dios
48. El sacrificio detenido y consumado
49. La provisión de Dios
50. La bendición de Dios a todas las naciones
51. El regreso al punto de partida
52. Isaac recibe la herencia de Abraham
53. Dios confirma la promesa a Isaac
54. El Dios de Abraham e Isaac
55. La soberanía de Dios es impenetrable
56. Isaac transmite la bendición de Abraham a Jacob
57. Dios confirma el llamamiento de Jacob
58. Regreso a la tierra del pacto
59. El temor de las deudas pendientes
60. La soledad inevitable para aferrarse a Dios
61. De nuevo en la tierra de sus padres
62. Un altar en el punto de partida
63. La renovación del pacto con Israel
64. El león de la tribu de Judá
65. José anuncia el retorno a la tierra de la promesa

66. El tabernáculo en el desierto: (I) - La esclavitud
67. El tabernáculo en el desierto: (II) - Un libertador y legislador
68. El tabernáculo en el desierto: (III) - El llamamiento a una función
69. El tabernáculo en el desierto: (IV) - El juicio decretado
70. El tabernáculo en el desierto: (V) - La sangre del cordero
71. El tabernáculo en el desierto: (VI) - Las columnas de nube y fuego
72. El tabernáculo en el desierto: (VII) - La fiesta de la libertad
73. El tabernáculo en el desierto: (VIII) - La llegada a Sinaí
74. El tabernáculo en el desierto: (IX) - La gloria sobre el monte Sinaí
75. El tabernáculo en el desierto: (X) - La gloria sobre el tabernáculo

76. El tabernáculo en Eretz Israel (I) - El cruce del Jordán
77. El tabernáculo en Eretz Israel (II) - En Silo (1)
78. El tabernáculo en Eretz Israel (III) - En Silo (2)
79. El tabernáculo en Eretz Israel (IV) - En Silo (3)
80. El tabernáculo en Eretz Israel (V) - En Silo (4)
81. El tabernáculo en Eretz Israel (VI) - En Silo (5)
82. El tabernáculo en Eretz Israel (VII) - En Silo (6)

83. La tienda de David (I)
84. La tienda de David (II)
85. La tienda de David (III)

86. El templo de Salomón (I) – La preparación
87. El templo de Salomón (II) – La construcción
88. El templo de Salomón (III) - La apostasía
89. El templo de Salomón (IV) – La división del reino
90. El templo de Salomón (V) – Decadencia
91. El templo de Salomón (VI) – Reinado de Josafat
92. El templo de Salomón (VII) – Tiempos de decadencia (I)
93. El templo de Salomón (VIII) – Tiempos de decadencia (II)
94. El templo de Salomón (IX) – Tiempos de decadencia (III)
95. El templo de Salomón (X) – Tiempos de restauración (I)
96. El templo de Salomón (XI) – Tiempos de restauración (II)
97. El templo de Salomón (XII) – Tiempos de restauración (III)
98. El templo de Salomón (XIII) – Tiempos de restauración (IV)
99. El templo de Salomón (XIV) – Tiempos de restauración (V)
100. El templo de Salomón (XV) – Nueva apostasía (I)
101. El templo de Salomón (XVI) – Nueva apostasía (II)
102. El templo de Salomón (XVII) – El cautiverio (I)
103. El templo de Salomón (XVIII) – El cautiverio (II)

104. La gloria abandona el templo
105. La gloria regresa de nuevo al templo de Ezequiel

106. El retorno de su gloria (I)
107. El retorno de su gloria (II)
108. El retorno de su gloria (III)

109. Yeshúa y la simiente de la mujer

110. Yeshúa y la gloria del Padre (I)
111. Yeshúa y la gloria del Padre (II)
112. Yeshúa y la gloria del Padre (III)
113. Yeshúa y la gloria del Padre (IV)
114. Yeshúa y la gloria del Padre (V)
115. Yeshúa y la gloria del Padre (VI)
116. Yeshúa y la gloria del Padre (VII)
117. Yeshúa y la gloria del Padre (VIII)
118. Yeshúa y la gloria del Padre (IX)
119. Yeshúa y la gloria del Padre (X)

120. Jesús y el templo de Jerusalén (I)
121. Jesús y el templo de Jerusalén (II)
122. Jesús y el templo de Jerusalén (III)
123. Jesús y el templo de Jerusalén (IV)
124. Jesús y el templo de Jerusalén (V)

125. Jesús y la resurrección (I) – Sueltos los dolores de la muerte
126. Jesús y la resurrección (II) – El templo nuevo
127. Jesús y la resurrección (III) – Los testigos
128. Jesús y la resurrección (IV) – Su cuerpo glorificado (I)
129. Jesús y la resurrección (V) – Su cuerpo glorificado (II)
130. Jesús y la resurrección (VI) – Su cuerpo glorificado (III)
131. Jesús y la resurrección (VII) – Su cuerpo glorificado (IV)
132. Jesús y la resurrección (VIII) – Su cuerpo glorificado (V)
133. Jesús y la resurrección (IX) – Su cuerpo glorificado (VI)
134. Jesús y la resurrección (X) – Su cuerpo glorificado (VII)
135. Jesús y la resurrección (XI) – Su cuerpo glorificado (VIII)
136. Jesús y la resurrección (XII) – Su cuerpo glorificado (IX)

137. Jesús y su exaltación (I) – La ascensión
138. Jesús y su exaltación (II) – Señor y Cristo
139. Jesús y su exaltación (III) – Glorificado

140. Glorificados (I) – La esperanza del evangelio
141. Glorificados (II) – Unidos con Cristo

142. Glorificados (III) – Padecimientos y glorias (I)
143. Glorificados (IV) – Padecimientos y glorias (II)
144. Glorificados (V) – Padecimientos y glorias (III)

145. Glorificados (VI) – Dolores de parto (I)
146. Glorificados (VII) – Dolores de parto (II)
147. Glorificados (VIII) – Dolores de parto (III)

148. Glorificados (IX) – Semejantes a él (I)
149. Glorificados (X) – Semejantes a él (II)
150. Glorificados (XI) – Semejantes a él (III)
151. Glorificados (XII) – Semejantes a él (IV)

152. Glorificados (XIII) – El vestido de gloria (I)
153. Glorificados (XIV) – El vestido de gloria (II)
154. Glorificados (XV) – El vestido de gloria (III)
155. Glorificados (XVI) – El vestido de gloria (IV)
156. Glorificados (XVII) – El vestido de gloria (V)

157. Glorificados (XVIII) – La ciudad celestial (I)
158. Glorificados (XIX) – La ciudad celestial (II)

159. Glorificados (XX) – El reino eterno (I)
160. Glorificados (XXI) – El reino eterno (II)

Introducción

Hemos acabado una larga serie sobre la vida en el Espíritu. Me gustaría hacer un resumen de lo visto hasta ahora, recordando nuestro tema principal, ¿Qué es el hombre? Debo decir, antes de nada, que en esta nueva serie usaremos la versión de la Biblia Reina Valera 60, en las anteriores hemos usado la Biblia de las Américas.

Iniciamos nuestro recorrido con el tema *el carácter de los hombres en los últimos tiempos*, meditando, uno por uno, todos los aspectos que el apóstol Pablo relaciona sobre sus características en 2 Timoteo capítulo 3. Comienza diciendo que los últimos tiempos serán peligrosos porque los hombres serán *«amadores de sí mismos»,* siguiendo con una lista de otros muchos aspectos que identifican al hombre que vive en los tiempos postreros. Creemos que vivimos en esos tiempos, y lo dicho por Pablo es tan evidente en el hombre actual que causa asombro. Por otro lado hemos visto también una relación con lo que identifica a *los hombres de Dios en esos mismos tiempos*; el aspecto esencial es que es un hombre de la palabra, mantiene la verdad en su corazón a pesar de las circunstancias que le rodean. Luego hemos hecho una incursión a los inicios, antes que el mundo fuese, para ver cómo era el hombre *antes de la caída*, en su estado primigenio. No tenemos mucha información, pero sí la necesaria para saber que las cosas eran muy distintas a como luego llegaron a ser. Meditamos sobre *la caída* y el origen de la maldad, un tema siempre controvertido y seguramente incompleto. La Escritura no nos da mucha información, pero sí la necesaria para saber lo esencial. Hemos visto cómo cambiaron las condiciones de vida del hombre en *después de la caída,* una vez que el pecado se adueñó de su naturaleza y lo transformó. Toda la creación ha sufrido los efectos del pecado del hombre. Una alteración de la que aún no nos hemos liberado. Así llegamos a la serie titulada *la redención.* La intervención de Dios para solucionar el grave problema creado por el hombre. En la redención encontramos el propósito eterno de Dios de recuperar y salvar lo que se había perdido, mediante el sacrificio de su Hijo Jesucristo. Una vez redimido el hombre, y aceptada la salvación de Dios, entramos en la fase de *santificación*, para introducirnos en *la lucha interior* que se establece en el interior del hombre redimido. La victoria sobre esa lucha cruenta con el pecado y la naturaleza caída es *la vida en el Espíritu*, que ha sido nuestra larga serie anterior. Ahora queremos encontrarnos con *el hombre glorificado*, el retorno a la gloria perdida en Adán y recuperada en Cristo. Esa es la nueva serie a la que nos proponemos dar inicio en las próximas meditaciones.

1

Una vista panorámica (I)

Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que tú formaste, digo: ¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre, para que lo visites? Le has hecho poco menor que los ángeles, y ***lo coronaste de gloria y de honra*** (Salmos 8:3-4)

Realmente el hombre es un misterio. Creado a la imagen y semejanza de Dios lo hace distinto de toda la creación. Nos preguntamos, el salmista lo hace también, ¿qué es el hombre? ¿Por qué Dios lo corona de gloria y honra? Cuando pensamos en la maldad que ha caracterizado al ser humano, no podemos dejar de asombrarnos del interés que tiene el Creador en sus criaturas. Seguramente se nos escapan elementos de valoración, aunque en la Escritura encontramos la mejor revelación para entender algunos aspectos esenciales de este enigma existencial. La nueva serie que comenzamos ahora pretende adentrarse un paso más allá, tratar de cerrar el círculo de eternidad a eternidad. Porque se nos dice que fuimos escogidos en él antes de la fundación del mundo, y que regresamos a él en el final de la consumación de los tiempos. No estoy diciendo que el hombre sea semejante a Dios en su eternidad, el hombre es una criatura de Dios, creación de Dios, tiene un origen, pero ese origen se remonta a un momento anterior al tiempo. Dios concibió al hombre antes de crearlo a su imagen y semejanza, ponerlo en Edén y darle una habitación terrenal.

Con la ayuda del Espíritu y la base de las Escrituras, quiero hacer un recorrido, que a mí me parece circular. Lo iniciaremos tratando de explicar lo que es la gloria de Dios. Veremos que el hombre ha sido predestinado a esa gloria, perdida por el pecado, y recuperada en Cristo. Para ello iremos viendo el proceso de recuperación de aquel vestido de gloria perdido, la comunión con Dios, vestidos de su ropaje celestial. Cómo el Señor acerca su gloria a la tierra a través de los pactos para volver a comunicarse con el hombre. Su habitación en el tabernáculo del desierto, su morada en el templo de Jerusalén, la pérdida de su gloria una vez más en días del profeta Ezequiel, y el regreso definitivo al corazón del hombre a través de la venida de Su Hijo, el Unigénito, el que estaba lleno de gracia y verdad, la misma sustancia del resplandor de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo. La gloria de Dios fue vista en la faz del Mesías (Jn.1:14). Dada a los suyos (Jn.17:22). Continuará…

El hombre fue vestido de la gloria de Dios, despojado de ella por el pecado, para retornar al vestido original en la persona del Mesías.

2

Una vista panorámica (II)

Cuando veo tus cielos, obra de tus dedos, la luna y las estrellas que tú formaste, digo: ¿Qué es el hombre, para que tengas de él memoria, y el hijo del hombre, para que lo visites? Le has hecho poco menor que los ángeles, y ***lo coronaste de gloria y de honra*** (Salmos 8:3-4)

Siguiendo con el recorrido panorámico de la nueva serie que hemos iniciado, avancemos en lo que será nuestra andadura. Dijimos que la gloria de Dios, perdida en Adán, nos es devuelta en Cristo. El apóstol Pablo usa una expresión que nos parece muy llamativa: *«vestíos del Señor Jesucristo»* (Ro.13:14). La redención llevada a cabo por el Hijo de Dios nos vuelve a vestir del ropaje celestial. Se inicia en el corazón del hombre. El reino de Dios está en el interior del hombre regenerado como un grano de mostaza, oculto aún, pero a su tiempo será manifestado en plenitud. Bien. Una vez en Cristo se inicia un proceso gradual de transformación de gloria en gloria. *Mirando a cara descubierta la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria, en la misma imagen* (2 Co.3:18). Es más, se nos dice que hemos sido predestinados a esa gloria, la gloria perdida y recuperada ahora en Cristo. Así, pues, la vida de los hijos de Dios se vuelve un peregrinaje temporal camino a la patria celestial. No tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la por venir (Heb.13:14). Fue lo que buscaron los antiguos que alcanzaron buen testimonio mediante la fe. Abraham fue extranjero y peregrino en la tierra prometida, esperando la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios (Heb.11:9,10). Esa ciudad celestial, compuesta de muchas piedras vivas que forman el nuevo templo levantado por Jesús (Jn.2:19-22), continua su edificación ahora en una dimensión nueva mediante el Espíritu Santo. Es la antigua esperanza dada a Israel, renovada y ampliada a judíos y gentiles en la cruz del calvario. Esa ciudad aparece de nuevo en la visión de Juan en Apocalipsis, como una ciudad vestida de la gloria de Dios, llamada la novia del Cordero. Conocemos el final, pero tenemos que andar el camino. *La vida del justo es como la luz de la aurora, que va en aumento hasta el día es perfecto* (Pr.4:18). Tenemos una esperanza de gloria puesta delante de nosotros que debemos alcanzar. El círculo se cerrará con el retorno del Rey de gloria. *Cuando Cristo se manifieste, entonces seremos manifestados con él en gloria* (Col.3:4). El hombre regresa a la gloria perdida. Pero no adelantemos acontecimientos y vayamos con Él todo el camino, haciendo la voluntad de Dios, para asegurar la esperanza puesta delante de nosotros.

Jesús es la puerta que da entrada a la gloria perdida en Adán.

3

Diferenciando algunas cosas

Y hay cuerpos celestiales, y cuerpos terrenales; pero una es la gloria de los celestiales, y otra la de los terrenales. Una es la gloria del sol, otra la gloria de la luna, y otra la gloria de las estrellas, pues una estrella es diferente de otra en gloria (1 Corintios 15:40-41)

Al iniciar esta nueva serie es necesario que diferenciemos varias cosas. Por un lado decir que toda gloria procede de Dios. Él la comparte con los que le adoran en Espíritu y verdad, pero no con quién pretende robarla y reclamar para sí la adoración que solo pertenece a Él. Por eso el pecado de idolatría ocupa un lugar central en la Escritura, porque pretende tomar la adoración que solo se le debe al Creador. Los adoradores de Dios son vestidos de la gloria de Dios. Pero los idólatras no tendrán lugar en la ciudad cuyo templo es Dios mismo (Apc.21:23). Por otro lado, debemos entender que la Escritura habla de distintas glorias. *«Una es la gloria de los celestiales, y otra la de los terrenales. Una es la gloria del sol, otra la gloria de la luna, y otra la gloria de las estrellas, pues una estrella es diferente de otra en gloria».* Un mismo cuerpo puede tener distinto nivel de gloria. *«Una estrella es diferente de otra en gloria».* En la visión que Dios le dio a Abraham vio su descendencia como la arena del mar y como las estrellas del cielo (Gn.22:17), por tanto, debemos entender que aquí las estrellas se refieren a personas con distintos grados de gloria. Dios no hace distinción de personas, pero el vestido de cada uno está ligado a las obras que realiza en Cristo. Entendemos que el vestido de gloria se teje mediante las obras de justicia en Cristo (Isaías 38:12 y Apc.19:7,8). Tendremos ocasión más adelante de ampliar este aspecto verdaderamente interesante y trascendente para cada uno de nosotros. Ahora me interesa enfatizar que hay diversos niveles de gloria relacionados con los cuerpos distintos de que hablamos. Dios le da al cuerpo como él quiso. *No toda carne es la misma carne, sino que una carne es la de los hombres, otra carne la de las bestias, otra la de los peces, y otra la de las aves* (1 Co.15:38-39). Hemos sido llamados a alcanzar la estatura de un hombre maduro, salir del estado de niñez. El cuerpo de un hombre adulto no es el mismo que el de un niño. Somos llamados a la madurez; que Cristo sea formado en nosotros (Gá.4:19). Mantenernos en el estado de niñez nos aleja de una gloria mayor. El vestido de gloria tiene la medida de nuestra estatura en Cristo. Si hubiéramos entendido bien esta verdad no seriamos tan tibios en nuestro servicio a Dios.

Hay distintos cuerpos con diferentes glorias y vestidos. Maduremos.

4

Shekina, la gloria de Dios

Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos (Salmos 19:1)

La Escritura manifiesta y revela de distintas formas la gloria de Dios. Uno de los términos que se usamos para denominarla es *Shekina*, aunque el vocablo no aparece en la Biblia, proviene de la palabra hebrea *shakan*, que significa permanecer, morar. Por su parte *shekina* se refiere a la gloria de Dios, la presencia visible de Dios. Se traduce por «gloria» o «luz» divina. Se trata de la gloria de Dios revelada a los hombres. Lo vemos en la creación. *Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos*. Su nombre es glorioso en toda la tierra. Ha puesto su gloria sobre los cielos (Sal.8:1). *«Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas»* (Ro.1:20). Las obras de Dios dan testimonio de su poder y su gloria. No hay excusa. Los que adoran a Dios lo hacen por su magnificencia, su santidad, lo que Dios es, y también por sus obras excelsas, únicas, evidentes. Pero hay quienes *«habiendo conocido a Dios, no le glorificaron como a Dios, ni le dieron gracias, sino que se envanecieron en sus razonamientos, y su necio corazón fue entenebrecido»* (Ro.1:21). La idolatría produce ceguera espiritual y *«cambia la gloria del Dios incorruptible en semejanza de imagen de hombre corruptible, de aves, de cuadrúpedos y de reptiles»* (Ro.1:23). Los hombres que son atrapados en semejante idolatría *«cambian la verdad de Dios por la mentira, honrando y dando culto a las criaturas antes que al Creador, el cual es bendito por los siglos»* (Ro.1:25). Hoy asistimos a la gran idolatría del humanismo, incluso a la predicación de un evangelio humanista, centrado en el hombre y sus necesidades, en lugar de en Dios y su gloria. Esta idolatría roba la gloria a Dios atrayendo el juicio y *la ira de Dios contra toda impiedad e injusticia de los hombres que detienen con injusticia la verdad* (Ro.1:18). Son entregados por Dios mismo a la inmundicia y la concupiscencia para deshonrar sus propios cuerpos (Ro.1:24); entregados a pasiones vergonzosas (Ro.1:26); y a una mente reprobada (Ro.1:28). Robar la gloria a Dios, ocupar su lugar (Pablo lo llama el misterio de la iniquidad 2 Tes. 2:7-12), además de hacernos soberbios y rebeldes, atrae la ira de Dios. No toquemos las cosas santas. Su gloria, la *shekina*, es una de ellas.

La gloria de Dios está visible en la creación para todos aquellos que le dan gracias por su poder y deidad.

5

El Incomparable no comparte su gloria

Yo YHWH; éste es mi nombre; y a otro no daré mi gloria, ni mi alabanza a esculturas (Isaías 42:8)

La Escritura pone de manifiesto una y otra vez, que no hay comparación posible entre el Creador y Sustentador de todas las cosas, con la necedad de adorar ídolos hechos por manos humanas. Sin embargo, vemos como el hombre es arrastrado a la idolatría. Una fuerza irresistible lo subyuga para rendirse a otros dioses y buscar su propia gloria. El Dios de Israel, el Incomparable, no comparte su gloria con nadie sin que vengan de su presencia juicios ineludibles. La idolatría es un atentado a la gloria de Dios. Es un golpe de estado contra Su trono y majestad. Sabemos que hubo una rebelión pre-adámica, antes que el mundo fuese, y un ser angelical quiso ocupar el trono de Dios (Isaías 14:12-15). La consecuencia fue que aquel querubín original fue transformado en Satanás (Ez.28:13-19). Esa rebelión es la fuente de la que se nutre toda idolatría posterior que pretende, una y otra vez, establecer otro culto, otra adoración, hasta que él mismo sea quitado de en medio con el resplandor de la venida del Señor de gloria (2 Tes.2:8) (Sal.24:7-10). Dios no dará su gloria, ni su alabanza, a esculturas. El profeta Isaías lo dice con rotundidad en su libro en diversas ocasiones. *«Así dice YHWH Rey de Israel, y su Redentor, YHWH de los ejércitos: Yo soy el primero, y yo soy el postrero, y fuera de mí no hay Dios»* (Is.44:6). Dios es celoso de su gloria (Ex.20:5; 34:14). No hay más Dios que Él, y ninguno más que Él (Is.45:5,6 y 46:9). Todo el que se levanta contra su trono pretendiendo la adoración sobre sí mismo inventando otra salvación es falso, usurpador, mentiroso, y conduce a los que le siguen lejos de la verdad del único Dios Creador y su trono. *«Y no hay más Dios que yo; Dios justo y Salvador; ningún otro fuera de mí. Mirad a mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra, porque yo soy Dios, y no hay más»* (Is.45:21,22). Esta exclusividad fue revelada a Israel, atrayendo sobre sí la ira de todos los demás cultos, dioses, culturas y naciones establecidas sobre una falsa adoración. La iglesia de Dios ha recibido la revelación del Dios único de los judíos, los profetas y apóstoles, siendo la piedra principal de la revelación Jesús mismo. Aunque Dios no comparte su gloria, sin embargo, si la proyecta y manifiesta sobre su pueblo, aquellos que le sirven, los adoradores que le adoran en Espíritu y verdad.

El Incomparable Dios de Israel ha revelado su gloria, a través de Su Hijo, para manifestarla a los redimidos por la sangre del Cordero.

6

Glorificar a Dios

*Señor, digno eres de **recibir la gloria** y la honra y el poder; porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas… ¿Quién no te temerá, oh Señor, y **glorificará tu nombre**? Pues sólo tú eres santo; por lo cual todas las naciones vendrán y te adorarán* (Apocalipsis 4:11 y 15:4)

Toda gloria es de Dios, por tanto, los que son suyos le adoran y le glorifican con todo lo que hacen. Reconocen que Él es digno porque es el Creador de todas las cosas, existen por su expresa voluntad y fueron creadas para manifestar su excelsa gloria. Ahora Dios busca adoradores que le adoren en Espíritu y en verdad. Parece una paradoja que el Creador del Universo busque quienes le adoren, cuando sería evidente que así debe ser. Sin embargo, la Escritura pone de manifiesto que hay un conflicto irresoluble entre la luz y las tinieblas, entre la verdad y la mentira, entre Jerusalén y Babilonia, entre quienes adoran al Dios de Israel y quienes lo hacen a ídolos, entre quienes le glorifican con sus vidas y aquellos que se sirven a sí mismos. Si entendemos que el Señor es el Dios de la gloria, que es celoso y no la comparte con nadie, aquellos que le aman y le sirven lo hacen todo para su gloria y honra. No como una coletilla religiosa aprendida y repetida sin entendimiento, sino como verdaderos crucificados con Cristo, adoradores del único Dios, y rendidos a su voluntad en todo lo que hacen. El apóstol Pablo lo dijo así*: «Hacedlo todo para la gloria de Dios»* (1 Co. 10:31). La gloria del hombre está íntimamente ligada a su dependencia del Creador. La gloria que Dios ha puesto en el hombre (*«lo coronaste de gloria y de honra»* Sal.8:5) debe ser devuelta al Dador en gratitud y servicio. Algunos la retienen para sí mismos, y a partir de ahí buscan su propia autosuficiencia que les emancipe del origen de su gloria —dada por Dios en la creación del hombre a su imagen y semejanza—, uniéndose a la rebelión original de Lucifer. Esa actitud es adictiva. Probar la gloria de este mundo inyecta un poder demoniaco en las personas que las vuelve destructivas para sí mismos y para otros. Si además son personas con poder político, religioso o social pueden causar un daño irreparable a la sociedad. Se volverán a la tiranía; y enseñoreándose de otros reclamarán sometimiento incondicional a su persona. Esta forma de robar la gloria a Dios ha llevado a naciones enteras a su ruina y destrucción. Dios quiere liberarnos de ello guiándonos a darle la gloria a Él, el único digno de ella.

Glorificar a Dios en nuestras vidas nos libra de la idolatría que destruye lo mejor del ser humano.

7

Gloriarse en el Señor

Mas por él [Dios] *estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención; para que, como está escrito:* ***El que se gloría, gloríese en el Señor*** (1 Corintios 1:30-31)

Está escrito: *«Alábete el extraño, y no tu propia boca; el ajeno, y no tus labios»* (Pr.27:2). También se nos dice que *«buscar la propia gloria no es gloria»* (Pr. 25:27). Por tanto, está claro en la Escritura que la gloria del hombre está íntimamente ligada a la gloria recibida de Dios. Cuando nos separamos de esa unión vital quedamos perdidos y atrapados en lazos de muerte. De la misma forma como la luna está dependiente de la luz del sol para poder cumplir su cometido, tampoco el hombre puede gloriarse a sí mismo, sino en Aquel de quién ha recibido su imagen. La emancipación de Dios nos aleja de su cobertura para introducirnos en un vacío existencial. Por eso el salmista, una y otra vez, invoca a Dios como su refugio, su torre fuerte, viene a refugiarse bajo la sombra de sus alas, allí es donde halla descanso y protección. Nuestra gloria procede de Dios. No puede generarse por nosotros mismos sin caer en las garras de la soberbia, el orgullo y la arrogancia. En esas condiciones Dios resiste a los soberbios, pero da gracia a los humildes. El apóstol nos dice en el texto mencionado que el que se gloría, que se gloríe en el Señor. *Toda buena dádiva, todo don perfecto, desciende de lo alto, del Padre de las luces*. La salvación es de Dios, no nuestra. La gloria de esta jornada redentora no está en nuestras manos, ni en nuestras buenas obras o justicia propia, para que nadie se gloríe (Ef.2:8). Es Dios quién nos ha hecho en Cristo sabiduría, justificación, santificación y redención, para que toda gloría sea suya, y los que la reciben se glorían en el Señor y en el poder de su fuerza. Esa es nuestra fortaleza. Estar unidos a Cristo. Porque separados de él, nada podemos hacer. No hay gloria sin Cristo en nosotros, la esperanza de gloria. El es el rey de gloria. Pablo dijo que *«no me conviene gloriarme»* y *«me he hecho un necio al gloriarme»* (2 Co.12:1,11). Sin embargo, tuvo que hacerlo para poner en evidencia a quienes se gloriaban en la carne, falsos apóstoles, obreros fraudulentos, disfrazados como apóstoles de Cristo. Pero aún en esa ocasión, recurrió a su unión con Cristo, a las revelaciones que había recibido del Espíritu, a su arrebatamiento al paraíso, para hablar en un lenguaje inefable difícilmente entendible por el hombre natural.

Nuestro gloriarnos está unido de forma inseparable a la unión con Cristo, sin ella caeremos en la arrogancia y la propia gloria destructiva.

8

Predestinados a su gloria (I)

… A los santos y fieles en Cristo Jesús que están en Éfeso… (Efesios 1:1)

Una vez que hemos visto que la gloria es de Dios, que Él la manifiesta y proyecta sobre toda su creación, pero no permitirá que sea robada, sino que sus criaturas vivan bajo el firmamento de su poderosa majestad; que nuestra gloria depende de la suya y que solo podremos gloriarnos en Él para disfrutar su misericordia y bondad para con los hijos de los hombres, una vez dicho esto, debemos comprender la base sobre la cual podremos edificar nuestra esperanza gloriosa. Vayamos ahora a un lugar indeterminado en el tiempo, antes que el mundo fuese, para penetrar el misterio de la predestinación del hombre. Su propósito eterno. Para ello meditemos en el capítulo 1 de la carta a los Efesios.

El tema de la predestinación ya ha tenido su cupo de controversia, creo que suficiente para que no entremos una vez más en ella. No es mi propósito. Pero lo que sí quiero hacer aquí es meditar las Escrituras, todo el consejo de Dios, aunque una parte de él —por no decir la inmensa mayoría— supere nuestra racionalidad, la sobrepase y nos introduzca en aquellas aguas que solo se pueden atravesar a nado, sin resortes carnales, dependiendo del Espíritu de Dios para saber lo que Dios nos ha concedido (1 Co.2:12). Hay una sabiduría de lo alto que no es carnal, sino que procede del Espíritu, y solo podemos acceder a ella por esa vía. Por eso he iniciado esta andadura con las palabras de Pablo dirigidas *«a los santos* [separados para Dios] *y fieles* [del mismo espíritu] *en Cristo Jesús»,* los que había en Éfeso en su día; y aquellos que están en cualquier otra ciudad hoy. El apóstol se dirige «a los santos y fieles». Lo que va a decir a partir de ese momento tiene como destino a los que son de Dios, propiedad suya, aquellos que viven en calidad de mártires, apartados para él y que le siguen con fidelidad sostenida. Porque no es de todos la fe… la fidelidad. A estos mismos se refiere el profeta Isaías cuando escribe: *«todos los llamados de mi nombre; para gloria mía los he creado, los formé y los hice»* (Is.43:7). El Señor conoce a los que son suyos, aquellos que se apartan de la iniquidad e invocan su nombre (2 Tim. 2:19). A sus ovejas llama por nombre, le siguen porque conocen su voz (Jn.10:3-4). No hay más misterio que este. Los que son suyos tienen el testimonio en sí mismos. El Espíritu les da testimonio de que son hijos de Dios (Ro.8:16). A estos me dirijo.

Los santos y fieles han sido llamados, creados, formados y hechos para la gloria de Dios. Destinados a participar de su gloria. Bendita esperanza.

9

Predestinados a su gloria (II)

Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo, según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él… (Efesios 1:3-4)

El apóstol nos introduce aquí a un periodo anterior al tiempo. Antes que el mundo fuese hecho. Por tanto, estamos en la eternidad, no que seamos eternos, porque somos creados, con origen y destino, sino que antes de que viniésemos a ser ya éramos. Fuimos escogidos antes de la fundación del mundo, antes de la existencia del tiempo, por eso podemos decir que nuestro origen es anterior al tiempo; nuestra existencia comenzó de forma intemporal y a ella volveremos en Cristo. Dios hizo un escogimiento; llamó a seres humanos que aún no habían sido creados, para apartarlos para Él, eso es lo que significa, *«nos escogió para que fuésemos santos»*. Pero dice también que fuimos escogidos *para ser santos* (apartados, separados) y *sin mancha* (para vivir en santidad) delante de Él. Ese fue el llamamiento de Dios a Abraham: *«Anda delante de mí y sé perfecto»* (Gn.17:1). Aquí tenemos el llamado de Dios a Abraham anterior al tiempo; escogido antes de la fundación del mundo, abriéndose camino en su biografía, separado para Dios, y andar el camino trazado en perfección y santidad. Nosotros también hemos sido llamados para ser apartados para Dios, andando delante de él sin mancha, en su misma naturaleza, en justicia y santidad de la verdad (Ef.4:24). Es el mismo llamamiento de Dios al profeta Jeremías. *«Antes que te formase en el vientre te conocí, y antes que nacieses te santifiqué, te di por profeta a las naciones»* (Jer.1:5). Jeremías fue conocido antes de ser creado; y antes de que naciese en este mundo, el Señor ya lo había apartado; santificado con un propósito. Ese llamamiento no fue precisamente agradable en muchos momentos de su vida, quiso alejarse de él, pero no pude resistir el fuego interior del Espíritu (Jer.20:9). *«Alto es, no lo puedo comprender»* (Sal. 139:6). También el apóstol Pablo dijo: *«Agradó a Dios, que me apartó desde el vientre de mi madre, y me llamó por su gracia, revelar a su hijo en mí»* (Gá. 1:1516). A esta verdad gloriosa la llama Pablo: *«bendición espiritual en los lugares celestiales en Cristo»*. La predestinación no es una doctrina calvinista. Es una predestinación, antes que el mundo fuese, para que seamos santos y sin mancha, regresando a ese estado anterior en un cuerpo glorificado, a la semejanza de Cristo.

La redención es nuestra recuperación y salvación por el Dueño legítimo después de que nos habíamos perdidos (Lc.19:10).

10

Predestinados a su gloria (III)

… en amor habiéndonos predestinado para ser adoptados hijos suyos por medio de Jesucristo, según el puro afecto de su voluntad… (Efesios 1:5)

Si yo no lo entiendo mal, el propósito de Dios con los redimidos es que regresemos a nuestro estado anterior, antes que el mundo fuese, pero ahora habiendo sido redimidos de una naturaleza caída, que ya no tiene opción de volver a pecar. *«Para que fuésemos santos y sin mancha delante de él».* (Ef.1:4). Sin posibilidad de volver a ser atrapados en el pecado y la muerte, por cuanto han sido vencidos en la cruz del Calvario; la muerte ya no pudo retenerlo; ni podrá retener a quienes han recibido la abundancia de la gracia y el don de la justicia. Estamos unidos a Jesús en su muerte, resurrección, y exaltación con un cuerpo glorificado, nuevo, sin relación con el pecado, por tanto, sin posibilidad de volver a pecar, ni ser tentados. Aunque ahora, si es necesario, tengamos que ser afligidos en diversas pruebas, sabiendo que la prueba de nuestra fe produce paciencia (1 Pedro 1:6-7). Considerando que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con la gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse (Rom. 8:17,18). Por tanto, sabemos que si nuestra morada terrestre, este tabernáculo, se deshiciere, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna en los cielos; por ello gemimos deseando ser revestidos de aquella nuestra habitación celestial (2 Co.5:1-2). Ahondar en este misterio nos aleja del mundo caído y nos acerca a la esperanza de gloria. Venimos de Dios y a Dios vamos. Hemos pasado por el pecado y la muerte, pero ahora somos hijos, adoptados por la voluntad afectiva de Dios el Padre. La predestinación contiene el propósito divino de alcanzar la potestad de ser hechos hijos de Dios. No solo creación suya, sino hijos, coherederos con el Mesías, si es que padecemos juntamente con él, para que juntamente con él, seamos glorificados. Esta esperanza no avergüenza. Transforma nuestra manera de pensar para acomodarla a la voluntad de Dios. La verdad revelada nos conducirá a un amor renovado y un servicio fiel. A no hacer la obra de Dios con indolencia. El apóstol de los gentiles lo sabía y su oración era: *«no cesamos de orar por vosotros, y de pedir que seáis llenos del conocimiento de su voluntad en toda sabiduría e inteligencia espiritual, para que andéis como es digno del Señor, agradándole en todo, llevando fruto en toda buena obra, y creciendo en el conocimiento de Dios… con gozo dando gracias al Padre que nos hizo aptos para participar de la herencia de los santos en luz»* (Col.1:9-12).

Realmente la verdad nos hace libres para servirle con alegría.

11

Predestinados a su gloria (IV)

… en amor habiéndonos predestinado… ***para alabanza de la gloria de su gracia****, con la cual nos hizo aceptos en el Amado…* (Efesios 1:5,6)

La predestinación de la que habla el apóstol en este capítulo 1 de Efesios tiene varios aspectos que debemos recordar. Somos escogidos antes de la fundación del mundo para ser santos y sin mancha delante de él. Su amor nos predestinó a ser hechos hijos, y ahora nos dice que hemos sido predestinados *«para alabanza de la gloria de su gracia»*. Esta expresión se repite en tres ocasiones en este mismo capítulo. En los versículos 6, 12 y 14. En cada una de ellas encontramos connotaciones complementarias. Quiero pararme en esta expresión: *«Alabanza de la gloria de su gracia».* En el versículo 12 dice: *«a fin de que seamos para alabanza de su gloria»,* ¿quiénes?, los santos y fieles del versículo 1; los redimidos del versículo 7; los hijos del versículo 5. Quiere decir, según lo entiendo, que nuestras vidas tienen un propósito eterno, el destino de ser *«para alabanza de la gloria de su gracia».* Alabanza, gloria y gracia. Si las conjugamos bien podremos decir que nuestras vidas glorificadas le darán gloria a Dios, que nos ha hecho partícipes de su gracia, y le alabaremos juntos por todo ello. Ese destino no solo tiene que ver con la eternidad, sino que comienza aquí y ahora, el mismo día cuando fuimos redimidos, recuperados para nuestro Dios y Padre. En esto sabemos que somos de Dios, en que no practicamos el pecado, andamos en luz, como Él está en luz, y la sangre de Jesús sigue limpiándonos de la posible suciedad del presente siglo malo. Ser hechos, progresivamente, conforme a la imagen de su Hijo (Ro.8:29). Dicho esto, veamos ahora la verdad que acompaña a cada uno de los versículos donde aparece la expresión que estamos meditando. En el primer caso (vers.6) está ligada con la aceptación, hemos sido aceptados por Dios, y esa aceptación tiene su origen en la gracia, no en los méritos adquiridos. En el segundo (vers.12) dice Pablo que los que son llamados para alabanza de su gloria, son aquellos que primeramente esperaban en Cristo. ¿Qué quiere decir? Pablo no fue de los primeros, él dijo: *«el último, como a un abortivo, se me apareció a mí».* Por tanto, creo que se refiere a quienes esperaban la redención de Israel (como Simeón y Ana); que ya tenían el sentir de la redención en sus corazones pero no conforme a ciencia, en ignorancia e incredulidad (1 Tim.1:13), hasta que escucharon el evangelio y se liberó el plan de Dios en sus vidas. Y en el tercer caso (vers. 14), nos habla de haber sido sellados para adquirir le herencia el día de la redención final. Bendecidos con la gloria de su gracia.

Nuestro destino es glorioso por gracia y por ello alabamos a Dios.

12

Predestinados a su gloria (V)

*… en quién **tenemos redención** por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia, que hizo sobreabundar para con nosotros en toda sabiduría e inteligencia…* (Efesios 1:7,8)

Sigamos avanzando en el capítulo primero de la carta de Pablo a los Efesios. Nos encontramos ahora con el término *redención*. ¿Qué significa redimir? El diccionario bíblico nos dice que es «rescatar», «comprar otra vez», «recuperar», «librar por el pago de un rescate». La idea de redimir es «rescatar o comprar de nuevo propiedades o esclavos». Por tanto, se trata de recuperar lo que se había perdido. Los redimidos ya éramos de Dios. Hubo un tiempo cuando éramos propiedad de Dios. Ese tiempo, como hemos visto en los versículos anteriores, tiene que ver con la eternidad, antes de la fundación del mundo. También con el inicio de nuestra creación como seres humanos inocentes. Luego hubo un robo, fuimos robados mediante el engaño de la serpiente y nuestro propio consentimiento, para venir a ser de otro dueño con otra naturaleza. Por eso necesitamos ser redimidos, vueltos a comprar, recuperados de la mano del ladrón y engañador. Eso es redención. Ahora bien, meditemos. Antes de ser «robados» con nuestro consentimiento, ya teníamos un propósito dado por Dios, habíamos sido proyectados por Dios, después creados por Él. Ahora que el proyecto se truncó por el pecado necesitamos regresar al proyecto original. En definitiva, un recorrido circular mediante un proceso. La redención paga el rescate necesario, *—«redención por su sangre»—,* perdona nuestros pecados; que viene a ser lo mismo que un cambio de naturaleza, porque el pecado nos había colocado en una posición de *«muertos en nuestros delitos y pecados»* (Ef.2:1). Muertos significa separados de Dios, alejados de Su naturaleza y propósito. Fue el mensaje de Dios a Adán: *«el día que de él comieras, ciertamente morirás».* Esa muerte se manifestó primeramente de forma espiritual, separados de Dios. Luego físicamente, separados de la creación. Toda esta recuperación tiene el fundamento de la gracia de Dios, una gracia que hizo sobreabundar *—«donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia»—* para con nosotros, revelada mediante sabiduría e inteligencia espiritual. En Cristo regresamos al llamamiento original de Dios. Fuimos llamados por él; creados, formados y hechos para gloria suya (Is.43:7).

El propósito de Dios con el hombre contiene un proceso circular. Fuimos creados para su gloria, la perdimos por el pecado, y la recuperamos mediante la redención que es en Cristo.

13

Predestinados a su gloria (VI)

*… dándonos a **conocer el misterio de su voluntad**, según su beneplácito, el cual se había propuesto en sí mismo, de reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así las que están en los cielos, como las que están en la tierra…* (Efesios 1:9,10)

Uno de los grandes interrogantes de la existencia humana tiene que ver con entender el sentido de nuestra vida. ¡Qué sentido tiene nuestra vida! Nacemos, crecemos y morimos. Generación va y generación viene sin que el hombre entienda el verdadero motivo de su existencia. El predicador del libro de Eclesiastés reflexionó que la vida del hombre bajo el sol era vanidad. Es decir, la vida terrenal no tiene mucho sentido, de ahí la máxima: *«comamos y bebamos, que mañana moriremos».* Es el hombre sin proyección eterna. Sin conectar con la trascendencia de la vida. Este capítulo de Efesios lo resuelve, aunque el apóstol nos dice que conocerlo está envuelto en un misterio que debe ser revelado. Y la revelación tiene marcado un camino para que nos alcance. Si nos alejamos de él, o escogemos otros caminos distintos a los revelados por Dios en su palabra, mediante su Espíritu, nunca entenderemos la transcendencia de nuestras vidas. La voluntad de Dios contiene un misterio que debe ser entendido. Para ello necesitamos un corazón arrepentido, redimido, sellado con el Espíritu Santo. Una vez que nuestras vidas son regeneradas, redimidas, recuperadas para el propósito original de Dios que perdimos por el pecado, estaremos en disposición de comprender progresivamente el misterio de su voluntad. Necesitamos la renovación de nuestro entendimiento, para comprobar cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta (Ro.12:2). Pablo dijo a los mismos efesios que no fueran insensatos, sino entendidos de cuál sea la voluntad del Señor (Ef.5:17) (Col.1:9). Por ello oraba intensamente, para que el Padre de gloria les diera un espíritu de sabiduría y revelación en el conocimiento de Cristo, (Ef.1:17). La voluntad de Dios está reunida y comprendida en él. El Padre ha reunido en Cristo todas las cosas para ser manifestadas en el tiempo presente. Jesús lo anunció con estas palabras: *«El tiempo se ha cumplido… arrepentíos y creed en el evangelio»* (Mr.1:15). Hay un día para la salvación. Dios pasó por alto los tiempos de nuestra ignorancia, pero ahora manda que los hombres procedan al arrepentimiento. Vino el tiempo para dar a conocer a su Hijo, y con él, la voluntad de Dios. El misterio oculto. Lee, por favor, Romanos 16:25-27.

Conocer el misterio de su voluntad es penetrar la eternidad del hombre, la gloria que perdimos y que ahora recuperamos en Cristo.

14

Predestinados a su gloria (VII)

… En él asimismo tuvimos herencia, habiendo sido predestinados ***conforme al propósito del que hace todas las cosas según el designio de su voluntad****, a fin de que seamos para alabanza de su gloria, nosotros los que primeramente esperábamos en Cristo…* (Efesios 1:11,12)

La redención que es en Cristo nos ha comprado de nuevo para recuperar el propósito de Dios. Esa redención está contenida en el evangelio, y pone de manifiesto el misterio que estaba oculto desde tiempos eternos para ser manifestado por amor a nosotros. Vamos por orden. Primero, Dios hace las cosas según un designio fijado por su voluntad. Es Dios de orden, no actúa al azar, ni movido por las circunstancias, tampoco desarrolla su plan a traspiés de otros acontecimientos. Él es el origen de todas las cosas. La creación del hombre responde a un plan predeterminado antes del inicio de los tiempos. La redención estaba preparada antes incluso de que el hombre fuera creado, y antes de su caída en pecado. Dios es el Eterno, el YO SOY, no está limitado al tiempo. La Escritura lo pone de manifiesto de forma inequívoca. Vayamos a Romanos 16:25 al 27 y leamos. *«Y al que puede confirmaros según mi evangelio y la predicación de Jesucristo, según la revelación del misterio que se ha mantenido* ***oculto desde tiempos eternos****, pero que ha sido manifestado ahora, y que por las Escrituras de los profetas, según el mandamiento del Dios eterno, se ha dado a conocer a todas las gentes para que obedezcan a la fe…».* Luego el apóstol Pedro nos dice que *«hemos sido redimidos de la vana manera de vivir, heredada de nuestros padres con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación,* ***ya destinado desde antes de la fundación del mundo****, pero manifestado en los postreros tiempos por amor de vosotros…»* (1 P.1:17-20). Y Pablo le dice a Timoteo que Dios *«nos salvó y llamó con llamamiento santo, no conforme a nuestras obras, sino según el propósito suyo y la gracia que nos fue dada en Cristo Jesús* ***antes de los tiempos de los siglos****, pero que ahora ha sido manifestada por la aparición de nuestro Salvador Jesucristo, el cual quitó la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad por el evangelio…»* (2 Tim.1:9-10). El lenguaje no puede ser más claro. Dios ha diseñado un propósito eterno para el hombre. Ha sido dado a conocer mediante el evangelio; anunciado por los profetas; la redención ya estaba prevista y realizada desde antes del tiempo, y ahora ha sido manifestada por amor de los escogidos, los santos y fieles, llamados a su gloria.

Los redimidos están en un proceso de regreso a la gloria eterna.

15

Predestinados a su gloria (VIII)

… En él también vosotros, habiendo oído la palabra de verdad, el evangelio de vuestra salvación, y habiendo creído en él, fuisteis sellados con el Espíritu Santo de la promesa, que es las arras de nuestra herencia ***hasta la redención de la posesión adquirida,*** *para alabanza de su gloria* (Efesios 1:13-14)

El misterio de la voluntad de Dios revelado en el evangelio hay que oírlo y creerlo para ser sellados y comenzar a disfrutar la herencia que incluye. Esa herencia no está orientada hacia la vida temporal, sino eterna. El evangelio contiene la esperanza de gloria, no la gloria de este mundo, pasajera, sino la gloria eterna. *«Porque lo que hay en el mundo… la vanagloria de la vida, no procede del Padre, sino del mundo; y el mundo pasa y sus deseos, pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre»* (1 Jn.2:16-17). No excluye la bendición de Dios en nuestra vida laboral y terrenal, pero no es la voluntad perfecta de Dios. Podemos experimentar días buenos y malos, tiempos de escasez y abundancia, pero eso no es el todo del hijo de Dios. Pablo dijo: *«los que disfrutan de este mundo, como si no lo disfrutaran, porque la apariencia de este mundo se pasa»* (1 Co.7:31). La aparición del materialismo exacerbado de la sociedad postmoderna ha focalizado el interés sobre lo terrenal, contaminando el mensaje del evangelio mediante aquellos que se han rendido a la vanidad de este mundo. El texto que estamos meditando dice que hemos sido sellados por el Espíritu Santo, que es las arras de nuestra herencia. Los primeros frutos tienen que ver con gustar el don celestial, gustar la buena palabra de Dios y los poderes del siglo venidero, después de haber sido iluminados (Heb.6:4-5). Las coordenadas de la predicación han sido cambiadas hacia el enriquecimiento personal, la vanidad de esta vida y la acumulación de bienes materiales. En definitiva, un falso evangelio alejado del propósito original. Dice el apóstol: *«sellados… hasta la redención de la posesión adquirida».* La redención tiene un inicio presente, y una redención futura de nuestros cuerpos. *«Nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo»* (Ro.8:22-23). Es el día cuando seremos liberados de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios (Ro.8:20-21). Ese momento será cuando entremos a heredar la posesión adquirida, vestidos de su gloria y para su alabanza.

Nuestra vida verdadera está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, nuestra vida, se manifieste, entonces seremos manifestados con él en gloria (Col.3:3-4). Esa es nuestra herencia y no una gloria pasajera.

16

Predestinados a su gloria (IX)

Por esta causa *también yo, habiendo oído de vuestra fe en el Señor Jesús, y de vuestro amor para con todos los santos,* ***no ceso de dar gracias por vosotros****, haciendo memoria de vosotros en mis oraciones…* (Ef. 1:15-16)

Después de la apoteosis narrativa que acaba de hacer el apóstol Pablo, recuerda a los efesios, a los santos y fieles en Cristo, que lo que está escribiendo es una causa, un propósito predeterminado antes de la fundación del mundo, para con los receptores de la carta. El escritor se da cuenta de la altura del mensaje. Por eso les recuerda que hay un motivo principal en sus oraciones, ese motivo es la causa que ha revelado en los versículos anteriores a los hermanos. Se trata del evangelio de Dios que han oído y recibido. Su mensaje contiene trascendencia. No solo hacia el futuro, sino que procede de antes de la fundación del mundo. Tuvo su origen antes que el mundo fuese. Ahora el apóstol es consciente que los hermanos necesitan revelación de Dios para comprender lo que les está exponiendo. Por eso ora a Dios. El motivo de su oración es que los efesios lleguen a comprender lo que Pablo enseña. Ya conoce la fe que tienen en el Señor Jesús, y el amor que manifiestan hacia todos los santos, ahora da gracias a Dios por ellos para que comprendan el evangelio en toda su amplitud. *«Por esta causa… no ceso de dar gracias por vosotros».* Han sido bendecidos, escogidos, y predestinados como hijos adoptivos para alabanza de la gloria de su gracia. Han sido redimidos por la sangre de Jesús, han obtenido el perdón de sus pecados, han probado las riquezas de su gracia, y por ella abundan en sabiduría e inteligencia espiritual comprendiendo el misterio de la voluntad de Dios. Conocen la herencia que tiene su origen en el propósito predestinado de la voluntad de Dios. Ha sido voluntad de Dios hacerles copartícipes de esa herencia, con el fin de que sean para alabanza de su gloria. Han oído todo este mensaje contenido en el evangelio de *«vuestra salvación»,* y habiéndolo creído fueron sellados con el Espíritu Santo como propiedad de Dios. Han experimentado las primicias, las arras de una herencia que trasciende el ámbito temporal, para alcanzar la posesión adquirida de la redención que aún queda por manifestarse. Por todo ello, el apóstol Pablo da gracias a Dios, y se dispone a hacer memoria de ellos en sus oraciones, interceciendo por los efesios de forma específica, como veremos en las próximas meditaciones.

Hay una causa por la que el apóstol de los gentiles da gracias a Dios, es el propósito predestinado de Dios hacia los santos y fieles en Cristo.

17

Predestinados a su gloria (X)

… para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, ***el Padre de gloria, os dé*** *espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cuál es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos…* (Ef. 1:17-18)

Esta es una de las dos oraciones de Pablo que aparecen en esta carta a los Efesios. Es un modelo de oración que siempre debemos tener presente para orar por nosotros y los hermanos de la congregación a quién servimos. Aunque hemos sido redimidos, hemos recibido el evangelio y sabemos algunas cosas de la verdad revelada de Dios; sin embargo, necesitamos que el Padre de gloria nos dé un espíritu de sabiduría y revelación en el conocimiento de Cristo. Recuerda las palabras de Jesús a Pedro cuando el Maestro preguntó *«vosotros quién decís que soy yo».* La respuesta de Pedro: *«tu eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente»,* arrancó una declaración muy significativa del Señor: *«Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos».* El Padre revela al Hijo (Jn.6:44,65). El Hijo revela al Padre (Mt.11:25-27). La vida cristiana es el descubrimiento transformador de *«todo el bien que está en vosotros por Cristo Jesús»* (Flm.6). Y para ello necesitamos que los ojos de nuestro entendimiento sean alumbrados, y una mente espiritual renovada por el Espíritu de Dios. Ese alumbramiento al que se refiere Pablo debe estar dirigido hacia objetivos muy concretos. Se refiere específicamente a tres. Veremos dos ahora y el tercero en la siguiente meditación. [I]. *«Para que sepamos cuál es la esperanza a la que nos ha llamado»*. Una esperanza viva. Una esperanza de resurrección. Una esperanza de transformación a la imagen de Jesús. Una esperanza de gloria eterna. Una esperanza de ciudadanía celestial. [II]. *«Para que sepamos cuáles son las riquezas de la gloria de su herencia en los santos».* El conocimiento revelado de Dios nos hace saber, y cuando sabemos, vivimos con una dimensión trascendente de nuestra vida en la tierra. Este saber supera el conocimiento académico, intelectual y teórico. Debemos saber cuáles son las riquezas de la gloria de su herencia. Todo es de Dios. Las riquezas son espirituales y son de Dios. La gloria es de Dios y la herencia procede de Él. Estas verdades espirituales hay que discernirlas espiritualmente (1 Co.2:9-14), y para ello necesitamos el espíritu de revelación que viene mediante la oración.

El autor de la carta a los Efesios nos enseña un nivel de oración que permite descubrir la esperanza y la herencia a la que hemos sido llamados.

18

Predestinados a su gloria (XI)

… Y cuál ***la supereminente grandeza de su poder*** *para con nosotros los que creemos, según la operación del poder de su fuerza, la cual operó en Cristo, resucitándole de los muertos y sentándole a su diestra en los lugares celestiales…* (Ef. 1:19-20)

El apóstol Pablo incluye tres peticiones en su oración por los efesios. Hemos visto dos, la esperanza y la herencia, ahora veremos la tercera. [III]. *«La supereminente grandeza de su poder».* El poder del que habla Pablo no es un poder carnal, ni físico, como en algunos momentos de nuestra vida —especialmente cuando estamos en la plenitud de nuestro vigor— podemos llegar a creer. Recuerda que estamos hablando de verdades espirituales que se han de discernir espiritualmente. Pablo vivió momentos en su vida de extrema debilidad. A los corintios les dijo que el poder de Dios se perfeccionaba en su debilidad. *«Porque cuando soy débil, entonces soy fuerte».* Como alguien dijo: «la debilidad atrae a Dios». Nuestra fortaleza está en el Señor y en el poder de su fuerza, no tiene nada que ver con capacidades carnales. Tenemos hoy una pléyade de predicadores que manifiestan un potencial explosivo de energía entendiendo y usando mal textos como el que nos ocupa. Pablo dijo que Jesús fue crucificado en debilidad, pero vive por el poder de Dios (2 Co.13:4). *«La supereminente grandeza de su poder para con nosotros»* no tiene que ver con súper-hombres, súper-manes o estrellas de televisión dando una imagen de potencialidad arrolladora. Este es un invento de Hollywood. El apóstol nos está hablando del poder de la resurrección, el poder de su fuerza, la que levantó a Jesús de los muertos, venciendo el pecado y la muerte. Este poder nos es dado para vencer sobre la iniquidad y acumular en nuestro espíritu un potencial vivificador de nuestros cuerpos mortales (Ro.8:11) que nos levantará un día de la tumba, nos resucitará y transformará el cuerpo de la humillación nuestra, a la semejanza de la gloria suya. Este poder no está a la venta en el «mercadillo religioso». Emana de la misma naturaleza de Dios, el Todopoderoso. Este poder levantó a Jesús de la muerte y lo elevó a la diestra del Padre en los lugares celestiales. Ese poder hará lo mismo por nosotros, —que estamos unidos a Jesús—, para escapar de la ira venidera, de la ciudad de corrupción, siendo trasladados a su reino celestial. Tenemos las arras de los poderes del siglo venidero, pero hay una gloria postrera que en nosotros ha de manifestarse.

La supereminente grandeza del poder de Dios en nosotros transformará el cuerpo de la humillación nuestra para que sea semejante al de Jesús.

19

Predestinados a su gloria (XII)

… sobre todo principado y autoridad y poder y señorío, y sobre todo nombre que se nombra, no sólo en este siglo, sino también en el venidero; y sometió todas las cosas bajo sus pies, y lo dio por cabeza sobre todas las cosas a la iglesia, la cual es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo (Ef. 1:21-23)

La supereminente grandeza del poder de Dios levantó a Jesús de los muertos, sentándolo a su diestra en los lugares celestiales. *«Le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en el cielo, en la tierra y debajo de la tierra».* Jesús ocupa el lugar de máxima autoridad. *«Toda autoridad me ha sido dada en el cielo y en la tierra, por tanto, id y haced discípulos»* (Mt.28:18-20). Su posición de autoridad está sobre todos los poderes rebeldes y sobre todos los nombres elevados que puede haber: principados, autoridades, poderes, señoríos, sobre todo nombre de este siglo y del venidero. Está escrito: «*Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies»* (Sal.110:1). De estos textos podemos saber que hay toda una jerarquía de entidades espirituales que han tenido dominio, pero que han sido sometidos y vencidos en la cruz del Calvario (Col.2:15), aunque siguen rebeldes y sin reconocer la autoridad divina, por ello los hijos del reino debemos colaborar con Dios para *«ejecutar en ellos el juicio decretado»* mediante nuestro sometimiento a la voluntad de Dios y su autoridad, alabándole, glorificándole y manifestando en todo lugar el olor de su conocimiento, manifestando la victoria de Cristo, proclamando el evangelio que es poder de Dios para salvar y rescatar al cautivo del tirano (Is.49:24,25). La victoria conseguida por Jesús debe manifestarse en la tierra, como ha sido establecida en el cielo, mediante la iglesia. Se le ha dado a la congregación de Dios actuar como cuerpo de Cristo en la tierra, sujetos a la cabeza, para poder *«hacer avanzar el plan de Dios que es por fe»* (2 Tim.1:3-4 LBLA). Por tanto, el colofón de este primer capítulo de la carta a los efesios, nos lleva a entender que hemos sido predestinados para la gloria de Dios, desde antes de la fundación del mundo, no solo para disfrutar de ello, sino para llevar a cabo nuestra parte del plan de Dios, colaborando y siendo administradores de su gracia a favor de los hombres, declarando la victoria de Jesús ante principados y potestades en las regiones celestes. Un propósito en dos dimensiones antes de entrar en el reposo definitivo, eterno y glorioso.

La iglesia de Dios tiene una misión en la tierra antes de alcanzar la herencia de la posesión adquirida para alabanza de su gloria.

20

Predestinados a su gloria (XIII)

Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que padecemos juntamente con él, para que ***juntamente con él seamos glorificados*** (Romanos 8:17)

Acabado el capítulo 1 de Efesios me gustaría que meditásemos ahora en algunos textos de Romanos capítulo 8. Encontramos en el versículo 29 que nuestro destino como hijos de Dios es ser hechos a la semejanza de Jesús. *«Los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo».* Una vez más vemos que hay una predestinación anterior al tiempo. Dice: *«A los que antes conoció, también los predestinó»*. Ya vimos en Efesios 1 que Dios nos escogió antes de la fundación del mundo, y nos predestinó para ser adoptados como hijos suyos por medio de Jesucristo, esa fue la voluntad de Dios antes que el mundo fuese. Ahora se nos dice, en el texto que nos ocupa, que si somos hijos, también somos herederos, herederos de Dios y coherederos con Cristo. ¿Y cuál es esa herencia? Nos dice el texto: *«ser glorificados juntamente con Cristo»*. Después de un recorrido circular, a saber: escogidos y conocidos por Dios antes de nuestra existencia física, fuimos creados a su semejanza, perdimos su paternidad por causa del pecado del hombre, errantes un tiempo, alejados de su voluntad predeterminada, oído el evangelio y creído en él, fuimos hechos hijos para recuperar la herencia perdida. Ahora en Cristo, y habiendo sido hechos hijos, redimidos, vueltos a comprar, recuperados, hemos venido a ser hijos de Dios (Jn.1:11,12). Y si somos hijos, también herederos y coherederos con Cristo de su mismo destino. Jesús oró al Padre en su oración sacerdotal, habiendo acabado la obra que le dio para hacer, de esta manera: *«Ahora, pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese… La gloria que me diste, yo les he dado… Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado»* (Jn.17:5,22,24). El destino de los hijos de Dios está ligado al destino del Hijo del Hombre. Nuestra vida es Cristo. Ahora bien, hay un recorrido que realizar antes de alcanzar la meta final, y ese camino es llevar la cruz de Cristo, identificarnos con él, padecer juntamente con él. No hay glorias sin padecimientos. Así fue para el Maestro, y no será distinto para sus discípulos. El Espíritu de Dios en los profetas anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellos (1 Pedro 1:11).

La gloria venidera recorre antes un camino de padecimientos por la senda de la cruz de Cristo, que los escogidos de Dios no eluden.

21

Predestinados a su gloria (XIV)

*Pues **tengo por cierto** que las aflicciones del tiempo presente no son comparables con **la gloria venidera** que en nosotros ha de manifestarse* (Romanos 8:18)

Pablo no tenía duda. La fe es la certeza de las cosas que se esperan, dice Hebreos 11:1. Pues bien, el apóstol tenía una certeza, una fe sólida de que las aflicciones que soportaba en el tiempo presente, no eran comparables con la gloria venidera. Sabemos que la vida de Pablo no fue un camino de rosas precisamente. Encontramos en sus cartas a los corintios varias listas de los sufrimientos y padecimientos que soportó por haber sido llamado por Dios a predicar el evangelio. Curiosamente muchos de los que dicen hoy haber sido llamados a predicar el evangelio tratan de evitar cualquier aflicción por el mismo evangelio. En ocasiones se identifican con Pablo cuando soportan aflicciones por causa, no del evangelio, sino por anunciar «otro evangelio». Entonces se hacen los «mártires» identificados con una causa que no es la de Dios, sino la suya propia. Jesús enseñó: *«Bienaventurados los que padecen persecución **por causa de la justicia**, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados sois cuando **por mi causa** os vituperen y os persigan, y digan toda clase de mal contra vosotros, **mintiendo**. Gozaos y alegraos, porque vuestro galardón es grande en los cielos; porque así persiguieron a los profetas que fueron antes de vosotros»* (Mt.5:10-12). ¡Qué fácil es para algunos torcer las Escrituras! En el pasado el problema era el desconocimiento de la Escritura. No había Biblia. Hoy el problema es un exceso de conocimiento mal usado de la Biblia. El evangelio que trata de evitar la persecución por causa de la justicia no es evangelio. La predicación dirigida al bienestar y las riquezas materiales, que centra su mensaje en una esperanza terrenal, es contraria a la verdad enseñada por Jesús y sus apóstoles. Pablo tenía por cierto las aflicciones del tiempo presente. Las vivió él mismo, y todos aquellos que *«recibieron la palabra en medio de gran tribulación»* (1 Tes. 1:6). Pero el apóstol no lloraba por las aflicciones, sino que tenía delante de sí la incomparable gloria venidera que había de manifestarse en ellos. Esa esperanza de gloria superaba el dolor de todas las aflicciones del tiempo presente. Hasta la misma creación, –dijo–, gemía para ser libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios (Ro.8:19-21).

La gloria venidera que en nosotros ha de manifestarse es tan cierta que no admite comparación posible con las aflicciones del tiempo presente.

22

Predestinados a su gloria (XV)

Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto hasta ahora; y no sólo ella, sino que también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, ***la redención de nuestro cuerpo*** (Romanos 8:22-23)

«Sabemos». Esta expresión se usa en diversas ocasiones en la Escritura. El apóstol Juan la usa en su primera carta varias veces. Pablo también. Denota seguridad. Conocimiento interior. Certeza. No hay lugar para la duda ni la incertidumbre. En el pasaje que estamos meditando el apóstol de los gentiles sabe que el mismo gemido que existe en la creación, está también en los redimidos. Hay un gemido de espera en la creación. Y hay un gemido de espera en el hombre. Vivimos en un periodo de angustia y gemido, expresado como dolores de parto en la creación de Dios. Me recuerda el gemido que emitieron los hebreos en Egipto. Vivian en condiciones de esclavitud, bajo las pesadas cargas de Faraón, y esa situación produjo un gemido que llegó al cielo y movilizó a Dios. El Señor se acordó del pacto con Abraham y su simiente, para enviar al libertador. (Ex.2:24). Hoy también hay un gemido en la creación y en los redimidos por la redención final de nuestro cuerpo hasta que Dios envíe al libertador de Sión (Ro.11:26). La esclavitud del pecado y la injusticia produce un gemido sordo en la creación que sube al cielo. La creación gime para escapar de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios (Ro.8:21). Por tanto, y desde el principio, están interconectadas las acciones del hombre sobre la naturaleza. La tierra es nuestra casa, nuestra habitación, y el comportamiento del hombre la afecta. El pecado produjo maldición en la tierra. La corrupción se activó, y la misma naturaleza produce un gemido para escapar de ella. Está escrito que habrá cielos nuevos y tierra nueva en los cuales mora la justicia. Habrá una regeneración, una especie de nuevo nacimiento de la tierra. Esos acontecimientos están unidos a la redención final del hombre. La redención de la que habla Pablo aquí es también para escapar de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de un cuerpo glorificado y liberado de las cadenas del pecado. La creación gime por su cuerpo nuevo, y el hombre renacido también anhela el cuerpo glorificado en el último episodio de la redención. Ser revestidos de aquella nuestra habitación celestial (2 Co.5:2).

La creación y nosotros mismos, gemimos por la redención final de nuestros viejos cuerpos de corrupción, a la libertad gloriosa de hijos de Dios.

23

Predestinados a su gloria (XVI)

*Y **sabemos** que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados* (Romanos 8:28)

Otra vez la expresión *«sabemos».* Certeza, seguridad, certidumbre, conocimiento interior. En este caso, lo que sabemos es que las aflicciones del tiempo presente cooperan para bien en aquellos que aman a Dios. Es decir, contienen factores que ayudan en el propósito de Dios en nuestras vidas. No siempre comprensibles a la razón humana, pero entendidos por conocimiento espiritual. El hombre nuevo es un ser espiritual, nacido del Espíritu, y debe andar y ser lleno del Espíritu, en una transformación de pensamientos renovados para alcanzar a ver lo que Dios nos ha concedido (1 Co.2:12). Sabemos que la prueba de nuestra fe produce paciencia (Stg.1:3). Amar a Dios es comprender a Dios. Los que aman a Dios entienden que hay un propósito inteligente diseñado por el Creador que da sentido a la sinrazón humana. José, el hijo de Jacob, comprendió que las aflicciones y traiciones de sus hermanos eran resultado de un propósito más elevado. *«No me enviasteis acá vosotros, sino Dios, que me ha puesto por padre de Faraón y por señor de toda su casa, y por gobernador en toda la tierra de Egipto»* (Gn.45:8). Eso no evitó el dolor en su vida, los tiempos de ser defraudado, pero forjaron en él un nivel superior de entendimiento porque había puesto su amor en Dios. Comprendió que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien. El salmista dijo: *«Por cuanto en mí ha puesto su amor, yo también lo libraré; le pondré en alto, por cuanto ha conocido mi nombre. Me invocará, y yo le responderé; con él estaré yo en la angustia; lo libraré y le glorificaré. Lo saciaré de larga vida, y le mostraré mi salvación»* (Sal.91:14-16). Ahora bien, las experiencias pueden ser distintas pero el propósito siempre es eterno. Hubo quienes *experimentaron vituperios y azotes, prisiones y cárceles. Fueron apedreados, aserrados. Puestos a prueba, muertos a filo de espada; anduvieron de acá para allá, pobres, angustiados, maltratados, de los cuales el mundo no era digno; errando por los desiertos, por los montes, por las cuevas y cavernas de la tierra, alcanzaron buen testimonio mediante la fe, pero no obtuvieron lo prometido* (Heb.11:36-40). Sin embargo, Dios conoce a los que son suyos. Los llamados con un propósito trascendente. No edulcoremos la Escritura para hacerla más agradable al hombre carnal, el espiritual no lo necesita.

Hay un propósito de Dios en los que son llamados que siempre coopera para bien. El bien duradero, eterno y glorioso, no el temporal y efímero.

24

Predestinados a su gloria (XVII)

*Porque a los que antes **conoció**, también los **predestinó** para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos. Y a los que predestinó, a éstos también **llamó**; y a los que llamó , a estos también **justificó**; y a los que justificó, a éstos también **glorificó*** (Romanos 8:29-30)

El apóstol nos dice que hay un periodo anterior cuando fuimos conocidos por Dios. ¿A qué tiempo se refiere? Todo el contexto enseña que se refiere a un tiempo anterior a la creación de la materia. Lo hemos visto en el capítulo 1 de Efesios. Conocidos antes de ser creados. Se lo dijo a Jeremías: *«Antes que te formase en el vientre te conocí»* (Jer.1:5). Veamos el pensamiento del autor de los textos que tenemos para meditar. El proceso es el siguiente: conocidos, predestinados, llamados, justificados y glorificados. De estos cinco aspectos del proceso podemos decir que los dos primeros (*conocidos* y *predestinados*) son anteriores a ser creados; los dos siguientes (*llamados* y *justificados*) tienen que ver con nuestra vida terrenal, y el último (*glorificados*) con el futuro celestial. Una vez más vemos el desarrollo del plan de Dios en forma circular. Conocidos por Dios antes de la fundación del mundo. Predestinados a su propósito eterno. Llamados en el tiempo, cuando oímos el mensaje de nuestra salvación (Ef.1:13,14), lo recibimos, damos nuestro sí, que produce la justificación por la fe en Cristo, y orienta nuestras vidas hacia el futuro glorioso a la imagen de Jesús. Tenemos un ejemplo claro en la vida del apóstol Pablo. Fue conocido por Dios y predestinado a un propósito eterno. Sin embargo, durante un tiempo en su vida vivió alejado de él, en ignorancia e incredulidad (1 Tim.1:13). Luego fue llamado por el mismo Jesús en el camino a Damasco; se rindió a su voluntad; fue justificado, y acabando su carrera dijo: *«Me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día… Y el Señor me librará de toda obra mala, y me preservará para su reino celestial»* (2 Tim.4:8,18). Lo vemos también en la vida de Moisés. Fue conocido y predestinado. Pensó que su llamamiento se activaría cuando mató a un egipcio por maltratar al hebreo, pero el pueblo no lo entendió así; aún no era el tiempo del llamamiento a la obra que se le había encomendado (Hch.7:20-30). Fue en la zarza ardiendo, después de ser «enterrado» en el desierto de Madián, cuando Dios activó su llamamiento. Fue justificado. Y apareció glorificado, junto con Elías y Jesús en el monte de la transfiguración.

El propósito completo de todo el proceso es: conocidos-predestinados-llamados-justificados-glorificados para ser hechos a la imagen del Hijo de Dios.

25

Predestinados a su gloria (XVIII)

Mas hablamos sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría oculta, la cual Dios ***predestinó*** *antes de los siglos* ***para nuestra gloria****, la que ninguno de los príncipes de este siglo conoció; porque si la hubieran conocido, nunca habían crucificado* ***al Señor de gloria*** (1 Corintios 2:7-8)

Antes de pasar a una nueva etapa de nuestro recorrido, me gustaría hacer una pequeña parada para que podamos reconsiderar lo visto hasta este momento sobre la predestinación a su gloria. Como dijimos en su momento, este tema se presta a mucha controversia, la ha habido a lo largo de la historia de la iglesia —yo no quiero repetirla aquí—; hace surgir preguntas de difícil respuesta, pero lo que no debemos hacer es ignorar las Escrituras y el poder de Dios. Que no entendamos la amplitud de una verdad como la que estamos considerando no quiere decir que debamos soslayarla. Es una verdad gloriosa. Produce una motivación que no tiene comparación posible. Especialmente en quienes han recibido el amor del Padre en la Persona del Hijo, mediante la obra del Espíritu Santo. Y en aquellos que aún no la han recibido están a tiempo de hacerlo. La voluntad de Dios es que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad. Todos tienen acceso a la salvación. La puerta está abierta. Los que entran son de las ovejas, los que no lo hacen, rechazando deliberadamente el plan de Dios, escogen su propio destino, se apartan de la verdad revelada y continúan los pasos del error que conduce lejos de Dios. También dice Pablo que *«no es de todos la fe»* (2 Tes.3:2). Hay hombres perversos y malos, como Esaú, que fue desechado; como Caín, que era homicida; como Balaán que *«amó el premio de la maldad»* (2 P.2:15). En todo ello vemos que hay una sabiduría oculta, la cual también ha predestinado Dios para nuestra gloria. Esta sabiduría oculta no fue conocida por los príncipes de este siglo, porque si la hubieran conocido nunca habrían crucificado al Señor de la gloria. El temor de Dios es el principio de la sabiduría, por eso cuando el corazón del hombre se enorgullece y se llena de soberbia, Dios le resiste y no puede alcanzar a entender su plan, oculto detrás de su sabiduría, la cual es Cristo. Resistir a Dios es dar lugar al diablo. Someterse a Él abre el camino para resistir al diablo y que se abra la puerta de la sabiduría oculta para nuestra gloria. El primer hombre, Adán, se alejó de ella, pero el Señor siguió buscándole para que recuperara la gloria perdida. Ese proceso está desarrollado en la Escritura y será la próxima etapa de nuestro recorrido…

La sabiduría oculta de Dios se abre camino en nuestros corazones cuando nos rendimos a su voluntad, y lo hace para nuestra gloria.

26

Destituidos de su gloria (I)

Por cuanto todos pecaron, y están ***destituidos de la gloria de Dios*** (Romanos 3:23).

Dios creó al hombre a su imagen y semejanza. Lo vistió de su gloria, de tal forma, que *«estaban ambos desnudos, Adán y su mujer, y no se avergonzaban»* (Gn. 2:25). La ausencia de pecado en la conciencia del hombre hacia posible que sus ojos fueran limpios también. La luz y santidad los cubría, era parte de su naturaleza, por tanto, no había lugar para malos pensamientos. Todo ello formaba parte del vestido original del primer hombre. No había vergüenza, ni temor. Sí había comunión con Dios, cercanía, participación mutua, compañerismo. Pero una vez que sus ojos fueron abiertos por el pecado todo se desmoronó. La concupiscencia de los ojos y la vanagloria de la vida impactaron de tal forma sobre aquel ser creado, que el vestido de gloria desapareció y emergió la vergüenza de la desnudez. Desnudez para con Dios y desnudez del uno hacia el otro. *«Entonces fueron abiertos los ojos de ambos, y conocieron que estaban desnudos; entonces cosieron hojas de higuera, y se hicieron delantales»* (Gn.3:7). La necesidad de cubrirse fue inmediata. El intento de tapar la vergüenza que había producido el pecado les llevó a buscar un nuevo ropaje, un vestido que tapara lo que había puesto al descubierto su desobediencia. Echaron mano de unas hojas de higuera y se hicieron delantales. Habían sido destituidos de la gloria de Dios. Fueron despojados del vestido que los cubría hasta ese momento. Y por cuanto aquel primer hombre pecó, todos los demás hombres que vinimos después participamos de las consecuencias del origen del mal en la tierra. Por tanto, todos nacemos desnudos y todos necesitamos ser vestidos. Desnudos y despojados del vestido de gloria original, y vestidos del ropaje fabricado por el mismo hombre. Hay dos tipos de desnudez, una física, y otra espiritual. La primera la comprendemos perfectamente y no necesita más explicación. La segunda requiere de la acción de Dios para volver a vestir al hombre de aquella gloria perdida. Para ello tenía previsto un plan de restauración mediante un sacrificio. Lo vemos de forma simbólica en el vestido que confeccionó Dios a la primera pareja. *«Y YHWH Dios hizo al hombre y a su mujer túnicas de pieles, y los vistió»* (Gn.3:21). Para ello tuvo que sacrificar un animal, figura del Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, recuperando el vestido de la gloria perdida. A partir de este momento Dios pone en marcha un proceso para restablecer lo que el pecado había destituido. Todos fuimos despojados, todos necesitamos ser vestidos.

El pecado nos despoja del vestido de gloria y nos aparta de Dios.

27

Destituidos de su gloria (II)

Pero ***vuestras iniquidades han hecho división*** *entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír* (Isaías: 59:2)

El pecado produce una división con el Creador. Nos separa. Nos despoja de su naturaleza de luz, verdad y gloria. Nos hace huir para escondernos de su voz. *«Y oyeron la voz de YHWH Dios que se paseaba en el huerto, al aire del día; y el hombre y su mujer se escondieron de la presencia de YHWH Dios entre los árboles del huerto»* (Gn.3:8). Pensaron que los árboles, figura de las naciones en la Biblia, podía esconderlos de la presencia de Dios. Dice el salmista: *«¿Por qué se amotinan las gentes, y los pueblos piensan cosas vanas?»* (Sal.2:1). Se amotinaron en la llanura de Sinar, en Babel, alrededor de un líder llamado Nimrod, para ocultarse de Dios. Las naciones hacen coaliciones con el fin de ser autosuficientes. Unifican esfuerzos alrededor de un líder, una ideología o un culto, para esconderse de Dios por causa de su pecado. El pecado desnuda al hombre, y su intento inmediato, en lugar de arrepentirse, es esconderse entre los árboles del huerto, o entre la seguridad que proporciona el levantamiento de una nación, una multitud, un gobierno humano para tratar de reparar el daño que se ha producido a sí mismo. Los intentos del hombre no resuelven el problema que ha creado el pecado. Se ha levantado una división entre Dios y los hombres por causa del mal. El pecado nos despoja del origen y propósito divino. Levanta una gran sima infranqueable. Pero Dios busca al hombre y lo llama. *«Mas YHWH Dios llamó al hombre, y le dijo: ¿Dónde estás tú? Y él respondió: Oí tu voz en el huerto, y tuve miedo, porque estaba desnudo; y me escondí. Y Dios le dijo: ¿Quién te enseñó que estabas desnudo?»* (Gn.3:9-11). Desde el principio Dios toma la iniciativa para recuperar y salvar lo que se había perdido (Lc.19:10). Las consecuencias de la desobediencia tendrán su justa retribución; el hombre lo sabe, por ello tiene miedo, sabe que está desnudo y se esconde. La conciencia humana nos sigue diciendo lo mismo hoy. Pero la hojarasca en forma de religiones, ideologías, justicia propia, son levantadas para escondernos por miedo y desnudez, alejándonos de la voz de Dios que sigue llamando. Hay un plan de redención trazado y pronto se pondrá en marcha.

El pecado nos separa de Dios y oculta su rostro de nosotros para no oír… necesitamos un redentor externo que nos acerque a Él de nuevo.

28

Destituidos de su gloria (III)

Y oyeron la voz de YHWH Dios que se paseaba en el huerto, al aire del día; y el hombre y su mujer ***se escondieron de la presencia de YWHW Dios*** *entre los árboles del huerto. Mas YHWH Dios llamó al hombre, y le dijo: ¿Dónde estás tú?* (Génesis 3:8-9)

No hay redención posible sin reconocimiento del pecado. El hombre no buscará refugio en la provisión de Dios mientras mantenga la actitud de esconderse. La voz de Dios llega al hombre, pero éste se esconde entre los árboles, el bullicio de las multitudes, para no aceptar su responsabilidad y las consecuencias de sus actos. Esa obstinación en el error le aleja cada vez más de la fuente de restauración. Pero Dios, en su gracia y misericordia, busca al hombre y le pregunta: *¿Dónde estás tú?* Se ha consumado el despojo del vestido de gloria. Hemos sido destituidos de la gloria de Dios; sin embargo, su voz sigue llamando. Esconderse de la presencia de Dios viene a ser sinónimo de haber perdido el vestido que nos cubría, manteniendo una conciencia acusadora. Cuando nuestras obras son buenas venimos a la luz para que sea manifiesto que son hechas en Dios (Jn.3:21). Pero si andamos en tinieblas y la luz viene (Dios vino a pasearse con ellos al aire del día), entonces aborrecemos la luz y no venimos a la luz para que nuestras obras no sean reprendidas (Jn.3:20). Por tanto, esconderse de la presencia de Dios viene a ser vivir en tinieblas, porque Dios es luz. Por otra parte, queda la alternativa de reconocer el pecado, confesarlo y apartarse de él. De esa forma la comunión se restablece. Pero el hombre y la mujer se esconden entre los árboles del huerto. Vano intento. *«¿A dónde me iré de tu Espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia?»* (Sal.139:7). No hay escapatoria. El hombre no quiere oír el veredicto. Su culpabilidad lo condena y lo sabe, pero prefiere huir para no oírlo, creyendo que esa actitud disipará el juicio. Así somos todavía hoy. No hay nada encubierto que no saldrá a la luz. *«El que encubre sus pecados no prosperará; mas el que los confiesa y se aparta alcanzará misericordia»* (Pr.28:13). El hombre no buscó la salvación, fue Dios quien buscó al hombre para redimirlo. El hombre siguió en su pecado, *«pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo».* Desde el principio el Señor desplegó su propósito para reconducir al hombre y hacerlo regresar a la gloria perdida. Ese será nuestro recorrido a partir de ahora…

El hombre se esconde pero Dios le busca. La salvación es de Dios.

29

La primera promesa de redención

Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar (Génesis 3:15)

Una vez consumada la rebelión el juicio vino inexorablemente sobre los tres protagonistas de la caída: la mujer, la serpiente y el hombre. En ese orden. En la sentencia sobre la serpiente estaba implícita la primera promesa de redención. Enemistad entre la serpiente y la mujer, entre la simiente del diablo, (el pecado y la muerte), y la simiente de la mujer (un hijo). Jesús dijo que la naturaleza del diablo era la mentira, padre de la mentira, además homicida, provocador de muerte. Ambos están unidos. La paga del pecado es muerte. El diablo tenía el imperio de la muerte, y mediante ella oprime a todos aquellos que por el temor de la muerte están durante toda la vida sujetos a servidumbre (Heb. 2:14,15). Esa es la simiente de la serpiente. Además en el Apocalipsis nos encontramos con el falso profeta, el dragón, la bestia, el lago de fuego y azufre, preparado para el diablo y sus ángeles. Todo ello podemos decir que es la simiente de la serpiente. También la rebelión contra Dios. El pecado es infringir la ley, oponerse a Dios, todo ello forma parte de la simiente de la serpiente antigua, que se llama diablo y Satanás. Pues bien, frente a esa simiente producida por el querubín que quiso ser semejante a Dios, subir a su trono y ocupar su lugar, nos encontramos con la simiente de la mujer, un hijo, «*un niño nos es dado*» (Is.9:6). Un ser humano muy especial por cuanto tendrá poder para golpear la cabeza de la serpiente y vencer su dominio sobre el hombre. No podía ser un hijo de Adán, pero si un hijo de la mujer. *«He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel»* (Is.7:14). Aquí tenemos la primera referencia al redentor que habría de venir y que el diablo trataría de matar. Lo hizo en Abel mediante su hermano Caín, portador de la naturaleza asesina del diablo A partir de ese momento la obsesión satánica será destruir al niño que está para nacer. La persecución se centra en los hijos de la promesa, concretada mas tarde en la descendencia de Abraham. Aquí tenemos uno de los motivos por los que el pueblo de Israel ha sido perseguido más que ningún otro pueblo. *«El diablo viene a matar, robar y destruir»*; Jesús, la simiente de la mujer, viene a dar vida en abundancia. La futura cruz, levantada en el monte de la Calavera, destronará al diablo, siendo golpeado en la cabeza. En Génesis tenemos el primer indicio de la redención futura para ser manifestada en el tiempo postrero.

El juicio emitido por Dios contenía la promesa de un redentor.

30

El primer vestido con sacrificio

*Y YHWH **Dios hizo** al hombre y a su mujer túnicas de pieles, **y los vistió*** (Génesis 3:21)

Una vez emitió el juicio sobre la mujer, la serpiente y el hombre, Dios provee un vestido al hombre y la mujer. Después del juicio la provisión. Anteriormente, al conocer que estaban desnudos, el hombre y la mujer *«cosieron hojas de higuera, y se hicieron delantales»*, anticipándose a la provisión de Dios. Emanciparse de la voluntad del Creador los llevó a tomar iniciativas propias que no solucionaban el problema. Las hojas de higuera son una figura de todos los intentos humanos por dar respuesta a su vergüenza y necesidad. La consciencia de estar separados de Dios, de haber caído en pecado, conduce al hombre a tratar de solucionar su necesidad al margen de Dios sin reconocer su incapacidad. Las hojas de higuera son un tipo de todas las obras de justicia propia que el hombre pretende hacer para calmar su conciencia y evitar en lo posible el enfado de Dios por su desnudez y desobediencia. Son una figura de todas las religiones producidas por la imaginación humana tratando de remediar su rebelión y naturaleza caída. No es suficiente. La provisión y salvación es de Dios. Las hojas de higuera no tienen sangre, necesaria para redimir el pecado, «*porque sin derramamiento de sangre no hay remisión*» (Heb.9:22). Era necesario sacrificar una víctima para proveer un vestido apropiado que pudiera cubrir el pecado del hombre y prefigurara al cordero de Dios que quita el pecado del mundo. La sombra de lo que había de venir estaba presente en la sangre derramada del animal (tal vez un cordero) que Dios tuvo que sacrificar para tapar la vergüenza del hombre. Hay que vestirlo puesto que el ropaje que llevaba antes de la caída se ha desvanecido. Es necesario un sacrificio. El pacto necesita sangre derramada de una víctima propiciatoria. Inocente. Es la ley de la redención. Aquí tenemos un anticipo del vestido de gloria futura con el que Dios vestirá al hombre glorificado, mediante el sacrificio del cordero que fue llevado al matadero. La propiciación está presente en las túnicas de pieles, necesarias para vestir de nuevo al hombre y la mujer. Las hojas de higuera no contienen sangre propiciatoria. La ofrenda de Caín fue del fruto de la tierra, sin sangre, recordando las hojas de higuera de sus padres. La ofrenda de Abel *de los primogénitos de sus ovejas*, miraban al cordero de Dios. Obras de carne y fruto de justicia. Religión humana y revelación de Dios. Siempre en paralelo.

Las túnicas de pieles que Dios hizo para vestir al hombre y la mujer prefiguran el vestido de gloria que traería Jesús con su sacrificio.

31

El peregrinaje del hombre en la tierra

Y lo sacó YHWH del huerto del Edén, para que labrase la tierra de que fue tomado. Echó, pues, fuera al hombre, y puso al oriente del huerto de Edén querubines, y una espada encendida que se revolvía por todos lados, para guardar el camino del árbol de la vida (Génesis 3:23,24)

A partir de este momento comienza el peregrinaje del hombre y la mujer en la tierra. Una andadura que le llevará a perder la imagen de Dios y reproducir la del homicida y padre de la mentira. Comienza la búsqueda del propósito perdido. Desnudos de la gloria de Dios, echados de su presencia y obligados a vagar por la tierra sin saber a dónde ir. Cada vez más alejados del Dador de la vida sufriendo las consecuencias de una tierra que se le ha vuelto hostil. Amenazados por el temor de la muerte y atados al pecado que emanaba de lo más hondo de su ser hasta que *«el polvo vuelva a la tierra, como era, y el espíritu vuelva a Dios que lo dio»* (Ecl.12:7). Sin embargo, el destello de la gloria de Dios en su recuerdo más profundo producirá un anhelo interior por la búsqueda del paraíso perdido. La vida terrenal se despliega en toda su amplitud y necesidad. Vestidos por Dios pero alejados de la Fuente de vida. Rodeados de provisión pero perdidos y sin rumbo por haber traspasado el pacto (Oseas 6:7). El hombre perdido necesita la revelación de Dios para recuperar el sentido de su existencia. Dios observa sus pasos. *«Te haré entender, y te enseñaré el camino en que debes andar; sobre ti fijaré mis ojos»* (Sal.32:8). La simiente de la mujer debe aparecer para redimir mediante sacrificio. El recuerdo del Edén en Adán y Eva tuvo que caer como una losa insoportable sobre sus conciencias. La vida del hombre se torna un peregrinaje para regresar a la ciudad celestial. Es la historia de la Biblia. Queda expuesto magistralmente en la vida de Abraham, quién *«esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios… mirándolo de lejos, y creyéndolo, y saludándolo, y confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra… Dios les ha preparado una ciudad»* (Heb.11:9-16). La eternidad estaba en sus corazones (Ecl.3:11). Perdieron el árbol de la vida que vuelve a aparecer en Apocalipsis, para que tengan acceso a él los que han lavado sus ropas y han sido vestidos para tener derecho al árbol de la vida, y entrar por las puertas de la ciudad (Apc. 22:14).

La vida del hombre en la tierra es un peregrinaje para regresar a la gloria perdida en Adán, recuperada por Cristo para todos los redimidos.

32

Los hombres comienzan a invocar a Dios

Y a Set también le nació un hijo, y llamó su nombre Enós. ***Entonces los hombres comenzaron a invocar el nombre de YHWH*** (Génesis 4:26)

El pecado y su esclavitud ya se habían desplegado. La naturaleza de los hombres se corrompía rápidamente. Caín mató a Abel por el impacto de un espíritu de rechazo, al considerar que *«Dios miró con agradó a Abel y su ofrenda; pero no miró con agrado a Caín y a la ofrenda suya».* El espíritu de rechazo produjo ira y su semblante decayó, se vino abajo, dando a luz pensamientos de homicidio, que solo se calmaron cuando reprodujo lo que había engendrado en su corazón. *«Caín se levantó contra su hermano Abel, y lo mató»*. Muerto Abel, Adán conoció de nuevo a su mujer, la cual le dio a luz un hijo, y llamó su nombre Set («sustitución»). *«Y a Set también le nació un hijo, y llamó su nombre Enós».* Y fue en este tiempo, después de nacer Enós, cuando los hombres comenzaron a invocar el nombre de YHWH. Habían transcurrido ciento cinco años desde que Set engendró a Enós (Gn.5:6); en esa época los hombres vivían a espaldas de Dios después de haber sido expulsado de Edén. Durante ese tiempo la maldad tuvo que desarrollarse de manera alarmante para que llegara el momento cuando los hombres sintieron la necesidad de invocar al Señor, su Creador. Este principio aparece una y otra vez en la Escritura. Cuando la maldad da a luz una esclavitud insoportable, el hombre, bajo el peso de su propia desobediencia se vuelve a Dios. Ocurrió en Egipto después de 400 años de esclavitud, entonces los hijos de Israel comenzaron a gemir delante del Señor, y el Señor se acordó de su pacto con Abraham (Ex. 2:23-25; 3:7-10). Ocurrió en los días de los jueces; una y otra vez se alejaban del pacto, llegaban a la esclavitud y esta los traía de vuelta al clamor delante de Dios. En el Salmo 107 se repite la misma secuencia una y otra vez. La invocación del nombre del Señor es el centro del mensaje de salvación. *«Todo aquel que invocare el nombre de Señor será salvo»*. Un mensaje muy antiguo. Lo encontramos en los días de Enós, nieto de Adán. Esta revelación parece haber estado grabada en el corazón del hombre. Pero solo se manifiesta cuando los recursos humanos han terminado, el pecado ha producido todo tipo de esclavitud, y la angustia de la sociedad se instala en el centro de su existencia. No hemos cambiado mucho. Vivimos tiempos de gran necesidad de invocar el nombre del Señor. Clamar a Él. Orar a Él.

Invocar el nombre del Señor está en el ADN del ser humano. Se libera cuando la esclavitud se hace insoportable y el orgullo cede a la necesidad de buscar a Dios con todo el corazón.

33

El hombre vuelve a caminar con Dios

Y caminó Enoc con Dios, después que engendró a Matusalén, trescientos años, y engendró hijos e hijas. Y fueron los días de Enoc trescientos sesenta y cinco años. ***Caminó, pues, Enoc con Dios****, y desapareció, porque le llevó Dios* (Génesis 5:22-24)

Hay dos Enoc en el libro de Génesis. El primero hijo de Caín (Gn.4:17), el segundo viene de la descendencia de Set, el hijo que Dios dio a Adán después de la muerte de Abel. El Enoc que caminó con Dios no es descendiente de Caín, sino de Set, el substituto de Abel (Gn.4:25). Era la séptima generación desde Adán (Judas 14). La genealogía la encontramos en Lucas 3:37,38: Adán, Set, Enós, Cainán, Mahalaleel, Jared, Enoc. En la tercera generación, desde Adán, los hombres comenzaron a invocar el nombre del Señor; y en la séptima hubo un hombre que volvió a caminar con Dios desde su salida de Edén. Cuando murió Adán Enoc tenía 312 años y anduvo con Dios. Enoc pertenece a la ascendencia del Mesías. Formaba parte de la simiente que había de venir para golpear la cabeza de la serpiente y ser portador de la bendición a todas las familias y naciones de la tierra. Por el texto que estamos meditando parece que Enoc caminó trescientos años con Dios. ¿Cómo fue posible si el pecado había hecho separación entre Dios y los hombres? ¿Bajo qué condiciones Enoc anduvo con Dios? Adán y Eva caminaban con Dios en base a un pacto (Oseas 6:7). Enoc tuvo que andar con Dios bajo condiciones de pacto ¿cuál? Recordemos que la salvación estaba *«destinada desde antes de la fundación del mundo, pero manifestada en los postreros tiempos por amor de vosotros»* (1 Pedro 1:20). El rescate, mediante la sangre preciosa de Cristo, ya estaba destinado desde antes de la fundación del mundo. Se nos dice en Hebreos 11:5 que Enoc no vio muerte, porque lo traspuso Dios; *«y antes que fuese traspuesto, tuvo testimonio de haber agradado a Dios».* En ese mismo capítulo de Hebreos se nos dice que la fe es lo que agrada a Dios (Heb.11:6). Por tanto, tenemos aquí un anticipo de un hombre que vuelve a andar con Dios en base al pacto predeterminado, por fe, en la persona del Hijo de Dios, el cordero inmolado que redime de la vana manera de vivir heredada de los padres. Hay generaciones con muchos hombres andando con Dios. En la de Enoc solo uno. En la de Elías, que también fue traspuesto y llevado por Dios en un carro de fuego, al menos siete mil. En los días de Lot no llegaban a diez.

Enoc anduvo con Dios por fe, bajo condiciones de pacto. Profetizó que el Señor volvería, y fue llevado a la gloria sin pasar por la muerte. Transformado en el aire como precursor del arrebatamiento.

34

Noé caminó con Dios y fue pregonero de justicia

Éstas son las generaciones de Noé: Noé, varón justo, era perfecto en sus generaciones; ***con Dios caminó Noé****… Dijo, pues, Dios a Noé: He decidido el fin de todo ser… Hazte un arca… Más estableceré mi pacto contigo… Y lo hizo así Noé; hizo conforme a todo lo que Dios le mandó* (Génesis 6:9,13,14,18,22)

Se puede caminar con Dios y ser llevado al cielo sin pasar por la muerte, o también se puede andar con Dios y ser un predicador de justicia a su generación. Enoc anduvo con Dios y fue traspuesto, Dios se lo llevó. Noé halló gracia ante los ojos de YHWH (Gn.6:8), en medio de una generación que se había vuelto extremadamente violenta y perversa. Dios no se lo llevó, sino que lo retuvo en la tierra para ser predicador en su generación de la justicia divina. Ambos anduvieron en fe; ambos obedecieron a Dios, le agradaron y dieron testimonio de su voluntad. Sin embargo, las experiencias de los llamados de Dios pueden ser distintas. Enoc disfrutó la comunión con Dios durante 300 años. Noé tuvo que trabajar al menos cien años construyendo un arca, «*cuando fue advertido por Dios acerca de cosas que aún no se veían, con temor preparó el arca en que su casa se salvase; y por esa fe condenó al mundo, y fue hecho heredero de la justicia que viene por la fe*» (Heb.11:7). Noé halló gracia en medio de una generación torcida y perversa. Vivió como un justo, no por su propia justicia, sino por la justicia de Dios aplicada por la redención *«destinada desde antes de la fundación del mundo»* (1 Pedro 1:20). Caminó con Dios, por tanto el Señor le habló y le reveló sus planes para la tierra. Luego le mandó hacer un arca, que Noé hizo en obediencia y fe cuando aún no había llovido una gota de agua. La gracia siempre conduce a vivir en fe y obediencia, aunque vivamos en medio de un pueblo de labios inmundos, menospreciadores, violentos y llenos de maldad. Donde abunda el pecado, sobreabunda la gracia. La gracia se hace fuerte mediante la fe. Pablo le dijo a Timoteo, *«tu, pues, hijo mío, esfuérzate en la gracia que es en Cristo»*. Ese esfuerzo es la vida de fe y obediencia. *«Esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe»* (1 Jn.5:4,5). Luego Dios hizo un pacto con Noé que traería bendición a su familia y las generaciones venideras. Está escrito de Moisés que fue fiel a Dios para hacer el tabernáculo tal como se le mostró en el monte. Fue fiel en toda la casa de Dios, como siervo, pero Cristo como hijo sobre su casa, la cual casa somos nosotros (Heb.3:5-6).

La gracia hallada por Noé le condujo a una vida de comunión con Dios de fe y obediencia, anunciando la justicia divina y construyendo un arca para la salvación de toda su casa.

35

Después del juicio por agua

Y se acordó Dios de Noé… Entonces habló Dios a Noé, diciendo: ***Sal del arca*** *tú, y tu mujer, y tus hijos, y las mujeres de tus hijos contigo… y vayan por la tierra, y fructifiquen y multiplíquense sobre la tierra…* ***Y edificó Noé un altar a YHWH****, y tomó de todo animal limpio y de toda ave limpia, y ofreció holocausto en el altar. Y percibió YHWH olor grato…* (Génesis 8:15,16,17,20,21)

Después del juicio Dios sigue hablando al hombre. Vemos que la iniciativa siempre parte de Dios. El Señor habló con Noé para que construyera un arca. Después le dijo que entrara en el con su familia y los animales correspondientes. El Señor cerró la puerta del arca y comenzó el juicio. Juicio anunciado con toda su devastación a causa de la maldad del hombre. El pecado produjo muerte, no solo espiritual, en este caso también muerte física. Hubo regeneración de la tierra anegada en agua (2 Pedro 3:6). Y cuando el justo juicio de Dios se consumó *«se acordó Dios de Noé y le habló, diciendo: sal del arca»*. El juicio dio lugar al bien y la misericordia. La Biblia menciona este principio en múltiples ocasiones. Dios renovó con Noé el mandato dado a Adán de ir por la tierra, fructificar y multiplicarse. Dios no cambia. Su palabra permanece para siempre. Ahora tenemos a Noé, hombre de fe y obediencia, saliendo del arca y lo primero que hace es construir un altar a YHWH. Ofreció un holocausto al Señor de todo animal limpio a la manera de Abel, no la de Caín. Aquí nos encontramos con el tipo de hombre de la descendencia de Set, cuando los hombres comenzaron a invocar el nombre del Señor. Este sacrificio ofrecido por Noé prefigura el futuro sacrificio del Cordero de Dios, con derramamiento de sangre. El resultado del levantamiento de este altar con los sacrificios, hechos a la manera de la revelación de Dios, trajo como resultado la aceptación de Dios. *«Percibió YHWH olor grato; y dijo YHWH en su corazón: no volveré más a maldecir la tierra por causa del hombre; porque el intento del corazón del hombre es malo desde su juventud; ni volveré más a destruir todo ser viviente, como he hecho. Mientras la tierra permanezca, no cesarán la sementera y la siega, el frío y el calor, el verano y el invierno, y el día y la noche»*. Se establece así un patrón para recuperar el acercamiento a Dios después de la caída en pecado. Un altar, un sacrificio, una víctima y la sangre derramada dan lugar a la aceptación y la bendición de Dios.

De la familia de Noé volverá a poblarse la tierra, constituyéndose las naciones. De una de ellas nacerá la simiente de la mujer que habría de venir.

36

El pacto de Dios con Noé

***Bendijo Dios a Noé y a sus hijos**, y les dijo: Fructificad y multiplicaos, y llenad la tierra… Y habló Dios a Noé y a sus hijos con él, diciendo: **He aquí que yo establezco mi pacto con vosotros**, y con vuestros descendientes después de vosotros…* (Génesis 9:1,8,9)

Una vez que Dios aceptó el sacrificio ofrecido por Noé, después de percibir el olor grato que emanaba de él, Dios le bendijo con toda su casa. Ese olor tiene el aroma de Cristo. Pablo dice que los redimidos *«somos grato olor de Cristo»* (2 Co.2:15). La fragancia que mueve al Padre es la obra redentora de su Hijo. El altar que levantó Noé, con sus sacrificios, y los que se levantarán después en días de Abraham, Isaac y Jacob, llegando al tabernáculo y el templo construido por Salomón en Jerusalén, son la sombra de lo que habría de venir, y que apuntan al sacrificio perfecto, hecho una vez y para siempre en la persona de nuestro sumo sacerdote, el Mesías prometido. La bendición de Dios, desde el principio, tiene como base la obra redentora de Jesús. Y esa bendición queda establecida a través de un pacto. Entendamos la revelación de Dios. Siempre está presente la fe, la obediencia, el sacrificio, la sangre, la bendición de Dios, sus promesas y su pacto. El pacto que Dios hizo con Noé fue el de no destruir nunca más la tierra por agua, y le dio como señal el arco iris. *«Estableceré mi pacto con vosotros, y no exterminaré ya más toda carne con aguas de diluvio… esta es la señal del pacto… mi arco he puesto en las nubes… Y sucederá que cuando haga venir nubes sobre la tierra, se dejará ver entonces mi arco en las nubes. Y me acordaré del pacto mío… Dijo, pues, Dios a Noé: Ésta es la señal del pacto que he establecido entre mí y toda carne que está sobre la tierra»* (Gn.9:11-17). La tradición judía enseña que Dios dio los siete preceptos a Noé para los gentiles, son estos: Prohibición de la idolatría, de blasfemia, de asesinato, de incesto (fornicación), de robo, no comer sangre ni animales ahogados, y obedecer a los magistrados. Algunos ven esta tradición vigente en días del concilio de la iglesia primitiva, donde los apóstoles escribieron a las iglesias de los gentiles para que *«se apartaran de las contaminaciones de los ídolos, de fornicación, de ahogado y de sangre»* (Hch.15:20). Es evidente que hay una ley moral grabada en la conciencia del ser humano, mezclada con las costumbres de los pueblos; como dice Pablo: *«dando testimonio su conciencia, y acusándoles o defendiéndoles sus razonamientos»* (Ro.2:15).

Una vez perdida la comunión con Dios por el pecado el Señor establece diversos pactos como medio para recuperarla. Uno es el de Noé.

37

El llamamiento de Abram

Pero YHWH había dicho a Abram: Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, ***a la tierra*** *que te mostraré. Y* ***haré de ti una nación grande****, y te bendeciré, y engrandeceré tu nombre, y* ***serás bendición****. Bendeciré a los que te bendijeren, y a los que te maldijeren maldeciré;* ***y serán benditas en ti todas las familias de la tierra*** (Génesis 12:1-3)

A partir de Noé la revelación bíblica va a focalizarse en la descendencia de su primogénito Sem. Recordemos la promesa hecha por Dios en Génesis 3:15 acerca de la simiente de la mujer que habría de venir. *«Pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar»*. Esa simiente traería bendición a todas las familias de la tierra. Por otro lado, la serpiente buscará la forma de evitar el juicio decretado matando la simiente de la mujer. A partir de ese momento se establece una batalla entre la voluntad de Dios y la de Satanás. Ambas son irreconciliables. Jesús nos enseñó a orar: *«Venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad aquí en la tierra, como en el cielo».* No podemos ignorar esta batalla. Pablo le dijo a Timoteo: *«Pelea la buena batalla de la fe»*. En el libro de Apocalipsis encontramos esta batalla en toda su crudeza. En el capítulo 12 vemos una figura de lo que estamos diciendo. Aparece una mujer encinta en la angustia de su alumbramiento. A la misma vez vemos otra señal: un gran dragón que se para frente a la mujer que estaba para dar a luz, a fin de devorar a su hijo tan pronto como naciese. El hijo fue arrebatado para Dios y para su trono (Apc.12:1-5). Al margen de la interpretación que hagamos de las figuras que aparecen, vemos un principio inapelable: lo que Dios quiere que nazca, el diablo pretende destruirlo. Por tanto, y volviendo a nuestro texto, una vez que Dios llama a Abram, el diablo hace todo lo posible por abortar ese llamamiento, confundirlo y desviarlo de su plan original. Estoy parándome en esta verdad porque sino la entendemos bien será más difícil comprender la revelación de Dios en las Escrituras. Dios llamó a Abram de Ur de los caldeos (Mesopotamia), para darle la tierra de Canaán, hacer de él una nación, bendecirle y que fuera una bendición para todas las familias de la tierra. Lo hizo cuando era uno solo, estaba casi muerto (Heb.11:12) y no tenía hijos. El poder de Dios se perfecciona en nuestra debilidad. «*Mirad a Abraham vuestro padre, y a Sara que os dio a luz; porque cuando no era más que uno solo lo llamé, y lo bendije y lo multipliqué»* (Isaías 51:1-2).

Dios llama a Abram para ser el padre de la nación hebrea cuya simiente bendecirá a todas las familias de la tierra.

38

Un altar para invocar el nombre del Señor

Y apareció YHWH a Abram [en Siquem]*, y le dijo: A tu descendencia daré esta tierra.* ***Y edificó allí un altar a YHWH****, quién le había aparecido. Luego se pasó de allí a un monte al oriente de Bet-el…* ***y edificó allí un altar a YHWH****, e invocó el nombre de YHWH… Y volvió… al lugar del altar que había hecho allí antes;* ***e invocó allí Abram el nombre de YHWH*** (Génesis 12:7-8; 13:3-4)

La revelación de Dios se va desplegando en la Escritura. Desde la caída en pecado y la pérdida del vestido de gloria en la vida de Adán y Eva, vamos viendo cómo se repiten algunos aspectos de la revelación. Dios sacrificó un animal para vestir al hombre y la mujer. En Abel vimos una ofrenda con sacrificio que agradó a Dios. Cuando Dios le dio a Eva otro hijo, en sustitución de Abel, llamado Set, *«los hombres comenzaron a invocar el nombre de YHWH»* (Gn.4:25-26). Después vemos que Noé, habiendo salido del arca, levantó un altar al Señor del que subió olor grato a YHWH. Ahora nos encontramos con Abram y las mismas prácticas. Todo ello nos va aproximando al plan de Dios, preparado desde antes de la fundación del mundo, y que ahora se va expandiendo a través de la persona escogida por Dios. El Señor se aparece a Abram y éste edifica un altar en Siquem. Luego pasó a Bet-el y edificó en aquel lugar otro altar, añadiendo el texto bíblico, que allí *«invocó el nombre de YHWH».* Después el patriarca tuvo que hacer un viaje a Egipto, porque hubo hambre en la tierra. Vuelto de Egipto regresó al lugar donde había estado antes, entre Bet-el y Hai, el mismo lugar donde había levantado el altar, y volvió a invocar Abram el nombre de YHWH. El altar es un lugar de adoración donde se invoca el nombre del Señor. La Escritura dice que Dios busca adoradores que le adoren en Espíritu y verdad. Además, el Señor habita en medio de la alabanza de su pueblo (Sal.22:3); pone su trono y levanta una torre fuerte allí donde se invoca su nombre (Pr.18:10). Un lugar donde nos encontramos con Dios de nuevo después de haber perdido su presencia en el huerto de Edén. Cuando le adoramos e invocamos su nombre levantamos un altar donde Dios hace su morada. La adoración le atrae. Esa es la forma de habitar al abrigo del Altísimo y morar bajo la sombra del Omnipotente (Sal.91:1). Abram lo sabía. Noé lo sabía. Los antiguos lo sabían, y nosotros debemos saberlo hoy. La adoración a Dios según la revelación antigua, nos devuelve temporalmente la gloria perdida en Adán. Gustamos los poderes del siglo venidero.

Levantar un altar al Dios de Abram, e invocar su nombre en adoración, es un anticipo de los poderes del siglo venidero.

39

La promesa de la tierra a Abram

Y YHWH dijo a Abram, después que Lot se apartó de él: Alza ahora tus ojos, y mira desde el lugar donde estás hacia el norte y el sur, y al oriente y al occidente. Porque toda la tierra que ves, la daré a ti y a tu descendencia ***para siempre****… Levántate, ve por la tierra a lo largo de ella y a su ancho; porque a ti la daré. Abram, pues, removiendo su tienda, vino y moró en el encinar de Mamre, que está en Hebrón, y edificó allí un altar a YHWH* (Génesis 13:14-18)

Abram es el padre de la fe. Su figura es esencial en el fundamento de nuestra fe. Debemos comprender algunos aspectos de su vida y llamamiento para poder profundizar en el plan de Dios. Abram es también el padre de la nación hebrea, aunque de sus lomos salieron muchas otras naciones: Ismael y toda su descendencia (Gn.25:12-18); los hijos de su segunda mujer, Cetura, que dio a luz seis hijos, entre ellos Madián, de quién vienen los pobladores de Arabia (Gn.25:1-6), donde nacería el islam. Sin embargo, el hijo de la promesa sería Isaac, de cuya descendencia nacería el Mesías, la simiente de la mujer prometida en Gn.3:15. Por tanto, estamos ante una de las figuras clave de la revelación bíblica. Todo comienza en la soberanía de Dios. Abram fue llamado por Dios soberanamente para que saliera de su tierra a una tierra que el Señor le mostraría. Esa tierra se fue definiendo en al andar de fe y obediencia de Abram. El propósito de su llamamiento era bendecir a todas las familias de la tierra. Dios le dijo que haría de él una nación grande (Gn.12:2). Para hacer una nación se necesita descendencia, hijos, Abram no tenía ninguno en ese momento. Además se necesita una tierra en la cual asentarse. Habitaba Abram en la tierra de Canaán cuando el Señor le dijo: «*Alza ahora tus ojos, y mira* ***desde el lugar donde estás*** *hacia el norte y el sur, y al oriente y al occidente. Porque toda la tierra que ves, la daré a ti y a tu descendencia* ***para siempre****».* Una promesa clara de heredar la tierra donde se encontraba, Canaán, para Abram y su descendencia para siempre. Recordemos. La palabra de Dios permanece para siempre. Esa promesa sigue vigente, su palabra no pasará. Luego le dice el Señor: «*Levántate, ve por la tierra a lo largo de ella y a su ancho; porque a ti la daré».* Abram debía caminar como heredero y poseedor de la tierra, aún cuando no había heredado nada. Dios le habló en fe y Abram anduvo en fe sobre la promesa de Dios. Después puso su tienda en Hebrón y edificó un altar de adoración al Señor. Adoró a Dios en la tierra de la promesa que aún no había heredado pero creía como propia.

La tierra de Canaán fue prometida a Abram y su descendencia para siempre cuando el patriarca vivía en Hebrón.

40

La promesa de un hijo a Abram

Después de estas cosas vino la palabra de YHWH a Abram en visión, diciendo: No temas, Abram; yo soy tu escudo, y tu galardón será sobremanera grande… Luego vino la palabra de YHWH, diciendo: ***un hijo tuyo será el que te heredará****… Y creyó a YHWH, y le fue contado por justicia* (Génesis 15:1-6)

La palabra es la nota predominante en la relación que Dios mantiene con Abram. En esta ocasión vino en forma de visión. La palabra de Dios le habla de galardón y recompensa. Abram argumenta con Dios: *«Señor YHWH, ¿Qué me darás. Siendo así que ando sin hijo, y el mayordomo de mi casa es ese damasceno Eliezer?».* El padre de la fe razonando con lógica. Su vida avanzaba y las promesas de Dios, después de su llamamiento, no ven cumplimiento. Piensa que Dios debe hacerlo con su mayordomo fiel. Pero el Señor le dice: *«No te heredará éste, sino un hijo tuyo será el que te heredará».* El Dios de fe llamando las cosas que no son como si fueran. Abram era uno solo y casi muerto, pero Dios le hizo mirar los cielos y contar las estrellas, para decirle después: *«Así será tu descendencia».* El Señor guió a Abram sacándolo del temor (*«no temas, yo soy tu escudo»*), superando sus propios razonamientos lógicos, para conducirle a la esfera de la fe y la gracia. Sin posibilidad de obras de justicia que Abram pudiera hacer. *«Cuando no era más que uno solo lo llamé, y lo bendije y lo multipliqué»* (Is.51:2). Soberanía de Dios. Gracia de Dios. Llamamiento de Dios. Palabra de Dios. Entonces, el padre de la fe deja sus razonamientos a un lado para aferrarse a la palabra de la promesa de Dios. Cree a Dios y le es contado por justicia. *«Y creyó a YHWH, y le fue contado por justicia».* El plan de redención se desarrolla mediante la fe. No por obras, para que nadie se gloríe. La salvación es de Dios. Procede de su voluntad perfecta, diseñada antes que el mundo fuese. Así, pues, tenemos a Abram peregrinando en una tierra que le había sido prometida andando como extranjero. Se pasea por ella como heredero, pero no tiene hijo y es anciano, sin embargo, ha creído a Dios, y esa fe lo capacita para ser hecho justicia de Dios. La fe agrada a Dios. La fe nos justifica. La fe se fundamenta sobre las promesas de Dios. A Abram se le ha prometido una tierra y un hijo, y él ha creído a Dios. Pero su fe no está focalizada solamente en lo terrenal, sino que «*esperaba la ciudad cuyo arquitecto y constructor es Dios».* Una esperanza de gloria (Heb.11:8-10).

Dios prometió un hijo a Abram, éste razonó con Él de forma lógica, pero acabó creyendo a Dios y le fue contado por justicia.

41

La promesa sellada con un pacto

En aquel día ***hizo YHWH un pacto con Abram****, diciendo: A tu descendencia daré esta tierra, desde el río de Egipto hasta el río grande, el río Éufrates* (Génesis 15:18)

«En aquel día». Hay días que cambian la historia de la humanidad para siempre, «*aquel día»* era uno de ellos. El plan redentor predestinado desde antes de la fundación del mundo tomaba forma en el tiempo. *«Cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese… a fin de que recibiésemos la adopción de hijos»* (Gá.4:4-5). Entre el día de Abram y el día del Hijo de Dios hay dos mil años de separación, pero ambos forman parte de un mismo plan eterno. Regresemos al día de Abram. Fue el día cuando el Señor le confirmó la promesa de un hijo, (descendencia). Una tierra, (la de Canaán), a la que ahora pone límites, muy amplios, pero límites. Desde el río de Egipto (el Nilo), hasta el río grande, el río Éufrates. Tierra que ya estaba ocupada por antiguos moradores, (ceneos, cenezeos, cadmoneos, heteos, ferezeos, refaítas, amorreos, cananeos, gergeseos y jebuseos) cuyo pecado iba a subir un día hasta la presencia de Dios para decir basta. *«Aún no ha llegado a su colmo la maldad del amorreo hasta aquí».* Mientras llegaba ese tiempo Dios adelanta a Abram una parte de la revelación. Su descendencia moraría en tierra ajena, sería esclava y oprimida durante cuatrocientos años, luego saldrían, después de juzgar a la nación a la cual servirían (Egipto). Una promesa de redención después de caer en opresión. Todo esto y alguna cosa más le dice el Señor a Abram en *este día*. Luego lo establece para siempre sellándolo con un pacto. *«En aquel día hizo YHWH un pacto con Abram».* Ese día recordó el Señor a Abram que fue Él quien lo sacó de Ur de los caldeos para darle a heredar esta tierra. Abram había creído a Dios, por tanto, la revelación continúa su proceso y se amplía mediante un pacto. Le pide que traiga varios animales, los parta por la mitad. Las aves de rapiña descendían sobre los cuerpos muertos y Abram tuvo que ahuyentarlas. Experimentó un sueño sobrecogedor, temor, y una oscuridad grande cayó sobre él. Todo esto en la misma presencia de Dios, que poco después pasaba Él solo por entre las dos mitades de los animales como una antorcha de fuego. Y *ese día,* con todos estos acontecimientos, el Señor hizo un pacto con Abram de darle la tierra, cuyos límites nunca han sido heredados por Israel. Solo una porción de la tierra ha sido poseída, pensemos…

El llamamiento de Abram, la promesa de una tierra y un hijo heredero, fue confirmado mediante un pacto *«en aquel día».*

42

Ismael el hijo de la esclava

Sarai mujer de Abram no le daba hijos; y ella tenía una sierva egipcia, que se llamaba Agar. Dijo entonces Sarai a Abram: Ya ves que YHWH me ha hecho estéril; te ruego, pues, que te llegues a mi sierva; quizá tendré hijos de ella. Y atendió Abram al ruego de Sarai… Era Abram de edad de ochenta y seis años, cuando Agar dio a luz a Ismael (Génesis 16:1,2,16)

Hay días de luz y días de oscuridad. Abram y Sarai tuvieron días de revelación, promesa y pacto de gran trascendencia; junto con otros días en los que anduvieron errados y tomaron decisiones equivocadas de una gran repercusión histórica. Somos personas responsables, y como tales tomamos decisiones que tienen repercusión en nuestras vidas y la de nuestros hijos. Abram había recibido el llamado de Dios y había entrado en pacto con el Señor por voluntad divina, lo cual no le privó de cometer una negligencia de gran calado. Se activaron pensamientos según la tradición de los pueblos de la época, y Sarai pensó que el tiempo transcurría y ella no tenía hijos, la preocupación por estar a la altura de la revelación y la promesa de Dios la llevó a pensar de forma independiente, alejada de la voluntad de Dios. Tenía la promesa de un hijo pero no fue suficiente para frenar la influencia del pensamiento predominante de su época. Había que «ayudar» a Dios. Poner brazo de carne a la revelación. El hombre carnal siempre bien dispuesto a la acción según los patrones de la corriente del siglo en el que vive. Así que ideó un plan. Daría su sierva egipcia a su marido para que éste cumpliera la «voluntad de Dios» de tener un heredero propio. Lo que me impresiona es como estamos de dispuestos a aceptar argumentos aparentemente lógicos y razonables según el esquema de este mundo, evitando la revelación de Dios, y olvidando el pacto sellado. Abram fue persuadido por su mujer. Los hechos se sucedieron como algo aparentemente normal. De esta forma se dio a luz al hijo de la carne, Ismael, el hijo de la esclava. También heredero de Abram pero no el hijo de la promesa de redención. Por tanto, mis amados hermanos, podemos recibir cierto tipo de herencia religiosa, con los nombres adecuados, pero sin contener la redención que nos hace hijos de la libre. Ismael nació antes que Isaac, aunque la promesa era anterior. La carne se anticipa al Espíritu. En todo ello hay un mensaje que Pablo aclararía en Gá. 4:21-31. El hijo de la carne había nacido y sus obras serían conforme a su naturaleza.

Podemos haber recibido las promesas de Dios pero eso no nos libra de cometer el error de andar en la carne y dar a luz un Ismael.

43

La confirmación y señal del pacto

Era Abram de edad de noventa y nueve años, cuando le apareció YHWH y le dijo: Yo soy el Dios Todopoderoso; anda delante de mí y sé perfecto… Y estableceré mi pacto entre mí y ti, y tu descendencia después de ti en sus generaciones, por ***pacto perpetuo, para ser tu Dios****, y el de tu descendencia después de ti. Y te daré a ti, y a tu descendencia después de ti,* ***la tierra*** *en que moras, toda la tierra de Canaán* ***en heredad perpetua****; y seré el Dios de ellos* (Génesis 17:1,7,8)

Trece años después del nacimiento de Ismael, el hijo de la carne, el Señor vuelve a aparecer a Abram para confirmar el pacto. Tal vez en esos años la familia patriarcal llegó a la conclusión de que Ismael era el hijo de la promesa. La conciencia parecía aprobar las decisiones tomadas en cuanto al nacimiento de Ismael. Sin embargo, la palabra de Dios permanece, se abre camino en medio del ámbito natural para establecer el pacto eterno. Se presenta a Abram como el Dios Todopoderoso, no hay nada imposible para Él. Le exhorta a caminar delante de Él en perfección, alejarse de las obras de la carne y confirmar el pacto ya hecho con anterioridad. Ese pacto contenía la promesa de **la tierra**, **un hijo**, y **ser su Dios** y de su descendencia. Ahora lo amplía con una señal en la carne, la circuncisión. Les cambia los nombres. A Abram (padre enaltecido), por Abraham (padre de una multitud); y a Sarai por Sara (princesa). El hijo de la promesa se llamará Isaac, que significa risa. El Señor quiere dejar meridianamente claro que el hijo de Abram que heredará la promesa y el pacto de Dios es Isaac. *«Respondió Dios: Ciertamente Sara tu mujer te dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Isaac; y confirmaré mi pacto con él como pacto perpetuo para sus descendientes después de él»* (17:19). Para Ismael también había una bendición de provisión, pero no sería el hijo de la promesa. La simiente de la mujer nacería de Sara, mujer de Abram, la libre, no de Agar la sierva. Hay muchas personas que prosperan siendo hijos de la carne, pastores carnales, empresarios sin escrúpulos, gobernantes impíos, prosperan en la vida natural, pero no en la voluntad eterna de Dios. Esto nos confunde hoy más que nunca. Una sociedad orientada a las apariencias externas confunde al hijo de la carne con el hijo de la promesa. La voluntad perfecta de Dios es una, aunque hay una voluntad permisiva. Los hijos de Dios viven en la voluntad perfecta del Todopoderoso como hijos de Abram por la descendencia de Isaac.

Tomaremos decisiones carnales pero la confirmación del pacto de Dios vendrá mediante el hijo de la promesa. En Isaac te será llamada descendencia.

44

El nacimiento del heredero

Visitó YHWH a Sara, ***como había dicho****, e hizo YHWH con Sara* ***como había hablado****. Y Sara concibió y dio a Abraham un hijo en su vejez,* ***en el tiempo que Dios le había dicho****. Y llamó Abraham el nombre de su hijo que le nació, que le dio a luz Sara, Isaac* (Génesis 21:1-3)

Esta escrito que hay un día para cada cosa debajo del sol. Hay tiempo de espera y tiempo de heredar la promesa. *«La esperanza que se demora es tormento del corazón; pero árbol de vida es el deseo cumplido»* (Pr. 13:12). Abram va a heredar, por la fe y la paciencia, la promesa que Dios le había dado (Heb. 6:12). Llega el día cuando la promesa de Dios se cumple. *«Cómo Dios lo había dicho… como Dios lo había hablado»* a Abram, la promesa se cumplió. A pesar del nacimiento de Ismael, (el hijo de la carne), hay un día cuando nace Isaac, el hijo de la promesa, si nos mantenemos en fe y confianza en la palabra que ha salido de la boca de Dios. Su palabra no vuelve vacía sin cumplir el propósito para el cual ha sido enviada. Hay tiempos de espera cuando el Señor pone a prueba la fortaleza de nuestra fe. El gran misterio es saber si andamos por la palabra de Dios o por nuestros propios deseos. Lo que ha nacido de Dios vence al mundo. Lo que nace del Espíritu permanece. Lo que es nacido de la carne, carne es y no tendrá la fortaleza para sostenerse, se desvanecerá. La obra de Dios permanece, fue el consejo de Gamaliel al sanedrín, pero si la obra no es de Dios un día morirá. Puede ser que dure un tiempo, como en el caso del pecado de Jeroboam y la institución de una nueva religión, pero llega el día cuando el juicio de Dios cae sobre las obras de la carne y mueren. Por su parte el hijo de la promesa puede tardar, pero llegará; como la visión de Habacuc (Hab.2:2,3). Ese día hay risa. Hay gozo. Hay un Isaac. Un heredero. Hoy esperamos al rey de los judíos, el Deseado de las naciones. El que monta el caballo blando y cuyo nombre es Fiel y Verdadero. Ya vino una vez como siervo, pero regresará como rey de todas las naciones. Toda rodilla se doblará ante él. *No nos cansemos, pues, de hacer el bien, porque a su tiempo segaremos sino desmayamos*. La simiente de la mujer ya ha venido como Redentor. Volverá como Juez. Ya ha pisado la cabeza de la serpiente. Ha derrotado a los principados y potestades que han sido destronados. Anunciamos su victoria. Decimos, una vez más, *«Sí, ven, Señor Jesús».*

Lo que ha salido de la boca de Dios tiene cumplimiento. Su palabra es verdad y se cumple. Habrá espera, pero al fin llega Isaac, el hijo de la promesa.

45

La prueba suprema

*Aconteció después de estas cosas, que **probó Dios a Abraham**, y le dijo: Abraham. Y él respondió: Heme aquí. Y dijo: Toma ahora a tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas, y vete a tierra de Moriah, y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que yo te diré* (Génesis 22:1-2)

Obtener la promesa no es un fin en sí mismo. Llegar al día cuando heredamos lo prometido no evita una prueba final y definitiva de la fe. La prueba de la fe produce paciencia. Es necesario que seamos afligidos en diversas pruebas. A través de muchas aflicciones entramos en el reino de Dios. Cuando nos aferramos para poseer lo que creemos nos ha sido dado por Dios, el mismo Señor de nuestras vidas puede exigir su sacrificio. El grano de trigo que cae en tierra y no muere, queda solo, pero si muere lleva mucho fruto. *El que no toma su cruz cada día no puede ser discípulo*. El Maestro se entregó hasta lo sumo; los discípulos no son mayores que su maestro. Después de esperar muchos años Abraham ha conseguido el milagro de Isaac. Cuando comienza a disfrutar de su compañía la misma palabra que lo había prometido lo reclama para el holocausto. ¡Paradójico! La Escritura dice: *«probó Dios a Abraham».* Hay un tiempo de prueba después de recibir la palabra de Dios. Es la enseñanza de Jesús en la parábola del sembrador (Lc.8:13). Lo que ha nacido de Dios es de Dios. Lo que ha sido comprado le pertenece, por tanto no somos nuestros, ni dueños de nuestras vidas. Pablo dijo: *«Hoy ha estado conmigo el ángel del Dios **de quién soy** y **a quién sirvo**».* Esta verdad central del evangelio nos evita aferrarnos a lo que no podemos poseer. Debemos vivir con la consciencia de siervos de Dios, hijos de Dios, que hacen su voluntad sea esta cuál sea. Somos hijos de Abraham por la fe y el padre de la fe, cuando recibió el encargo de ofrecer en sacrificio a su hijo Isaac, *«se levantó muy de mañana, y enalbardó su asno… y fue al lugar que Dios le dijo»* para ofrecer a su hijo al verdadero Dueño de su vida. Abraham obedeció *«pensando que Dios es poderoso para levantar aun de entre los muertos, de donde, en sentido figurado, también le volvió a recibir»* (Heb.11:19). El patriarca afirmó su rostro para ir a Moriah, al monte que Dios había escogido para el sacrificio. El Hijo de Dios también afirmó su rostro para ir a Jerusalén (Lc.9:51), al monte de la Calavera (Lc.23:33), y dar su vida en rescate por muchos.

Dios tiene el derecho de probar la calidad de nuestra fe, aunque el sacrificio sea aquello que más amamos y que hemos recibido de Él.

46

La adoración suprema

Al tercer día *alzó Abraham sus ojos, y* ***vio el lugar de lejos****. Entonces dijo Abraham a sus siervos: Esperad aquí con el asno, y yo el muchacho* ***iremos hasta allí y adoraremos****, y volveremos a vosotros* (Génesis 22:4-5).

Tres días de sentimientos encontrados. Tres días para morir a los propios deseos y pasiones. Tres días y tres noches caminando hacia el monte del sacrificio. Con paso firme. Con voluntad dispuesta. Andando en fe y no por vista. Evitando los afectos humanos y paternales. Tres días de sacrificio para Abraham y un instante final para Isaac. El hijo andaba alegremente, confiado, ajeno al drama del corazón de un padre que camina hacia la entrega de todos sus sueños. Muerto el heredero vana es la promesa, no hay pueblo, ni tierra, todo reducido a un acto final. Espera el monte. Ya se ve a lo lejos. Abraham se despide de la compañía de sus siervos que le ayudaron hasta ese momento a recorrer la senda. Se queda solo con su hijo. Y en ese momento se levanta el adorador que tenía dentro. Su corazón rendido toma el control de la situación. El viejo peregrino está erguido. Afirmado en su fe. Es necesario adorar a Dios en Espíritu y en verdad. El hombre frente a su destino vital. Es necesario obedecer a Dios antes que a nuestros propios sentimientos. La prefiguración de la redención se está manifestando en la tierra como ha sido diseñada en el cielo. El drama del sacrificio final por los elegidos de Dios como señal del Hijo que habría de venir. Jerusalén es el lugar escogido. El monte, donde más adelante se construirá el templo para los sacrificios, lo tiene Abraham delante de sus ojos. La tierra no ha sido aún heredada aunque la promesa ha sido hecha al padre de la nación hebrea. Y en aquel lugar se va a levantar un altar de adoración suprema. Un altar para volver a adorar a Dios después de la salida del paraíso. Un lugar escogido para el reencuentro del hombre con Dios. Todo un diseño divino. Un plan predeterminado. Una salvación que se abre camino en la tierra como ha sido pensada en el cielo. La historia de la humanidad pendiente de un anciano y su hijo en edad juvenil. Era muchacho. *«Iremos hasta allí y adoraremos»*. El sacrificio vivo es adoración. La adoración es sacrificio completo. Rendición. Obediencia. Fe. La fe habla, dice: *«Y volveremos».* ¿Cómo? ¡Volver! Sí, en resurrección. La muerte ha sido vencida. Las mismas palabras de Jesús: *«Volveré a vosotros»* (Jn.16:22).

La adoración con sacrificio nos lleva al monte Moriah, donde morimos y resucitamos, para recibir una herencia incorruptible.

47

Lo que contiene el altar de Dios

Y tomó Abraham la leña del holocausto, y la puso sobre Isaac su hijo, y él tomó en su mano el fuego y el cuchillo; y fueron ambos juntos… Dios se proveerá de cordero para el holocausto, hijo mío. E iban juntos. Y cuando llegaron al lugar que Dios le había dicho, ***edificó allí Abraham un altar****, y compuso la leña, y ató a Isaac su hijo, y lo puso en el altar sobre la leña* (Génesis 22:6-9)

Hay días que culminan toda una vida. Momentos que cambian la historia. Instantes que trascienden, superan la temporalidad y alcanzan cimas eternas. Estamos ante una de ellas. Un monte: Moriah. Un anciano: Abraham. Un hijo: Isaac. Un altar. Una fe. Una adoración al Dios y Padre. Una esperanza: la resurrección, de donde, en sentido figurado, Abraham volvería a recibir a su hijo Isaac (Heb. 11:19). Tenemos en el epicentro de la escena un altar. *«Edificó allí Abraham un altar».* ¿Qué lugar era «allí»? Un monte llamado Moriah en la ciudad de Jerusalén, que en ese tiempo se llamaba Jebús. Un lugar escogido por Dios. El mismo donde Salomón levantaría el templo para ofrecer muchos sacrificios al Dios de Israel. Una ciudad donde tiempo más tarde, en otro de sus montes, se levantaría una cruz, –otro altar–, donde colgaría el cordero de Dios que quita el pecado del mundo, *«para que todo aquel en el crea, no se pierda, sino que tenga vida eterna».* Un plan predestinado. Un lugar escogido. Una tierra. Un pueblo. Una familia, la de Abraham y Sara, cuyo hijo de la promesa, Isaac, iba a ser colocado en el altar del sacrificio. Ahora bien, veamos lo que contiene el altar de Dios. Ya hemos mencionado algunas cosas, pero hay más. Recapitulemos. Un altar sobre un lugar escogido, el monte Moriah. Leña para el holocausto que cortó Abraham (Gn. 22:3). El fuego y el cuchillo (22:6). Un sacrificio: Isaac, – Abraham creyó sería un cordero que Dios proveería, y que más tarde fue un carnero (22:8,13)–. Todo ello era un acto de adoración (22:5) bajo el temor de Dios (22:12), con el fin de invocar su nombre (21:33). Leña, fuego y cuchillo son instrumentos básicos para el sacrificio de muerte. Es un altar para ofrecer la víctima inocente que ha de morir. La sangre derramada en el altar redime el pecado y satisface la justicia de Dios. Jesús fue levantado en el monte de la Calavera, colgado de un madero, atravesado por los clavos y una lanza en su costado. Su sangre vertida entró en el tabernáculo celestial cuya figura terrenal estaba anunciada en el sacrificio de Isaac. Jesús sí murió, y resucitó, y volverá… para juzgar.

El altar de Dios, en forma de cruz, contiene todos los elementos necesarios para redimir al pecador matando en ella las enemistades (Ef.2:16).

48

El sacrificio detenido y consumado

Y extendió Abraham su mano y tomó el cuchillo para degollar a su hijo. Entonces el ángel de YHWH le dio voces desde el cielo, y dijo: Abraham, Abraham. Y él respondió: Heme aquí. Y dijo: No extiendas tu mano sobre el muchacho, ni le hagas nada; porque ya conozco que temes a Dios, por cuanto no me rehusaste tu hijo, tu único (Génesis 22:10-12)

El cielo estaba siguiendo cada paso que dio Abraham desde que salió de su casa hasta el lugar que el Señor le había indicado. Dios vela sobre su palabra. Se está cumpliendo el texto del salmista: *«Te haré entender, y te enseñaré el camino en que debes andar; sobre ti fijaré mis ojos»* (Sal.32:8). Por la fe entendemos. Abraham entendió por fe el camino que debía recorrer hasta el monte Moriah. Fueron tres días con sus noches; como los que estuvo Jonás en el vientre de pez; y el Hijo del Hombre en el vientre de la tierra. Para Abraham no hubo alternativa. Era un camino que debía recorrer. Lo hizo en obediencia, y al hacerlo, el Señor de toda la tierra supervisó todo el recorrido hasta su punto culminante. La mano está alzada. El cuchillo afilado. La determinación no admite duda. Los afectos naturales han quedado neutralizados. La muerte está operando. Abraham había llevado *«su cruz»* durante tres largos días. En lo alto del monte cielo y tierra se unen en una simbiosis perfecta. El grano de trigo está en tierra y ha muerto. Abraham ha muerto para dar a luz el propósito del Eterno: bendecir su descendencia y que su simiente sea para bendición de todas las naciones de la tierra, *«por cuanto obedeciste mi voz».* ¿Tan importante es la obediencia para Dios? ¿Hasta el extremo de levantar su mano contra su hijo, su único? Sí. Mejor es obedecer que los sacrificios. La obediencia se ha consumado, el sacrificio realizado en fe, y la provisión de Dios al lado del altar. Isaac ha librado su vida, aunque estuvo quieto, sujeto, obediente a su padre, como Abraham lo estuvo al Padre de los espíritus. La voz llega en el momento crítico. En el último aliento, cuando hemos perdido la esperanza de conservar la vida y salvarnos (Hch. 27:20) (2 Co.1:8). Milagroso. El ángel le dio voces: *«no extiendas tu mano sobre el muchacho, ni le hagas nada…».* Los cultos paganos no se detienen ahí sino que sacrifican sus hijos a Moloc, al islam o al aborto. Parece haber alguna similitud pero cuanta diferencia a la vez. El sacrificio se había detenido y también consumado: *«porque ya conozco que temes a Dios».*

Vivir en obediencia a Dios es consumar el sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es nuestro culto racional.

49

La provisión de Dios

Entonces alzó Abraham sus ojos y miró, y he aquí a sus espaldas un carnero trabado en un zarzal por sus cuernos; y fue Abraham y tomó el carnero, y lo ofreció en holocausto en lugar de su hijo. Y llamó Abraham el nombre de aquel lugar, ***YHWH proveerá****. Por tanto se dice hoy:* ***En el monte de YHWH será provisto*** (Génesis 22:13-14)

El apóstol Pablo enseñó a los corintios, y con ellos a todos nosotros, que Dios no nos dejará ser probados más de lo que podemos resistir, sino que juntamente con la prueba, nos dará la salida, para poder soportar (1 Co.10:13). El texto realmente dice *«tentación»,* enseñándonos que *«prueba»* y *«tentación»* parecen sinónimos en ciertas ocasiones. No voy a hacer un análisis etimológico del término, hay quién lo ha hecho para explicarlo mejor que yo, pero es indudable que en muchas ocasiones en nuestras vidas ambos términos se solapan en la experiencia. Una prueba se vuelve tentación cuando la eludimos y quedamos atrapados en ella sin obedecer. La tentación pone a prueba la firmeza de nuestra fe, aunque tenga el componente intrínseco de destruirnos. Por ello debemos decir que la prueba viene de Dios y la tentación del diablo, porque Dios no puede ser tentado por el mal, ni tienta a nadie; aunque muchas de nuestras pruebas nos parezcan ser tentaciones destructivas. Dios permite que lleguemos a momentos de máxima tensión antes de mostrarnos que ya ha provisto la salida para poder soportar. Abraham, que había alzado su mano en obediencia sobre su hijo Isaac, ahora alza sus ojos —es la misma persona, el mismo suceso, la misma secuencia— para ver la provisión de Dios. Había un carnero a sus espaldas que antes no había visto, y que ahora está ante sus ojos. El padre de la fe creyó que Dios proveería (22:8), que volvería con su hijo después de adorar (22:5) al lugar donde dejó a los siervos que le acompañaban; pero se equivocó en la imagen que tuvo de la provisión de Dios. Creyó que sería un cordero, sin embargo, la provisión vino en forma de carnero. Lo aceptó de todas formas. Preparémonos para sorpresas que no encajen con toda nuestra imaginación. También en algunas doctrinas que no están cerradas en la Escritura. Israel esperaba un libertador político y vino un siervo humilde. La iglesia tiene sus expectativas de cómo serán los últimos tiempos, sin embargo, estoy seguro que seremos sorprendidos más allá de las ideas fijas que nos hayamos hecho, aunque lo importante es que el Señor vendrá, y en su monte habrá provisión.

Dios ya ha provisto un cordero para suplir las necesidades vitales del hombre: perdón de pecados, paz con Dios, salvación y vida eterna.

50

La bendición de Dios a todas las naciones

Por mi mismo he jurado, dice YHWH, que por cuanto has hecho esto, y no me has rehusado tu hijo, tu único hijo; de cierto te bendeciré, y multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y como la arena que está a la orilla del mar, y tu descendencia poseerá las puertas de sus enemigos. En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra, por cuanto obedeciste mi voz (Génesis 22:16-18)

La provisión que viene de Dios no es para retenerla uno mismo, si no para bendecir a todas las naciones de la tierra. No para que sea engrandecido el portador de las promesas, si no para que sea glorificado el Autor y consumador de ellas. Todo procede de Dios. *Porque en él vivimos, nos movemos y somos. Todo es por medio de Él y para Él*. El fin de la soberana voluntad del Eterno no es elevar a unos por encima de otros, sino para tener misericordia de todos. Pero escoge un canal. Un hombre obediente y de fe. Llamó a Abram para establecer su propósito en el hijo de la promesa, Isaac. Eso es inalterable, eterno. *Irrevocables son los dones y el llamamiento de Dios*. *Para siempre permanece su palabra en los cielos*. El alcance y despliegue de la bendición de Dios llega a todas las naciones. No es retenida por un hombre, una familia o un pueblo. Pero el Señor escoge un hombre, una familia, un pueblo. Todo ello para dar cauce a la simiente que habría de venir, la simiente prometida el mismo día de la caída en pecado (Gn.3:15). Ahora se concreta en una familia específica para llegar a todas las familias de la tierra. La obediencia de Abraham liberó la voz de Dios. Juró por sí mismo para bendecir y multiplicar su descendencia como las estrellas del cielo y la arena del mar, para que poseyeran las puertas de sus enemigos… Aún habría enemigos que combatir. A pesar de la bendición de Dios, de su llamamiento y provisión, habría enemigos combatiendo contra la simiente bendita. El dragón se posicionó delante de la mujer que estaba para dar a luz y devorar al hijo que iba a nacer (Apc.12). Este conflicto es inevitable mientras vivamos en el presente siglo malo. Pero el que nacerá, vencerá… Y morirá… Y volverá a vivir… Y regresará para juzgar a vivos y muertos… Y darnos herencia entre los santificados: hechos semejantes a él, glorificados, porque le veremos tal como él es.

La simiente que había de venir ya tiene encaminado su destino. Será hijo de Abraham y de Isaac, trayendo bendición a todas las naciones de la tierra.

51

El regreso al punto de partida

Y volvió Abraham a sus siervos, y se levantaron y se fueron juntos a Beerseba; y habitó Abraham en Beerseba (Génesis 22:19)

La revelación de Dios en la Escritura contiene momentos estelares y otros cotidianos. Lo trascendente y temporal se dan la mano continuamente. No existe un misticismo estático y perenne. Hay días buenos y malos. Días de revelación y otros de monótono sopor. No todos los días son viernes. Después de la subida al monte Moriah, hay un descenso y regreso a la vida cotidiana. Lo hubo también en el monte de la transfiguración. Arriba gloria, abajo un padre impotente con un hijo atormentado por un demonio, y los discípulos sin capacidad para poder ayudarle. Ambas escenas forman parte de la vida. Abraham aúna todas ellas. Después de hacer un pacto con Abimelec en Beerseba, el patriarca plantó un árbol tamarisco, e invocó allí el nombre de YHWH Dios eterno. Y moró Abraham en tierra de los filisteos muchos días (Gn. 21:32-34). Luego, súbitamente, de manera inesperada, *«probó Dios a Abraham»* (22:1). Muchos días viviendo plácidamente en Beerseba y de pronto surge la prueba. Se inicia todo el recorrido que hemos visto en las meditaciones anteriores, culminando en la provisión, la bendición y la ratificación del pacto de Dios con el padre de la fe. Ahora la cortina del escenario abierto se cierra, la revelación da paso a la vida diaria. Pero lo que ha nacido de Dios, lo que ha salido de su boca, tiene cumplimiento. Ha sido establecido en el cielo y ratificado en la tierra. Lo acontecido en el monte Moriah quedará recogido en el Libro para todos los pueblos. La vida de Abraham continuará algunos años más, unos treinta ocho años. En ese tiempo el patriarca no volverá a tener más relevaciones recogidas en la Escritura. La vida contidiana se impuso. Varios sucesos del peregrinaje de Abraham son relatados: la muerte de Sara, la boda de Isaac con Rebeca, el nuevo matrimonio de Abraham con Cetura del que nacieron al menos seis hijos más. Todo ello en los treinta y ocho años siguientes a la bajada del monte Moriah. Abraham volvió a sus siervos, a quienes había dicho: *«Esperad aquí con el asno, y yo y el muchacho iremos hasta allí y adoraremos, y volveremos a vosotros»* (22:5). Y juntos regresaron a Beerseba de donde habían partido.

Debemos estar dispuestos a regresar a la vida cotidiana después de haber andado en obediencia como hizo Abraham en su regreso de Moriah.

52

Isaac recibe la herencia de Abraham

Y Abraham dio todo cuanto tenía a Isaac. Pero a los hijos de sus concubinas dio Abraham dones, y los envió lejos de Isaac su hijo, mientras él vivía, hacia el oriente, a la tierra oriental (Génesis 25:5-6)

El Dios de la Biblia es el Dios de Abraham e Isaac, luego de Jacob y el pueblo de Israel hasta la manifestación del Mesías, la simiente que había de venir para bendición de todas las familias y naciones de la tierra. La Escritura pone mucho énfasis en que no haya duda en esto. La simiente santa, apartada y escogida soberanamente por el Eterno, debe seguir el camino trazado. Abraham tuvo muchos hijos, de él vienen muchas naciones, pero uno solo de sus descendientes es llamado *«Isaac su hijo»,* el hijo de la promesa. No hay otro camino. *Hay un solo Dios y un solo mediador, entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre*. *Porque no hay otro nombre bajo el cielo dado a los hombres en el cual podemos ser salvos que Jesucristo*. Este énfasis está por toda la Escritura. Evitar esta revelación, oponerse a ella o inventarse otra simiente, es oponerse a Dios, imaginar de nuestro propio corazón una salvación a la medida del hombre, –el hombre religioso–, en oposición al único Dios, el Dios de Abraham e Isaac, según el recorrido que hemos hecho hasta ahora. *«Abraham dio todo cuanto tenía a Isaac»,* pero también dio dones a los otros hijos, y los separó. De la misma manera que en el principio Dios separó la luz de la tinieblas y el día de la noche. Esta era la palabra de Dios a Abraham: *«Ciertamente Sara tu mujer te dará a luz un hijo, y llamarás su nombre Isaac; y confirmaré mi pacto con él como pacto perpetuo para sus descendientes después de él… Mas yo estableceré mi pacto con Isaac, el que Sara te dará a luz»* (Gn. 17:19,21). Y en otra ocasión le dijo: *«En Isaac te será llamada descendencia»* (Gn.21:12). Abraham se mantuvo en la palabra dada por el Señor. Permaneció en ella. Por tanto, antes de *«ser unido a su pueblo»* transmitió la herencia a Isaac, junto con la certeza de que el pacto hecho por Dios se consolidaba a través de su hijo Isaac. Otros pueden reclamar ser herederos de Abraham, pero solo *en Isaac te será llamada descendencia*, porque de Isaac viene la simiente prometida a Adán y Eva para vencer a la serpiente. Un enemigo sembrará cizaña por la noche, pero la verdad se abrirá camino para que el propósito de Dios de bendecir a todas las naciones se cumpla…

La Escritura muestra una línea genealógica a través de la cuál vendrá la simiente escogida para bendecir a todas las familias de la tierra.

53

Dios confirma la promesa a Isaac

Y se le apareció YHWH [a Isaac], *y le dijo: No desciendas a Egipto; habita en la tierra que yo te diré. Habita como forastero en esta tierra, y estaré contigo, y te bendeciré; porque a ti y a tu descendencia daré todas estas tierras, y confirmaré el juramento que hice a Abraham tu padre. Multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo, y daré a tu descendencia todas estas tierras; y todas las naciones de la tierra serán benditas en tu simiente…* (Génesis 25:5-6)

Abraham ha muerto pero la palabra de Dios sigue su curso. Como dijo Jesús: *«El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán».* Se suceden las generaciones, pero la eterna palabra de Dios, el juramento hecho, el pacto realizado con Abraham se mantiene intacto. Los hombres y mujeres peregrinan en la tierra, reciben la bendición de Dios, luego parten a la eternidad; sin embargo, la palabra que ha salido de la boca de Dios permanece, es eterna, no cambia. La misma palabra se abre camino en aquellos que han sido llamados por Dios. Pasa de generación en generación. Dios no cambia, no hay sombra de variación en Él. Es Inmutable. Su palabra permanece para siempre. Es importante que entendamos esto en un mundo que está en continuo cambio y variación. En medio de las corrientes de pensamiento que van y vienen, ideologías y culturas diversas, la voz del pacto se mantiene firme. *«Para siempre, oh YHWH, permanece tu palabra en los cielos; de generación en generación es tu fidelidad»* (Sal. 119:89,90). La promesa dada a Abraham pasa ahora al hijo de la promesa, Isaac. Una promesa ratificada en un pacto que contiene lo siguiente: (1) Heredar la tierra de Canaán para siempre. (2) Ser su Dios. (3) Descendencia, una nación. (4) Ser la simiente de bendición a todas las naciones de la tierra. Recordemos que la promesa se inició el mismo día de la caída en pecado. Fue dada a Adán y Eva el día del juicio (Gn. 3:15). Vendría la simiente de la mujer, un hijo, que vencería a la simiente de la serpiente, el diablo. Para llevar a cabo sus planes, el Señor se ha buscado un hombre, Abraham; una mujer, Sara; y un hijo prometido, Isaac. Hay otros hijos, familias y naciones, pero la promesa de Dios, el pacto realizado con Abraham tiene una vía marcada a través de Isaac. Torcer este camino es salirse de la voluntad de Dios. Isaac ha recibido la visitación del Eterno para confirmar el juramento y que éste sea consciente de ser el portador de la simiente que habrá de venir.

Hay un camino de salvación marcado desde el principio. Viene de la simiente de Abraham e Isaac para bendecir a todas las naciones de la tierra.

54

El Dios de Abraham e Isaac

Y se le apareció YHWH aquella noche, y le dijo: ***Yo soy el Dios de Abraham tu padre****; no temas, porque yo estoy contigo, y te bendeciré, y multiplicaré tu descendencia por amor de Abraham mi siervo. Y edificó allí un altar, e invocó el nombre de YHWH, y plantó allí su tienda; y abrieron los siervos de Isaac un pozo* (Génesis 26:24-25)

Por segunda vez Dios se aparece a Isaac. En la primera ocasión le pidió que no descendiese a Egipto, que se quedara en la tierra de Canaán y Él le bendeciría durante una crisis económica que azotó la zona. Isaac obedeció siguiendo el camino de fe de su padre. La fe de Abraham había sido transmitida a Isaac. Dios la confirmó en su vida apareciéndose a él en Beerseba. El mensaje era claro: *«Yo soy el Dios de Abraham tu padre».* No había nuevas revelaciones, era el mismo camino, la misma promesa, el mismo pacto, y por supuesto el mismo Dios. Las palabras que Dios habló en esta ocasión a Isaac son las mismas que un tiempo antes había anunciado a Abraham, y que se repetirán una y otra vez a lo largo de la Escritura a su pueblo: *«No temas, yo estoy contigo, te bendeciré y multiplicaré tu descendencia»*. El hombre de Dios es temeroso a menudo, tiende a sentirse solo, necesita ser bendecido y transmitir la fe recibida a su descendencia. Todas estas necesidades son las que el Señor responde cuando se aparece a Isaac. Dios conoce nuestra condición. Se anticipa a nuestros pensamientos. *«Él nos hizo, y nosotros a nosotros mismos»*. Sabe que somos polvo, una especie de neblina que aparece por la mañana y a la tarde se desvanece. La respuesta de Isaac nos indica cuáles deben ser nuestras prioridades en la vida. Lo primero que hizo fue edificar un altar, poner en el centro de su vida al Todopoderoso, e invocar su nombre. Sabe que de Él viene su salvación y fortaleza. Luego planta su tienda, edifica su casa sobre la Roca, como la enseñanza de Jesús; y por último, abre un pozo que indica la ocupación y labor que desarrolla como ganadero. Por tanto, primero Dios, luego la familia, después el trabajo. Ese es el orden de prioridades que aparece en la Escritura. *«Busca primero el reino de Dios y su justicia, y todas las demás cosas vendrán por añadidura».* La familia portadora de la simiente santa que habría de venir está en marcha, nos enseña que el Dios creador, que caminó con Enoc e hizo pacto con Noé, es el mismo que llamó a Abraham y que ahora se revela a su hijo Isaac.

El Dios de Abraham es el mismo que el Dios de Isaac; y su descendencia ha sido escogida para transmitir la fe en el único Dios.

55

La soberanía de Dios es impenetrable

Y los hijos luchaban dentro de ella; y dijo: Si es así, ¿para qué vivo yo? Y fue a consultar a YHWH; y le respondió YHWH: Dos naciones hay en tu seno, y dos pueblos serán divididos desde sus entrañas; el un pueblo será más fuerte que el otro pueblo, y el mayor servirá al menor (Génesis 25:22-23)

Rebeca, la mujer de Isaac, tuvo dificultades para concebir. Esta dificultad fue un denominador común en las familias patriarcales. Isaac oró al Señor y Rebeca concibió en su vientre. Desde el inicio de su embarazo experimentó una lucha interna. Algo no andaba bien en su interior, esto le produjo aflicción y desdicha, por lo que fue a consultar a Dios sobre su situación. La respuesta que recibió, recogida en el texto que nos ocupa, tuvo que dejarla perpleja, aunque aceptó su veredicto y estuvo muy presente a lo largo de su vida. Por su parte Isaac fue movido más por la tradición cultural sobre los primogénitos. Tenemos en este suceso uno de esos episodios difíciles de comprender. La soberanía de Dios no se puede penetrar. Es insondable. Hay que aceptarla y colaborar con ella. Jesús nos enseñó a orar: «*Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra».* No podemos pelear contra Dios *«¿Somos más fuertes que Él?»* (1 Co.10:22). Isaac no parece haber entendido bien esta verdad, y su empeño fue transmitir la bendición a Esaú. Sin embargo, *«como está escrito: A Jacob amé, mas a Esaú aborrecí»* (Ro.9:13) (Mal.1:2,3). Sin obras anteriores. Escogido el menor antes de nacer. *«¿Qué, pues, diremos? ¿Qué hay injusticia en Dios? En ninguna manera»* (Ro. 9:14). Tenemos un conflicto que se inicia en el vientre de una mujer. Dos naciones, dos pueblos divididos desde las entrañas, uno será más fuerte que el otro, y el mayor servirá al menor. *«Cuando se cumplieron sus días para dar a luz, he aquí había gemelos en su vientre. Y salió el primero rubio, y era todo velludo como una pelliza; y llamaron su nombre Esaú. Después salió su hermano, trabada su mano al calcañar de Esaú; y fue llamado su nombre Jacob*». El apóstol nos dirá: *«predestinados desde antes de la fundación del mundo… y escogidos desde el vientre de la madre»*. ¿Incomprensible? ¿Impenetrable? Es la soberanía de Dios que llama a quién quiere. La simiente de la mujer tiene aquí un cruce de caminos. Los dos son hijos de Isaac y Rebeca, pero uno solo el portador de la bendición de Dios para todas las naciones de la tierra. El desarrollo posterior mostrará que el llamamiento desde el vientre de Rebeca contenía la sabiduría de Dios.

La soberanía de Dios puede sorprendernos pero siempre es más sabio colaborar con ella que oponerse a sus designios.

56

Isaac transmite la bendición de Abraham a Jacob

Y el Dios Omnipotente te bendiga, y te haga fructificar y te multiplique, hasta llegar a ser multitud de pueblos; y te dé la bendición de Abraham, y a tu descendencia contigo, para que heredes la tierra en que moras, que Dios dio a Abraham (Génesis 28:3-4)

A Isaac le costó casi una vida entera comprender que Dios había escogido a Jacob en lugar de Esaú. Por su parte Rebeca lo sabía desde que los hijos estaban en su vientre. Seguramente lo había compartido con su esposo, pero en Isaac la fuerza de la tradición tenía tanto peso que le costaba comprender que la bendición no fuera para su primogénito Esaú, aunque los hechos de su vida ya habían anunciado el desprecio que sentía por la primogenitura. La Escritura dice: *«Así menospreció Esaú la primogenitura».* Sin embargo, su padre Isaac no parece haberse dado cuenta, porque llegado el tiempo de su vejez, cuando sus ojos se habían oscurecido y quedado sin vista, llamó a Esaú su hijo mayor para que le preparara comida de caza y poder darle la bendición que su padre Abraham le había transmitido a él. *«Hazme un guisado como a mí me gusta, y tráemelo, y comeré, para que yo te bendiga antes que muera»* (Gn. 27:1-4). Pero Rebeca, su mujer, que lo había oído, y en este caso tenía más comprensión de la revelación de Dios que su propio marido, ideó un plan para que fuera Jacob el que recibiera la bendición. Solo cuando se impusieron los hechos consumados fue que Isaac pareció darse cuenta que no tenía otra alternativa que pasar la bendición de su padre Abraham a Jacob. Y es aquí donde nos encontramos con el texto que queremos meditar hoy. Isaac llamó a Jacob y lo bendijo. Lo hizo en el nombre del Dios Omnipotente, el Dios de su padre Abraham, para que la palabra dicha al padre de la fe pasara ahora a su nieto Jacob. Esa bendición contenía ser fructífero y multiplicarse hasta llegar a ser multitud de pueblos, ser la nación portadora de la bendición de Dios, y heredar la tierra donde estaban y que el Eterno había prometido a Abraham mediante juramento, la promesa y el pacto. Una vez más vemos la paradoja en el devenir de los llamados de Dios, porque transmitida la bendición a Jacob aún le quedaba un largo camino hasta llegar a heredar lo que se le había prometido. Comenzada para él un largo peregrinaje en soledad, abandonar su hogar y caminar en fe saliendo de su casa, como había hecho su abuelo anteriormente.

Está escrito que *«no depende del que quiere, ni del que corre, sino de Dios que tiene misericordia».* Así fue para Esaú y también para Jacob.

57

Dios confirma el llamamiento de Jacob

Salió, pues, Jacob de Beerseba, y fue a Harán… Y soñó: y he aquí una escalera… YHWH estaba en lo alto de ella, el cual dijo: Yo soy YHWH, el Dios de Abraham tu padre, y el Dios de Isaac; la tierra en que estás acostado te la daré a ti y a tu descendencia… y todas las familias de la tierra serán benditas en ti y en tu simiente… y volveré a traerte a esta tierra; porque no te dejaré hasta que haya hecho lo que te he dicho (Génesis 28:10-15)

Jacob ha salido de su casa solo. Atrás queda la seguridad del hogar de los padres, y un hermano que le aborrece y ha jurado matarle cuando falten sus padres. Camina con la bendición de Isaac, pero las circunstancias no han variado mucho. Comienza una andadura de fe errante y solitaria, hasta que llegada la noche y echado a dormir, el Señor se le aparece en sueños. La visión de Jacob le mostró en primer lugar que no estaba tan solo como imaginaba. Una multitud de ángeles subían y bajaban por la escalera, y en lo alto el Dios Omnipotente. El Señor le dijo: *«Yo estoy contigo, y te guardaré por dondequiera que fueres»*. Le confirmó lo que su padre había orado en la bendición con la que le despidió. No es que Dios confirma la palabra de los hombres, si no que los hombres de Dios se afirman en lo que Él ha dicho. Isaac le bendijo porque el Señor lo había escogido con anterioridad, desde el vientre de su madre, y ahora, confirma y ratifica que se está moviendo en su perfecta voluntad. Las circunstancias eran movibles, pero en medio de ellas se abre camino la eternidad de la palabra de Dios. Una vez más vemos que Aquel que se está revelando a Jacob es el mismo que llamó a Abraham. *«Yo soy YHWH, el Dios de Abraham tu padre, y el Dios de Isaac»*. Le da la promesa de heredar la tierra. Confirmada a Isaac y ratificada a Jacob. Tierra y descendencia. Además era el portador de la simiente que traería la bendición a las naciones. Un hombre solo y atemorizado portador de la esperanza para todas las familias de la tierra. Todos dependientes del devenir de un hombre, pero un hombre llamado soberanamente por el Todopoderoso. La salvación es de Dios. El poder es de Dios. La obediencia es nuestra. Caminar en fe es el camino que tenemos por delante para agradarle. Aunque sentimos la soledad y la impotencia, nos hemos acercado *«al monte de Sion, a la ciudad del Dios vivo, Jerusalén la celestial, a la compañía de muchos millares de ángeles…»,* como los que subían y bajaban por la escalera que vio Jacob.

El mensaje de la cruz es locura, de la misma forma que la bendición de todas las familias depende de un solitario, errante y atemorizado Jacob.

58

Regreso a la tierra del pacto

También YHWH dijo a Jacob: Vuélvete a la tierra de tus padres, y a tu parentela, y yo estaré contigo… Yo soy el Dios de Bet-el, donde tu ungiste la piedra, y donde me hiciste un voto. Levántate ahora y sal de esta tierra, y vuélvete a la tierra de tu nacimiento (Génesis 31:3,13)

Han transcurrido veinte años. La vida de Jacob ha pasado por un largo recorrido. Ha experimentado el engaño de su suegro Labán dándole como mujer a Lea en lugar de Raquel. Curiosamente el mismo tipo de manipulación que él mismo había realizado en connivencia con su madre. Se cumple el principio: *«no os engañéis; Dios no puede ser burlado: pues todo lo que el hombre sembrare, eso también segará».* Jacob tuvo que trabajar otros siete años por Raquel, más los siete por Lea. Los primeros le parecieron pocos porque la amaba, pero los siguientes siete años debieron ser pesados para él. Lo mismo ocurrió los siete años de abundancia en Egipto, estos pasaron pronto, pero los siete de escasez se hicieron pesados en gran manera. El misterio del tiempo. Los periodos de gozo parecen pasar rápido, sin embargo, los tiempos de aflicción se vuelven densos y molestos. Por otro lado, los años que sirvió Jacob por Lea fueron muy fructíferos, por cuanto dio a luz muchos hijos, mientras que los años por Raquel no resultaron provechosos en la misma medida. Sin embargo, Lea era menospreciada, y Raquel estéril. El Señor miró la aflicción de Lea y le concedió hijos: **Rubén** («*ved un hijo*»); **Simeón** («*por cuanto oyó Dios que era menospreciada*»); **Leví** («*esta vez se unirá mi marido conmigo, porque le he dado a luz tres hijos*»); **Judá** («*esta vez alabaré a YHWH*»); **Isacar** («*Dios me ha dado mi recompensa*»); **Zabulón** («*Dios me ha dado una buena dote; ahora morará conmigo mi marido, porque le he dado a luz seis hijos*»). Después dio a luz una hija, la única de Jacob, **Dina**. Lea invocaba el Dios del pacto, YHWH, mientras que Raquel «*hurtaba los ídolos de su padre*» (Gn.31:19). Nacerían otros hijos a Jacob de las siervas de sus mujeres (**Dan, Neftalí, Gad y Aser**). Raquel tuvo dos hijos: **José** («*Él añade*»); y **Benjamín** («*hijo de la mano derecha*»). Luego Jacob trabajó seis años más por el ganado de su suegro, y el que había salido solitario de la casa de sus padres tomaba el camino de regreso –después que el semblante de Labán hubiera cambiado–, y Dios le dijera que regresara a la tierra de sus padres.

Veinte años de formación familiar para Jacob antes de regresar a la tierra del pacto. Salió solo y regresaba con varios campamentos.

59

El temor de las deudas pendientes

Entonces Jacob tuvo gran temor, y se angustió… Y dijo Jacob: Dios de mi padre Abraham, y Dios de mi padre Isaac, YHWH que ***me dijiste****: Vuélvete a tu tierra y a tu parentela, y yo te haré bien… Líbrame ahora de la mano de mi hermano…* ***Y tú has dicho****: Yo te haré bien, y tu descendencia será como la arena del mar, que no se puede contar por la multitud* (Génesis 32:7,9,11,12)

Veinte años después de salir de su casa el temor a la amargura de su hermano seguía tan vivo como el primer día. Las deudas pendientes del pasado no se solucionan con el tiempo, se acumulan. De poco serviría a Jacob la autoayuda de la psicología moderna que presenta este tipo de argumentos: «no hay que vivir del pasado», «hay que pasar página», «es necesario rehacer tu vida». Si tenemos deudas pendientes continuaremos teniéndolas si no han sido saldadas, aunque hayan pasado veinte años. Está escrito: *«Pagad a todos lo que debéis: al que tributo, tributo; al que impuesto, impuesto; al que respeto, respeto; al que honra; honra. No debáis a nadie nada, sino el amaros unos a otros; porque el que ama al prójimo ha cumplido la ley»* (Rom.13:7-8). Jacob conocía esta verdad. El recuerdo de su salida huyendo de Esaú rebrotó ahora con fuerza en su interior. Cobró vida. La memoria se activó. Los recuerdos de sus hechos pasados angustiaron su conciencia y su alma quedó presa del temor. *«Jacob tuvo gran temor y se angustió»*. Pero también conocía otro principio impreso en las páginas del Libro: *«La dádiva del hombre le ensancha el camino»* (Pr.18:18); y: *«La dádiva en secreto calma el furor, el don en el seno, la fuerte ira»* (Pr. 21:14). Jacob no huyó de la realidad, se enfrentó a ella. Su regreso a la tierra del pacto pasaba por el reencuentro con un hermano herido. En su impotencia y angustia clamó al Señor, y lo hizo recordándole sus propias palabras: *«me dijiste: vuelve a tu tierra y tu parentela… tú has dicho: Yo te haré bien».* Jacob camina sobre la palabra de Dios; como Pedro anduvo sobre las aguas por la palabra del Maestro. Esaú será vecino de Israel en el futuro y en lo que dependa de él debe estar en paz con su hermano. Esaú es el monte Seir, frontera de la tierra prometida. Ahora toca la reconciliación, y verdaderamente Jacob saldrá fortalecido de este reencuentro. Sus temores eran más grandes que la realidad; pero seguramente la oración a Dios, la nueva humildad de Jacob, y la obediencia a la palabra del Señor hicieron que las circunstancias fueran benignas y las heridas cerradas… por ahora.

No nos engañemos. Las deudas pendientes vendrán a pedir la cuenta no saldada en su debido momento. Aprendamos de Jacob y pongámonos a cuenta.

60

La soledad inevitable para aferrarse a Dios

Así se quedó Jacob solo; y luchó con él un varón hasta que rayaba el alba. Y cuando el varón vio que no podía con él, tocó en el sitio del encaje de su muslo, y se descoyuntó el muslo de Jacob mientras con él luchaba… No te dejaré, si no me bendices… Y lo bendijo allí. Y llamó Jacob el nombre de aquel lugar, Peniel [el que lucha con Dios]; *porque dijo: Vi a Dios cara a cara, y fue librada mi alma. Y cuando había pasado Peniel… cojeaba de su cadera* (Génesis 32:24,25,26,29,30,31)

Después del temor la soledad. Hay temores internos en el alma humana que deben ser atravesados en soledad. El temor de Jacob no le paralizó, si no que activó su vida espiritual de una forma renovada. Lo que había conseguido en veinte años podía ahora quedar reducida a nada. ¡Tanto trabajo para el fuego! Así son las obras de la carne y lo que edificamos sobre heno, paja y hojarasca. Era de noche. Jacob enfrentaba una etapa crítica en el desarrollo de su vida. Habrá otras, pero esta pondrá un fundamento estable en su vida. Aferrado a Dios y su palabra, no está dispuesto a perderlo todo por las deudas del pasado, por el temor del presente o la soledad que lo atenaza. Todo ello levantó en el nieto de Abraham una fortaleza nueva no descubierta hasta ahora. La experiencia del pasado (¡hacía veinte años!) en Bet-el (*«casa de Dios»*), tendrá ahora su continuación en Peniel (*«el que lucha con Dios»*). La determinación de Jacob fue tan fuerte que se aferró al ángel de YHWH para que lo bendijera. Veo a Jacob aferrado a su única esperanza de salir airoso de este cruce de caminos en su vida. Su única esperanza está en Dios. No hay más. «Solo Dios basta», dirá el místico. La impotencia de la situación lo ha colocado en una posición única: luchar o morir. Conseguir la bendición de Dios o caer en manos de un hermano airado. En el forcejeo se hace de día. Parece que el ángel de Dios tiene prisa por regresar a alguna parte, y no tiene más remedio que herir a Jacob para quitárselo de encima, pero no sin antes bendecirle y responder a su petición. El patriarca en ciernes ha luchado con Dios, le ha visto cara a cara y ha sido librada su alma. Los hijos de Israel han aprendido de su padre. Claman y claman hasta conseguir que el brazo de Dios les sea favorable. El salmista hace lo mismo una y otra vez. El libro de Salmos es nuestro granero de oraciones para aferrarnos a Dios y no soltarle hasta que se levante su justicia y resplandezca el Lucero de la mañana en nuestros corazones. Y cuando Jacob había pasado su Peniel… cojeaba de su cadera.

Este episodio de la vida de Jacob debe afirmar nuestra vida de oración.

61

De nuevo en la tierra de sus padres

Y Jacob fue a Sucot, y edificó allí casa para sí, e hizo cabañas para su ganado; por tanto llamó el nombre de aquel lugar Sucot. Después Jacob llegó sano y salvo a la ciudad de Siquem, que está en la tierra de Canaán… y acampó delante de la ciudad. Y compró una parte del campo, donde plantó su tienda… Y erigió allí un altar, y lo llamó El-elohe-Israel [el Dios de Israel] (Génesis 33:17-20)

Dos hermanos: Jacob y Esaú. Dos pueblos: Israel y Edom. Un pueblo (Israel) será más fuerte que el otro (Edom); y el mayor (Esaú) servirá al menor (Israel). Podemos añadir aún más: *«A Jacob amé, pero a Esaú aborrecí».* Sin embargo, veamos las circunstancias de cada uno de ellos en estos momentos. Israel había estado atemorizado de Esaú y solo la oración de clamor desesperado lo libró para conseguir la bendición de Dios. Después de la reconciliación, los dos hermanos se separan, Esaú regresa a su territorio en el monte Seir, y se muestra mucho más fuerte que Jacob. Por su parte el hijo de la promesa, que había sido bendecido para ser portador de la simiente que bendecirá a todas las familias de la tierra, aparece débil, insuficiente, errante, sin morada fija. Según los estándares actuales, (incluyendo a muchos predicadores cargados del brillo de Egipto y embriagados de ambición personal), Jacob da pena, mientras que Esaú aparece como bendecido y fuerte (vino a Jacob con cuatrocientos hombres, casi una mega-iglesia), hecho a sí mismo, resolutivo y con una vida estable que es la «envidia» de los hijos de la promesa. *«Así volvió Esaú aquel día por su camino a Seir»* (Gn.33:16). Piensa. Los hermanos se han separado. Esaú regresa *«por su camino a Seir»,* donde ya se había establecido y heredado la tierra que Dios le dio. ¡Dios le dio! Pero Jacob tiene que edificar una casa, hacer cabañas para el ganado, plantar su tienda y erigir un altar que llamó El-elohe-israel, el Dios de Israel. Esaú regresa a una vida aparentemente fácil, establecida. Jesús dijo: *«No juzguéis según las apariencias».* Jacob es portador de la simiente que bendecirá a todas las familias de la tierra, aunque sus circunstancias actuales son muy distintas de las de su hermano Esaú que había menospreciado la primogenitura y el hacer la voluntad de Dios. Jacob vive en la tierra de la promesa como un peregrino errante. La cruz contiene las mismas paradojas en la vida de aquellos que están crucificados.

Ancha es la puerta, y espacioso el camino (Esaú) que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; estrecha es la puerta, y angosto el camino (Jacob) que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan.

62

Un altar en el punto de partida

Dijo Dios a Jacob: Levántate y ***sube a Bet-el, y quédate allí****; y* ***haz allí un altar*** *al Dios que te apareció cuando huías de tu hermano Esaú. Entonces Jacob dijo a su familia y a todos los que con él estaban: Quitad los dioses ajenos que hay entre vosotros… Y Levantémonos, y subamos a Bet-el; y haré allí un altar al Dios que me respondió en el día de mi angustia, y ha estado conmigo en el camino que he andado… Y llegó a Luz, que está en tierra de Canaán (ésta es Bet-el), él y todo el pueblo que con él estaba. Y* ***edificó allí un altar****, y llamó al lugar El-bet-el, porque allí le había aparecido Dios, cuando huía de su hermano* (Génesis 35:1-7)

La vida del hombre en la tierra es un peregrinaje. Jacob lo sabía. Fue lo que le dijo a Faraón cuando se encontró con él años más tarde: *«Jacob respondió a Faraón: Los días de los años de mi peregrinación son ciento treinta años; pocos y malos han sido los días de los años de mi vida…»* (Gn. 47:9). Una de las cosas que todo peregrino hace a lo largo de su vida es recordar los lugares por donde ha pasado. Hacer memoria. En la Escritura se enseña a regresar a las sendas antiguas (Jer.6:16), volver a los lugares donde tuvo lugar algún evento que marcó nuestro camino, y sobre todo, recordar cómo el Señor nos guió y guardó. El profeta Samuel dijo: *«Eben-ezer, hasta aquí nos ayudó el Señor»* (1 Sam.7:12). La filosofía moderna enseña a no mirar atrás, siempre adelante. Pura necedad. Necesitamos no olvidar de dónde venimos, quiénes somos y a dónde vamos. A Jacob le habló el Señor para hacerle recordar el día cuando había partido solo de casa de sus padres, y como se le había aparecido en Bet-el. Jacob hizo un voto. Una declaración. Ahora regresaba al mismo lugar. A los orígenes. No se trata de nostalgia, si no de memoria. Hubo un día cuando el Señor nos habló y nos sacó de Egipto, debemos recordarlo. La fiesta de la Pascua tiene ese motivo. Hubo un día cuando el Señor nos redimió en la cruz del Calvario y debemos recordarlo. *«Hacedlo en memoria»*. Aún había ídolos que quitar en la familia de Jacob. Era el momento de levantar un altar familiar. Debía recordar que cuando estaba en angustia el Señor le respondió; estuvo con él en todo el camino andado hasta ahora. Son las mismas palabras del profeta Jeremías: «*Establécete señales, ponte majanos altos, nota atentamente la calzada; vuélvete por el camino por donde fuiste, virgen hija de Israel, vuelve a estas tus ciudades»* (Jer.31:21) (Jer.6:16). Mantener la memoria nos permite avanzar.

Es necesario volver a los lugares donde el Señor nos habló para levantar un altar de adoración y gratitud por su fidelidad y provisión. Hacer memoria.

63

La renovación del pacto con Israel

Apareció otra vez Dios a Jacob… Y le dijo Dios: Tu nombre es Jacob; no se llamará más tu nombre Jacob, sino Israel será tu nombre; y llamó su nombre Israel. También le dijo: Yo soy el Dios omnipotente; crece y multiplícate; una nación y conjunto de naciones procederán de ti, y reyes saldrán de tus lomos. ***La tierra que he dado a Abraham y a Isaac, la daré a ti, y a tu descendencia*** *después de ti daré la tierra… Y llamó Jacob el nombre de aquel lugar donde Dios había hablado con él, Bet-el* (Génesis 35:9-15)

Dios hizo un pacto con Abraham, lo confirmó a Isaac y ratificó a Israel. El pacto tiene que ver con la tierra. No hay duda de cuál es la voluntad de Dios. La tierra de Canaán fue dada a los patriarcas de Israel. A partir de Jacob, cuyo nombre fue cambiado por Israel, ya no hay más personas individuales, ahora es un pueblo, el pueblo de Israel. Con este pueblo Dios hizo el pacto para que heredase la tierra, y fuera portador de la simiente que habría de venir para bendecir a todas las familias y naciones de la tierra. Un Dios, un pueblo, un pacto, una tierra, una simiente, —Yeshúa—, el Hijo de Dios. El salmista lo recoge también de forma inequívoca: *«Él es YHWH nuestro Dios; en toda la tierra están sus juicios. Se acordó para siempre de su pacto; de su palabra que mandó para mil generaciones, la cual concertó con Abraham, y de su juramento a Isaac. La estableció a Jacob por decreto, a Israel por pacto sempiterno, diciendo: A ti te daré la tierra de Canaán como porción de vuestra heredad».* (Sal.105:7-11). Hoy todavía asistimos a la empecinada rebelión de las naciones que quieren dividir la tierra de Israel. El último intento el del estado Vaticano, en un encuentro reciente del papa Francisco con Mahmud Abás, reconociendo dos estados en la tierra de Israel, es decir, su división. La voluntad de Dios ha sido expresada con claridad, pero los pueblos piensan cosas vanas. En el Salmo 83 encontramos que las naciones vecinas de Israel se confabulan para que Israel sea destruido y no sea nación. Curiosamente todas las naciones mencionadas son hoy naciones musulmanas. *«Han dicho: Heredemos para nosotros las moradas de Dios»* (Sal.83:12). Y en Joel 3:1-6 el Señor tiene juicio contra las naciones *«a causa de mi pueblo, y de Israel mi heredad, a quien ellas esparcieron entre las naciones, y repartieron mi tierra».* El pacto está vinculado a la tierra de Israel, donde regresará el Mesías para reinar sobre todas las naciones. Amén.

Dios es uno, su plan es uno, su pueblo es uno, la tierra es una, el Mesías es uno, el mensaje es uno. Debemos ser uno también con el plan de Dios.

64

El león de la tribu de Judá

Judá, te alabarán tus hermanos; tu mano en la cerviz de tus enemigos; los hijos de tu padre se inclinarán a ti. Cachorro de león, Judá… ***no será quitado el cetro de Judá****, ni el legislador de entre sus pies, hasta que venga Siloh; y a él se congregarán los pueblos* (Génesis 49:8-12)

Después de la confirmación del pacto a Israel la Escritura se centra en la historia de José. Durante varios capítulos asistimos al devenir de la vida del hijo predilecto de Jacob. José el soñador fue enviado a Egipto, vendido por sus hermanos, y pensando su padre que había muerto, el Señor estaba con él y después de varios años de pruebas y aflicciones terminó encumbrado como gobernador de Egipto. En la tierra prometida hubo hambre y Jacob tuvo que descender a Egipto. No fue fácil para él entenderlo aunque había sido anunciado a Abraham. *«Ten por cierto que tu descendencia morará en tierra ajena, y será esclava allí, y será oprimida cuatrocientos años… y después de esto saldrán con gran riqueza… En la cuarta generación volverán acá; porque aún no ha llegado a su colmo la maldad del amorreo hasta aquí»* (Gn.15:13-16). Dios tuvo que hablar a Israel para que comprendiera la necesidad de descender a Egipto. *«Y habló Dios a Israel en visiones de noche, y dijo: Jacob, Jacob. Y él respondió: Heme aquí. Y dijo: Yo soy Dios, el Dios de tu padre; no temas de descender a Egipto, porque allí yo haré de ti una gran nación. Yo descenderé contigo a Egipto, y yo también te haré volver; y la mano de José cerrará tus ojos»* (Gn. 46:2-4). Israel vivió diecisiete años en Egipto. Y llegado el momento de ser unido a su pueblo, mandó llamar a sus hijos para bendecirlos. Y es en la bendición de Israel a sus hijos donde encontramos el siguiente eslabón para saber de qué tribu vendría el Mesías, la simiente de la mujer. Rubén, el primogénito de Jacob, fue despojado de ese privilegio. *«No serás el principal, por cuanto subiste al lecho de tu padre; entonces te envileciste, subiendo a mi estrado»* (Gn. 49:4). Ese lugar lo ocupará su cuarto hijo. *«Judá, te alabarán tus hermanos… los hijos de tu padre se inclinarán a ti. Cachorro de león, Judá… no será quitado el cetro de Judá, ni el legislador de entre sus pies, hasta que venga Siloh; y a él se congregarán los pueblos»* (Gn.49:8-10). El león vino a ser la figura del estandarte de la tribu de Judá. De él vendría el legislador, el que tiene el cetro, hasta que venga Siloh, un nombre relacionado con el Mesías.

La simiente de la mujer que habría de venir se concreta ahora en la tribu de Judá, que toma el papel de primogénito en las bendiciones de Israel.

65

José anuncia el retorno a la tierra de la promesa

Dios ciertamente os visitará, y os hará subir de esta tierra a la tierra que juró a Abraham, a Isaac y a Jacob. E hizo jurar José a los hijos de Israel, diciendo: Dios ciertamente os visitará, y haréis llevar de aquí mis huesos (Génesis 50:24-25)

Hay una insistencia en la revelación de Dios en el libro de Génesis sobre la importancia de que Israel sea establecido en la tierra de la promesa. El Señor ha escogido un lugar como habitación para que Israel desarrolle su propósito. La palabra siempre viene primero. Fue anunciada a Abraham. Se le dijo a Jacob que descendiera a Egipto; ahora es José quién se asegura que sus huesos sean devueltos a la tierra que el Señor juró a sus padres. Este pasaje aboga, no por la cremación —tan de moda en nuestros días y contraria a la Escritura— sino por la importancia que tiene ser enterrado en la tierra, es decir, por inhumación. La incineración o cremación está relacionada con el paganismo, mientras que la inhumación es la forma de enterramiento que muestra la Escritura y que Israel siempre ha mantenido. Hoy en día está prohibida la incineración en el Estado de Israel. Pero volvamos a nuestro recorrido. En el primer libro de la Biblia, que significa «principio», Bereshit en el Tanaj hebreo, encontramos muchos de los principios que luego se desarrollan a lo largo de toda la Escritura. Tenemos el inicio de la creación de Dios, el origen del hombre y el pecado, la primera profecía sobre la redención, las primeras civilizaciones, el comienzo de la familia que Dios escogió (Abraham y Sara) para introducir la promesa de la simiente que había de venir y bendecir a todas las naciones de la tierra. Tenemos el inicio de los pactos de Dios y la promesa de la tierra a Israel. También encontramos el fundamento de la justificación por la fe en la vida de Abraham, anterior a la ley dada a Moisés, por tanto, el embrión del evangelio. Encontramos la línea genealógica de la simiente de Dios, el hijo de la mujer: descendiente de Abraham, Isaac, Israel y ahora sabemos que sería de la tribu de Judá. El plan de salvación está encaminado. Ese plan pasa por el establecimiento de Israel en la tierra prometida. José lo sabía y mandó jurar a sus hermanos que cuando Dios los visitara y los hiciera subir de Egipto a la tierra que juró a sus padres deberían enterrar allá sus huesos. Pero antes serían redimidos, con mano fuerte, de la esclavitud de Egipto.

La salvación de Dios requiere un pueblo, una tierra y una simiente. Todo ello converge en Israel. La salvación viene de los judíos… el Mesías también.

66

El tabernáculo en el desierto: (I)

La esclavitud

Aconteció que después de muchos días murió el rey de Egipto, y los hijos de Israel gemían a causa de la servidumbre, y clamaron; y subió a Dios el clamor de ellos con motivo de su servidumbre. Y oyó Dios el gemido de ellos, ***y se acordó de su pacto con Abraham, Isaac y Jacob****. Y miró Dios a los hijos de Israel, y los reconoció Dios* (Éxodo 2:23-25)

Han pasado *«muchos días»* desde que muriera el rey de Egipto, aquel Faraón que había sido propicio al pueblo de Israel por la influencia que tuvo José sobre él. *«Entretanto, se levantó sobre Egipto un nuevo rey que no conocía a José»* (Ex.1:8). La descendencia de Abraham seguía creciendo y multiplicándose, tal como le había sido anunciado en el pacto (Ex.1:7). Sin embargo, las condiciones políticas cambiaron y el pueblo de Israel vino a ser esclavo de Faraón. La promesa seguía vigente, el pacto también, sin embargo, las circunstancias eran lamentables. En esa tesitura existe una predisposición del hombre a buscar a Dios. «*Los hijos de Israel gemían a causa de la servidumbre, y clamaron; y subió a Dios el clamor de ellos»*. Dios oyó el gemido *«y se acordó de su pacto con Abraham, Isaac y Jacob».* A esto solemos llamarlo tiempo profético, es decir, el tiempo de Dios para que su palabra se active y entre en acción llevando a cabo el propósito para el cual ha sido enviada. Han pasado años pero el pacto sigue intacto, está establecido para siempre en el cielo. La fidelidad de Dios hace que cobre vida, una vez más, el plan de redención. El cielo responde al clamor de la tierra. Dios actúa en respuesta al gemido de su pueblo, y éste lo hace basado en la palabra que ha salido de la boca de Dios. Todo un proceso circular. Es el *modus operandi* de Dios con su pueblo en toda la Escritura. Hay un pacto vigente. Una parte se ha cumplido: *«los hijos de Israel fructificaron y se multiplicaron, y fueron aumentados y fortalecidos en extremo, y se llenó de ellos la tierra»* (Ex.1:7). Pero otras partes del mismo pacto aún no se han cumplido: el pueblo vive como esclavo y necesita liberación para poder heredar la tierra de la promesa. Es allí donde pondrán por obra sus estatutos, ordenanzas y leyes, para ser un pueblo apartado y luz de las naciones.

Para heredar las promesas del pacto Israel debe ser liberado de la esclavitud de Egipto, y ésta viene mediante el clamor ante el trono de gracia.

67

El tabernáculo en el desierto: (II)

Un libertador y legislador

Pero cuando se acercaba el tiempo de la promesa, que Dios había jurado a Abraham, el pueblo creció y se multiplicó en Egipto… En aquel mismo tiempo nació Moisés, y fue agradable a Dios; y fue criado tres meses en casa de su padre. Pero siendo expuesto a la muerte, la hija de Faraón le recogió y le crió como a hijo suyo (Hechos 7:17-21)

Está escrito que *«todo tiene su tiempo debajo del sol»*. Desde aquel día fatídico cuando Adán y Eva desobedecieron el mandato de Dios tomando del árbol prohibido y acarreando juicio para sí y su descendencia, se puso en marcha el plan eterno, predeterminado, de redención. La primera promesa aparece en Génesis 3:15. Un hijo de mujer vendría para vencer la simiente de la serpiente. Ese plan se ha ido desarrollando progresivamente. Dios llamó a Abraham, Isaac y Jacob, de ellos vino el pueblo de Israel. El Señor hizo promesas y pactos con este pueblo de establecerlo en la tierra de Canaán. Antes deberían realizar un recorrido inevitable para que se desplegara el propósito de Dios en la tierra. El pecado nos destituyó de la gloria de Dios, –del vestido de gloria–, por tanto, necesitamos recuperar lo que se había perdido. Este plan redentor tiene diversas etapas y tiempos. En cada una de ellas se activa la palabra de Dios para realizar una parte del todo, hasta llegar a la plenitud predestinada en la eternidad. Seguir el desarrollo de este plan de salvación en la Biblia es una aventura única. Ver cómo se despliega y concreta paso a paso, respondiendo a un plan predeterminado, es un misterio de la revelación de Dios. Está abierto a los escogidos y su realización es imparable. Ahora se acercaba el tiempo de la promesa, ¿qué promesa? la que Dios le hizo a Abraham. Y «*en ese tiempo nació Moisés*». Tenemos al pueblo del pacto esclavo en Egipto, gimiendo por las pesadas cargas impuestas por Faraón. Ahora, la misma palabra y promesa, el mismo pacto, se activa una vez más para escoger el instrumento: Moisés, futuro libertador y legislador de Israel. Pero antes es expuesto a la muerte. Interesante. El mismo caso que Isaac cuando Abraham fue probado por Dios, también él fue expuesto a la muerte. Una vez más tenemos a una familia hebrea experimentando el privilegio y la aflicción de ser escogidos para llevar a cabo la tarea encomendada por el Eterno. El que guarda a Israel vela por Israel.

Un libertador y legislador ha nacido en el seno de una familia hebrea; expuesto a la muerte, Dios ha provisto la hija de Faraón para salvarle.

68

El tabernáculo en el desierto: (III)

El llamamiento a una función

¡Moisés, Moisés! Y él respondió: Heme aquí… Yo soy el Dios de tu padre, Dios de Abraham, Dios de Isaac, y Dios de Jacob… ***he visto*** *la aflicción de mi pueblo…* ***he oído*** *su clamor…* ***he conocido*** *sus angustias, y* ***he descendido*** *para librarlos… y sacarlos de aquella tierra a una tierra buena y ancha…* ***te enviaré*** *a Faraón, para que saques de Egipto a mi pueblo, los hijos de Israel…* (Éxodo 3:4-10)

La biografía de Moisés está ampliamente documentada en la Escritura. Su recorrido vital contiene tantos detalles impresionantes y ricos en enseñanza que podríamos detenernos en ellos y sacar un jugoso alimento para nuestras almas. Pero debemos avanzar en nuestro recorrido y procurar encontrar aquello que nos hemos propuesto, sin dejar algunas enseñanzas útiles para nuestros días. Moisés fue llamado por Dios para realizar una función y no para obtener títulos. Ya los había obtenido en Egipto. Los cuarenta años engullido por el desierto le depuró. Luego vinieron otros cuarenta de servicio y aflicción, porque escogió antes ser maltratado con el pueblo de Dios, que gozar de los deleites temporales del pecado. Moisés fue llamado a una función orientada hacia el pueblo, no hacia sí mismo: pastorear la grey de Dios sin enseñorearse de ella, ni apacentarse a sí mismo. Anteriormente al llamamiento de Moisés Dios había visto, oído, conocido y descendido para liberar a su pueblo de la esclavitud de Egipto. Y necesitaba un siervo para realizar buena parte de la obra. Está escrito del verdadero libertador: *«Entrando en el mundo dice: sacrificio y ofrenda no quisiste; mas me preparaste cuerpo… dije: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad»* (Heb.10:5-7). Dios necesita un cuerpo para redimir al pueblo. Necesitó a Moisés para hacer su voluntad y sacar al pueblo de Egipto. Una y otra vez se le dice que quién le habla es el Dios de sus padres. No hay duda posible. Es la misma revelación dada a Abraham y su descendencia. El propósito es de Dios. La salvación es de Dios. El servicio es de los llamados, sus colaboradores, embajadores, administradores; y se requiere de los administradores que sean hallados fieles. Moisés lo fue en toda la casa de Dios, como siervo; pero Cristo como hijo sobre su casa, la cual casa somos nosotros… (Heb.3:1-6).

El Señor nos llama a servirle pensando en el bienestar de su pueblo no en nuestra propia realización personal. El siervo se gloría en su Señor.

69

El tabernáculo en el desierto: (IV)

El juicio decretado

Ten por cierto que tu descendencia morará en tierra ajena, y será esclava allí, y será oprimida cuatrocientos años. Más también a la nación a la cual servirán, juzgaré yo; y después de esto saldrán con gran riqueza (Génesis 15:13-14)

El día de la liberación de Israel coincide con el día de juicio sobre Faraón. Antes hubo un tiempo de opresión, donde Faraón dominó y se enseñoreó sobre los hijos del pacto, mientras estos gemían y esperaban el día de su redención. Hay un juicio decretado sobre el diablo y sus ángeles. Fueron destronados en la cruz del Calvario, sin embargo, durante todo este tiempo han esclavizado a muchos, pero queda un día de juicio decretado en el consejo celestial para redimir al pueblo escogido y ejecutar el juicio sobre el impío, el hombre de pecado. Los israelitas estuvieron cuatrocientos años en Egipto, muchos de esos años fueron de opresión bajo la tiranía de Faraón. La promesa había sido dada, el pacto con Abraham realizado, sin embargo, transcurrió un tiempo indeterminado pero predeterminado para que se consumara el juicio sobre la nación opresora y el pueblo saliera para celebrar fiesta al Señor en el desierto. El mensaje de Moisés y Aarón a Faraón, una y otra vez, fue: *«Deja ir a mi pueblo a celebrarme fiesta en el desierto»* (Ex.5:1; 7:16; 8:1,20; 9:1,13; 10:3). El endurecimiento de Faraón respondía al plan de Dios para mostrar su salvación ante todas las naciones con brazo fuerte. Faraón estuvo dispuesto en varias ocasiones a dejarlos ir pero con limitaciones, reteniendo a sus hijos o sus ganados para obligarles a regresar a Egipto. Piensa. La redención es completa. «*Yo y mi casa serviremos al Señor».* Bien. El juicio sobre Egipto estaba decretado desde los días del pacto con Abraham, ahora era el tiempo de consumarlo. El salmista escribió que la alabanza en la congregación de los santos y el gozo de los hijos de Sión es el contentamiento del Señor; debían exaltar a Dios con sus gargantas para ejecutar venganza en las naciones, castigo entre los pueblos, *«para ejecutar en ellos el juicio decretado; gloria será esto para todos su santos»* (Sal.149:1-9). El juicio sobre Faraón se ha de consumar. La sangre de los mártires será vengada. El juicio sobre Babilonia, la gran ramera, ha sido decretado (Apc.19:1-2). Aún queda por delante el día de la redención de nuestros cuerpos para vestirnos de aquella nuestra habitación celestial. Esperamos la Jerusalén de arriba, pero antes el juicio decretado.

El juicio decretado precede a la redención final.

70

El tabernáculo en el desierto: (V)

La sangre del cordero

En el diez de este mes tómese cada uno un cordero según las familias de los padres, un cordero por familia… será sin defecto… y lo inmolará toda la congregación del pueblo de Israel entre las dos tardes. Y tomarán de la sangre, y la pondrán en los dos postes y en el dintel de las casas… Y la sangre os será por señal en las casas donde vosotros estéis; y veré la sangre y pasaré de vosotros (Éxodo 12:3,5,6,7,13)

La sangre del cordero inocente, sin defecto, libra del juicio de Dios sobre Egipto. Hay que tomar un cordero por familia, inmolarlo (no sirve un cordero vivo, el grano de trigo tiene que caer en tierra, y si no muere queda solo, pero si muere lleva mucho fruto), y tomar de la sangre (la vida está en la sangre, sin derramamiento de sangre –la vida– no hay remisión de pecados), ponerla en la puerta de la casa como señal del pacto, y cuando el ángel del juicio vea la sangre en esa casa pasará de vosotros. Está escrito: *«Ha sido lanzado fuera el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba delante de nuestro Dios día y noche. Y ellos le han vencido por medio de la sangre del Cordero y de la palabra del testimonio de ellos, y menospreciaron sus vidas hasta la muerte»* (Apc.12:10-11). La sangre nos protege del juicio de Dios y nos libra de la acusación del diablo. El profeta Isaías dijo que cuando hay juicios de Dios en la tierra los hombres aprenden justicia, pero mejor es desearlo en la noche (era noche en Egipto el día de la Pascua), y mientras dura el espíritu dentro de nosotros madrugar a buscarle (Is.26:9). No somos librados del juicio por un instante de sagacidad, si no hemos hecho el recorrido no alcanzaremos el día de la redención. El recorrido es el siguiente: Antes del tabernáculo, donde Dios pueda encontrarse con su pueblo en el desierto, necesitamos salir de la opresión, vivir tiempos de clamor y gemidos, necesitamos el llamamiento de un libertador, luego viene el juicio sobre los opresores, para llegar al cordero y su sangre inocente derramada. Después vendrá el paso del mar Rojo, y por fin el monte Horeb, Sinaí, las tablas del pacto, que son el certificado de matrimonio entre Dios y su pueblo. No hay atajos. Los que no entran por la puerta ladrones y salteadores son. Es necesario entrar por la puerta. Jesús es la puerta, y su sangre la que limpia y redime para evitar el justo juicio de Dios.

La promesa y el pacto conducen a la sangre del cordero que evita el juicio, nos saca de Egipto para servir a Dios, y nos lleva a la tierra prometida.

71

El tabernáculo en el desierto: (VI)

Las columnas de nube y fuego

Y YHWH iba delante de ellos de día en una columna de nube para guiarlos por el camino, y de noche en una columna de fuego para alumbrarles, a fin de que anduvieses de día y de noche. Nunca se apartó de delante del pueblo la columna de nube de día, ni de noche la columna de fuego (Éxodo 13:21-22)

Una vez consumado el sacrificio de la Pascua, la sangre vertida del cordero, el ángel del juicio pasando por las casas de los egipcios matando a todo primogénito (porque YHWH había dicho, «*Israel es mi primogénito*» Ex.4:22) y Faraón no había dejado salir al primogénito del Señor, ahora el juicio había caído sobre la casa de Faraón y los egipcios (Ex.4:23). A partir de este momento los acontecimientos se precipitan vertiginosamente. Israel ha salido con mano fuerte y poderosa de Egipto (Ex.13:9,14,16; 14:8). El Señor se puso al frente de su pueblo como Poderoso gigante. Iba delante de ellos de día en una columna de nube para guiarlos por el camino. La gloria que se había perdido un día aciago en el huerto del Edén y que había dado lugar a la pérdida del vestido de gloria, comunión y dirección; ahora retorna en forma de columna de nube para guiar a todo un pueblo de camino a la tierra prometida. Por la noche la columna se tornaba en fuego para alumbrarlos, con el propósito de que anduviesen todo el día sin parar. Pronto el camino se vuelve imposible, pero caminan con el «Omniposible». Esto no evita los temores del pueblo que ven como se acercan al mar y detrás acecha nuevamente el ejército de Faraón. El que ha venido a matar, robar y destruir los propósitos de Dios no decae en su empeño, pero hay uno que ha venido para dar vida y vida en abundancia. Cuando llegan al mar Rojo, en medio del pánico generalizado, Moisés recibe la orden de extender su vara sobre las aguas; no es tiempo de oración y clamor, si no de actuar y caminar. *«YHWH peleará por vosotros, y vosotros estaréis tranquilos»* (Ex.14:14). Entonces, *«el ángel de Dios que iba delante del campamento de Israel, se apartó e iba en pos de ellos; y asimismo la columna de nube que iba delante de ellos se apartó y se puso a sus espaldas, e iba entre el campamento de los egipcios y el campamento de Israel; y era nube y tinieblas para aquéllos, y alumbraba a Israel de noche»* (Ex.14:19-20). Después de la salvación, el bautismo. *«Y todos en Moisés fueron bautizados en la nube y en el mar»* (1 Co.10:2). Nadie puede detener la salvación de Dios.

Cuando la salvación de Dios traspasa la sangre expiatoria se activan los medios de gracia redentora para salir de Egipto con mano fuerte.

72

El tabernáculo en el desierto: (VII)

La fiesta de la libertad

YHWH es mi fortaleza y mi cántico, y ha sido mi salvación. Este es mi Dios, y lo alabaré; Dios de mi padre, y lo enalteceré. YHWH es varón de guerra; YHWH es su nombre (Éxodo 15:2,3)

La redención de Dios tiene distintas fases. El pueblo temeroso de Faraón, impotente ante el mar Rojo y perplejo por la gloria de Dios manifestada en la nube y en el fuego, ahora, en la otra orilla, después del bautismo en agua (la nube) y del Espíritu (el fuego) no puede contener el cántico nuevo: un canto de libertad. Es la fiesta que había sido anunciada a Faraón tiempo atrás. *«Moisés y Aarón entraron a la presencia de Faraón y le dijeron: YHWH el Dios de Israel dice así: Deja ir a mi pueblo a celebrarme fiesta en el desierto»* (Ex.5:1). Y cuando Faraón preguntó quienes habrían de ir a celebrar la fiesta, *«Moisés respondió: Hemos de ir con nuestros niños y con nuestros viejos, con nuestros hijos y con nuestras hijas; con nuestras ovejas y con nuestras vacas hemos de ir; porque es nuestra fiesta solemne para YWHW»* (Ex.10:8-9). Todo el pueblo escogido está incluido. El pueblo que salió de Egipto tenía ante él un largo camino. Muchos de los que habían celebrado la fiesta no pudieron entrar en la tierra prometida, quedaron postrados en el desierto por su desobediencia e incredulidad, dice el autor de Hebreos. Por tanto, no todos los redimidos de Egipto entran en Canaán. Son salvos así como por fuego. Sin fruto. Después de la fiesta viene el inicio del camino en el desierto. Llegan a *Mara* (amargura), y *Elim*, donde había fuentes de agua y palmeras, un oasis. Pero hay que llegar al monte Horeb, al Sinaí, donde el Señor se había aparecido a Moisés anteriormente, el monte de Dios (Ex.3:1,12). A menudo celebramos la fiesta demasiado pronto. El entusiasmo se desborda, las emociones (que son buenas y necesarias) pueden engañarnos sobre las metas que tenemos por delante. Pasar el mar Rojo era una primera etapa, pero la fiesta verdadera había que celebrarla en el monte de Dios, llegar al Sinaí y recibir el contrato matrimonial (las tablas del pacto) para celebrar los esponsales. A la Pascua le sigue la fiesta de los panes sin levadura siete días, luego viene Pentecostés, a los cincuenta días de la salida de Egipto. Pablo dice que debemos celebrar la fiesta con panes sin levadura, de sinceridad y de verdad.

La fiesta de la libertad debe dar lugar a un caminar de fe y obediencia para llegar a las siguientes etapas del camino. La salvación ha comenzado.

73

El tabernáculo en el desierto: (VIII)

La llegada a Sinaí

Habían salido de Refidim, y llegaron al desierto de Sinaí, y acamparon en el desierto; y acampó allí Israel delante del monte. Y Moisés subió a Dios; y YHWH lo llamó desde el monte, diciendo: Así dirás a la casa de Jacob… si diereis oído a mí voz, y guardareis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos… me seréis un reino de sacerdotes, y gente santa (Éxodo 19:2-6)

Después de la fiesta por la libertad recientemente adquirida, viene lo que se llama en la tradición judía el contrato matrimonial. Han llegado al monte donde el Señor ya había dicho a Moisés que debía llevar a su pueblo para que le sirviera (Ex.3:1,12). Aquí tendría lugar la entrega de la ley de Dios para que Israel la pusiera por obra en la tierra que había prometido a Abraham y su descendencia. Estamos ante un episodio clave en el devenir de la historia de Israel y de todas las naciones. Israel debía aceptar el contrato matrimonial con el Dios de sus padres. Lo hicieron pronto, y pronto lo rompieron. Cuando Moisés presentó la propuesta al pueblo de oír la voz de Dios y guardar su pacto para ser especial tesoro de Dios, un reino de sacerdotes y gente santa (apartada de las demás naciones), el pueblo aceptó rápidamente. *«Y todo el pueblo respondió a una, y dijeron: Todo lo que YHWH ha dicho, haremos»* (Ex.19:7,8). Luego Moisés estuvo cuarenta días en lo alto de la montaña recibiendo toda la ley de Dios, mientras tanto, el pueblo se cansó de esperar y persuadieron a Aarón para que les hiciera un becerro. Cuando Moisés bajó de la montaña y vio el espectáculo idólatra rompió las tablas; es decir, el contrato matrimonial para que el Señor fuera el esposo de Israel. No se pudo consumar el matrimonio, sí se mantuvo el desposorio, aunque pronto se apartaron y los profetas denunciaron ampliamente la fornicación espiritual de Israel con otros dioses. Todo esto es largo de contar y complicado de entender en algunos de sus extremos. Lo resumiremos de esta forma: Dios eligió a Israel. Israel fue infiel; y aunque recibió el repudio de su Señor, volvió a ser recuperada (recordemos el mensaje de Oseas) para llevar adelante el propósito eterno, ahora ya mediante el Mesías, con los redimidos de todo linaje, para celebrar las bodas del Cordero que se mencionan en Apocalipsis. El vestido de gloria vendrá con el esposo, emblanquecido con su sangre (Apc.7:9-17).

La fiesta de bodas debe esperar hasta que la novia se haya vestido de lino fino, la gloria recuperada, y haya llegado las bodas del Cordero.

74

El tabernáculo en el desierto: (IX)

La gloria sobre el monte Sinaí

Y la gloria de YHWH reposó sobre el monte Sinaí, y la nube lo cubrió por seis días; y al séptimo día llamó a Moisés de en medio de la nube. Y la apariencia de la gloria de YHWH era como un fuego abrasador en la cumbre del monte, a los ojos de los hijos de Israel. Y entró Moisés en medio de la nube, y subió al monte; y estuvo Moisés en el monte cuarenta días y cuarenta noches (Éxodo 24:16-18)

La gloria perdida en Adán reaparece en el monte Sinaí. Israel está dispuesto pero es muy inestable. Acepta la propuesta de ser pueblo de Dios, un reino de sacerdotes y gente santa, pero pronto se pone en evidencia que su decisión está poco madurada. El Señor lo sabe y llama a Moisés para entregarle el libro del pacto (Ex.24:6,7; 34:27-28) donde quedarán reflejados los estatutos y leyes. El Decálogo, –los Diez Mandamientos–, son una síntesis de la ley de Dios, pero los estatutos, ordenanzas y leyes diversas son mucho más amplias. Estas quedarán recogidas en el libro del pacto. Hoy lo tenemos en el Pentateuco, o libro de la Ley. El Señor manifestó su gloria en el monte, su apariencia como fuego abrasador (recordemos que también se manifestó mediante fuego a Abram cuando hizo pacto con él Gn. 15:17-18) en la cumbre del monte a los ojos de los hijos de Israel. Pablo enseñaría más tarde que si la gloria de Dios se manifestó en el Sinaí en un ministerio perecedero, de condenación, grabado con letras en piedra, tuvo gloria, cuánta más gloria tendrá el ministerio de justificación que permanece a vida eterna (2 Co.3:7-11). El Señor dio a Moisés en el Sinaí un ayo –pedagogo– (Gá. 3:24-27; 4:1-7) hasta el tiempo cuando vendría la simiente de la mujer. El Cristo. El tiempo de reformar todas las cosas (Heb. 9:9-12). Pero antes hay que levantar un tabernáculo de reunión, donde el Señor se manifestará a su pueblo mediante un ritual minucioso y las leyes que lo acompañan. La sombra de lo que había de venir. Israel tiene que desempeñar un papel importante en el plan de salvación, porque *«son israelitas, de los cuales son la adopción, la gloria, el pacto, la promulgación de la ley, el culto y las promesas; de quienes son los patriarcas, y de los cuales, según la carne, vino Cristo, el cual es Dios sobre todas las cosas»* (Rom. 9:4-5). Y que aún –Israel– ha de cumplir.

La gloria del monte Sinaí es un anticipo de la gloria perdida que recuperamos en Cristo y se manifestará el día postrero de la redención.

75

El tabernáculo en el desierto: (X)

La gloria sobre el tabernáculo

Entonces una nube cubrió el tabernáculo de reunión, y la gloria de YHWH llenó el tabernáculo. Y no podía Moisés entrar en el tabernáculo de reunión, porque la nube estaba sobre él, y la gloria de YHWH lo llenaba… La nube de YHWH estaba de día sobre el tabernáculo, y el fuego estaba de noche sobre él, a vista de toda la casa de Israel, en todas sus jornadas (Éxodo 40:34-38)

La estancia en Sinaí fue muy fecunda en hechos. La mayor parte del libro de Éxodo, todo el libro de Levítico y una parte del libro de Números transcurren allí. Hasta que nos encontramos con este texto: *«En el año segundo, en el mes segundo, a los veinte días del mes, la nube se alzó del tabernáculo del testimonio. Y partieron los hijos de Israel del desierto de Sinaí según el orden de marcha; y se detuvo la nube en el desierto de Parán»* (Núm. 10:11-12). Durante poco más de un año, Israel había salido de Egipto, cruzado el mar Rojo, cantado con libertad, se habían quejado en Mara, se encontraron con Elim, fueron atacados por Amalec, llegaron a Sinaí, y en este lugar, la gloria de Dios se manifestó a Israel. Moisés subió a lo alto de la montaña, recibió las tablas de piedra con los Diez Mandamientos, y al bajar se encontró con el pueblo desenfrenado alrededor del becerro de oro construido por Aarón. Vino el juicio y la destrucción del becerro. Moisés tuvo que volver a subir al monte y pasar otros cuarenta días y cuarenta noches recibiendo las ordenanzas del pacto. En aquel lugar se le mostró el modelo de un tabernáculo que debía construir (Ex.25:40; 26:30; Hch.7:44; Heb.8:5). El pueblo trajo una gran ofrenda para realizarlo, fueron elegidas algunas personas y capacitadas para desarrollar los modelos de cada una de las piezas que debían ser construidas. Una obra meticulosa. Y cuando todo estaba en orden, el Señor confirmó la obra llenando de su gloria el tabernáculo. Desde ese lugar *«me reuniré con vosotros, para hablaros allí»* (Ex.29:42). *«Habitaré entre los hijos de Israel, y seré su Dios» (Ex.29:45). «Me mostraré a ti»* (Ex.30:36). Por eso, de ahora en adelante sería llamado *«el tabernáculo de reunión»* (Ex.33:7). Una vez más Dios buscando al hombre para comunicarse con él, desde que Adán se escondiera de su presencia. Ahora lo hace a través de un pueblo elegido y los vasos de gloria.

La gloria de Dios perdida en Adán regresa al tabernáculo para hablar a Israel, habitar con él y ser su Dios. Un pueblo escogido para bendecir a todos los pueblos.

76

El tabernáculo en Eretz Israel (I)

El cruce del Jordán

He aquí, el arca del pacto del Señor de toda la tierra pasará delante de vosotros en medio del Jordán… Mas los sacerdotes que llevaban el arca del pacto de YHWH, estuvieron en seco, firmes en medio del Jordán, hasta que todo el pueblo hubo acabado de pasar el Jordán; y todo el pueblo pasó en seco (Josué 3:11,17)

Después de caminar cuarenta años por el desierto llegó el momento de cruzar el rio Jordán rumbo a Eretz Israel, la tierra de Israel. Este es el término hebreo para denominar la tierra que Dios había prometido a los patriarcas de la nación hebrea. Una nueva generación ha surgido en el desierto. Moisés ha muerto, ha cumplido su parte de la travesía, ahora toma el relevo Josué. La presencia de Dios estaba representada por el arca del pacto, colocada en el tabernáculo de reunión cada vez que Israel acampaba en el desierto. Ahora el arca del pacto del Señor sale del tabernáculo para pasar delante del pueblo a la tierra del pacto. Era llevada por los sacerdotes. Entraron en medio del rio Jordán portando el arca y este se seco. Hasta que no hubo pasado todo el pueblo los sacerdotes no se movieron de su lugar. El pueblo que había salido de Egipto, cruzado el mar Rojo y atravesado el ardiente desierto durante toda una generación, ahora atravesaba el rio que los introducía dentro de las fronteras de la tierra prometida. El Señor engrandeció a Josué aquel día a los ojos de todo Israel; y le temieron, como habían temido a Moisés todos los días de su vida (Jos.4:14). Cuando oyeron los reyes de los amorreos cómo YHWH había secado las aguas del Jordán delante de los hijos de Israel, *«desfalleció su corazón, y no hubo más aliento en ellos delante de los hijos de Israel»* (Jos.5:1). La mano del Señor es fuerte; camina en medio de Israel a través del arca del pacto. Los enemigos se han dado cuenta y saben que el día del juicio ha llegado (Gn.15:16). Rahab lo expone con toda claridad a los espías que envió Josué a reconocer la tierra (Jos.2:8-11). Juicio para las naciones impías y herencia para Israel. Ha llegado el cumplimiento del tiempo. La promesa dada a Abraham, cuando era uno solo, se materializa en un pueblo: Israel. La palabra de Dios se cumple inexorablemente. Puede tardar, (según nuestra percepción del tiempo) pero llegará. La clave está en ser pueblo de Dios y que Él habite en medio de nosotros por su Espíritu.

Cuando el arca del pacto, llevado por los sacerdotes, está en medio del Jordán podemos pasar en seco hacia la conquista de la heredad.

77

El tabernáculo en Eretz Israel (II)

En Silo (1)

Toda la congregación de los hijos de Israel se reunió en Silo, y erigieron allí el tabernáculo de reunión, después que la tierra les fue sometida (Josué 18:1)

La presencia de Dios en medio de su pueblo a través del arca del pacto no evita que deban pelear para conquistar la heredad. Josué y aquella generación tuvieron que luchar con valentía para someter y asentarse en Eretz Israel. Tener las promesas y la presencia de Dios en medio de su pueblo no impide que debamos pelear la buena batalla de la fe, combatir unánimes por la fe del evangelio, resistir al diablo, no conformarnos al sistema de este mundo y luchar contra el pecado que habita en nosotros. Israel lo supo y actuó en consecuencia. La vida cristiana no es pasividad. Los valientes arrebatan el reino. Es necesaria la paciencia, para que habiendo esperado y combatido por fe obtengamos la promesa. Ahora Israel ha sometido la tierra y es el momento de hacer el reparto. Antes se reunieron en Silo, erigieron allí el tabernáculo, donde colocaron el arca del pacto. Sin embargo, Josué tiene que exhortarlos para que no sean negligentes en poseer la tierra que ya está conquistada. *«Y Josué dijo a los hijos de Israel: ¿Hasta cuándo seréis negligentes para venir a poseer la tierra que os ha dado YHWH el Dios de vuestros padres?»* (Jos.18:3). Parece que se habían acomodado sin establecerse en la heredad donde debían asentarse para cumplir con el plan de Dios. Josué los impulsa a tomar la tierra de forma permanente y establecerse en ella. Y en Silo se reúne toda la congregación para repartir la tierra a las tribus que aún no habían heredado. Allí acabaron de repartir la tierra (Jos.19:51). Por tanto, en Silo se levantó el tabernáculo de reunión donde se colocaría el arca del pacto. Esta ciudad, situada a 16 km al norte de Bet-el, fue el lugar donde quedó erigido el tabernáculo durante los cuatrocientos años del periodo de los Jueces. Un periodo tan dilatado dio lugar a múltiples situaciones. Pronto Israel caería en apostasía. La mezcla religiosa fue una constante, y los juicios no tardarían en llegar. La presencia de Dios en medio del pueblo, que había sido motivo de temor en sus enemigos, se vuelve contra Israel cuando abandonan el pacto y la ley de su Dios. Recordemos que Israel es un espejo para mirarnos, no somos mejores que ellos, y estas cosas están escritas para amonestarnos a nosotros (1 Co.10:6,11).

Silo, que comenzó siendo un lugar para repartir la heredad de Dios, acabó como memoria del juicio del Señor por abandonar el pacto.

78

El tabernáculo en Eretz Israel (III)

En Silo (2)

Y se levantó después de ellos otra generación que no conocía a YHWH, ni la obra que él había hecho por Israel (Jueces 2:10)

La generación siguiente a la de Josué *«no conocía a YHWH, ni la obra que él había hecho por Israel»*. Pronto se apartaron del camino. El libro de Jueces es una sucesión de tiempos de apostasía, opresión, clamor y liberación. Una y otra vez se repite la misma historia. Todo comenzó porque el Señor permitió que quedaran cananeos sin expulsar y tierra sin conquistar, con el fin de que las nuevas generaciones conocieran la guerra, y para saber si obedecerían los mandamientos de YHWH (Jue.3:1-4). ¡Cómo es la naturaleza humana! Nuestra tendencia es a la comodidad. Una vez que la vida se vuelve regalada, y las condiciones se adaptan a una forma de vivir acomodada, nos volvemos perezosos, decaemos de nuestra firmeza, nos dejamos arrastrar por las influencias externas y acabamos siendo esclavos de las circunstancias para darnos cuenta que hemos perdido lo que no supimos conservar. En esos momentos nos volvemos al Señor en oración y clamor, acordándonos de los tiempos pasados, lo que nos han contado nuestros padres al vivir en obediencia a los mandamientos de Dios. Las generaciones van y vienen, unas reaccionan antes y otras después a los tiempos de opresión por la desobediencia. Silo sigue siendo la ciudad donde está el tabernáculo, y en el lugar santísimo, el arca del pacto. Dios ha prometido habitar en medio de su pueblo, pero si el pacto se desobedece las condiciones se vuelven contra ellos. La ciudad de su presencia, donde un día se manifestó su gloria y potencia a favor de Israel, ahora se torna un lugar de juicio que expone a los herederos de las promesas bajo el yugo de sus enemigos. Dios no habita en templos hechos de manos, y cuando tiene que abandonar el lugar donde se encontró con los suyos un día, lo hará sin aferrarse a piedras, tabernáculos o templos. La historia de Israel nos advierte una y otra vez de esta verdad. El recorrido que estamos haciendo por los lugares donde se estableció el arca del pacto dentro del tabernáculo de reunión, es una prueba de que Dios no cambia. Nosotros nos movemos continuamente de la obediencia a la dureza de corazón, y con ello, el tabernáculo en Silo, con su gloria pasada, se nos vuelve en fuerza para nuestros enemigos. Meditemos.

Silo nos recuerda la naturaleza caída del hombre que ha conocido a Dios.

79

El tabernáculo en Eretz Israel (IV)

En Silo (3)

Y todos los años aquel varón subía de su ciudad para adorar y para ofrecer sacrificios a YHWH de los ejércitos en Silo, donde estaban dos hijos de Elí, Ofni y Finees, sacerdotes de YHWH (1 Samuel 1:3)

Seguimos en la ciudad de Silo, donde está situado el tabernáculo y en su interior el arca del pacto. Han pasado muchos años desde que Israel se estableciera en la tierra de la promesa. Las generaciones se han sucedido. Los tiempos de gobierno de algunos jueces fueron prósperos, pero otros vivieron como esclavos en la misma tierra del pacto. El tabernáculo se levanta como un testimonio de que Dios está en medio de su pueblo, pero incluso así, hay generaciones donde solo queda el recuerdo de tiempos mejores. La decadencia espiritual es una realidad en el inicio del libro de Samuel. Los sacrificios se mantienen, el ritual se cumple, pero los sacerdotes no viven en las exigencias de la ley moral. La ley ceremonial es más fácil mantenerla, por su parte la ley moral necesita hombres íntegros y obedientes. La fe y las obras deben ir juntas, pero no siempre es así. No lo era en los días del sacerdote Elí y sus hijos Ofni y Finees. Pero aún en esa situación encontramos fe genuina, la de una mujer atormentada por otra mujer, su rival, que la irritaba y menospreciaba porque no tenía hijos y ella sí. Ana y Penina juntas en la misma familia. La oración de Ana llegó al trono de la gracia, a pesar de la decadencia sacerdotal, y el Señor le concedió un hijo: Samuel. Tiempos de decadencia en los que nace el que iniciará la escuela de profetas en Israel. El pueblo asentado en tinieblas vio una gran luz… está escrito del Mesías al nacer (Mt.4:16). Tenemos aquí dos madres: Ana y María unidas en la misma oración. La joven María elevaría al Señor su plegaria sobre el modelo hecho por Ana la madre del profeta Samuel. Silo en tinieblas vio nacer al futuro profeta, cuya palabra llegó a todo Israel. Capernaum, asentada sobre la tierra de Zabulón y Neftalí, oyó la voz del Hijo de Dios en el inicio de su ministerio público. Deducimos que el sistema religioso decadente no es suficiente para impedir el nacimiento de la verdad de Dios. Los tiempos de apostasía y decadencia siempre encuentran camino para la revelación de Dios. La salvación es de Dios. Así fue en el tiempo de Ana, contemporánea de Elí y sus hijos Ofni y Finees; y de Samuel, el futuro profeta de Israel que ungiría a dos reyes.

La ley ceremonial se mantiene en Silo aunque la realidad moral sea decadente. En ese tiempo Ana dio a luz al padre de la escuela de profetas.

80

El tabernáculo en Eretz Israel (V)

En Silo (4)

Y Samuel creció, y YHWH estaba con él, y no dejó caer a tierra ninguna de sus palabras. Y todo Israel, desde Dan hasta Beerseba, conoció que Samuel era fiel profeta de YHWH. Y YHWH volvió a aparecer en Silo; porque YHWH se manifestó a Samuel en Silo por la palabra de YHWH (1 Samuel 3:19-21)

La oración de una madre afligida y menospreciada por su rival dio a luz un profeta para todo el pueblo. Los tiempos de aflicción de Ana se tornaron en un cambio espiritual en toda la nación de Israel. La decadencia dominante de los días de Eli y sus hijos dieron paso para que regresara la palabra de Dios al pueblo mediante el clamor de una madre de Israel. Decadencia y restauración conviven juntas un tiempo hasta que se impone la luz verdadera que alumbra a todo hombre. Eli y Samuel son contemporáneos. El viejo sacerdote permisivo y sin autoridad, junto con el empuje del joven profeta que no deja caer la palabra de Dios a tierra. Ambos en Silo, el lugar del tabernáculo, pero todo parece indicar que el Señor estaba muy lejos de aquel lugar que ahora, dice el texto, *«volvió a aparecer en Silo».* El lenguaje no deja lugar a dudas. La presencia de Dios no está en un lugar, sino que es atraída por las personas fieles que aman su palabra. Los nombres de lugares pueden ser históricos y «sacrosantos» pero Dios no habita en templos hechos por manos humanas, sino en los corazones de aquellos que le obedecen y guardan el pacto. Los últimos días del sacerdote Elí son estremecedores. Sus hijos hacen pecar al pueblo del Señor, él no los amonesta debidamente. La palabra de Dios escaseaba en aquellos días y el juicio ha sido decretado sobre su casa: en un mismo día el arca del Señor es tomada por los enemigos de Israel, sus dos hijos mueren, Israel es derrotado; cuando informan a Elí de los sucesos cae hacia atrás y se desnucó; su nuera, la mujer de Finees, que estaba encinta, oyó todas estas noticias aterradoras, se puso de parto, dio a luz un hijo que llamó Icabod –sin gloria–, porque dijo: *«¡traspasada es la gloria de Israel! Por haber sido tomada el arca de Dios, y por la muerte de su suegro y de su marido».* Ella misma murió en el parto. En ese mismo tiempo vivía Samuel. Muerte y vida. Derrota y restauración. La decadencia ha tocado fondo, y a partir de ahora, en medio de gran oscuridad, se levantó Samuel para resplandecer (Is.60:1). El Señor volvió a aparecer en Silo mediante su palabra.

Decadencia y restauración son intercambiables en un mismo tiempo. Elí y Samuel conviven mientras el primero deja paso al segundo. Todo ello en Silo.

81

El tabernáculo en Eretz Israel (VI)

En Silo (5)

Vinieron los de Quiriat-jearim y llevaron el arca de YHWH, y la pusieron en casa de Abinadab, situada en el collado; y santificaron a Eleazar su hijo para que guardase el arca de YHWH. Desde el día que llegó el arca a Quiriat-jearim pasaron muchos días, veinte años; y toda la casa de Israel lamentaba en pos de YHWH (1 Samuel 7:1,2)

Debemos tener claro que una cosa es el arca del Señor, también llamado el arca del pacto, y otra el tabernáculo de reunión. No siempre ambos estaban en el mismo lugar. Después del día del juicio sobre la casa de Elí, cuando Israel fue derrotado por los filisteos, estos capturaron el arca que habían llevado los israelitas a la batalla. Lo que comenzó como un «culto de avivamiento» cuando el arca llegó al campamento de Israel, se volvió en el día cuando la gloria de Israel fue traspasada, porque el arca fue tomada por sus enemigos. La figura de la presencia de Dios en medio de su pueblo había sido traspasada a sus enemigos. Puedo imaginar el choque emocional y espiritual del pueblo elegido. Pasaron del éxtasis más elevado («*cuando el arca del pacto de YHWH llegó al campamento, todo Israel gritó con tan gran júbilo que la tierra tembló*»), a la depresión más profunda («*Israel fue vencido, y huyeron cada cual a sus tiendas… y el arca de Dios fue tomada*»). La gloria de Israel fue traspasada. «Icabod», sin gloria. La presencia del arca en el campamento de Israel no eliminó la desobediencia del pueblo. Proclamar su presencia en un culto, una y otra vez, no significa que Dios habite en medio de él por su Espíritu. Las expresiones de júbilo no son garantía de victoria. Puede haber júbilo por un poco de tiempo y al momento siguiente estar atrapados por el enemigo. Se inicia así un periplo del arca en manos de los filisteos. Fue llevada a diversas ciudades con el consiguiente juicio. Dios se defiende a sí mismo. Los filisteos comprendieron que debían devolver el arca a Israel y terminó en casa de Abinadab, en la ciudad de Quiriat-jearim. Allí estuvo veinte años, por lo que el profeta Samuel ejerció su ministerio profético sin la dependencia del arca, guiado por la palabra del Señor. Los verdaderos adoradores adoran al Padre en Espíritu y en verdad. Ahora tenemos el tabernáculo en Silo, pero el arca del Señor está en Quiriat-jearim.

La vida de obediencia al pacto no depende de lugares externos, si no de obedecer y adorar a Dios en todas las circunstancias.

82

El tabernáculo en Eretz Israel (VII)

En Silo (6)

Dejó, por tanto, el tabernáculo de Silo, la tienda en que habitó entre los hombres, y entregó a cautiverio su poderío, y su gloria en mano del enemigo (Salmos 78:60,61). Comparar con Jeremías 7:12-14 y 26:6,9

El hecho de que el arca no fuera enviada por los filisteos a la ciudad de Silo, donde estaba el tabernáculo, sino a Quiriat-jearim, pudiera indicar que la ciudad fue destruida por los enemigos de Israel en ese tiempo. Silo vino a ser un símbolo del abandono del Señor cuando el pueblo vive a espaldas del pacto. Sin embargo, el ministerio profético de Samuel alcanzaba a todo Israel. En sus días comenzó lo que luego se llamó la escuela de los profetas. Encontramos a los hijos de los profetas en diversos lugares como grupo desde los días de Samuel (1 Sam.10:5,10; 19:18-24). Saúl fue ungido como primer rey de Israel, después que el pueblo quisiera ser como las demás naciones teniendo un rey, abandonando al Señor como su rey (1 Sam.8:1-22). Durante su reinado de cuarenta años el arca no fue una de sus prioridades. Solo se menciona al inicio de su reinado, cuando dijo a Ahías (bisnieto de Elí y sumo sacerdote en aquel tiempo): *«Trae el arca de Dios. Porque el arca de Dios estaba entonces con los hijos de Israel»* (1 Sam.14:18). Aunque algunas versiones (Septuaginta) traducen «arca» por «efod», lo cual parece más lógico, dado que el arca se encontraba en esos momentos en Quiriat-jearim. Sea como fuere, no volvemos a encontrarla prácticamente hasta los días de David. Sí encontramos en el reinado de Saúl un episodio luctuoso cuando mandó matar a los sacerdotes de Nob (1 Sam.22:6-23). Solo huyó Abiatar, hijo de Ahimelec de la casa de Elí. Era el tiempo cuando David huía de Saúl, y el futuro rey de Israel había pedido al sumo sacerdote pan y espada. En definitiva, el primer rey de Israel había sido desechado por desobediencia a la palabra del Señor, y el profeta Samuel fue enviado a la casa de Elí a ungir un nuevo rey. El escogido fue el más pequeño de su familia, David, que vino a ser el dulce cantor de Israel, el rey que prefigura el reino mesiánico. Volviendo a la ciudad de Silo debemos recordar, como dice el texto que estamos meditando, que el lugar donde había estado el tabernáculo con el arca del pacto fue destruido, quedando como ejemplo de la gloria perdida cuando el pueblo se aleja de su Dios.

La ciudad de Silo, un tiempo residencia del tabernáculo con el arca del pacto, vino a ser un recuerdo del pasado por la gloria perdida.

83

La tienda de David (I)

Y se levantó David y partió de Baala de Judá con todo el pueblo que tenía consigo, para hacer pasar de allí el arca de Dios, sobre el cual era invocado el nombre de YHWH de los ejércitos, que mora entre los querubines (2 Samuel 6:2)

A David se le llama el dulce cantor de Israel (2 Sam.23:1). Su vida destaca por ser un adorador y por muchas otras cualidades, especialmente la que dice que era un hombre conforme al corazón de Dios que haría todas sus voluntades (Hch.13:22). Su biografía es una de las más amplias de la Escritura. Contiene grandes enseñanzas y aportaciones, puesto que también es uno de los escritores inspirados por el Espíritu Santo. Gran parte del libro de Salmos es suyo, algunos mesiánicos. David reúne los tres ministerios predominantes en el Antiguo Testamento: rey, profeta y sacerdote. Es figura y linaje del Mesías. Junto con David se levantó una generación de guerreros y adoradores única en la historia de Israel. En su tiempo se conquistó la mayor extensión de tierra que nunca ha tenido el reino de Israel. Después de la muerte de Saúl, David comenzó a reinar en Hebrón. Hubo guerra entre la casa de Saúl (que estaba próxima a desaparecer), con la casa de David (de cuya descendencia nacería el Mesías y su reino no tendrá fin). Una vez más vemos en un mismo periodo dos tiempos distintos que se van solapando hasta que permanece lo que ha nacido del Espíritu. Así fue también con el templo de Jerusalén en días de Jesús y el nuevo templo que levantó. Ambos coexistieron durante un tiempo hasta que el vino nuevo (el evangelio) se sobrepone a los odres viejos o estructuras religiosas próximas a desaparecer. Pero volvamos a David en el inicio de su reinado en Israel. Una de las primeras conquistas que hizo fue tomar la fortaleza de Sión, inexpugnable durante mucho tiempo, pero conquistada en los albores de su reinado. En ese lugar estaba el monte Moriah. Recordemos. El lugar donde Abraham ofreció a Isaac en sacrificio. El mismo lugar donde luego se levantaría el templo de Salomón, y donde hoy tenemos uno de los lugares más conflictivos de la tierra, llamado la explanada de las mezquitas, donde se levanta una de las abominaciones de la tierra, hasta que sea quitada… Dejémoslo ahí. El primer intento de David es traer el arca de Dios, figura de Su presencia, a la tienda preparada en Sión, *«porque desde el tiempo de Saúl no hemos hecho caso de ella»* (2 Crón.13:3).

La tienda de David, levantada en el monte de Sión para poner en ella el arca del Señor, es hoy uno de los lugares más conflictivos de la tierra.

84

La tienda de David (II)

Metieron, pues, el arca de YHWH, y la pusieron en un lugar en medio de una tienda que David le había levantado; y sacrificó David holocaustos y ofrendas de paz delante de YHWH (2 Samuel 6:17)

Las precipitaciones nos hacen cometer errores. El celo sin reflexión pausada de la Escritura puede llevarnos a experiencias dolorosas. Con nuestra buena intención podemos causar tropiezo. Pienso en David y en Uza. El primero tal vez se precipitó por no consultar primeramente cómo debía ser transportada el arca a la tienda que había preparado en Sión. En la segunda ocasión lo hizo conforme al mandato del Señor (1 Crón.15:11-15) y fue uno de los días más celebrados en la historia del Israel antiguo. El impulso sin la meditación adecuada a menudo conduce a escenarios inesperados; fue el caso de la muerte de Uza, que con toda su buena intención de «ayudar a Dios» recibió el juicio fulminante de su imprudencia… por muy buena intención que llevara. El fin nunca justifica los medios. Un día que comenzó con fiesta terminó en gran tristeza. David aprendió la lección. No se demoró en volver a intentarlo, esta vez según la ordenanza. El adorador insiste y sigue buscando la presencia de Dios aunque no todas sus experiencias sean como ha imaginado. Tenemos ahora el arca dentro de la tienda que David había preparado en el monte Moriah. Debemos suponer que la tienda de David fue diseñada según el modelo del tabernáculo que Dios mostró a Moisés en el desierto. El periodo entre el primer intento de traer el arca y el segundo fue de tres meses. En ese tiempo el arca fue colocada en la casa de Obed-edom geteo, seguramente levita portero del tabernáculo y más tarde uno de los cantores en la tienda de Sión. Su casa fue bendecida durante el tiempo que el arca estuvo allí. Fue dado aviso al rey David y éste *«llevó con alegría el arca de Dios de casa de Obed-edom a la ciudad de David»* (2 Sam.6:11,12). Sión se llamó la ciudad de David, también la ciudad del gran rey (Sal.48:1,2) (Mt.5:33-35). Allí quedó el arca en la tienda preparada hasta la construcción del templo. David introdujo la alabanza con diferentes instrumentos musicales en el culto a Dios. Fue inspirado para escribir muchos de los salmos. Influyó sobre toda una generación de adoradores, que a su vez aprendieron del profeta Samuel y la escuela de profetas. Su intención fue construir él mismo el templo, pero el Señor no se lo permitió, sin embargo, preparó lo necesario para que Salomón lo construyera en Jerusalén.

La tienda de David levantada en Sión, donde se colocó el arca, vino a ser el epicentro de la adoración a Dios de toda una generación de adoradores.

85

La tienda de David (III)

Y puso delante del arca de YHWH ministros de los levitas, para que recordasen y confesasen y loasen a YHWH Dios de Israel (1 Crónicas 16:4)

La adoración al Dios de Israel era una prioridad en la vida de David. Él mismo era un adorador. Tenía una unción especial para tocar instrumentos, recordemos que fue escogido para tocar delante de Saúl cuando se manifestaba el espíritu que le atormentaba. Además, David se relacionó con la escuela de profetas iniciada por Samuel, donde fluía el Espíritu de Dios en medio de la alabanza. La generación de David fue una generación única en la historias de Israel. La convergencia que hubo unió a muchas personas que compartían un mismo sentir, un mismo corazón, estaban unánimes. Me recuerda a los discípulos de Jesús en Jerusalén el día de Pentecostés y los años que siguieron. En ambos casos eran hombres y mujeres llenos del Espíritu. Aunaban un corazón valiente, determinado, sin doblez, eran adoradores y mantenían la disciplina y el reconocimiento del rey que había sido escogido por Dios. No faltaron las turbulencias en el reinado de David, traiciones, rebeliones de su propio hijo Absalón y otras. En definitiva, un tiempo de avance del reino de Dios con sus dificultades. David levantó una tienda para poner en ella el arca del Señor, figura de su presencia, y reprodujo en otros su espíritu adorador. Hubo quienes profetizaban con arpas, salterios y címbalos (1 Cr.25:1); profetizaban bajo las órdenes del rey (1 Cr.25:2), lo hacían con arpa, para aclamar y alabar a YHWH (1 Cr.25:3). Los salmos de David y otros ponen mucho énfasis en la proclamación e invocación del nombre del Señor. Fue una tónica en su vida y la transmitió a otros. En el texto que estamos meditando se dice que puso levitas delante del arca con un triple propósito: recordar, confesar y loar al Dios de Israel. O lo que es lo mismo: hacer memoria de su palabra, confesarla en alabanza y adorar al Señor en la unción del Espíritu. Es la adoración en Espíritu y verdad de la que habló Jesús. No necesitamos sofisticaciones especiales, ni formalismos que apaguen el Espíritu, sino un corazón rendido a la voluntad de Dios. Esa debe ser la restauración del tabernáculo caído de David (Am.9:11) (Hch. 15:15-17). Dios habita en medio de la alabanza de su pueblo. La adoración verdadera es levantar un altar al único Dios en cualquier lugar y ocasión donde nos reunimos. Entonces, su gloria regresa y nos viste para transformarnos.

La tienda de David es para adorar a Dios en Espíritu y en verdad.

86

El templo de Salomón (I) – La preparación

Llamó entonces David a Salomón su hijo, y le mandó que edificase casa a YHWH Dios de Israel (1 Crónicas 23:6)

David tuvo el deseo en su corazón de construir, no una tienda para el arca, sino un templo al Señor, una casa donde colocar el arca y centralizar los sacrificios. Sin embargo, el Señor le envió al profeta Natán para decirle que él no lo haría porque había sido hombre de guerra y derramado mucha sangre, sería su hijo Salomón el que edificaría el templo en Sión. David lo aceptó, pero hizo todo lo posible para ayudar a su hijo en la tarea. Reunió gran parte de los materiales para su construcción, incluso le dio los planos (1 Crónicas 28:11,12). Pidió a sus más estrechos colaboradores que ayudaran al joven y futuro rey en el proyecto, lo cual hicieron; además trajeron una ofrenda voluntaria para la obra, así como todo el pueblo que quiso hacerlo voluntaria y espontáneamente (1 Cr.29:17). Y con este último proyecto en su vida David *«murió en buena vejez, lleno de días, de riquezas y de gloria; y reinó en su lugar Salomón su hijo»* (1Cr.29:28). La empresa estaba encaminada. Dios le prometió a David un reino para siempre, lo cual, obviamente, iba más allá de sus propios hijos naturales, llegando al verdadero hijo de David, el Mesías, la simiente de la mujer que ha de venir para establecer su reino para siempre. Tenemos en este pacto de Dios con David una proyección de la palabra que traspasa el tiempo presente que estamos estudiando, para llegar al reino mesiánico prometido a Israel y todas las naciones. Parece increíble que un hombre como David, con todos los sobresaltos de su vida, acabara sus días en buena vejez, lleno de días y de gloria. Luego viene un anticipo del reino mesiánico y de paz en la generación de Salomón, con Jerusalén como su capital eterna e indivisible. En ese tiempo se construirá el templo, el primero. La revelación de Dios contiene generalmente dos vertientes, una temporal, inmediata, palpable, histórica; y otra que apunta al futuro, profética y que está por venir. Ambas forman parte de un plan completo en su desarrollo y progresión, en el presente siglo y en el siglo venidero. Israel y la iglesia son vasos comunicantes, nunca divergentes, pueden ser paralelos, pero nos une una misma esperanza, una esperanza de gloria con aspectos físicos y espirituales. La tierra y el cielo. El Espíritu de Dios ha venido para llevarnos a toda verdad en cada generación, no debemos ignorar los tiempos.

Dios permitió a Salomón construir un templo que no sería definitivo, apuntando hacia la ciudad celestial, la Jerusalén de arriba.

87

El templo de Salomón (II) – La construcción

Comenzó Salomón a edificar la casa de YHWH en Jerusalén, en el monte Moriah, que había sido mostrado a David su padre, en el lugar que David había preparado en la era de Ornán jebuseo. Y comenzó a edificar en el mes segundo, a los dos días del mes, en el cuarto año de su reinado (2 Crónicas 3:1,2)

Nos encontramos alrededor del año 970 a.C. de nuestro recorrido. Significa que han transcurrido más de 3.000 años de los acontecimientos que estamos narrando. Salomón, una vez sube al trono, siente la pesada carga de gobernar un pueblo tan grande y con una misión trascendente. Por eso, después de ordenar algunos asuntos pendientes que dejó su padre con algunas personas, subió a Gabaón, donde estaba el antiguo tabernáculo del desierto y el altar de bronce, para consultar al Señor y ofrecer holocaustos. Aquella noche apareció Dios a Salomón y le dijo: Pídeme lo que quieras que yo te dé, y Salomón pidió sabiduría y ciencia para poder gobernar al pueblo. Y Dios se la dio abundantemente. Es también la enseñanza del apóstol Santiago en su carta, donde dice que si alguno tiene falta de sabiduría la pida a Dios, el cual da abundantemente y sin reproche (Stg.1:5). También Pablo pidió por los efesios *«espíritu de sabiduría y revelación en un mejor conocimiento de él»* (Ef.1:17). Salomón la recibió y la usó ampliamente a lo largo de su vida. En el libro de Eclesiastés, que el mismo escribió, explica todas las ciencias a las que se dedico. Pero la obra por excelencia de su vida fue la construcción del templo de Jerusalén. El tiempo le fue propicio. Había abundancia de paz en Israel. Otros hombres aportaron su sabiduría e inteligencia en los diseños de la obra, especialmente los enviados de Tiro (fenicios), y una gran multitud de hombres que Salomón escogió para trabajar en la obra. Duró unos siete años (1 Reyes 7:38). Y llegó el tiempo de su dedicación, el momento álgido del reinado de Salomón. *«Entonces la casa se llenó de una nube, la casa de YHWH. Y no podían los sacerdotes estar allí para ministrar, por causa de la nube: porque la gloria de YHWH había llenado la casa de Dios»* (2 Crónicas 5:14). Dios confirmó la obra con su presencia mediante una nube de gloria, como lo había hecho en el tabernáculo del desierto. Nuevamente tenemos la figura del vestido de gloria de Dios cubriendo a su pueblo mediante el pacto hecho con Israel. Pero Dios no está sujeto a templos hechos por manos humanas…

Salomón construyó un templo a YHWH en siete años. Jesús levantó uno nuevo en tres días y tres noches de todo pueblo, lengua y nación.

88

El templo de Salomón (III) - La apostasía

Y se enojó YHWH contra Salomón, por cuanto su corazón se había apartado de YHWH Dios de Israel, que se le había aparecido dos veces… Y dijo YHWH a Salomón: Por cuanto ha habido esto en ti, y no has guardado mi pacto y mis estatutos que yo te mandé, romperé de ti el reino, y lo entregaré a tu siervo. Sin embargo, no lo haré en tus días, por amor a David tu padre; lo romperé de la mano de tu hijo. Pero no romperé todo el reino, sino que daré una tribu a tu hijo, por amor a David mi siervo, y por amor a Jerusalén, la cual yo he elegido (1 Reyes 11:9-13)

El reinado de Salomón duró cuarenta años. Los mismos que los de Saúl y David. Estos tres reinados pusieron las bases de la monarquía en Israel. Durante este periodo se mantuvo unido el reino, con periodos de guerras civiles. Los últimos años de Salomón fueron de apostasía, y lo que había comenzado con gloria terminó en juicio. Se había construido un templo en todo su esplendor, pero paradójicamente, la adoración nunca superó los tiempos de la tienda de David. Las ceremonias sofisticadas del tiempo de Salomón no tuvieron la misma fuerza espiritual que se vivió en días de David. Se mantuvo el culto, que comenzó con fuerza y gloria, pero paulatinamente se fue introduciendo la idolatría, los impuestos excesivos, y se suscitaron adversarios. Los tiempos de paz, prosperidad, abundancia y riqueza nunca alcanzaron la fortaleza de los días de David. El bienestar arruinó la pasión por Dios. Los días de triunfo dieron lugar a la decadencia. Una vez más se repetía la historia. La apostasía hizo su aparición, y ésta siempre viene por el abandono de la verdad de Dios, la mezcla con otros cultos y la permisividad. Generalmente comienza por los líderes, los reyes, los pastores. Se vive más del pasado glorioso que de una renovación continuada. Todos los avivamientos presentan este denominador común: a un periodo ascendente le sigue uno decadente, pasando por una fase de bienestar que debilita la fortaleza de la fe mezclándose con el sistema mundano. Toda la sabiduría de Salomón no fue suficiente para frenar la influencia de las muchas mujeres idólatras que tuvo. La idolatría atrae la ira de Dios. Y es Dios mismo quién entrega a los que menosprecian su pacto. Salomón puso los cimientos de la división del reino. El que comenzó edificando un templo al Señor terminó poniendo las bases de su liquidación.

Podemos tener templos hermosos, pero Dios los destruirá si nuestros corazones están llenos de idolatría que lleva a la apostasía.

89

El templo de Salomón (IV) – La división del reino

Aconteció, pues, en aquel tiempo, que saliendo Jeroboam de Jerusalén, le encontró en el camino el profeta Ahías silonita… y dijo a Jeroboam… así dijo YHWH Dios de Israel: He aquí yo rompo el reino de la mano de Salomón, y a ti te daré diez tribus… (1 Reyes 11:29-31)

La edificación de un templo majestuoso en Jerusalén al nombre del Dios de Israel no impidió que el reino fuera dividido. Notemos este dato: la división fue producida por el mismo Señor. *«He aquí yo rompo el reino de la mano de Salomón».* Y ésta vino precedida por el abandono del pacto, contraviniendo los decretos de la ley de Dios. Sin embargo, el templo de Jerusalén siguió siendo el lugar escogido para continuar los sacrificios y la alabanza al Dios único. Y aquí es donde Jeroboam pone en marcha un nuevo sistema religioso con una adoración espuria, por cuánto se alejaba de las ordenanzas dadas a Moisés. Vayamos por partes. Estamos al final del reino de Salomón, año aproximado 930 a.C. Han concluido los tres primeros reinados de Israel: Saúl, David y Salomón. Ahora el Señor envía un mensaje a través del profeta Ahías a Jeroboam, diciéndole que se le dan diez tribus de Israel, pero que mantiene a los hijos de David en el reino de Judá, donde está situado el templo. El mensaje no dice nada sobre otros lugares de adoración. El templo de Jerusalén debe seguir siendo el centro de la adoración de ambos reinos. Sin embargo, Jeroboam decide de su propio corazón levantar dos lugares de culto, uno en Betel y otro en Dan (1 R.12:28,29), pensando, temerosamente, que si el pueblo que va a gobernar (llamado el reino del norte), tiene que visitar la capital del reino del Sur (Judá), al menos tres veces por año para celebrar las fiestas solemnes a YHWH, pueda abandonarle. Para ello inventa un nuevo sistema religioso mezclando elementos del antiguo culto con aspectos nuevos de su propia invención. Puso sacerdotes que no eran de los hijos de Leví. Instituyó una fiesta en el mes octavo (que no estaba en el calendario dado en la ley de Moisés) y levantó un altar en Betel para quemar incienso. Jeroboam sabía que Jerusalén seguía siendo el lugar escogido por Dios; que los levitas eran quienes debían realizar las tareas, y cuál era el calendario de fiestas; sin embargo, deliberadamente decidió poner en marcha su propio culto, uniendo las razones políticas a las religiosas. Desde ese momento se menciona en la Escritura el pecado de Jeroboam, con el que hizo pecar a Israel y que fue motivo de la desaparición del reino del norte y las diez tribus de Israel entre las naciones.

La división del reino de Salomón no fue producida por el diablo, sino por Dios mismo como consecuencia de la apostasía iniciada por la idolatría.

90

El templo de Salomón (V) – Decadencia

Muchos días ha estado Israel sin verdadero Dios y sin sacerdote que enseñe, y sin ley; pero cuando en su tribulación se convirtieron a YHWH Dios de Israel, y le buscaron, él fue hallado de ellos. (2 Crónicas 15:3,4)

Los dos libros de Reyes siguen la historia de los dos reinos que se han formado, en el norte tenemos el reino de Israel, con diez tribus; y en el sur el reino de Judá con dos tribus: Judá y Benjamín. Se van alternando los diversos reinados en el norte y en el sur. Sin embargo, en los dos libros de Crónicas tenemos el desarrollo del reino de Judá. El autor se fija en los descendientes de David y la importancia del templo en Jerusalén. Nosotros seguiremos nuestra reflexión en estos libros para ver el devenir del culto en el templo que había levantado Salomón. Quiero reseñar algunas cosas. Después de la división del reino la decadencia fue progresiva en el pueblo de Israel. Dios envía sus profetas a cada uno de los reinos para hacerles volver del error de su camino. Ya en el mismo momento cuando Jeroboam levantó el altar en Betel para oponerse al templo de Jerusalén fue enviado el profeta Ahías para reconvenirle. Es el mismo profeta que Dios había enviado a Jeroboam para decirle que se le habían concedido diez tribus como reino. El rey del norte no recibió el mensaje y siguió adelante con su obstinación. El pecado se institucionalizó y no hubo forma de regresar del error hasta el juicio cuando fueron llevados a Asiria. No se menciona ningún tiempo de restauración del culto en el reino del norte. Por su parte en el reino del sur también se instala la decadencia, pero alternada con periodos de restauración del culto al Dios de Israel. A **Roboam** le sucede su hijo **Abdías** (un reinado breve de tres años solamente), y a éste le sigue el rey **Asa**. Estos tres reyes de Judá gobiernan un periodo de 61 años. En ellos se suceden tiempos de bonanza con guerras civiles y enemigos levantados para invadirlos. Fueron días cuando Israel estuvo sin verdadero Dios, sin sacerdote que enseñara la ley; luego buscaron al Señor y les fue propicio. **En días del rey Asa** se reparó el altar de YHWH que estaba delante del pórtico (2 Cr.15:8). Hubo reformas durante un tiempo, hasta el año treinta y seis de su reinado. A partir de ese momento se produjo un cambio de rumbo, se inicio con una alianza con el rey de Siria. Este fue el detonante de un final triste. Asa enfermó gravemente de los pies, y en su enfermedad no buscó al Señor. El que había comenzado con años de reformas, terminó resistiendo el mensaje de los profetas de Dios, encolerizado y oprimiendo a muchos.

En la monarquía del reino de Judá se van a alternar tiempos de decadencia con otros de restauración. En Israel solo el pecado de Jeroboam.

91

El templo de Salomón (VI) – Reinado de Josafat

Y YHWH estuvo con Josafat, porque anduvo en los primeros caminos de David su padre, y no buscó a los baales, sino que buscó al Dios de su padre, y anduvo en sus mandamientos, y no según las obras de Israel. YHWH, por tanto, confirmó el reino en su mano (2 Crónicas 17:3-5)

Hemos dicho que el reino del norte no tuvo nunca un verdadero tiempo de restauración del culto; sus reyes siguieron obstinados en el pecado de Jeroboam, y ninguno de ellos fue capaz de regresar al pacto de Dios, a pesar de que el Señor les envió profetas, algunos con obras poderosas, como fue el caso de Elías y Eliseo. Sin embargo, en el reino de Judá, se alternaron tiempos de decadencia con otros de restauración del culto. Este fue el caso del reinado de Josafat. Habían pasado más de cien años desde el reinado de su padre David, y ahora rebrotaba en su corazón el anhelo de buscar a YHWH, andar en los caminos de David, desechar a los baales y andar en los mandamientos. Josafat se alejó de las obras de los reyes del norte, aunque su punto débil fue establecer alianza con ellos, llevado seguramente por una actitud sentimental. Josafat sabía que el reino de Israel era hermano de Judá, pero no entendió que vivían lejos de la voluntad de Dios y que dichas alianzas desagradaban al Señor. Sin embargo, en el inicio de su reinado dio prioridad a la enseñanza. *«Al tercer años de su reinado envió sus príncipes… para que enseñasen en las ciudades de Judá; y con ellos los levitas… y los sacerdotes. Y enseñaron en Judá, teniendo consigo el libro de la ley de YHWH, y recorrieron todas las ciudades de Judá enseñando al pueblo»* (2 Cr.17:7-9). Toda restauración comienza con la enseñanza de la palabra de Dios. Esa enseñanza incluía todo lo relacionado con el templo: los sacrificios, la alabanza. El templo vino a ser el centro de la actividad del reino de Josafat. Luego se levantaron los enemigos, sus vecinos los hijos de Moab y de Amón. Una crisis nacional que el rey encaró desde su fortaleza en el Señor. Consultó al Señor, pregonó un ayuno por todo Judá para pedir socorro y ayuda a YHWH. El mismo rey se puso en pie para orar en la asamblea del pueblo, luego vino una palabra profética que les impulsó a seguir con valentía y confianza. Combatieron el temor. Adoraron y cantaron. *«Y cuando comenzaron a entonar cantos de alabanza, YHWH puso contra los hijos de Amón, de Moab y del monte Seir, las emboscadas de ellos mismos… y se mataron unos a los otros»* (2 Cr.20:22). Obtuvieron una gran victoria.

El reinado de Josafat fue un periodo de restauración teniendo como modelo los días de su padre David. La enseñanza y adoración fueron prioridad.

92

El templo de Salomón (VII) – Tiempos de decadencia (I)

Y desampararon la casa de YHWH el Dios de sus padres, y sirvieron a los símbolos de Asera y a las imágenes esculpidas. Entonces la ira de Dios vino sobre Judá y Jerusalén por este pecado (2 Crónicas 24:18)

Los días de restauración del reinado de Josafat no pusieron bases suficientes para mantener el rumbo en la voluntad de Dios cuando el rey murió. Hubo tres reyes en Judá que llevaron al pueblo a restaurar el culto a Dios desde el templo de Jerusalén. Fueron **Josafat, Ezequías y Josías**. Si analizamos el periodo que va **desde Josafat hasta Ezequías** vemos que predomina la decadencia, el abandono del pacto, el alejamiento de la ley de Dios y la influencia del paganismo sobre el pueblo elegido. Reyes que no cumplen con el propósito de Dios de ser un reino de sacerdotes y gente santa, apartada, para ser luz a las naciones, sino que perdieron el plan de Dios. Después de Josafat reinó su hijo **Joram** (8 años), *«y una vez que se hizo fuerte, mató a espada a todos sus hermanos… y anduvo en el camino de los reyes de Israel… porque tenía por mujer a la hija de Acab»* (2 Cr.21:4-6). Murió sin que lo desearan más (2 Cr.21:19,20) de una enfermedad en los intestinos después de dos años de intensos dolores. Le sucedió su hijo **Ocozías** (solo reinó un año), y anduvo en los consejos de la casa de Acab; su madre le aconsejaba que actuase impíamente. Murió a manos de Jehú. Atalía, su madre, usurpó el trono, exterminando a toda la descendencia de la casa de Judá, solo se salvó **Joás**, a quién Josabet, hija del rey Joram y mujer del sacerdote Joiada, lo escondió en la casa de Dios. Recordemos que de la descendencia de David vendría el Mesías y en este tiempo solo quedó Joás. Mientras tanto, Atalía reinaba en el país. Cuando Joás tenía siete años (reinó cuarenta años), el sacerdote Joiada lo proclamó rey de Judá, destituyendo a la perversa Atalía. El tiempo que el rey fue aconsejado por el sacerdote la casa del Señor fue restaurada. Una vez que el viejo Joiada murió, el joven rey, –influido por los príncipes–, abandonó la casa de YHWH y mató al hijo del sacerdote Joiada, –Zacarías–, cuando éste exhortó al pueblo para volver a los mandamientos de Dios. La ingratitud alcanzó cotas de una maldad extrema. La naturaleza humana en sus peores expresiones. La corrupción del poder en sus cotas más elevadas, y la casa de David, asentada en Jerusalén, donde el lugar santísimo prefiguraba la presencia del Dios santo, vivía en decadencia por el abandono del pacto. Joás murió en una conspiración de sus siervos a causa de la sangre de los hijos de Joiada (2 Cr.24:25). Al parecer no solo mató a Zacarías, sino a todos sus hijos.

La decadencia de un reino produce las peores traiciones y crueldades.

93

El templo de Salomón (VIII) – Tiempos de decadencia (II)

Generación va, y generación viene; mas la tierra siempre permanece (Eclesiastés 1:4). *¡Oh gente pecadora, pueblo cargado de maldad, generación de malignos, hijos depravados! Dejaron a YHWH, provocaron a ira al Santo de Israel, se volvieron atrás* (Isaías 1:4)

¡Las generaciones! La Escritura muestra que puede haber gran diferencia entre una generación y otra. Por ejemplo, la generación de David se distinguió por contar con hombres valientes, preparados para la guerra, sin doblez de corazón. Ya sabemos que hay excepciones, pero lo que predominaba era una atmósfera de entrega y avance a favor del reino de Dios. Luego le siguieron unas generaciones distintas. La de Salomón disfrutó de paz pero acabó entregada a la idolatría. La siguiente fue de división. Notemos que los reyes, los que están en eminencia, tienen una influencia esencial sobre la historia de los pueblos. Si son hombres íntegros el pueblo se alegra, si son impíos el pueblo gime. En nuestro recorrido por los reyes de Judá nos encontramos en un tiempo que abarca desde la generación de Josafat hasta la del rey Ezequías. Son unos 170 años, varias generaciones. Ya hemos visto los tres primeros reyes, ahora nos fijaremos en los cuatro siguientes: **Amasías, Uzías, Jotam y Acaz**. Juntos abarcan unos 113 años. **Amasías** (reinó 29 años), hizo lo recto ante los ojos del Señor, aunque no de perfecto corazón (1 Cr.25:2). Tuvo una victoria sobre sus enemigos los edomitas y al regresar de la batalla se trajo sus dioses, los adoró y les quemó incienso. Provocó la ira de Dios que permitió una guerra civil con Israel, el reino del norte. Le sucedió **Uzías** (reinó 52 años). Comenzó bien, pero *«cuando era fuerte, su corazón se enalteció para su ruina»* (2 Cr.26:16). Ocupó el lugar de los sacerdotes ofreciendo incienso en el altar, ministerio que no le correspondía a él, aunque fuera el rey; y obstinado en el error cuando fue reprendido por los sacerdotes, le brotó la lepra y murió de ella. ¡Cuánta enseñanza para los líderes de hoy! Muerto Uzías comienza el ministerio del profeta Isaías (Is.6:1). Luego vino el reinado de **Jotam** (reinó 16 años), que hizo lo recto ante los ojos del Señor, pero el pueblo continuaba corrompiéndose (2 Cr.27:2). Aquí tenemos un rey temeroso de Dios pero un pueblo alejado de sus propósitos. En todo este periodo encontramos varias generaciones en las que predominó la decadencia provocando la ira del Señor.

La decadencia es el resultado del pecado de los hombres, especialmente de los reyes y autoridades, aunque también de un pueblo obstinado en el error.

94

El templo de Salomón (IX) – Tiempos de decadencia (III)

Además de eso recogió Acaz los utensilios de la casa de Dios, y los quebró, y ***cerró las puertas de la casa de YHWH****, y se hizo altares en Jerusalén en todos los rincones* (2 Crónicas 28:24)

Muerto **Jotam** reinó en su lugar **Acaz** durante dieciséis años. La lista de los reyes de Israel se parece a la sucesión de distintos gobiernos en nuestras democracias modernas. A un gobierno le sucede otro. Lo que marca la diferencia entre ellos siempre es el componente humano: El corazón y naturaleza de cada uno de ellos; los factores de influencia sobre sus vidas; las personas que forman su entorno, y la herencia que reciben. Pero no siempre la herencia recibida es determinante para marcar el devenir de un pueblo. A reyes «buenos» le suceden reyes «malos», pero también a reyes «malos» pueden sustituirles reinados «buenos». La bondad o maldad viene determinada por la centralidad o no a la ley de Dios de los gobernantes. No solo en las páginas de la Biblia, también en las naciones actuales los principios morales traen felicidad a los pueblos. Está escrito: *«La justicia engrandece a la nación; mas el pecado es afrenta de las naciones»* (Pr.14:34). La historia de Israel es un espejo donde aprender. Estas cosas están escritas para nuestra enseñanza (1 Co.10:6,11). Bien. Estamos en el reinado de **Acaz**, contemporáneo del profeta Isaías. Fue un tiempo de abominaciones ¿por qué? Porque legisló contra la ley moral de Dios, influido por corrientes de pensamiento de su entorno siendo contaminado por él. Hoy las naciones europeas no son libres para legislar de acuerdo a la propia nación, sino que muchas leyes vienen impuestas por un ente mayor, la CEE y su gobierno en Bruselas. Se instalan corrientes de pensamiento que corren por continentes enteros sin que parezca que haya capacidad para frenarlos. Acaz *«hizo pasar a sus hijos por fuego, conforme a las abominaciones de las naciones que YHWH había arrojado de la presencia de los hijos de Israel»* (2 Cr.28:3). Actuó desenfrenadamente y prevaricó gravemente contra le ley de Dios; ofreció sacrificio a los dioses de Damasco, cerró las puertas de la casa de YHWH, y esto vino a ser motivo de ruina para él, *«y la de todo Israel».* Mientras tanto, el profeta Isaías clamaba como atalaya para frenar la locura de un rey y un pueblo que vive tiempos de oscuridad. Pero pronto surge otro rey, otro espíritu en la nación, y con él renace la esperanza: **Ezequías.**

Hay generaciones que tienen gobiernos impíos que ni siquiera la palabra de los profetas de Dios frena su locura. La de Acaz fue una de ellas.

95

El templo de Salomón (X) – Tiempos de restauración (I)

Comenzó a reinar Ezequías… hizo lo recto ante los ojos de YHWH, conforme a todas las cosas que había hecho David su padre. En el primer año de su reinado, en el mes primero, abrió las puertas de la casa de YHWH, y las reparó (2 Crónicas 29:1-3)

¡Que contraste y con qué resultados! El reinado de **Acaz**, hijo de Jotam, tuvo su episodio nuclear en cerrar las puertas de la casa del Señor y quebrar sus utensilios. Sin embargo, en el mismo inicio del reinado de su hijo **Ezequías,** cuando tenía veinticinco años, lo primero que hizo fue abrir las puertas de la casa de YHWH. Su motivación, su inspiración, su modelo, no fue su padre, sino su verdadero padre espiritual, el modelo del rey David. Habían pasado unos trescientos años desde aquella generación que adornó el tiempo de David, y su modelo cobra vida ahora nuevamente. Para ello, uno de sus verdaderos hijos, Ezequías, haría de la casa de Dios el eje de su gobierno. Buscó la santidad y la de los sacerdotes. Entendió que la decadencia de su tiempo se debía a que *«nuestros padres se han rebelado, y han hecho lo malo ante los ojos de YHWH nuestro Dios; porque le dejaron, y apartaron sus rostros del tabernáculo de YHWH, y le volvieron la espalda. Y aún cerraron las puertas del pórtico, y apagaron las lámparas; no quemaron incienso, ni sacrificaron holocausto en el santuario al Dios de Israel. Por tanto, la ira de YHWH ha venido sobre Judá y Jerusalén, y los ha entregado a turbación, a execración y a escarnio, como veis vosotros con vuestros ojos»* (2 Cr.29:6-8). Este mensaje fue dado a los sacerdotes y levitas, los custodios del templo, en un tiempo cuando el pueblo vivía en decadencia. El rey discernió correctamente el motivo de ella y determinó levantarse para cambiar el rumbo de la historia de su pueblo reanudando el pacto del Señor, apartando así el ardor de su ira. Entonces, por su influencia, se levantaron los levitas para santificarse, limpiar el templo de toda inmundicia, y a partir de ahí, que el pueblo fuera santificado también por la expiación que establecía la ley de Moisés. Todo un proceso de restauración gradual que tuvo su origen en el corazón de un hombre conforme al corazón de Dios. Ese fue David y algunos de sus hijos que imitaron su ejemplo, en este caso **Ezequías**. Este proceso restaurador determina la bendición de Judá y la de todos los pueblos que siguen su ejemplo. Comienza con gobernantes temerosos de Dios y apartados del mal.

Los tiempos de restauración de una nación son la consecuencia del levantamiento de hombres justos para obedecer a Dios y su pacto.

96

El templo de Salomón (XI) – Tiempos de restauración (II)

Envió después Ezequías por todo Israel y Judá, y escribió cartas a Efraín y a Manasés, para que viniesen a Jerusalén a la casa de YHWH para celebrar la pascua a YHWH Dios de Israel (2 Crónicas 30:1)

El propósito de restaurar el templo del Señor es la gloria de su nombre, porque el Dios de Israel quiso que se levantara en Jerusalén un templo con el fin de que su nombre fuera engrandecido. *«Y apareció YHWH a Salomón de noche, y le dijo: Yo he oído tu oración, y he elegido para mí este lugar por casa de sacrificio»* (2 Cr.7:12). Anteriormente había sido dicho a Moisés en el desierto. *«El lugar que YHWH vuestro Dios escogiere de entre todas vuestras tribus, para poner allí su nombre para su habitación, ése buscaréis, y allá iréis»* (Dt.12:1-5). Ese sitio, como hemos visto en nuestro recorrido, estuvo en distintos lugares, pero al fin se consolidó el lugar donde la voluntad soberana de Dios había escogido para poner allí su nombre, que fuera su habitación y donde Israel ofreciera sacrificios; ese lugar sería el monte Moriah que estaba en la fortaleza de Sión, conquistada por David, y donde preparó lo necesario para que su hijo Salomón edificara el templo. Una vez levantado se sucedieron periodos de decadencia y abandono con otros de restauración. La vida de la nación de Israel ha estado, está y estará unida a ese lugar. ¿Podemos sorprendernos del por qué hoy sigue siendo la explanada más conflictiva de la tierra? La voluntad del diablo siempre ha sido desplazar ese lugar a cualquier otro. Contaminarlo, mezclarlo, llenarlo de abominación, que no cumpla el propósito de Dios, que no es otro que poner allí su nombre y ser conocido en todas las naciones. *«Porque de Sión saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra del Señor»*. Por ello encontramos que los reyes de Israel que abandonaban el pacto y la ley dejaban de cumplir el propósito para el cual fueron creados. De la misma manera, la iglesia del Señor, el templo donde Dios ha puesto hoy su nombre mediante el Hijo, es objeto de contaminación, mezcla y abominación. Necesitamos tiempos de restauración y avivamiento para que el propósito de Dios se cumpla. **Ezequías** se encuentra en medio de él. Después de restablecer el servicio de la casa de Dios, preparó lo necesario para celebrar la pascua a YHWH. Invitó a todo Israel, que en esos días vivía muy lejos de la voluntad de Dios. Muchos se burlaron cuando llegaban los correos enviados por el rey Ezequías, pero otros los recibieron. *«Algunos hombres de Aser, de Manasés y de Zabulón se humillaron, y vinieron a Jerusalén».*

Ezequías fue precursor de la restauración de Israel en su tierra y a su Dios.

97

El templo de Salomón (XII) – Tiempos de restauración (III)

Hubo entonces gran regocijo en Jerusalén; porque desde los días de Salomón hijo de David rey de Israel, no había habido cosa semejante en Jerusalén. Después los sacerdotes y levitas, puestos en pie, bendijeron al pueblo; y la voz de ellos fue oída, y su oración llegó a la habitación de su santuario, al cielo (2 Crónicas 30:26,27)

La iniciativa que había puesto en marcha el rey **Ezequías**, inspirándose en el modelo de David, llegó a su punto culminante en la celebración de la pascua. Una pascua que volvía a recordarles que habían sido esclavos en Egipto, que salieron con mano fuerte para cumplir el propósito de Dios de poner por obra sus mandamientos, ser un reino de sacerdotes y gente santa, para que la luz se viera desde Jerusalén como un faro iluminando a las naciones. Todo para la honra y gloria del nombre del Dios de Israel. Los sacerdotes y levitas que habían vivido lejos de su llamamiento, impulsados por la determinación de **Ezequías**, se habían santificado y vuelto al servicio del Señor. Ahora su ministerio renovado cumplía con el servicio que se les había asignado para servir a Dios y al pueblo. *«Bendijeron al pueblo; y la voz de ellos fue oída, y su oración llegó a la habitación de su santuario, al cielo»*. El pueblo recibió el beneficio de la restauración del templo. Servir a Dios bendice a la nación. Restaurar su voluntad en la tierra alcanza su morada en el cielo. El templo terrenal solo era un lugar intermedio para alcanzar cotas más altas. La morada o habitación de Dios no está sobre piedras o ladrillos, por muy santificados que estén, sino que su santuario real es el cielo, la Jerusalén celestial, el monte de Sión, la ciudad del Dios vivo (Heb. 12:22-24). A pesar de ello, no podemos traspasar el recorrido de Dios. Hay una realidad terrenal y otra celestial que se superponen, están coaligadas y no podemos separarlas. Tienen misiones paralelas, cumplen un plan predeterminado, un diseño de Dios que no podemos violar porque no podamos comprenderlo en toda su amplitud. Dios le dio a Abraham una tierra para poner su nombre en ella, establecer a Israel y traer al Mesías, el Deseado de todas las naciones. Y volverá al mismo lugar, a Jerusalén, para establecer su reino mesiánico. No seamos solo espirituales, ni solo terrenales. Somos espíritu, alma y cuerpo. Israel y la iglesia, la iglesia e Israel, forman un mismo cuerpo, el cuerpo del Mesías. Amén.

El regocijo es consecuencia de la restauración del templo de Dios, celebrar la pascua y llenarlo de oración y alabanza. Hoy somos su templo.

98

El templo de Salomón (XIII) – Tiempos de restauración (IV)

Después de estas cosas y de esta fidelidad, vino Senaquerib rey de los asirios e invadió a Judá, y acampó contra las ciudades fortificadas, con la intención de conquistarlas (2 Crónicas 32:1)

El templo de Jerusalén y su servicio había quedado restaurado en días del rey **Ezequías**. Celebraron la fiesta de la pascua con tanta minuciosidad y detalle, según lo establecido en la ley de Moisés, que no se había hecho así desde los días del rey Salomón. Sin embargo, estos días de restauración y fidelidad a la Toráh no evitaron el levantamiento de sus enemigos. Senaquerib, rey de los asirios vino e invadió Judá. Lo hizo en dos partes. En la primera el rey **Ezequías** se vio obligado a pagar un impuesto al rey de Asiria, para ello recurrió incluso a la plata y el oro hallada en la casa de YHWH y del tesoro de la casa real (2 R.18:13-16). Con ello pensó que los asirios se marcharían, aunque habían tomado las ciudades fortificadas de Judá (2 R.18:13). No fue así, sino que regresó, esta vez a través de tres de sus príncipes. Y lo hizo menospreciando al Dios de Israel y blasfemando contra Él (2 Cr.32:14-19). Declarada la guerra en estos términos por los enviados del rey de Asiria, **Ezequías** con ánimo resuelto edificó los muros caídos (2 Cr.32:5), exhortó al pueblo a esforzarse, animarse y no temer, *«porque más hay con nosotros que con él»* (2 Cr.32:7). *«Y el pueblo tuvo confianza en las palabras de Ezequías rey de Judá»* (2 Cr.32:8). Las amenazas continuaron por parte de los asirios, quienes conocían las reformas que había hecho el rey de Judá y las usaron en su contra, declarando al pueblo que **Ezequías** había quitado los lugares altos y sus altares, diciendo a Judá que solo debían adorar a Dios en el altar de quemar incienso (2 Cr.32:12); apelando así al retorno del paganismo contra la restauración llevada a cabo. Luego el rey **Ezequías** y el profeta Isaías (que le ayudaba en esta batalla) oraron por esto y clamaron al cielo (2Cr.32:20). La respuesta fue fulminante. *«Y YHWH envió un ángel, el cual destruyó a todo valiente y esforzado, y a los jefes y capitanes en el campamento del rey de Asiria»* (2 Cr.32:21). Vuelto a su tierra el rey de Asiria fue asesinado por sus propios hijos cuando entró en el templo de su dios. Meditemos. En días de restauración también hay intentos de invasión del enemigo. Cómo afrontamos la adversidad pondrá nuevas bases en una restauración duradera o temporal. Los ídolos pueden ser quitados delante de los ojos pero lleva mucho más tiempo extirparlos del corazón.

No debemos conformarnos con una restauración superficial y externa, sino que debemos avanzar a la liberación de toda idolatría del corazón.

99

El templo de Salomón (XIV) – Tiempos de restauración (V)

En aquel tiempo Ezequías cayó enfermo de muerte; y oró a YHWH, quién le respondió, y le dio una señal. Mas Ezequías no correspondió al bien que le había sido hecho, sino que se enalteció su corazón, y vino la ira contra él, y contra Judá y Jerusalén (2 Crónicas 32:24,25)

¿Qué es el hombre?, dice el salmista, *«lo coronaste de gloria y de honra. Le hiciste señorear sobre las obras de tus manos; todo lo pusiste debajo de sus pies…»* y a pesar de ello su corazón se enaltece. **Ezequías**, que restauró el templo de Jerusalén, celebró la pascua como ningún otro rey, experimentó una victoria fulminante sobre la amenaza del rey de Asiria, que tuvo al mismísimo profeta Isaías a su lado en la oración, que enfermó de muerte y el Señor le dio la promesa de vivir otros quince años (algo excepcional en la Escritura), con una señal prodigiosa de volver el sol diez grados atrás (una señal solo semejante a la que el Eterno le dio a Josué); pues bien, todo ello no fue suficiente para que su corazón no fuera enaltecido atrayendo la ira de YHWH sobre sí mismo, sobre Judá y la ciudad de Jerusalén. Otro profeta, Jeremías, nos dice: *«engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?»* Y el proverbio nos instruye: *«Sobre toda cosa guardada, guarda tu corazón; porque de él mana la vida»*. El «bueno» de **Ezequías** también es hombre susceptible de ser engañado por su propio corazón. Hay tantos líderes que comienzan bien y en cierto momento de oscuridad y ceguera del corazón engañoso, son llevados a la arrogancia tan fácilmente… La adulación de quienes los rodean les da una falsa sensación de invulnerabilidad que atrae la inevitable caída, y con ella queda expuesta la verdadera calidad del corazón del hombre de Dios. *«Pero Ezequías, después de haberse enaltecido su corazón, se humilló, él y los moradores de Jerusalén; y no vino sobre ellos la ira de YHWH en los días de Ezequías»* (2 Cr.32:26). Dios lo probó (2 Cr.32:31). La prueba viene siempre. Es la manera de Dios para saber lo que hay en el corazón del hombre y quedar expuesto. Desde Babilonia llegó una embajada porque habían oído sus logros y la sanidad milagrosa que había experimentado. **Ezequías** abrió todos sus tesoros, los lugares secretos, la intimidad de su Dios; en un acto que fue reprendido por el profeta Isaías. Paradójicamente, serían los babilonios quienes despojarían el templo años mas tarde. El rey lo vio bien porque al menos no sería en su tiempo. Un ejemplo más de las idas y venidas, luces y sombras del corazón del hombre.

Toda restauración debe alcanzar el corazón del hombre para ser duradera y no caer en el enaltecimiento que conduce a ser resistido por Dios.

100

El templo de Salomón (XV) – Nueva apostasía (I)

De doce años era Manasés cuando comenzó a reinar, y cincuenta y cinco años reinó en Jerusalén. Pero hizo lo malo ante los ojos de YHWH, conforme a las abominaciones de las naciones que YHWH había echado de delante de los hijos de Israel (2 Crónicas 33:1,2)

Los veintinueve años de reinado de **Ezequías** no fueron suficientes para cambiar el corazón de su propio hijo. El padre de **Manasés** no parece haber sido muy cuidadoso en preparar a la siguiente generación en los caminos del Señor. No le preocupó que el mal viniera después de su partida, menospreciando así a la siguiente generación. Este menosprecio trajo consigo el peor rey de la casa de Judá. **Manasés** reinó cincuenta y cinco años, más de una generación, en la que llenó Jerusalén y Judá de las peores abominaciones. No solo fue contaminado por las naciones vecinas, sino que él mismo hizo obras peores que las naciones que el Señor había echado de Canaán cuando Israel heredó la tierra. ¿Cómo es posible, –se preguntan algunos–, que un líder cristiano pueda llegar a ser peor que aquellos que viven alejados de Dios? ¡Es posible! En **Manasés** tenemos un prototipo. Y su reinado fue un punto de inflexión en la historia antigua de Judá. Llegó a tal extremo su extralimitación que Dios no quiso perdonar. Todos los límites se habían sobrepasado. El juicio era inminente. El pueblo de la promesa sería entregado a las naciones en cautiverio tal y como había sido anunciado en la ley y los profetas. La lista de los pecados del reinado de **Manasés** es pavorosa: levantó altares a los baales, adoró el ejército del cielo, hizo imágenes de Asera, edificó altares en la misma casa de YHWH, (donde el Señor había dicho que estaría su nombre), pasó a sus hijos por fuego a Moloc, observó los tiempos, consultó a adivinos y encantadores, puso una imagen fundida en la casa de Dios, es decir, una abominación, se excedió en hacer lo malo de tal forma que consiguió encender la ira de Dios. Además, hizo extraviarse a Judá y los moradores de Jerusalén. Dios envió profetas a **Manasés** pero no los escuchó, hasta que trajo el ejército del rey asirio, lo aprisionaron, y atado con cadenas lo llevaron a Babilonia. En esa situación extrema volvió en sí. Se humilló grandemente en la presencia de Dios y habiendo orado fue atendido y restaurado a Jerusalén y su reino. Luego vinieron algunas obras de restauración en la casa de YHWH, pero el mal había avanzado tanto en el pueblo que no fue posible frenarlo. Ni siquiera, como veremos, en los reinados posteriores a **Manasés**.

Hay apostasías que ponen las bases para el juicio de generaciones venideras. La de Manasés fue una de ellas.

101

El templo de Salomón (XVI) – Nueva apostasía (II)

De veintidós años era Amón cuando comenzó a reinar, y dos años reinó en Jerusalén. E hizo lo malo ante los ojos de YHWH, como había hecho Manasés su padre; porque ofreció sacrificios y sirvió a todos los ídolos que su padre Manasés había hecho (2 Crónicas 33:21,22)

El impacto negativo del reinado de Manasés puso rumbo directo al juicio de Dios sobre Judá y Jerusalén. Hay procesos que son irreversibles. Cuando traspasamos las líneas rojas quedamos fuera de la capacidad de arrepentimiento que cambie el rumbo de una nación. Hay arrepentimientos que pueden frenar el juicio por un tiempo, pero la fuerza del mal se ha hecho tan poderosa que frenarla solo es posible después del juicio. **Amón**, hijo de Manasés, reinó solamente dos años en Jerusalén. Hizo lo malo ante los ojos de YHWH, como lo había hecho su padre; pero nunca se humilló, sino que aumentó el pecado. Conspiraron sus siervos contra él y lo mataron. Luego reinó **Josías**, hijo de Amón y nieto de Manasés, que hizo reformas después de hallar el libro de la ley. Durante los treinta y un años de su reinado buscó a Dios, limpió Jerusalén y reparó la casa de YHWH. Esta reforma se inició cuando se encontró el libro de la ley, y su lectura puso de manifiesto lo lejos que vivía el reino de Judá de los caminos de Dios. Se confirmó que el mal estaba determinado. A pesar de ello, se celebró la pascua, y fue restablecida la alabanza conforme al mandamiento de David. Sin embargo, esta restauración promovida por Josías sirvió para su propia generación, pero no para apartar el juicio de Dios sobre la ciudad. Así está escrito: «*Con todo eso, YHWH no desistió del ardor con que su gran ira se había encendido contra Judá, por todas las provocaciones con que **Manasés** la había irritado…. desecharé a esta ciudad que había escogido, a Jerusalén, y a la casa de la cual había yo dicho: Mi nombre estará allí*» (2 R.23:26,27). Esto fue dicho en los días de Josías. Luego vino el reinado de **Joacaz** (tres meses), y **Joaquín** (once años). En su reinado YHWH envió tropas de caldeos, de sirios, moabitas y amonitas para destruir Judá. Y añade: *«Ciertamente vino esto contra Judá por mandato de YHWH, para quitarla de su presencia, por los pecados de **Manasés**, y por todo lo que él hizo… YHWH no quiso perdonar»* (2 R.24:3,4). Si traspasamos los límites tal vez no haya lugar para el arrepentimiento, como a Esaú…

La paciencia y misericordia de Dios es inmensa, pero de Él nadie puede burlarse, pues todo lo que el hombre siembra, eso también segará.

102

El templo de Salomón (XVII) – El cautiverio (I)

Cuando comenzó a reinar Joacim era de veinticinco años, y reinó once años en Jerusalén; e hizo lo malo ante los ojos de YHWH su Dios. Y subió Nabucodonosor rey de Babilonia, y lo llevó a Babilonia atado con cadenas (2 Crónicas 36:5,6)

La decadencia fue en aumento. La caída del reino de Judá era inminente. El proceso duró algún tiempo pero el juicio estaba decretado. En estos casos la obstinación se vuelve un factor que agrava aún más la situación. Para tener la secuencia de todo este proceso recapitulemos. A las reformas de **Ezequías** le siguió el reinado nefasto de **Manasés**. En este tiempo se decidió en el consejo celestial el fin del reino de Judá, la caída de Jerusalén y la destrucción del templo que había construido Salomón. Observa que una vez decretado el juicio aún puede tardar un tiempo su materialización definitiva. Luego vinieron dos años del reinado de **Amón** que aceleraron el pecado del pueblo. Sin embargo, el periodo de **Josías** frenó momentáneamente el juicio, se hicieron reformas una vez encontrado el libro de la ley de Moisés que permitió cierta restauración del culto, pero la inercia del pecado no se pudo frenar lo suficiente para apartar el ardor de la ira de Dios. El cáncer del pecado liberado por Manasés sobre todo Judá estaba tan extendido que los días de Josías solo sirvieron como tratamiento para alargar la agonía de un fin inevitable. Le siguió tres meses de reinado de **Joacaz**, a quién Faraón Necao, rey de Egipto quitó del trono llevándolo a Egipto y poniendo a **Joacim** (Eliaquin), hijo de Josías, de rey títere de Egipto. En este tiempo subió Nabucodonosor y llevó al rey Joacim cautivo a Babilonia, poniendo en el decadente trono de Judá a **Joaquín**, de ocho años y antes de un año también fue llevado cautivo a Babilonia, poniendo el rey Nabucodonosor a **Sedequías** bajo la tutela del imperio caldeo. Aquí tenemos la primera parte del cautiverio de Judá a Babilonia, en la que fueron llevados también Ezequiel y Daniel (Dn.1:1,2). Así está escrito: *«En aquel tiempo subieron contra Jerusalén los siervos de Nabucodonosor rey de Babilonia, y la ciudad fue sitiada… Y sacó de allí todos los tesoros de la casa de YHWH… y rompió en pedazos todos los utensilios de oro que había hecho Salomón… en la casa de YHWH… Y llevó en cautiverio a toda Jerusalén…»* (2 R.24:10-17). A pesar del mal hecho, aún hubo opciones de mantener la ciudad bajo la tutela del imperio babilónico, pero la obstinación del rey impuesto lo impidió…

La primera fase del cautiverio babilónico determinó el comienzo del fin del reino de Judá. Y si el juicio comienza por su casa cuál será el fin de otros…

103

El templo de Salomón (XVIII) – El cautiverio (II)

De veintiún años era Sedequías cuando comenzó a reinar, y once años reinó en Jerusalén. E hizo lo malo ante los ojos de YHWH su Dios, y no se humilló delante del profeta Jeremías, que le hablaba de parte de YHWH. Se rebeló asimismo contra Nabucodonosor, al cual había jurado por Dios; y endureció su cerviz, y obstinó su corazón para no volverse a YHWH el Dios de Israel (2 Crónicas 36:11-13)

Estamos ante el último episodio de la caída de Jerusalén y la destrucción del templo que había construido Salomón. Los días de esplendor dieron paso a la peor de las pesadillas. El rey Nabucodonosor, después de llevar a lo mejor del reino de Judá a Babilonia, dejó a Sedequías en la tierra para mantener el gobierno bajo tutela de la potencia dominante de la zona en aquel momento. Sedequías no guardó el juramento hecho al rey de Babilonia, se rebeló contra él, a pesar de que tenía al profeta Jeremías instándole a que se sometiera a los caldeos para que les fuera bien. Aún en esa situación podría haber habido cierta liberación dentro de la decadencia general. Sin embargo, el rey se obstinó en su corazón; también los principales sacerdotes y los príncipes siguieron en la deriva de su iniquidad, contaminando la casa de YHWH. ¡Cuántas veces en la historia de las naciones se ha repetido este error! ¡Cuántos pastores de las congregaciones llevan a la grey a la dispersión por la obstinación de sus corazones envanecidos! El daño podía haberse atenuado. Algunos aún podrían haber vivido en condiciones, no las más favorables, pero sí lo suficientemente dignas para permanecer en la tierra de sus padres como remanente. La obstinación, que es idolatría, lo impidió. Las lágrimas del profeta fueron derramadas por la hija de Sión. La ira del rey burlado trajo la destrucción. Y lo que es peor aún, la desobediencia de Sedequías, con las autoridades y el pueblo, trajo el juicio de Dios. *«Por lo cual trajo contra ellos al rey de los caldeos, que mató a espada… los entregó en sus manos. Asimismo los utensilios de la casa de Dios, grandes y chicos, los tesoros de la casa de YHWH… todo lo llevó a Babilonia. Y quemaron la casa de Dios, y rompieron el muro de Jerusalén… los que escaparon de la espada fueron llevados cautivos a Babilonia… para que se cumpliese la palabra de YHWH por boca de Jeremías»*. El día más triste llegó a Jerusalén; ciudad donde había estado el arca del pacto y desde el cual se manifestaba a Israel. La gloria abandonaría el templo.

Tiempo de construir y tiempo de derribar. Todo tiene su tiempo debajo del sol. La obstinación del hombre trae la decadencia a las naciones.

104

La gloria abandona el templo

Y he aquí, allí estaba la gloria del Dios de Israel, como la visión que yo había visto en el campo… Y la gloria del Dios de Israel se elevó de encima del querubín, sobre el cual había estado… (Ezequiel 8:4 y 9:3)

Una vez más el árbol de la ciencia del bien y del mal había seducido la creación de Dios. Adán traspasó el pacto (Oseas 6:7). Israel rompió el pacto. La casa de Judá y de David no se mantuvo en el pacto hecho por Dios, por tanto, fueron despojados de su gloria. El hombre es infiel, pero Dios permanece fiel. Todo el recorrido que hemos hecho por la historia antigua de Israel es para llegar a esta reflexión: *¿Qué es el hombre para que de él te acuerdes, y el hijo del hombre para que lo visites? Le has hecho poco menor que los ángeles, le coronaste de gloria, todo lo pusiste debajo de sus pies*, sin embargo, su naturaleza caída, una y otra vez, produce desobediencia, es contaminada por la idolatría y su engañoso corazón queda atrapado en los lazos del cazador. Ezequiel va a ser testigo de cómo el Señor no habla en vano. Le mostrará las abominaciones que las autoridades de su pueblo hacen, incluso en el mismo lugar de adoración, en el centro de la presencia de Dios, el lugar santísimo. Hasta ese lugar (figura del espíritu del hombre, el hombre interior) van a llegar las abominaciones, contaminando el lugar más santo. La promiscuidad conduce irremediablemente a cometer toda clase de impurezas. Y esta viene por un pensamiento permisivo que conduce a transgredir los límites de la ley de Dios; a partir de ahí ya no hay freno, todo es posible en el desenfreno; la lujuria de la carne se descontrola, el hombre pecaminoso y carnal no tiene fuerzas en sí mismo para reconducirse. Debe morir. De ahí la importancia de la cruz. La cruz mata las enemistades. Devuelve la gloria de Dios al hombre, su dignidad perdida; pero antes hay un recorrido de fracasos hasta que venga la simiente que redime. La gloria abandonó el templo en algún momento antes que la destrucción realizada por el rey Nabucodonosor, —no lo olvidemos, por decreto del Dios de Israel—, y Ezequiel fue enviado en espíritu a Jerusalén para ser testigo de lo inevitable: la gloria abandonando el templo. Dios no se aferra a las piedras de un santuario. El Señor no habita en templos hechos de manos humanas, *«sino que en toda nación se agrada del que le teme y hace justicia»* (Hch.11:35). Sin embargo, su juicio dará lugar al día de la restauración. Todos los profetas de Israel que anunciaron juicio, terminaron sus palabras con restauración. Tiempos de restauración para Israel.

La gloria de Dios abandona el templo cuando se rompe el pacto y la idolatría ocupa su lugar. También en cualquier iglesia que hace lo mismo.

105

La gloria regresa de nuevo al templo de Ezequiel

Me llevó luego a la puerta, a la puerta que mira hacia el oriente; y he aquí la gloria del Dios de Israel, que venía del oriente… y la tierra resplandecía a causa de su gloria… y la gloria de YHWH entró en la casa por la vía de la puerta que daba al oriente. Y me alzó el Espíritu y me llevó al atrio interior; y he aquí que la gloria de YHWH llenó la casa (Ezequiel 43:1-5)

Los últimos capítulos del libro de Ezequiel contienen las medidas de un templo que permanece bajo cierta bruma de misterio. Algunos piensan que se trata del templo del milenio en el reino mesiánico, puesto que sus medidas exceden al templo construido por Salomón en la actual explanada. Las alteraciones de la venida del Señor permitirán su construcción en un lugar restaurado. Al margen de esas consideraciones quiero mencionar algunas cosas generales que me parecen relevantes. Primero. El mismo profeta que vio salir la gloria de Dios del templo construido por Salomón, es el mismo que la ve regresar a un nuevo templo. Me llama la atención que regresa por el mismo lado por donde abandonó la primera vez, es decir, por el lado oriental. Segundo. Este suceso tiene lugar en un templo construido en la ciudad de Jerusalén, donde hoy parece concentrarse el peor conflicto que amenaza la estabilidad mundial. ¿Por qué? El mismo querubín echado del cielo quiere ocupar nuevamente el lugar donde el Mesías pondrá su trono en el reino que ha de venir. Un trono y dos candidatos. Una ciudad, un templo, y dos personas disputando por él. No hay motivo de preocupación. La batalla está ganada y anunciada, su palabra se cumple siempre, pero hay quién se opone a pesar de ello y pelea a través de los hijos de ira pretendiendo volver a usurpar un trono que nunca le ha correspondido y que siempre ha pretendido. Ese es el origen del mal. De allí se ha ramificado y expandido. El campo de batalla es el corazón del hombre. ¿Quién pondrá su trono en tu corazón? No podemos servir a dos señores. Hoy, más que nunca, el tiempo es corto. El fin se acerca. Hemos sido destinados para alabanza de la gloria de su gracia, para ser hechos conforme a la imagen de su Hijo y participar de su gloria. No para robarla, sino para compartirla como redimidos, rescatados, adoptados, regenerados, justificados y por fin glorificados. La gloria perdida debe ser recuperada. Y solo hay uno que lo hará posible: *El Deseado de todas las naciones*… a quién esperamos.

La gloria perdida regresará de nuevo. Un nuevo templo ha sido construido. De Sión saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra de verdad. No hay otro camino. Jesús es el camino, la simiente de la mujer, el hijo de la promesa.

106

El retorno de su gloria (I)

Acordaos de las cosas pasadas desde los tiempos antiguos; porque yo soy Dios, y no hay otro Dios, y nada hay semejante a mí, que anuncio lo por venir desde el principio, y desde la antigüedad lo que aún no era hecho; que digo: Mi consejo permanecerá, y haré todo lo que quiero… Oídme, duros de corazón, que estáis lejos de la justicia: Haré que se acerque mi justicia; no se alejará, y mi salvación no se detendrá. Y ***pondré salvación en Sión, y mi gloria en Israel*** (Isaías 46:9-13)

La gloria perdida del templo de Jerusalén volverá al mismo lugar. Su restauración está anunciada por los profetas. El retorno será a través de diversas fases, no siempre de fácil comprensión, pero está anunciada, y la palabra de Dios, su justicia y verdad, se cumple. Antes de nada debemos dejar claro lo siguiente: de la misma forma que el profeta Ezequiel anunció el retorno de la gloria de Dios por el mismo lugar (el lado oriental) por donde se marchó, así regresará a la misma ciudad —Jerusalén— y dentro de la ciudad a un lugar especifico, el monte de Sión, donde Abraham llevó a Isaac para ser sacrificado y donde más tarde se construyó el templo de Salomón. Bien. Tengamos claro esto: Dios no cambia. Es inmutable. El retorno de su gloria volverá a la ciudad de Jerusalén y a Sión, porque de Jerusalén saldrá la ley y de Sión la palabra de YHWH (Isaías 2:3). Ahora bien, la restauración tiene distintas etapas. La primera que encontramos en la Escritura es después de los setenta años de cautiverio en Babilonia. Una vez cumplidos, llegó el tiempo del regreso del cautiverio en días de Zorobabel, Esdras, Nehemías, Hageo y Zacarías. Después del juicio para Israel vino la restauración en su tierra de nuevo. Esta restauración duró alrededor de cien años, y tuvo tres retornos distintos. Primero regresó Zorobabel, tras el edicto de Ciro, alrededor del año 536 a.C. En este periodo se reconstruyó el altar, se reiniciaron los sacrificios y se pusieron los cimientos del nuevo templo (Esdras 3). Los adversarios paralizaron la obra durante catorce años, y en ese tiempo profetizaron Hageo y Zacarías para reactivarla y volver a construir el templo hasta su culminación el año 516 a.C. Luego vino Esdras (Esdras 7) para poner en marcha las reformas religiosas conformando la vida de los que volvieron a las ordenanzas de la ley de Dios. Eso ocurrió sobre el año 457 a.C. Y finalmente vino Nehemías para reconstruir la muralla de Jerusalén en el año 444 a.C. Este tiempo de restauración no era el definitivo como veremos.

La salvación sale de Sión y la gloria de Dios es puesta en Jerusalén. Todo ello en un proceso de restauración con diversas fases que debemos entender.

107

El retorno de su gloria (II)

¿Quién ha quedado entre vosotros que haya visto esta casa en su gloria primera, y cómo la veis ahora? ¿No es ella como nada delante de vuestros ojos?... la gloria postrera de esta casa será mayor que la primera, ha dicho YHWH de los ejércitos; y daré paz en este lugar, dice YHWH de los ejércitos (Hageo 2:3,9)

El proceso degenerativo del reino de Judá los últimos años de la monarquía fue tan pecaminoso que produjo una mezcla que afectó a toda su vida nacional. Los setenta años en Babilonia pusieron en marcha un anhelo por el retorno de la cautividad (Salmo 137 y 126). Daniel entendió que estaban establecidos setenta años sobre la santa ciudad y comenzó un ayuno y oración por el retorno a Jerusalén (Daniel 9). El regreso tuvo lugar en tres fases. Una vez levantado **el altar**, restaurados **los sacrificios** y reconstruido **el templo** en un periodo de veinte años, se celebró su dedicación, la pascua y la fiesta de los panes sin levadura (Esdras 6:16-22). Pero recordemos, **no había arca** en el lugar santísimo. Luego subió Esdras, sacerdote y escriba experto en la ley de Dios, y lo primero que pudo constatar es que el pueblo vivía muy lejos del cumplimiento de la ley. Comenzó así todo un proceso de restauración de la vida diaria para recuperar el propósito de Dios con Israel de ser luz a las naciones. Muchos se habían mezclado con mujeres paganas, incluso los sacerdotes, todo ello dio lugar a un tiempo de ajustes, algunos traumáticos, como fue el tener que despedir a las mujeres extranjeras. Aquí tenemos que pararnos y meditar. Toda restauración puede comenzar con los aspectos externos (ritual, ceremonias, liturgia), pero debe avanzar hasta transformar la forma de vida y ajustarla a la voluntad de Dios en todo lo que hacemos. La regeneración da lugar a la santificación y esta a la transformación. No encuentro texto alguno donde se nos diga que la gloria de Dios regresó al templo como sí ocurrió en el tabernáculo y el templo de Salomón. Hageo profetizó de una gloria postrera que sería mayor que la primera en días de Salomón. No se cumplió en los días de Esdras. Sí se inicio el retorno a la tierra y al culto, pero el regreso de la gloria de Dios manifestada en su pueblo vendría mas tarde y de forma inesperada. Por tanto, restauración del culto, sí; pero el retorno de la gloria de Dios al templo de Jerusalén, no. Hoy Israel ha regresado a su tierra, —parte de la restauración— pero muchos no lo han hecho aún a la ley, al evangelio y a su Dios. El proceso está en marcha, la lucha es grande.

Toda restauración tiene fases diversas que hay que recorrer hasta alcanzar el día de la restauración de todas las cosas. La plenitud.

108

El retorno de su gloria (III)

Porque así dice YHWH de los ejércitos: De aquí a poco yo haré temblar los cielos y la tierra, el mar y la tierra seca; y haré temblar a todas las naciones, y vendrá el Deseado de todas las naciones; y llenaré de gloria esta casa, ha dicho YHWH de los ejércitos (Hageo 2:3,9)

Es evidente que una parte de las profecías de Hageo y Zacarías, quienes estimularon a los judíos a retomar la obra de la reconstrucción del segundo templo, no eran para ese tiempo, apuntaban a un periodo posterior en el advenimiento del reino mesiánico. Los textos que tenemos en este capítulo forman parte de ese tiempo. Está profetizada una gloria postrera sobre la casa, el templo de Jerusalén. En este tema nos encontramos con varias posturas teológicas. Por un lado, quienes esperan una reconstrucción literal del tercer templo, cuyo mensaje parece contradecir la carta de Hebreos; y por otro, quienes ven en ello el cumplimiento de los capítulos de Apocalipsis donde se dice que el tabernáculo es Dios mismo habitando con los redimidos (Apc.21:3). Sea como fuere, se menciona una gloria postrera, también un día cuando la tierra será llena del conocimiento de la gloria de YHWH como las aguas cubren la mar (Habacuc 2:14). También tenemos el enigmático templo visto por Ezequiel, donde sí se menciona el regreso de la gloria de Dios nuevamente (Ez.43:2). Todo ello queda para el futuro, pero volvamos al presente. El templo de Salomón, que fue destruido por Nabucodonosor, ahora ha sido reconstruido en días de Zorobabel, Esdras y Nehemías. Vuelve a ser el centro de la vida espiritual de Judá, aunque este templo no tiene arca en el lugar santísimo, el arca es la gran ausencia del templo; su localización es un enigma con diversas teorías. Ahora entramos en el periodo conocido como intertestamentario, los cuatrocientos años desde la profecía de Malaquías hasta el libro de Mateo. En este tiempo tenemos el periodo persa (430-332 a.C.). El griego (331-167 a.C.). El de los Macabeos (167-63 a.C.). Y el periodo romano (63 a.C. hasta el advenimiento de Jesús). En este tiempo los romanos nombraron a Antípater (idumeo, descendiente de Esaú) gobernador de Judea. A su muerte le sucedió su hijo Herodes, llamado el Grande (37-3 a.C.), que reedificó el templo de Jerusalén que fue el que conoció Jesús. De esta forma llegamos al cumplimiento del tiempo, cuando nacería el Deseado de todas las naciones; primeramente como siervo sufriente, hijo de José; para volver —le esperamos— como rey de Israel y cabeza de la iglesia.

La gloria de Dios regresa en la persona de su Hijo, el Mesías prometido, la esperanza de Israel y de todas las naciones. La simiente de la mujer.

109

Yeshúa y la simiente de la mujer

Ahora bien, a Abraham fueron hechas las promesas, y a su simiente. No dice: Y a las simientes, como si hablase de muchos, sino como de uno: Y a tu simiente, la cual es Cristo (Gálatas 3:16)

Hemos hecho hasta ahora un recorrido panorámico por el contenido bíblico para ver cómo la promesa inicial —que Dios hizo inmediatamente después de la caída— se concretó más tarde en la descendencia de Abraham, Isaac y Jacob. Luego pasó a la casa de Judá y la familia de David. Vendría de Belén de Judea en días del rey Herodes. Todo ello en cumplimiento del tiempo que estaba anunciado por los profetas (Gá.4:4,5). Nacería de una virgen (Isaías 7:14). La escogida para engendrar la simiente de la mujer sería una joven judía llamada María. Simiente de mujer pero engendrado por Dios, sin relación con el pecado, para poder redimir a los hombres de la naturaleza de pecado heredada de nuestros padres. Era la consolación de Israel esperada por Simeón y muchos otros (Lc.2:25). Cuando María recibió la visita del ángel quedó sorprendida por el anuncio, y dijo: *«¿Cómo será esto? Pues no conozco varón».* Y el ángel le dijo: *«El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios»* (Lc.1:34-35). Cuando nació el Hijo de Dios, un ángel del Señor se presentó a unos pastores que velaban y guardaban el rebaño en las vigilias de la noche. La gloria del Señor los rodeó de resplandor, con el mensaje: *«Os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es Cristo el Señor».* Y apareció con el ángel una multitud de las huestes celestiales, que alaban a Dios en las alturas diciendo: *«¡Gloria a Dios en las alturas…!»* (Lc.2:8-14). Además, fue anunciado como el heredero del trono de David su padre. *«Y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin»* (Lc.1:32-33). Por tanto, tenemos que en Yeshúa converge la promesa múltiple de Dios: es la simiente de la mujer; en él retorna la gloria de Dios, y es el heredero del reino prometido a David y su descendencia para siempre. Jesús es la simiente de la mujer que había de venir. Es también quién trae de vuelta la gloria de Dios, su Padre, cuando el templo de Jerusalén ya no tenía el arca en el lugar santísimo y éste había perdido el propósito original convirtiéndose en mercado y cueva de ladrones. Jesús es también el descendiente de David que hereda el trono prometido de un reino eterno. Dios ha reunido en él todas las cosas.

La simiente de la mujer es Yeshúa, el Hijo de Dios y heredero de David, que viene para manifestar la gloria de Dios perdida en Adán.

110

Yeshúa y la gloria del Padre (I)

En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios… Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad (Juan 1:1,14)

María había concebido un hijo para asombro de muchos. Simeón, aquel hombre justo, piadoso, que esperaba la consolación de Israel, y el Espíritu estaba con él, había dicho: *«He aquí, éste está puesto para caída y para levantamiento de muchos en Israel, y para señal que será contradicha»* (Lc.2:34). En otro lugar es identificado como una piedra —recordando la piedra que vio Daniel derribando la estatua que representaba los reinos de este mundo (Daniel 2:34,35)— y *«todo el que cayere sobre aquella piedra, será quebrantado; mas sobre quien ella cayere, le desmenuzará»* (Lc.20:18). El profeta Isaías habló de él diciendo: *«Porque un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro; y se llamará su nombre Admirable, Consejero, Dios fuerte, Padre eterno, Príncipe de paz»* (Is.9:6). Y también dijo: *«He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel»* (Is.7:14), que quiere decir: *«Dios con nosotros»*. Ahora el apóstol Juan, en su evangelio, nos da una introducción de su eternidad y divinidad para saber más de aquel niño que había nacido en el vientre de una mujer, (la simiente de la mujer), y nos dice que era el Verbo de Dios, la palabra de Dios encarnada, hecha carne. El Verbo se hizo carne y pudimos ver su gloria, la gloria de Dios manifestada en el unigénito hijo del Padre. La esperanza de Israel nació en Belén de Judá, pero su principio es desde la eternidad (Miqueas 5:2). Tomó naturaleza humana, se hizo carne; fue engendrado en el vientre de María por el Espíritu; y además es Hijo de Dios, uno con el Padre. Todo ello manifestado en Jesús de Nazaret. La gloria de Dios ya no está en el templo de Jerusalén, sino que se ha encarnado; esto será motivo de contradicción, piedra de tropiezo, roca de escándalo; pero veremos su gloria manifestada en las obras que el Padre le dio para hacer. Su misión es glorificar al Padre y acabar su obra. La gloria perdida en Adán se ha revelado en el postrer Adán, Jesús, para poder recuperarla y regresar al vestido que perdimos por causa del pecado. Fuimos destituidos de la gloria de Dios, ahora en Jesús nos es devuelta. Ese será nuestro recorrido en los próximos capítulos.

La gloria de Dios que estuvo en el tabernáculo y en el templo, ahora se ha encarnado en la Persona de Jesús, el Verbo de Dios, Redentor de Israel.

111

Yeshúa y la gloria del Padre (II)

Este principio de señales hizo Jesús en Caná de Galilea, ***y manifestó su gloria****; y sus discípulos creyeron en él.* (Juan 2:11)

El apóstol Juan dio testimonio de que habían visto la gloria de Jesús manifestada en la tierra. *«Vimos su gloria»,* y esa gloria estaba llena de gracia y de verdad. Por tanto, la gloria de Dios ha sido manifestada en la faz de Jesucristo, él es la imagen de Dios (2 Co.4:4). La imagen del Dios invisible (Col.1:15). Porque *«a Dios nadie le vio jamás, el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer»* (Jn.1:18). El apóstol Pablo nos dice, que, *«Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo»* (2 Co.4:6). Por tanto, tenemos que cuando queremos ver la gloria de Dios manifestada debemos mirar a Jesús, el Hijo de Dios, porque él es quién ha designado el Padre para manifestar su gloria en la tierra, mostrando el camino de regreso a la gloria que perdimos en Adán. Jesús manifiesta la gloria de Dios mediante sus obras. Lo hizo primeramente en el inicio de su ministerio cuando fue invitado a una boda en Caná de Galilea. Y esa gloria fue evidente cuando transformó el agua en vino. ¡Qué interesante! La gloria de Dios manifestada en una boda cambiando el agua en vino, y esto al inicio de su ministerio público. Jesús es el novio. La iglesia es la esposa del Cordero. Hay una boda que celebrar al final de los tiempos donde habrá más gloria, la gloria postrera; de la misma forma que el vino servido al final de la boda en Caná fue mejor que el servido al inicio. Toda una simbología en la que podemos meditar, pero lo que quiero resaltar aquí es que la gloria de Dios fue manifestada en ese milagro. Los discípulos pudieron verlo, no fue algo simbólico, fue un milagro auténtico para mostrar la gloria de Jesús que a su vez es la revelación de la gloria del Padre. El Maestro no recibe gloria de los hombres (Jn.5:41). Buscaba la gloria del que le había enviado (Jn.7:18), no la suya propia (Jn.8:50); y al hacer las obras ponía de manifiesto que su gloria procedía del Padre (Jn.8:54). El Señor fue testigo de que había muchos contemporáneos suyos que buscaban su propia gloria, estaban orientados hacia la vanagloria de la vida, la cual no procede del Padre, sino del mundo; y al hacerlo pensaban que Jesús hacia lo mismo, buscar su propia gloria, pero él les contradijo diciendo que su gloria era del Padre y así lo puso de manifiesto a lo largo de su vida hasta el final.

Jesús glorificó al Padre en las obras que hizo. Sigamos su ejemplo.

112

Yeshúa y la gloria del Padre (III)

Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios, para que el Hijo de Dios sea glorificado por ella (Juan 11:4)

La enfermedad y posterior muerte de Lázaro dio lugar a Jesús para volver a mostrar la gloria de Dios. El apóstol Pedro dijo que Dios ungió a Jesús de Nazaret, y éste anduvo haciendo bienes, sanando a todos los oprimidos por el diablo; y subraya, *porque Dios estaba con él* (Hch.10:38). La enfermedad es consecuencia del pecado y éste produjo la muerte desde el inicio. No estoy diciendo que los enfermos lo están porque han pecado, en tal caso, todos deberíamos estar enfermos por cuánto todos hemos pecado. Lo que estoy diciendo es que la enfermedad es consecuencia del pecado y el pecado produce la muerte. Ahora tenemos a Lázaro, un amigo de Jesús, hermano de Marta y María, enfermo. Cuando la noticia llegó a donde estaba el Maestro no se inquietó. Supo instantáneamente que este episodio estaba concertado por el Padre para mostrar su gloria. Finalmente, Lázaro murió y habían pasado cuatro días de su entierro cuando Jesús llegó a Betania. Vemos en el desarrollo de los acontecimientos el dominio que Jesús muestra sobre la muerte. El Autor de la vida va camino a enfrentar el poder de la muerte, latente entre los hombres, causando dolor y llanto, y esto en una familia muy querida por él. Jesús dijo a Marta: *«Tu hermano resucitará».* Ella mencionó la esperanza futura de la resurrección, pero Jesús le dijo: *«Yo soy la resurrección y la vida»*. Luego se encaminó al lugar donde había sido enterrado Lázaro. El Maestro se mueve como el que tiene las llaves de la muerte y el Hades (Apc.1:18). Manda quitar la piedra de la cueva. Marta le dice que huele mal porque es de cuatro días y Jesús le responde: *«¿No te he dicho que si crees, verás la gloria de Dios?».* Pone de condición la fe para ver la gloria de Dios manifestada. Luego da gracias al Padre y levanta su voz con autoridad para decir: *«¡Lázaro, ven fuera!».* Y el que estaba muerto salió de la tumba. Primicia de ese día postrero cuando todos los que están en los sepulcros oirán la voz del Hijo de Dios (Jn.5:25-29). Aquí tenemos un anticipo del poder de Jesús sobre la muerte mostrando la gloria de Dios a través de la resurrección. Este suceso marcaría un punto de inflexión. A partir de ahora las autoridades del templo no solo quisieron matar a Jesús, sino también a Lázaro, porque a causa de él muchos de los judíos creían en Jesús (Jn.12:9-11).

La gloria de Dios se manifestó en toda su potencia en la resurrección de Lázaro. Jesús tiene ahora las llaves de la muerte y el Hades.

113

Yeshúa y la gloria del Padre (IV)

*Isaías dijo esto **cuando vio su gloria**, y habló acerca de él. Con todo eso, aun de los gobernantes, muchos creyeron en él; pero a causa de los fariseos no lo confesaban, para no ser expulsados de la sinagoga. Porque amaban más la gloria de los hombres que la gloria de Dios* (Juan 12:41-43)

La gloria de Dios que se había manifestado en el pasado en el templo de Jerusalén sobre el arca del testimonio, ahora actuaba fuera del templo en la persona de Jesús. Incluso en una ocasión les había dicho a los fariseos *«que uno mayor que el templo está aquí»* (Mt.12:6). Esta descentralización iba a provocar un desconcierto tan profundo en la mentalidad de muchos en Israel que lo tomaron como blasfemia. En los textos que nos trae el apóstol Juan en este capítulo va un poco más allá en la misma dirección. Nada menos que equipara la visión de Isaías con la persona de Jesús que ahora se paseaba por las ciudades de Israel. El profeta había dicho: *«Vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime, y sus faldas llenaban el templo. Por encima de él había serafines… y el uno al otro daba voces, diciendo: Santo, santo, santo YHWH de los ejércitos; toda la tierra está llena de tu gloria»* (Is.6:1-3). Pues bien, el apóstol Juan nos dice que el profeta Isaías dijo esto cuando vio su gloria, y habló acerca de él. ¿De quién? De Yeshúa. El que vio Isaías en su visión es el mismo que ahora tienen delante los habitantes de Israel. Sin embargo, aunque incluso muchos de los gobernantes creían en él, tenían temor de confesarlo abiertamente por miedo a los fariseos, porque ya se había acordado que si alguno lo hacía fuera expulsado de la sinagoga (Jn.9:22); lo cual significaba quedar fuera del sistema de protección social y religioso. El conflicto se presentaba en el amor por una gloria u otra. O la gloria de Dios y sus consecuencias, o la gloria de los hombres con sus beneficios. Este es el punto culminante que determina nuestras acciones. Las hacemos buscando la gloria de los hombres o la gloria de Dios. Pablo dijo que esto es lo que determina nuestro servicio a Cristo (Gá. 1:10). Y Añadió, *«hacedlo todo para la gloria de Dios».* Glorificar a Dios es contrario a la gloria humana pasajera. La vanidad de este mundo no procede del Padre, sino del mundo, y el mundo pasa y sus deseos, pero el que hace la voluntad de Dios permanece. La gloria de Dios permanece. Sus obras también. Jesús mostró el camino. Buscó siempre la gloria del Padre. Al final pudo decir: *«Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese»* (Jn.17:4).

Jesús glorificó al Padre haciendo sus obras y mostrando así el camino para todos nosotros amando más la gloria de Dios que la de los hombres.

114

Yeshúa y la gloria del Padre (V)

Y entretanto que oraba, la apariencia de su rostro se hizo otra, y su vestido blanco y resplandeciente. Y he aquí dos varones que hablaban con él, los cuáles eran Moisés y Elías; quienes aparecieron rodeados de gloria, y hablaban de su partida, que iba Jesús a cumplir en Jerusalén… vieron la gloria de Jesús, y a los dos varones que estaban con él (Lucas 9:29-32)

Tenemos en este pasaje una ventana abierta entre el cielo y la tierra. La vida de oración une a ambas. *Entretanto que oraba…* Primera reflexión: la vida de oración traspasa los umbrales del mundo material para penetrar más allá del velo de carne que impide ver la gloria escondida. En este caso fue manifestada de tal forma que la apariencia del rostro de Jesús cambió, también su vestido se volvió blanco y resplandeciente. Luego aparecen dos varones: Moisés y Elías, ambos vivos y rodeados de gloria. Todos ellos están en la tierra pero a la vez en el cielo. Viven en el cielo pero a la vez se manifiestan en la tierra, la vida de oración los ha unido, mientras los discípulos quedan perplejos de lo que tienen delante de sus ojos. No eran extra-terrestres. Tampoco espíritus incorpóreos, ni fantasmas, eran hombres que los discípulos reconocieron: Moisés y Elías. Ellos dos con el Maestro tuvieron una conversación animada sobre la partida que Jesús iba a cumplir en la ciudad de Jerusalén. Por tanto, el cielo estaba al corriente de los sucesos que tenían lugar en la tierra. Además, los discípulos vieron la gloria de Jesús, su aspecto anterior a la encarnación. Pedro, Juan y Jacobo quedaron abrumados por la revelación de la gloria en el monte. Quisieron quedarse en aquel lugar indefinidamente. Los tres intervienen en la conversación que tiene lugar y Pedro, como siempre, aporta ideas: *«Maestro, bueno es para nosotros que estemos aquí; y hagamos tres enramadas, una para ti, una para Moisés, y una para Elías; no sabiendo lo que decía»*. Aquel lugar era acogedor, tanto, que los discípulos reconocieron que era bueno quedarse allí. El brillo celestial no tiene comparación posible con la gloria terrenal y pasajera. Partir y estar con Cristo es muchísimo mejor. Pero no era el tiempo. Cada cosa tiene su tiempo debajo del sol. Además, vino una voz del cielo confirmando que Jesús es el Hijo amado de Dios al cual debemos oír. Pedro quedó impresionado por la experiencia de la gloria de Jesús que el Maestro tuvo que decirles que no contaran lo visto a nadie por ahora. Lo hizo al escribir su segunda carta. Habían visto su majestad y Jesús recibió del Padre honra y gloria, enviada desde la magnífica gloria (2 P. 1:17,18).

La gloria, honra y majestad de Jesús tuvo sus testigos en la tierra aquel memorable día cuando subió al monte a orar con tres de sus discípulos.

115

Yeshúa y la gloria del Padre (VI)

Porque no os hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas artificiosas, sino como habiendo visto con nuestros propios ojos ***su majestad****. Pues cuando él recibió de Dios Padre honra y gloria, le fue enviada desde la magnífica gloria una voz que decía: Éste es mi Hijo amado, en el cual tengo complacencia* (2 Pedro 1:16,17)

El testimonio de la Escritura no deja duda alguna. Jesús, el Hijo de Dios, es eterno, participante de la gloria misma del Padre. Uno con él. La misma imagen de su sustancia, el resplandor de su gloria (Heb.1:3). La imagen del Dios invisible (Col.1:15). Es quién ha dado a conocer al Dios único (Jn.1:18). Ahora el apóstol Pedro nos dice que ellos mismos vieron su majestad. Habían oído el diálogo entre Jesús, Moisés y Elías, y supieron inmediatamente la honra que se le da al Hijo en el cielo, además de ver su gloria manifestada en aquel monte donde se transfiguró. Todo ello enviado desde la magnífica gloria, con la aprobación del Padre, dando testimonio de que Jesús es su Hijo amado, en quién tiene toda la complacencia, y a quién hay que oír. Es el Verbo de Dios. La voz de Dios. En el pasado, Dios habló de muchas maneras, a los padres de Israel mediante los profetas, pero en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quién constituyó heredero de todo, y por quién asimismo hizo el universo (Heb.1:1,2). No hay comparación posible con Jesús. Su gloria es única. Se encarnó para revelar la gloria del Padre, pero además manifestó su misma gloria; solo hay una gloria en la Deidad, Dios no la comparte con nadie, pero el Hijo es uno con Él. Jesús mismo había dicho a los judíos: *«De cierto, de cierto os digo: Antes que Abraham fuese, yo soy»* (Jn.8:58). Jesús es el Yo Soy revelado a Moisés en la zarza ardiendo (Ex.3:13,14). Todo ello, y mucho más, puede ser piedra de tropiezo para algunos, pero no para los que creen en el testimonio que Dios ha dado acerca de Su Hijo. El apóstol Juan también estuvo en el monte de la transfiguración y nos dejó este testimonio: *«Si recibimos el testimonio de los hombres, mayor es el testimonio de Dios; porque éste es el testimonio con que Dios ha testificado acerca de su Hijo. El que cree en el Hijo de Dios, tiene el testimonio en sí mismo; el que no cree a Dios, le ha hecho mentiroso, porque no ha creído el testimonio que Dios ha dado acerca de su Hijo. Y éste es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida»* (1 Juan 5:9-12). Dura cosa es dar coces contra el aguijón…

La gloria de Dios está revelada y manifestada en su Hijo. Recuperarla significa entrar por la única puerta posible que da acceso a ella: Yeshúa.

116

Yeshúa y la gloria del Padre (VII)

Jesús les respondió diciendo: Ha llegado la hora para que el Hijo del Hombre sea glorificado… Ahora es glorificado el Hijo del Hombre, y Dios es glorificado en él. Si Dios es glorificado en él, Dios también le glorificará en sí mismo, y enseguida le glorificará (Juan 12:23 y 13:31,32)

Debemos comprender bien una cosa. Jesús ya era glorioso antes de la encarnación, compartía la gloria del Dios único, pero como representante del ser humano, como Hijo del Hombre, se despojó de ella para ser glorificado por el Padre haciendo su voluntad en la tierra. Como Hijo de Dios se sujeto a la voluntad del Padre. *«Siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz»*. Llegaba el momento cuando el Hijo del Hombre sería glorificado para recuperar la gloria que Adán perdió en Edén por la desobediencia. Una vez presentado delante del Padre, habiendo sido glorificado, puede compartir su gloria con los redimidos para que estos recuperen la gloria perdida. Jesús es nuestro Hombre en la gloria. Ha llegado la hora para que el Hijo del Hombre sea glorificado. La Escritura repite que hubo un tiempo anterior cuando no era la hora. *«Aún no ha venido mi hora»* (Jn.2:4). *«Procuraban prenderle; pero ninguno le echó mano, porque aún no había llegado su hora»* (Jn.7:30). *«Y nadie le prendió, porque aún no había llegado su hora»* (Jn.8:20). Luego, hay un momento cuando Jesús es plenamente consciente de que su hora ha llegado, el tiempo culminante de la redención había llegado. *«Cuando se cumplió el tiempo en que él había de ser recibido arriba, afirmó su rostro* [con determinación LBLA] *para ir a Jerusalén»* (Lc.9:51). A partir de ese momento se expresa así: *«Ha llegado la hora para que el Hijo del Hombre sea glorificado… Ahora está turbada mi alma; ¿y qué diré? ¿Padre, sálvame de esta hora? Mas para esto he llegado a esta hora»* (Lc.12:23,27). Es el momento del juicio de este mundo, el príncipe de este mundo será echado fuera (Jn.12:31). *«Sabiendo Jesús que su hora había llegado para que pasase de este mundo al Padre»* (Jn.13:1). Y finalmente, en la oración sacerdotal, dice: *«Padre, la hora ha llegado; glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti»* (Jn.17:1). Yeshúa se encamina a Jerusalén. Va como siervo sufriente, hijo de José; y volverá como rey de los judíos, hijo de David.

El Hijo de Dios llegó al momento culminante de su obra en la tierra con determinación para regresar a la gloria como representante del hombre caído.

117

Yeshúa y la gloria del Padre (VIII)

Estas cosas habló Jesús, y levantando los ojos al cielo, dijo: Padre, la hora ha llegado; glorifica a tu Hijo, para que también el Hijo te glorifique a ti… (Juan 17:1)

La Escritura no se cansa de repetir que hay un tiempo para cada cosa, y todo lo que se quiere debajo del cielo tiene su hora. El Maestro era plenamente consciente de la misión que debía realizar. Supo cuándo entró en el momento culminante de su obra, en el epicentro de la voluntad de Dios. El diablo trató de apartarlo en varias ocasiones del reloj del Padre para que actuase por su cuenta, de forma autónoma, alejado del cielo caminando en una falsa libertad. Sus propios hermanos carnales quisieron empujarle a darse a conocer, malinterpretando sus motivaciones, con ocasión de la fiesta de los Tabernáculos. Pero Jesús les respondió diciendo: *«Mi tiempo aún no ha llegado, mas vuestro tiempo siempre está presto… Subid vosotros a la fiesta; yo no subo todavía a esa fiesta, porque mi tiempo aún no se ha cumplido»* (Jn.7:1-9). Poco más tarde sí bajo a la fiesta. Fue en ella donde anunció en alta voz que todo aquel que tenga sed venga a él y beba, y de su interior brotarán ríos de agua viva. Lo dijo pensando en la obra posterior del Espíritu; pues aún no había venido el Espíritu Santo, *«porque Jesús no había sido aún glorificado»* (Jn.7:39). Y llegó el tiempo. Jesús afirmó en su oración: *«Padre, la hora ha llegado»*. ¿Qué hora? La de su glorificación, pero antes debía bajar a lo más profundo de la tierra. El que bajó, es el mismo que también subió a lo más alto. *«Dios le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre».* Le sería dada toda autoridad para que en su nombre se anunciara el perdón de pecados, y se hicieran discípulos a todas las naciones. No hay otro nombre bajo el cielo dado a los hombres en quién podamos ser salvos. En él tiene el Padre su complacencia. Lo ha glorificado, y el Hijo glorifica al Padre. Donde Israel falló, el Hijo de Dios venció. Donde el templo no fue suficiente para mantener la gloria de Dios, el Hijo de Dios llegó al punto de ser glorificado y extender su gloria a todos los redimidos. La hora ha llegado. El tiempo se ha cumplido. Vivimos hoy de acontecimientos que tuvieron lugar en el pasado. Miremos a Jesús y seamos salvos todos los términos de la tierra.

Jesús llegó a la hora crucial de su glorificación con plena consciencia de la transcendencia universal que emana de su fidelidad al Padre.

118

Yeshúa y la gloria del Padre (IX)

… Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese. Ahora, pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese (Juan 17:4,5)

La oración que Jesús realizó con sus discípulos antes de encarar definitivamente el oprobio de la cruz contiene verdades sublimes que no podemos abarcar aquí. Haremos un breve recorrido con los aspectos que estamos viendo sobre la gloria de Dios. Jesús glorificó al Padre en la tierra. Nosotros también podemos glorificarle con nuestra manera de vivir, llevando mucho fruto. Aquí tenemos una vez más la conexión de nuestras vidas terrenales trascendiendo el ámbito natural y penetrando al celestial. Jesús lo hizo de muchas maneras. Hemos visto algunas. Lo hizo en las bodas de Caná cambiando el agua en vino y manifestando su gloria. Lo hizo al resucitar a Lázaro y cumpliendo la voluntad del Padre en todo lo que realizó. Jesús vivió en esta tierra ceñido a la voluntad de Dios. Lo que Adán no pudo completar Jesús lo culminó: vivir en obediencia; vencer el poder del pecado y de la muerte; resistir toda tentación; llegar al Gólgota como nuestro substituto, y presentarse ante el trono de Dios con su propia sangre, mediador de un nuevo pacto, abriendo un camino nuevo y vivo para que podamos acercarnos al trono de la gracia, hallar gracia y la ayuda oportuna. Hay un camino abierto, un camino nuevo y vivo, para que pasen por él los redimidos del Señor y sean revestidos de la gloria venidera. Se nos da las primicias del Espíritu para poder gustar la buena palabra de Dios y los poderes del siglo venidero (Heb.6:4,5). Jesús se sentó a la diestra del trono de Dios. Es el Cordero que fue inmolado; el único capaz de abrir los sellos con los acontecimientos finales. El apóstol Juan lloraba mucho *«porque no se había hallado a ninguno digno de abrir el libro, ni de leerlo, ni de mirarlo»* (Apc.5:1-4). Pero uno de los ancianos le dijo: *«No llores. He aquí el León de la tribu de Judá, la raíz de David, ha vencido para abrir el libro y desatar sus siete sellos».* Juan vio al Cordero como inmolado que tomó el libro para abrirlo. Vio también la adoración celestial, que decían a gran voz: *«El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza… oí decir: Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos».* Verdaderamente Jesús había sido glorificado.

Jesús ya era glorioso antes que el mundo fuese. Se despojó de ella haciéndose hombre y la recuperó para siempre haciendo la obra de Dios.

119

Yeshúa y la gloria del Padre (X)

La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno… Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo estoy, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado; porque me has amado desde antes de la fundación del mundo (Juan 17:22,24)

En esta oración Jesús tiene como prioridad la gloria del Padre, su unión con Él; pero también a los suyos, aquellos que Dios le ha dado. Pide que sean guardados en su nombre, para que sean uno, que tengan el gozo de Jesús en ellos, que sean guardados del mal, santificados en la verdad, (por la palabra que les ha dado del Padre), los envía al mundo de la misma manera que el Padre le envió a él, que sean uno, perfectos en unidad; y ahora da un giro inesperado, Jesús quiere compartir su gloria, la gloria que le dio el Padre quiere compartirla con sus discípulos. Quiere, (y se lo pide al Padre), que el mismo lugar donde él está, también ellos estén con él, para que vean su gloria. Anteriormente les había dicho: *«En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os prepararé lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis»* (Jn.14:1-3). Es el amor del novio por su amada. En el libro de Cantares tenemos este amor expresado de forma magistral. En la tradición judía el novio, una vez hechos los votos matrimoniales, se marcha a preparar un lugar, el hogar (casi siempre al lado de la casa de sus padres en una habitación contigua) donde compartirá con su amada esposa la vida matrimonial. Jesús, esposo y cabeza de la iglesia, ha ido a preparar lugar para los suyos. Quiere compartir su gloria con nosotros. Nos estamos acercando al hombre glorificado; siempre unidos a Jesús, porque separados de él nada podemos hacer. Nuestro gloriarnos es en el Señor. Nuestra gloria es Cristo. El vestido de gloria perdido en Adán volvemos a recuperarlo en Cristo. Es el vestido de lino fino. *«Y a ella se le ha concedido que se vista de lino fino, limpio y resplandeciente; porque el lino fino es las acciones justas de los santos»* (Apc.19:8). El que monta el caballo blanco, que se llama Fiel y Verdadero, que con justicia juzga y pelea, el Verbo de Dios, es seguido por *«los ejércitos celestiales, vestidos de lino finísimo, blanco y limpio, le seguían en caballos blancos»* (Apc.19:11-14). Volveremos al vestido de lino fino, esto es un anticipo de la gloria que el Señor quiere compartir con los suyos. El hombre glorificado.

La oración de Jesús por los suyos revela su deseo de compartir su gloria y el lugar de su presencia con los que el Padre le ha dado: su novia.

120

Jesús y el templo de Jerusalén (I)

Pues os digo que uno mayor que el templo está aquí (Mateo 12:6)

En el recorrido que hemos hecho en los capítulos anteriores hemos ido viendo la centralidad del templo de Dios en la ciudad de Jerusalén. El Señor escogió un lugar para poner allí su nombre, ese lugar fue el monte Moriah, donde Abraham ofreció a su hijo, y Salomón construyó el templo. Hemos visto también cómo descendió la gloria de Dios, la *shekina*, en ese lugar, y también como poco a poco entró en decadencia la adoración a Dios en su templo, con tiempos de restauración y apostasía, hasta que finalmente Nabucodonosor lo destruyó como resultado del juicio de Dios. Luego vinieron tiempos de restauración en días del rey Ciro el persa, y el regreso de Zorobabel, Esdras y Nehemías. Se construyó el segundo templo y en días del rey Herodes (idumeo, descendiente de Esaú) se restauró. Este fue el templo que conoció Jesús cuando fue manifestado a Israel. El sistema religioso había vuelto. El pueblo de Judá volvía a tener el templo como centro de su actividad religiosa, social, cultural y política. Los saduceos tenían el control del templo, mezclado con la política, y los fariseos eran los exigentes guardianes del ritualismo ceremonial que giraba alrededor de la interpretación más estricta y legalista de la Torah y las tradiciones. En ese contexto histórico apareció Jesús, cuyos padres, José y María habían cumplido meticulosamente con todos los requisitos de la ley. Una vez iniciado su ministerio público Jesús estuvo muy relacionado con el templo. Es ese lugar llevó a cabo buena parte de sus enseñanzas y controversias con las autoridades religiosas. Veremos en las próximas meditaciones un breve recorrido de la relación de Jesús con el templo. Lo que quiero resaltar ya ahora, es que en un determinado momento de su desarrollo ministerial Jesús hizo una declaración —hubo más que veremos— que era toda una provocación; difícil, muy difícil de aceptar por parte de las autoridades religiosas, él dijo: *«Os digo que uno mayor que el templo está aquí».* Imagino la cara de estupor de los fariseos. ¡Qué osadía! Hemos visto que la gloria que habitó en el templo, ahora estaba sobre Jesús, manifestando la gloria del Padre. Por tanto, necesitamos venir a Jesús para recuperar la gloria perdida que volvemos a encontrar solo él.

Jesús, el Hijo de Dios, es mayor que el templo, próximo a desaparecer, y levantar otro en tres días de piedras vivas donde Dios habita de nuevo.

121

Jesús y el templo de Jerusalén (II)

Estaba cerca la pascua de los judíos; y subió Jesús a Jerusalén, y halló en el templo a los que vendían bueyes, ovejas y palomas, y a los cambistas allí sentados. Y haciendo un azote de cuerdas, echó fuera del templo a todos… y dijo a los que vendían palomas: Quitad de aquí esto, y no hagáis de la casa de mi Padre casa de mercado (Juan 2:13-16)

El apóstol Juan menciona la limpieza del templo al inicio del ministerio público de Jesús, mientras que los evangelios sinópticos lo hacen al final de su vida. Algunos eruditos piensan que puede haber habido más de una limpieza del templo, por lo que ambas exposiciones en los distintos evangelios pueden ser complementarias. Lo que sí es seguro es que el propósito del templo se había adulterado y mezclado. Nada nuevo debajo del sol. El negocio religioso siempre ha sido muy lucrativo. Traficar con las almas y el sentimiento piadoso de las multitudes puede dar réditos económicos muy beneficiosos, aunque con ello se corrompa el propósito y la voluntad de Dios. Siempre habrá quienes, con buena dialéctica y oratoria, se encarguen de justificar y persuadir a las masas para salvar sus conciencias y poder mezclar lo que nunca debe hacerse. Jesús no lo hizo. En este pasaje muestra su indignación sin paliativos. No tiene reparo en manifestar su ira cuando está en juego la voluntad del Padre. Él vino para hacer la voluntad del que le envió, y una parte de esa voluntad fue limpiar el templo de Jerusalén de sus elementos espurios; así como de la mezcolanza religiosa, económica y política. ¡Cuántos azotes de cuerdas se necesitarían hoy para purgar de elementos nocivos muchos de los lugares de culto donde se mezclan los mismos factores que tuvieron lugar en Jerusalén! Jesús dijo, recordando las palabras de los profetas, *«mi casa será llamada casa de oración…* (Is.56:7) *y no cueva de ladrones»* (Jer.7:11). El Maestro actúo llevado por el celo de la casa de Dios (Sal.69:9), aunque sabía que él mismo levantaría un nuevo templo no construido de manos. Devolver al templo su propósito original (recordemos la dedicación que hizo Salomón después de ser construido el primer templo) fue lo que movió a Jesús a limpiarlo: la vida de oración. Jesús fue un hombre de oración. Comprendía la necesidad vital de la oración en la vida de su pueblo, y llevado por su celo restaurador no tuvo temor de provocar la ira del sistema religioso. Su argumento sería usado como acusación el día cuando fue entregado a las autoridades.

Jesús se muestra aquí como restaurador del plan de Dios para el templo devolviéndole su motivo principal: ser casa de oración y no cueva de ladrones.

122

Jesús y el templo de Jerusalén (III)

Y los judíos respondieron y le dijeron: ¿Qué señal nos muestras, ya que haces esto? Respondió Jesús y les dijo: Destruid este templo, y en tres días lo levantaré. Dijeron luego los judíos: En cuarenta y seis años fue edificado este templo, y ¿tú en tres días lo levantarás? Mas él hablaba del templo de su cuerpo (Juan 2:18-21)

La reacción de los judíos celosos del templo al comportamiento de Jesús no se hizo esperar. Tenían celo por el templo pero no les importaba la corrupción del mismo templo. Hay quienes defienden posturas religiosas aunque éstas sean contrarias a la Escritura, y lo hacen fervientemente, llevados de una determinación envidiable para motivos más edificantes. El celo religioso puede despertar a una nación entera, aunque éste sea errado y fanático. La ignorancia espiritual mezclada con celo irracional puede dar unos resultados trágicos. La historia está llena de ejemplos. Una conciencia religiosa —hay pueblos y regiones que su idiosincrasia les provoca un fanatismo cuando se trata de defender su religión, mezclada debidamente con elementos nacionalistas, políticos y económicos— manipulada por gobernantes sin escrúpulos puede dar beneficios a corto plazo muy valorados en ciertos periodos de nuestra historia. La expulsión de los judíos de España en 1492 es un caso evidente. Jesús había provocado la ira de un pueblo muy religioso, el judío, y tocado la niña de sus ojos, el templo y su esplendor. Tenían celo pero no conforme a ciencia, como diría el apóstol Pablo en otro momento (Ro.10:2). El mismo apóstol lo había sufrido antes de su conversión, luego reconocería que lo hizo en ignorancia, por incredulidad (1 Tim.1:13). De lo que podemos concluir que estando llenos de celo religioso podemos a la vez actuar llenos de ignorancia e incredulidad. Paradójico pero así es. Un gran celo religioso puede estar plagado de ignorancia e incredulidad que conduce al fanatismo más irracional. Vivimos tiempos cuando lo vemos a diario en el mundo islámico. Provocar la ira de un celo religioso mal entendido puede llevar a la destrucción y la muerte. Jesús, con verdadero celo por la verdad de Dios y su templo, desafió a sus contemporáneos que derribaran el edificio religioso y él levantaría uno nuevo en tres días. Una locura para la mente carnal. *«Mas él hablaba del templo de su cuerpo».* Este argumento fue clave en las acusaciones que le llevaron a la cruz. Provocar la ira del sistema religioso conduce en muchos casos a una locura momentánea arrollados por el error.

Las palabras de Jesús no siempre se entienden inicialmente. Son Espíritu y vida. Ni siquiera sus discípulos. Pero se acordaron mas tarde y creyeron.

123

Jesús y el templo de Jerusalén (IV)

Cuando Jesús salió del templo y se iba, se acercaron sus discípulos para mostrarle los edificios del templo. Respondiendo él, les dijo: ¿Veis todo esto? De cierto os digo, que no quedará aquí piedra sobre piedra, que no sea derribada (Mateo 24:1,2)

Jesús había hecho a los fariseos una declaración muy osada diciéndoles que *«uno mayor que el templo está aquí»* (Mt.12:6), refiriéndose a él mismo. Ahora les dice a sus discípulos que el templo va a ser destruido y que no quedará de él piedra sobre piedra. Una afirmación profética que se cumplió estrictamente el año 70 d.C. Los últimos mil años de la historia del pueblo de Israel habían estado vinculados, en mayor o menor medida, al templo de Jerusalén. Ese era el lugar donde el Señor había puesto su nombre, colocado el arca y manifestado su gloria. Era el lugar de los sacrificios para la expiación de los pecados. Los judíos piadosos no podían concebir su vida, su historia y el propósito de su existencia sin la presencia del templo en Jerusalén. Habían luchado en diversos momentos históricos por mantener su actividad según las normas de la ley, y aunque no siempre lo habían conseguido, seguían aferrados a su dependencia del templo, que por otro lado, formaba parte de su historia y llamamiento soberano del Dios de Abraham. Sin embargo, ahora Jesús, el Mesías de Israel, anunciaba su demolición. Lo que un día fue la gloria de Israel les sería quitado. Aunque el Maestro había dicho que él levantaría uno nuevo en tres días. Por tanto, estamos en un momento crucial de la historia de Israel, y por tanto de la revelación de Dios. Jesús explicó el hecho con estas palabras: *«Y cuando llegó cerca de la ciudad, al verla, lloró sobre ella, diciendo: ¡Oh, si también tu conocieses, a lo menos en este día, lo que es para tu paz! Mas ahora está encubierto de tus ojos. Porque vendrán días sobre ti, cuando tus enemigos te rodearán con vallado, y te sitiarán, y por todas partes te estrecharán, y te derribarán a tierra, y a tus hijos dentro de ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra, por cuanto no conociste el tiempo de tu visitación»* (Lc.19:41-44). Jerusalén y el templo unidos en su historia. Sin embargo, aunque el templo fue destruido y la ciudad conquistada por los romanos, Israel ha sobrevivido y ha sido guardado por su Dios, aún sin templo y sin Mesías, pero fieles a la Torah. Todo un misterio sin resolver. Me anticipo a decirte que un día reconocerán al Mesías y tendrán su templo en Jerusalén.

El templo de Jerusalén fue destruido pero el Mesías levantó uno nuevo en el corazón de todos los redimidos donde Dios habita hoy por su Espíritu.

124

Jesús y el templo de Jerusalén (V)

Mas Jesús, habiendo otra vez clamado a gran voz, entregó el espíritu. Y he aquí, el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo; y la tierra tembló, y las rocas se partieron; y se abrieron los sepulcros, y muchos cuerpos de santos que habían dormido, se levantaron (Mateo 27:50-52)

Antes que el templo fuera destruido, como había anunciado Jesús, el velo que dividía el lugar santo del lugar santísimo (aunque ya no estaba allí el arca del pacto, ni las tablas de la ley, ni la vara de Aarón) fue roto. El velo de separación se rompió de arriba abajo. Fue en el mismo instante cuando el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo estaba siendo entregado en rescate por muchos. El Mesías entregaba su espíritu, el velo del templo se rompió, y el Padre aceptaba la ofrenda expiatoria hecha una vez y para siempre. Todo ello tuvo lugar en la ciudad de Jerusalén. Estamos en el año 33 de nuestra era. Faltaban casi cuarenta años para llegar al año 70 d.C. cuando el templo fue definitivamente destruido por el general Tito. Durante ese tiempo convivieron ambos templos, el viejo, próximo a desaparecer, y el nuevo, aquel que había anunciado Jesús y que levantaría en tres días, el templo de su cuerpo. Sin embargo, el velo se había roto y el camino estaba abierto para penetrar hasta la presencia de Dios, la *shekina*, el lugar santísimo. Aquel en el que solo podía entrar el sumo sacerdote una vez al año para ofrecer expiación por los pecados del pueblo. Un camino nuevo y vivo había sido abierto. El autor de la carta a los Hebreos explica magistralmente esta revelación que acababa de acontecer. Una densa oscuridad se había asentado sobre la ciudad del gran rey. Era el día de las tinieblas (Lc.22:53). Por otro lado, un nuevo día iba a amanecer, el día de la resurrección. Jesús iba a ser glorificado. El misterio de la piedad estaba siendo revelado: *«Dios fue manifestado en carne, justificado en el Espíritu, visto de los ángeles, predicado a los gentiles, creído en el mundo, recibido arriba en gloria»* (1 Tim.3:16). La ciudad de Jerusalén fue testigo de un día único, donde se realizó la obra que al que la oyera no la creería (Hab.1:5) (Hch.13:41). Jesús era entregado como expiación por nuestro pecado. El velo del templo se rasgó de arriba abajo. Hubo un terremoto de tal magnitud que las rocas se partían. Se abrieron los sepulcros, y muchos cuerpos de santos que habían dormido se levantaron. Verdaderamente fue un día único para la salvación del hombre.

Estaba anunciada la destrucción del templo, pero antes se rasgó el velo abriendo un camino nuevo para penetrar más allá del velo de carne.

125

Jesús y la resurrección (I) – Sueltos los dolores de la muerte

Varones israelitas, oíd estas palabras: Jesús nazareno, varón aprobado por Dios entre vosotros con las maravillas, prodigios y señales que Dios hizo entre vosotros por medio de él, como vosotros mismos sabéis; a éste, entregado por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios, prendisteis y matasteis por manos de inicuos, crucificándole; al cual Dios levantó, ***sueltos los dolores de la muerte****, por cuanto era imposible que fuese retenido por ella…* (Hechos 2:22-24)

¡Y llegó el día! Culminado el tiempo de las tinieblas una gran luz resplandeció. En la misma ciudad, Jerusalén, donde había sido expuesto a vituperio el Hijo de Dios, tendría lugar el evento más trascendente de los siglos: la resurrección de Jesús. No hay en la historia de la humanidad un acontecimiento más relevante. No hay otro hombre semejante al Hijo del Hombre. La ofrenda había sido aceptada, la redención consumada, el pecado vencido, el diablo derrotado; ahora, sueltos los dolores de la muerte, por cuanto era imposible que fuera retenido por ella, Jesús salió victorioso de la noche más oscura. El justo bajó a los infiernos, padeció el juicio y la ira del Dios Santo, la satisfizo, y se levantó emergiendo del lodo cenagoso; el Hades tuvo que soltarle y dejarle ir; el poder de la resurrección explosionó en el universo y sacó a luz la vida y la inmortalidad. Todo ello está contenido en el evangelio. Hubo testigos, muchos testigos, más de quinientos, que vieron a Jesús resucitado (1 Co.15:6). La muerte ha sido vencida. El último enemigo ha sido derrotado. La esclavitud ejercida por aquel que tenía el imperio de la muerte, esto es, el diablo, fue destruida, para poner en libertad a todos aquellos que por el temor a la muerte estaban toda la vida sujetos a servidumbre (Heb.2:14,15). Jesús ha resucitado de entre los muertos, primicia de los que durmieron ha sido hecho. Un nuevo trastorno invadió la ciudad de Jerusalén. Comenzaron a oírse testimonios que el cuerpo no estaba en la tumba; algunos dicen haberle visto; las autoridades entran en pánico, maniobran para frenar que el postrer suceso no sea peor que todo lo anterior. La vida se abre camino. Un cuerpo de hombre ha resucitado; el Hijo del Hombre ha vencido a la muerte, por tanto, todos los hombres tienen abierto el camino a la inmortalidad. El apóstol Pedro, antes temeroso y negador, se ha levantado ante las mismas autoridades diciendo que lo acontecido estaba predeterminado, la muerte no tiene dominio sobre él, ha sido vencida. Glorioso día. Esperanza viva.

El Hijo del Hombre ha resucitado venciendo la muerte y su poder para abrir el camino a la glorificación de este cuerpo de muerte.

126

Jesús y la resurrección (II) – El templo nuevo

*Por tanto, **cuando resucitó** de entre los muertos, sus discípulos se acordaron que había dicho esto; y creyeron la Escritura y la palabra que Jesús había dicho* (Juan 2:22)

Jesús se hizo hombre. Vino en carne humana. Murió. Fue sepultado en la tumba cavada en la roca. Resucitó al tercer día. Venció la muerte y su poder. Inauguró un nuevo día en el que su cuerpo resucitado y glorificado fue hecho extensivo a todos aquellos que forman parte de su mismo cuerpo, el nuevo templo que levantaría en tres días. El cuerpo de Jesús resucitó, vencidos los dolores de la muerte que no pudieron retenerlo, y ese cuerpo se multiplica ahora en todos aquellos que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia. Jesús tomó nuestra naturaleza humana, aunque sin pecado, para poder transformarla al cuerpo de la gloria suya. Participar de Jesús en su muerte significa también compartir su resurrección. Nuestra unión con él nos da su misma naturaleza para alcanzar un día la redención final de nuestros cuerpos mortales. Los discípulos habían oído las enseñanzas de Jesús pero muchas de ellas no las entendieron hasta después de su ascensión y el advenimiento del Espíritu Santo. La resurrección es una de ellas. Les costó mucho aceptar que Jesús había resucitado. No daban crédito a las noticias que comenzaban a oírse en boca de algunas mujeres. Seguían llenos de temor y prejuicios. Luego, de forma paulatina, los mismos apóstoles comenzaron a ser testigos de aquel suceso que suponía una concepción distinta a la que habían imaginado. Recordaron que Jesús había hablado de un nuevo templo, el templo de su cuerpo, levantado en tres días. Ese cuerpo, compuesto de todos aquellos que participan de su vida, contiene ya los poderes del siglo venidero, está diseñado para la inmortalidad y la eternidad, es un cuerpo glorificado a la semejanza del cuerpo de Jesús, que experimentará la última parte de la redención el día de la liberación plena de la corrupción a la que aún está sometido en el presente siglo malo. Pablo lo llama la redención de nuestros cuerpos (Ro.8:23). Estas verdades comenzaron a abrirse camino en la mente de los discípulos, acordándose de la enseñanza de Jesús. Entonces creyeron a la Escritura y la palabra de Jesús. La obra de redención del Mesías, en toda su profundidad, debe ser revelada progresivamente hasta la plenitud, y todo ello mediante el testimonio del Espíritu, la Escritura y las palabras del Maestro.

La resurrección de Jesús es una verdad fundamental de la fe cristiana. Sin ella todo el edificio se tambalea, nuestra fe es vana y sin redención.

127

Jesús y la resurrección (III) – Los testigos

Cuando pasó el día de reposo, María Magdalena, María la madre de Jacobo, y Salomé, compraron especias aromáticas para ir a ungirle… cuando entraron en el sepulcro, vieron a un joven sentado al lado derecho, cubierto de una larga ropa blanca; y se espantaron. Mas él les dijo: No os asustéis; buscáis a Jesús nazareno, el que fue crucificado; ha resucitado, no está aquí; mirad el lugar donde le pusieron (Marcos 16:1-6)

Está escrito que *«por boca de dos o tres testigos se decidirá todo asunto»* (2 Co.13:1) (Dt.17:6). Veamos ahora los testigos de la resurrección de Jesús. La resurrección de Jesús aparece en los cuatro evangelios. Analizando cada uno de ellos tenemos una panorámica completa de este hecho trascendental. Primero debemos decir que hubo maquinaciones para negar el suceso por parte de las autoridades judías, sobornando a los guardias que habían custodiado la tumba, para que dijeran que el cuerpo había sido robado por sus discípulos. Esta versión se extendió entre quienes deliberadamente quisieron negar la resurrección. Los primeros testigos fueron un grupo de mujeres, entre ellas destaca **María Magdalena**, pero se menciona el nombre de otras más: **María madre de Jacobo**, **Salomé**, **Juana** y **algunas más con ellas** que no se mencionan sus nombres. Este grupo corrió a dar la noticia a los apóstoles. De entre ellos, **Simón Pedro** y **Juan** fueron a constatar el hecho acudiendo al sepulcro y vieron que su testimonio era cierto, el cuerpo no estaba en la tumba. Sin embargo, persistían las dudas y los temores. Al fin y al cabo no eran más que un grupo de mujeres, susceptibles de ser engañadas. Luego Jesús se apareció a **dos discípulos** camino a la aldea de Emaús, uno de ellos se llamaba **Cleofás**. Después se apareció **a los once** en tres ocasiones al menos, aunque Tomás no estaba en la primera y puso en duda el hecho. Se menciona a **Jacobo** de forma individual dada su autoridad posterior en la congregación de Jerusalén. Y a **más de quinientos hermanos** a la vez, de los cuales muchos aún vivían cuando **Pablo** escribió la segunda carta de Corintios. Tenemos también **el testimonio de Dios** que Pablo menciona en su discurso en Atenas (Hch.17:30,31). Y fuera de la Escritura tenemos fuentes históricas, algunas en sentido negativo, pero reseñando lo que era un hecho en el primer siglo: El Talmud, Josefo, Suetonio, Tácito, Plinio el joven. Todos ellos son más de dos o tres testigos. Además, Jesús vive hoy resucitado en todos aquellos que invocan su nombre y se apartan de la iniquidad.

El testimonio de la resurrección de Jesús es abrumador. Hubo muchos testigos presenciales y otros que lo son hoy por su vida manifestada en ellos.

128

Jesús y la resurrección (IV) – Su cuerpo glorificado (I)

Entonces, espantados y atemorizados, pensaban que veían espíritu. Pero él les dijo: ¿por qué estáis turbados, y vienen a vuestro corazón estos pensamientos? Mirad mis manos y mis pies, que yo mismo soy; palpad, y ved; porque un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo (Lucas 24:37-39)

Una pregunta que surge inmediatamente cuando hablamos de la resurrección y el cuerpo glorificado es como será ese cuerpo. Para responder esta pregunta debemos en primer lugar mirar a Jesús. Él es la primicia de los que durmieron y resucitaron (1 Co.15:20). Miremos el cuerpo de Jesús una vez que fue levantado de entre los muertos. En el texto que tenemos como base para iniciar este recorrido lo primero que apreciamos en los testigos que vieron a Jesús resucitado es que no le conocían a primera vista. Era el mismo cuerpo, pero a la vez muy distinto, tanto, que quienes habían estado con él durante más de tres años les costaba reconocerle. Vemos que cuando Jesús se apareció a los discípulos, a estos les pareció que veían un espíritu incorpóreo. Para salir al paso de semejante error, Jesús les mostró las manos y los pies para que pudieran palpar y ver que era un cuerpo de carne y huesos. Por otro lado, el apóstol Pablo dice que la carne y la sangre no pueden heredar el reino de Dios (1 Co.15:50), por tanto, tenemos que el cuerpo resucitado de Jesús mantenía la apariencia física, de carne y huesos, pero a la vez contenía una sustancia que lo hacía distinto al cuerpo mortal que había habitado días antes. Por otro lado podía comer. Jesús, para combatir la duda que mantenían sus discípulos acerca de su cuerpo glorificado pensando que era un espíritu, les dijo si tenían algo de comer. Entonces le dieron parte de un pez asado, y un panal de miel. Y él lo tomó, y comió delante de ellos (Lc.24:41-43). Hizo lo mismo en la tercera ocasión que Jesús se manifestó a los suyos, suceso que nos narra Juan (Jn.21:1-14). Al amanecer se les presentó en la playa. Ellos no sabían que era Jesús (una vez más su aspecto en cuerpo resucitado impedía su reconocimiento inmediato). Él les dijo que echaran la red a la derecha para hallar los peces. Al descender a tierra vieron como el Señor les había preparado un desayuno con pescado. Todos comieron pan y pescado aquella mañana. Por tanto, el cuerpo resucitado de Jesús podía comer y no era un espíritu.

El cuerpo resucitado de Jesús mantenía un aspecto similar al anterior a su muerte. Era de carne y huesos y podía comer. A la vez parecía muy distinto.

129

Jesús y la resurrección (V) – Su cuerpo glorificado (II)

Sucedió que mientras hablaban y discutían entre sí, Jesús mismo se acercó, y caminaba con ellos. Mas los ojos de ellos estaban velados, para que no le conociesen (Lucas 24:15,16)

La Escritura pone gran énfasis en manifestar que Jesús había resucitado y lo había hecho con un cuerpo de carne y huesos. Ese cuerpo podía comer tal y como lo hacen los simples mortales, aunque Jesús ya había vencido la muerte y esta ya no tenía ningún poder sobre él. A la vez, su aspecto tenía particularidades que hacían difícil reconocerlo. Le pasó a María Magdalena cuando lo confundió con el hortelano. Ocurrió lo mismo a Simón Pedro, Tomás llamado Dídimo, Natanael el de Caná de Galilea, a los hijos de Zebedeo (Jacobo y Juan), y otros dos de sus discípulos que estaban pescando en el mar de Tiberias cuando el Maestro se presentó a ellos por tercera vez (Jn.21:1-3). Todos ellos tuvieron dificultad en reconocer a Jesús aquella mañana cuando el Señor «los invitó desayunar» (Jn.21:4,7). Al principio no sabían que era Jesús, pero luego, *el discípulo a quién amaba Jesús le dijo a Pedro que era el Señor, aunque ninguno de ellos se atrevía a preguntarle ¿Tú, quién eres? Sabiendo que era el Señor* (Jn.21:12). Notemos que la percepción se va haciendo cada vez más clara a medida que están con él. Lo mismo les sucedió a los dos discípulos de nuestro texto que caminaban a Emaús. Veamos la progresión. Jesús mismo se acercó y caminaba con ellos. Nada de particular en personas de carne y hueso, pero Jesús ya había resucitado y mantenía su cuerpo visible a semejanza mortal pero diseñado para la inmortalidad. Se establece una conversación muy animada entre los tres viajeros a la aldea de Emaús, aunque los acompañantes del Maestro no podían reconocerle, sus ojos estaban velados. Estos datos pueden ser muy útiles cuando estudiemos acerca del reino mesiánico. En ese tiempo, algunos aún mantendrán sus ojos velados, otros le conocerán y vivirán en Sión en comunión íntima con el Señor. Su aspecto no parece destacar demasiado en apariencia con cualquier otro cuerpo mortal. Sin embargo, el cuerpo resucitado de Jesús puede penetrar a una sala con puertas cerradas donde estaban los discípulos reunidos por miedo a los judíos, y puesto en medio de ellos, dijo: *Paz a vosotros* (Jn.20:19-20). Les mostró, una vez más, las manos y el costado traspasado como testimonio de su resurrección, y los discípulos se regocijaron viendo al Señor.

El cuerpo resucitado de Jesús es semejante al nuestro pero inmortal, puede caminar, hablar y traspasar paredes para saludar a los suyos.

130

Jesús y la resurrección (VI) – Su cuerpo glorificado (III)

¿Qué pláticas son estas que tenéis entre vosotros mientras camináis, y por qué estáis tristes?... ¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no has sabido las cosas que en ella han acontecido en estos días?... ¿Qué cosas?... De Jesús nazareno, que fue varón profeta, poderoso en obra y en palabra delante de Dios y de todo el pueblo; y cómo le entregaron los principales sacerdotes y nuestros gobernantes a sentencia de muerte, y le crucificaron (Lucas 24:17-20)

La conversación de Jesús con los dos discípulos que iban camino a Emaús, una aldea cercana a Jerusalén, nos revela aspectos interesantes para la meditación. Antes de nada debemos decir que después de la resurrección Jesús anduvo cuarenta días en la tierra de Israel, apareciéndoseles a los discípulos, dándoles mandamientos por el Espíritu Santo y hablándoles acerca del reino de Dios (Hch.1:1-3). La resurrección ya se había efectuado, sin embargo, parece que la vida en Jerusalén no había sufrido cambios notorios, salvo en aquellos que están comprendiendo paulatinamente los eventos que han tenido lugar allí. El templo sigue en pie, los sacerdotes continúan con sus sacrificios, la gente común vive sus vidas como antes, los romanos mantienen el control de la ciudad, pero ha habido sucesos que transformarán la historia de la ciudad, del pueblo judío y de todas las naciones para siempre. Jesús tenía ahora un cuerpo que había traspasado la muerte, y a la vez estaba en contacto con personas mortales, es el caso de los dos discípulos con quienes mantiene la conversación que estamos considerando. Primera cosa. Jesús había resucitado, pero los discípulos estaban tristes. Aún no eran conscientes de lo sucedido. Él les preguntó: *«¿por qué estáis tristes?».* Su aspecto les delataba; como la tristeza de Nehemías ante el rey Artajerjes. Los discípulos no reconocen al Maestro y se sorprenden de que no se haya enterado de los sucesos que han tenido lugar en la ciudad. Jesús les sigue la corriente y pregunta: *«¿Qué cosas?»* Prestos, le dan la explicación: «Lo que ha ocurrido con Jesús nazareno, que fue varón profeta, poderoso en obra y palabra ante Dios y el pueblo; como le entregaron a la muerte de cruz nuestros sacerdotes y gobernantes». Todo el discurso está en tiempo pasado. Como una expectativa que tenían y que se ha desmoronado. Ese era el motivo real de su tristeza, esperaban una cosa y los hechos parecían demostrar otra. Las esperanzas redentoras se habían esfumado, y se sorprendían que hubiera un forastero —Jesús fue tomado por forastero en su propia tierra— que no se hubiera enterado de nada…

Podemos mantener una conversación con el mismo Señor resucitado y estar tristes, sin esperanza, creyendo que la expectativa se ha desvanecido.

131

Jesús y la resurrección (VII) – Su cuerpo glorificado (IV)

*Pero nosotros esperábamos que él era el que había de **redimir a Israel**; y ahora, además de todo esto, hoy es ya el tercer día que esto ha acontecido. Aunque también nos han asombrado unas mujeres de entre nosotros, las que antes del día fueron al sepulcro; y como no hallaron su cuerpo, vinieron diciendo que también habían visto visión de ángeles, quienes dijeron que él vive. Y fueron algunos de los nuestros al sepulcro, y hallaron así como las mujeres habían dicho, pero a él no le vieron* (Lucas 24:21-24)

Observa la expectativa que tenían los discípulos de Jesús: *«Nosotros esperábamos que él era el que había de redimir a Israel»*. Concordaba con lo anunciado por el ángel a María: *«Éste será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David su padre; y reinará sobre la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin»* (Lc.1:32,33). Zacarías, padre de Juan el Bautista, expresó lo mismo después su nacimiento (Lc.1:67-79). También le fue revelado a Simón, hombre justo y piadoso que esperaba la consolación de Israel (Lc.2:25-32). Confirmado por la viuda Ana, profetisa, que no se apartaba del templo sirviendo con ayunos y oraciones. Ésta, llegando en la misma hora cuando era presentado Jesús para ser circuncidado, *«hablaba del niño a todos los que esperaban la redención en Jerusalén»* (Lc.2:26-38). Toda una expectativa nacional que ahora parecía venirse abajo. Ese era el sentir de los dos discípulos con quienes Jesús, la esperanza de Israel y de todas las naciones, estaba hablando en este preciso momento. Los apóstoles, después de haber reconocido su resurrección, poco antes de ascender al cielo, le preguntan: *«Señor ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo?».* Dios había hecho un pacto con la casa de David para de levantar a uno de sus descendientes sobre el trono de David, y su reino no tendría fin. Esa era y es la esperanza de Israel. *«Esperábamos que él era el que había de redimir a Israel»*. Es la esperanza del reino mesiánico, –anunciada por los profetas de Israel–, un reino de justicia y paz para Israel y todas las naciones. De pronto, los dos discípulos, recuerdan que han oído los rumores de unas mujeres de entre nosotros, es decir, que tenían la misma esperanza, de haber ido al sepulcro y encontrarlo vacío, y ver visiones de ángeles con el mensaje de que él vive. Algunos varones, con la misma esperanza, fueron a constatar el testimonio cierto de las mujeres. Por su parte, los dos discípulos de Emaús tenían los ojos velados y no reconocieron al que estaba delante de ellos.

La esperanza de Israel es ser redimidos por un descendiente de David, quién traerá un reino mesiánico de justicia y paz a las naciones.

132

Jesús y la resurrección (VIII) – Su cuerpo glorificado (V)

Entonces él les dijo: ¡Oh insensatos, y tardos de corazón para creer todo lo que los profetas han dicho! ¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y que entrara en su gloria? Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían (Lucas 24:25-27)

La respuesta del Maestro, aunque aparentemente dura, no contradice la esperanza de redención para Israel que tenían los discípulos. El problema radicaba en el tiempo de cada cosa. Un error muy común en los hijos del reino. Confundir los tiempos o las épocas que el Padre ha fijado con su propia autoridad (Hch.1:7 LBLA) es motivo de confusión en muchas ocasiones. El gran velo para una parte del pueblo de Israel fue no comprender la primera venida del Mesías ben Yosef como siervo sufriente, centrando sus expectativas en la segunda venida como Mesías ben David, rey triunfante para establecer el trono de David. No entendieron el tiempo de los gentiles, el evangelio a todas las naciones, antes de que Israel reciba al rey de los judíos que viene a establecer su reino milenial o mesiánico, un reino de justicia y paz a todas las naciones, anterior a los nuevos cielos y la nueva tierra, así como la regeneración final que establecerá la justicia duradera. Pero no nos adelantemos. Tenemos a Jesús resucitado exhortando con vehemencia a dos de sus discípulos que no entendían lo que había tenido lugar en Jerusalén en ese tiempo. Estaban tristes, habían perdido la expectativa, aunque algunas mujeres la habían sostenido momentáneamente diciendo que el sepulcro estaba vacío y los ángeles anunciaron que Jesús vive. Lo tienen delante de ellos pero no le ven. Y después de reprenderles por su incredulidad, les da un «estudio bíblico» para llegar al momento culminante en el que su entendimiento sea abierto. Lo hace basado en el testimonio de Moisés, de los profetas y toda la Escritura, es decir, la Torah completa que Israel leía todos los sábados en la sinagoga. Jesús pone el acento en un aspecto que sus discípulos no habían podido comprender aún, aunque lo anunció en diversas ocasiones: su destino en Jerusalén para ser crucificado, morir y al tercer día resucitar. (Lee los textos Mt.16:21-23; Lc.9:21,22 y Lc.9:43-45). *«Era necesario que el Mesías padeciera todas estas cosas».* Y una vez entregada su vida en sacrificio vivo y expiatorio, *«entrar en su gloria».* Pedro lo comprendió tiempo después y lo enseñó a los expatriados (1 Pedro 1:10-12). Primero los sufrimientos, después las glorias.

Jesús se ciñe a las Escrituras para exponer lo que era necesario que ocurriera: que el Cristo padeciera en Jerusalén y después entrar en su gloria.

133

Jesús y la resurrección (IX) – Su cuerpo glorificado (VI)

Llegaron *a la aldea adónde iban, y él hizo como que iba más lejos. Mas ellos le obligaron a quedarse, diciendo: Quédate con nosotros, porque se hace tarde, y el día ya ha declinado. Entró, pues, a quedarse con ellos. Y aconteció que estando sentado con ellos a la mesa, tomó el pan y lo bendijo, lo partió, y les dio. Entonces les fueron abiertos los ojos, y le reconocieron; más él se* ***desapareció*** *de su vista* (Lucas 24:28-31)

Pongamos atención a los aspectos naturales de este episodio y también a los sobrenaturales. Ambos se entrecruzan en el camino a Emaús. No es algo novedoso en la Escritura, ocurre a menudo. Sucedió en la vida de Abraham donde vemos a tres varones compartiendo una comida en su casa. Dos de ellos eran ángeles que más tarde acudieron a Sodoma para rescatar a Lot y su familia. El tercero era el Señor mismo. También lo vemos en la aparición del ángel de YHWH a los padres de Sansón. Lo mismo en la transfiguración de Jesús, cuando aparecieron Moisés y Elías junto con el Señor, Jacobo, Pedro y Juan. Personas naturales y sobrenaturales compartiendo un mismo espacio en la tierra. Los tres protagonistas de nuestro relato llegaron a Emaús. Todo acontece de forma normal, aunque camina con ellos el que ha vencido la muerte, se ha levantado en el poder de la resurrección y en poco tiempo va a sentarse la diestra del Padre siendo glorificado. Todo ello aconteció en un periodo de cuarenta días que van desde la resurrección hasta la ascensión del Señor. Los dos hombres «fuerzan» a Jesús a quedarse con ellos porque el día ha declinado. Él accede en principio. Se sientan a la mesa y participan de una cena después del viaje. Todo muy natural. Pero algo está pasando en el corazón de los dos discípulos. Acaban de ser avivados –vivificados– sus corazones después que el Maestro les haya expuesto las Escrituras. Comienzan a percibir la dimensión sobrenatural del suceso, y justo en el momento cuando Jesús toma el pan, lo bendice, lo parte y les da de comer; en ese mismo instante —hay muchos instantes de Dios a lo largo de la vida de sus discípulos, recuerda el llamamiento de los apóstoles, al instante dejaron todo y le siguieron— sus ojos son abiertos y le reconocen. Hay un tiempo para la revelación de Dios en nuestros corazones. Paradójicamente, cuando comienzan a reconocerle él desaparece de su vista. Cuando quieren atraparle y retenerle el esposo se les va de las manos, desaparece, como el esposo del libro de Cantar de los Cantares.

Caminar con Jesús resucitado tiene instantes cuando llegamos juntos a ciertos lugares, pero también otros cuando desaparece de nuestra vista.

134

Jesús y la resurrección (X) – Su cuerpo glorificado (VII)

Y se decían el uno al otro: ¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino, y cuando nos abría las Escrituras?... Volvieron a Jerusalén, y hallaron a los once reunidos… que decían: Ha resucitado el Señor verdaderamente… Entonces ellos contaban las cosas que les habían acontecido en el camino, y cómo le habían reconocido al partir el pan (Lucas 24:32-35)

Se van acumulando los testimonios de la resurrección de Jesús. De forma progresiva los discípulos van percatándose que lo dicho por las mujeres era verdad. Simón le había visto; y los dos discípulos de Emaús contaron sus experiencias. La certeza de la resurrección del Señor se abría camino en sus corazones. ¡Le habían visto! ¡Habían comido con él! Tenía un cuerpo semejante al que conocían, pero a la vez un aspecto distinto que lo hacía difícil identificar. Sus miedos iniciales y los conflictos teológicos iban quedando atrás, dando lugar a una nueva concepción de la realidad, siempre más amplia y distinta a la que habían imaginado y concebido. Pero regresemos a Emaús. Jesús había desaparecido de su vista justo en el momento cuando comenzaban a reconocerlo. Ahora la conversación se vuelve eufórica. Los sentimientos enfrentados han bajado y subido en poco tiempo de forma notoria. Y nos encontramos con una expresión que siempre me ha cautivado. La Escritura cautiva, atrapa, su palabra es verdad, es viva y eficaz, es cortante, hace arder nuestros corazones, nos calla para que ella hable; dijeron: *«¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino, y cuando nos abría las Escrituras?».* Un fuego interior, —como el que Jeremías tuvo cuando no quiso hablar más en el nombre del Señor (Jer.20:9)—, una llama ardiente al ser expuesta la verdad y abierto el entendimiento. Y todo ello en el camino, al andar con él, al escucharle mientras andaban en la rutina de sus actividades cotidianas, iban a Emaús, pero la experiencia los hizo regresar inmediatamente a Jerusalén, encontrarse con los suyos, contar lo que habían visto y oído y contrastarlo con las mismas experiencias que los demás discípulos habían tenido. ¡El Mesías ha resucitado! Lo hemos visto en su cuerpo de carne y huesos, un cuerpo semejante al nuestro y tan distinto a la vez. Le habían reconocido al partir el pan. ¡Qué recuerdos! La última cena, cuando iba a ser entregado, cuando se formulaba el nuevo pacto, ahora confirmado por la resurrección. Esto es el evangelio.

El camino ha llegado a su fin. La angustia y tristeza dan lugar al hecho de la resurrección. Israel dijo: *«Basta; José mi hijo vive todavía»* (Gn.45:28).

135

Jesús y la resurrección (XI) – Su cuerpo glorificado (VIII)

Mientras ellos aún hablaban de estas cosas, Jesús se puso en medio de ellos, y les dijo: Paz a vosotros… Éstas son las palabras que os hablé, estando aún con vosotros: que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en ***la ley*** *de Moisés, en* ***los profetas*** *y en* ***los salmos*** (Lucas 24:36-44)

La resurrección irrumpe en medio del debate de los discípulos. La mente natural no puede percibir la dimensión espiritual. Imagino la escena en aquel lugar. Cada uno dando su versión de los hechos, contando sus experiencias, algunas bien fundadas; pero la mejor de todas fue la manifestación del cuerpo resucitado del Maestro. Estaban turbados, espantados, atemorizados, pensaban que veían un espíritu; hasta que el resucitado les habló: *«Paz a vosotros».* Entonces la voz del Hijo de Dios, que es como el estruendo de muchas aguas, toma la preeminencia, se eleva sobre todas las demás voces y afirma la fe de los discípulos. Les mostró sus manos y sus pies, los invitó a palparlas y ver que tenía carne y huesos; y como aún del gozo que les sobrevino no lo creían, y estaban maravillados, les propuso que le dieran algo de comer. Dicho y hecho. Le trajeron parte de un pez asado, y un panal de miel. Jesús se dispuso a comer delante de ellos ante la mirada atónita de los suyos. No podía quedar duda alguna de que había resucitado. Esta y otras experiencias le dio al apóstol Juan toda la autoridad para escribir años más tarde: *«Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros propios ojos, lo que hemos contemplado, y palparon nuestras manos tocante al Verbo de vida (porque la vida fue manifestada, y la hemos visto, y testificamos, y os anunciamos la vida eterna, la cual estaba con el Padre, y se nos manifestó); lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo»* (1 Jn.1:1-3). O el testimonio que da Lucas diciendo que Jesús fue recibido arriba, después de dar mandamientos a los apóstoles, a quienes se presentó, después de haber padecido, con muchas pruebas indubitables y hablándoles acerca del reino de Dios durante cuarenta días (Hch.1:1-3). Lucas lo hizo después de haber *investigado con diligencia todas las cosas desde su origen, para que se conozcan la verdad de las cosas que entre nosotros han sido ciertísimas y en las que hemos sido instruidos* (Lc.1:1-4). Jesús ya las había anunciado antes. Lo hizo para cumplir lo que estaba escrito en la ley de Moisés, los profetas y los salmos. Amén.

El testimonio de la resurrección no admite dudas, aunque tengamos que recorrer el camino desde la incredulidad hasta quedar maravillados.

136

Jesús y la resurrección (XII) – Su cuerpo glorificado (IX)

Entonces les abrió el entendimiento, para que comprendiesen las Escrituras; y les dijo: Así está escrito, y así fue necesario que el Cristo padeciese, y resucitase de los muertos al tercer día; y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones, comenzando desde Jerusalén. Y vosotros sois testigos de estas cosas (Lucas 24:45-48)

Cuando el apóstol Pedro dio a conocer en su segunda carta la experiencia de la gloria de Jesús en el monte de la transfiguración, una vez expuesto el testimonio de la experiencia vivida, inmediatamente después dijo: *«Tenemos también la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro… porque… los santos hombres de Dios hablaron siendo inspirados por el Espíritu Santo»* (2 P.1:19-21). Esa era la enseñanza de su Maestro. Todo el capítulo 24 de Lucas, donde encontramos el testimonio de la resurrección de Jesús, el camino recorrido con dos de ellos hasta Emaús, y su manifestación a todo el grupo, pone el énfasis en que las cosas que estaban sucediendo eran lo que ya habían anunciado los profetas. Jesús se encargó de abrirles las Escrituras y el entendimiento para que las comprendiesen. Está escrito: *«¡A la ley y al testimonio! Si no dijeren conforme a esto, es porque no les ha amanecido»* (Is.8:20). Sin entendimiento no se pueden comprender las Escrituras. Necesitamos al autor del texto, el Espíritu Santo, en boca de hombres inspirados, para abrir el conocimiento de la verdad revelada de Dios. Todo estaba escrito y así era necesario que sucediese. Los padecimientos del Mesías (Isaías 53:4) (Salmo 22:16-18). Su muerte (Isaías 53:10). Su resurrección (Sal.16:10,11). Todo estaba en la Escritura. Es el mismo testimonio del apóstol Pablo cuando expone la predicación del evangelio a los corintios (1 Co.15:1-8). Esa obra expiatoria del Mesías en la cruz del calvario es la base para anunciar el arrepentimiento y el perdón de pecados en todas las naciones comenzando desde Jerusalén. Lo que está escrito tiene cumplimiento para que los hechos consumados confirmen el testimonio de la Escritura. Esta es la base de nuestra fe. No fábulas artificiosas, mitos o leyendas. Jesús ha resucitado; estaba anunciado; la muerte ha sido vencida, por tanto, hay un camino abierto a través de su cuerpo para que podamos penetrar más allá del velo y alcanzar la gracia oportuna.

La Escritura da testimonio de la obra de Jesús, su muerte, resurrección y exaltación, para que podamos comprenderla y beneficiarnos de ella.

137

Jesús y su exaltación (I) – La ascensión

Y los sacó fuera hasta Betania, y alzando sus manos, los bendijo. Y aconteció que bendiciéndolos, se separó de ellos, y fue llevado arriba a cielo… (Lucas 24:50,51)

Y estando ellos con los ojos puestos en el cielo, entre tanto que él se iba, he aquí se pusieron junto a ellos dos varones con vestiduras blancas, los cuales también les dijeron: Varones galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo (Hechos 1:10,11)

El momento de la separación física había llegado. Después de cuarenta días hablándoles acerca del reino de Dios, de darles mandamientos por el Espíritu Santo, y decirles que esperasen en Jerusalén la promesa del Padre, Jesús fue tomado arriba al cielo. ¿Cómo ascendió? Con el mismo cuerpo que había resucitado, con las marcas en las manos, los pies y el costado. Los discípulos lo vieron ascender. Y mirando cómo era alzado, dos varones con vestiduras blancas se pusieron a su lado para decirles: *«Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo».* El Señor fue alzado, y le recibió una nube que le ocultó de sus ojos. De esta forma se cerró la visión del Hijo de Dios en la tierra. Ahora era elevado al cielo y quedaba oculto hasta un día cuando volverá a aparecer con el mismo cuerpo. Estará presente a través del Espíritu Santo, distribuido sobre todos aquellos que creen en él y le esperan. El reino también quedará oculto en los corazones de sus siervos, hasta su manifestación física y visible en la era mesiánica. Será en el mismo lugar desde donde partió al cielo, en Jerusalén. Jesús toma un lugar central en el cielo, se sienta a la diestra del trono de Dios, desde donde espera hasta que sus enemigos sean puestos bajo el estrado de sus pies (Sal.110:1). Ahora es nuestro sumo sacerdote en el templo celestial, nuestro abogado, intercesor, mediador, le ha sido dado el nombre que es sobre todo nombre, para que al invocarlo alcancemos la salvación. Una vez ascendido tiene lugar su entronización y glorificación a la diestra del Padre. Desde ese lugar enviará el Espíritu Santo (Jn.7:39). Pronto sus discípulos sabrían que este hecho había tenido lugar en el cielo quedando constancia en la tierra.

Jesús resucitó y ascendió al cielo para sentarse a la diestra del trono de Dios, ser glorificado y cabeza de la iglesia sobre todos los redimidos.

138

Jesús y su exaltación (II) – Señor y Cristo

A este Jesús resucitó Dios, de lo cual nosotros somos testigos. Así que, exaltado por la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís… Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que ***a este Jesús*** *a quien vosotros crucificasteis,* ***Dios le ha hecho Señor y Cristo*** (Hechos 2:32-36)

Tenemos en el cielo a un representante del género humano en la persona de Jesús. *«A este Jesús»*. El que se encarnó; el que anduvo haciendo bienes y sanando a todos los oprimidos por el diablo; el que fue a Jerusalén para entregar su vida en rescate por muchos; el que murió en una cruz en el monte de la Calavera, que fue sepultado y bajó a los infiernos, al lago de fuego y azufre para satisfacer la ira de Dios por el pecado del hombre, que tomó nuestro lugar, fue nuestro substituto, y que resucitó de entre los muertos, habiendo vencido el poder del pecado y de la muerte, sacado a luz la vida y la inmortalidad por el evangelio; este mismo Jesús que anduvo cuarenta días en Israel después de haber resucitado, que comió con los discípulos y les enseñó todo ese tiempo acerca del reino de Dios, que fue tomado al cielo, viéndolo los suyos, y una vez tomado su lugar en el cielo, se sentó a la diestra del trono de Dios, aclamado por las huestes celestiales como el Cordero que fue inmolado, que venció sobre el mal y ha recibido un nombre que es sobre todo nombre; y que después envió la promesa del Padre a los que había encargado ser sus testigos en Jerusalén y en todas las naciones, este Jesús, (no otro Jesús inventado por las religiones o las mentes imaginarias de quienes no aman la verdad, sino que la usan como medio de ganancia) ha sido hecho Señor y Cristo. Y al ascender, después de haber descendido a las partes más bajas de la tierra, dio dones a los hombres, y subió por encima de todos los cielos para llenarlo todo (Ef.4:8-10). Este Jesús, que se despojó de su divinidad, se hizo semejante a los hombres, se humilló como siervo hasta morir en una cruz. Este mismo Jesús ha sido exaltado hasta lo sumo, y se le ha dado un nombre que es sobre todo nombre, para que en su nombre se doble toda rodilla de los que están en los cielos, la tierra y debajo de la tierra; y toda lengua confiese que es Señor, para gloria de Dios Padre. El apóstol Pedro, en el día de Pentecostés, se dio cuenta de todo ello y lo declaró con firmeza ante las mismas autoridades que le habían crucificado, diciendo: *«A este Jesús, Dios le ha hecho Señor y Mesías»*. Y yo digo: Amén.

Se han inventado a lo largo de la historia muchos «Jesús», pero solo uno está revelado en la Escritura; el que Dios ha hecho Señor y Cristo.

139

Jesús y su exaltación (III) – Glorificado

El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, el Dios de nuestros padres, ***ha glorificado a su Hijo****, a quien vosotros entregasteis y negasteis delante de Pilatos, cuando éste había resuelto ponerle en libertad… negasteis al Santo y al Justo… y matasteis al Autor de la vida, a quien Dios ha resucitado de los muertos, de lo cual nosotros somos testigos* (Hechos 3:13-15)

Dios ha glorificado a su Hijo, pero ¿qué Dios? El apóstol Pedro, en su segundo discurso después de Pentecostés, nos devuelve al inicio de la revelación. *«El Dios de nuestros padres, ha glorificado a su Hijo»*. Esteban dice lo mismo en su predicación: *«El Dios de la gloria apareció a nuestro padre Abraham»* (Hch.7:2). Comenzamos nuestro recorrido en Génesis viendo como la gloria de Dios que perdimos en Adán, regresa para manifestarse a Abraham, Isaac y Jacob, de ellos a todo Israel, y de Israel a Jesús, a quién ahora el Padre ha glorificado. Pedro lo supo por la manifestación del Espíritu Santo el día de Pentecostés; esa era la señal de que Jesús había sido glorificado (Jn.7:39). Ahora el Espíritu Santo glorifica a Jesús en la tierra a través de sus discípulos, *«porque tomará de lo mío, y os lo hará saber»* (Jn.16:14). Esteban lo vio glorificado en pie a la diestra del trono de Dios poco antes de ser el primer mártir de la iglesia (Hch.7:55). Saulo de Tarso lo vio glorificado y quedó ciego tres días por el resplandor de su gloria (Hch.22:6-11). Y el apóstol Juan lo vio en su gloria y cayó como muerto a sus pies (Apc.1:12-18). Jesús ha sido glorificado. Es el final del recorrido. Su cuerpo ya no verá la corrupción de la muerte (Hch.13:34-37). Tenemos en el cielo un cuerpo humano sobre el que pecado y muerte ya no tienen potestad; la muerte no pudo retenerlo, se impuso la justicia de su naturaleza para vencer la injusticia del hombre. Jesús y su cuerpo glorificado es la garantía de nuestra propia resurrección y glorificación, un nuevo hombre sin conexión con el pecado. Ahora tenemos las primicias por el Espíritu, luego la redención final de nuestros cuerpos para ser semejantes al cuerpo de la gloria suya. Las cartas del NT dan buena cuenta de ello, y nosotros terminaremos esta serie con un recorrido final por los detalles de ese cuerpo glorificado, semejante al de Jesús. Separados de él nada podemos hacer. *«Porque convenía a aquel por cuya causa son todas las cosas, y por quien todas las cosas subsisten, que habiendo de llevar muchos hijos a la gloria, perfeccionase por aflicciones al autor de la salvación de ellos»* (Heb.2:10). Padecer con él para ser glorificados con él (Ro.8:18,18).

El Hijo de Dios ha abierto el camino a nuestra esperanza de gloria. Unidos a él en su muerte, resurrección, exaltación y glorificación. Amén.

140

Glorificados (I) – La esperanza del evangelio

Ahora me gozo en lo que padezco por vosotros… según la administración de Dios que me fue dada para con vosotros, para que anuncie cumplidamente la palabra de Dios, el misterio que había estado oculto desde los siglos y edades, pero que ahora ha sido manifestado a sus santos, a quienes Dios quiso dar a conocer las riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles; que es ***Cristo en vosotros, la esperanza de gloria*** (Colosenses 1:24-27)

El evangelio es un misterio. Estaba oculto desde los siglos y edades, los tiempos eternos, un misterio que ahora ha sido revelado, *«y que por las Escrituras de los profetas, según el mandamiento del Dios eterno, se ha dado a conocer a todas las gentes* [naciones)] *para que obedezcan a la fe»* (Ro.16:25,26). Y ese misterio que ahora ha sido revelado a los gentiles contiene las riquezas de la gloria de Dios, que se resume en la frase que usa Pablo magistralmente: *«Cristo en vosotros, la esperanza de gloria».* En el evangelio la justicia de Dios se revela por fe (Ro.1:17); por tanto, *«justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo; por quien también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios»* (Ro.5:1,2). Una vez dentro del evangelio nuestro anhelo es buscar, mediante la perseverancia en el hacer bien, gloria, honra e inmortalidad (Ro.2:7). El evangelio es Jesús, quién ha sido manifestado para quitar la muerte y sacar a luz la vida y la inmortalidad por el evangelio (2 Tim.1:10). Por eso Pablo lo llama *«el glorioso evangelio del Dios bendito, que a mí me ha sido encomendado»* (1 Tim.1:11). El mismo evangelio, dice el apóstol Pedro, contiene una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo, y una herencia que no se puede contaminar, que no se puede marchitar, y que está reservada en los cielos para nosotros (1 Pedro 1:3-5). Su mensaje está encerrado en la sabiduría de Dios, una sabiduría oculta, la cual Dios predestinó antes de los siglos para nuestra gloria; esa sabiduría no fue conocida por los príncipes de este siglo, porque si la hubieran conocido, nunca hubieran crucificado al Señor de gloria (1 Co.2:7,8). Está reserva para los que alcanzan madurez y viven en dependencia del Espíritu, porque solo el Espíritu puede revelar lo profundo de Dios (1 Co.2:10-16). A Dios le agradó esconder esta sabiduría de los sabios y entendidos, y revelarla a los niños (Mt.11:25).

El evangelio de Dios contiene la esperanza de gloria, la vida y la inmortalidad, sacadas a luz por la resurrección de Jesús y su exaltación.

141

Glorificados (II) – Unidos con Cristo

Es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria… (Colosense 1:27). *Si alguno está en Cristo, nueva criatura es…* (2 Corintios 5:17). *Más por él estáis vosotros en Cristo…* (1 Corintios 1:30). *El que se une al Señor, un espíritu es con él…* (1 Corintios 6:17). *Porque separados de mí nada podéis hacer…* (Juan 15:5)

El evangelio nos une a Jesús. Jesús es el evangelio y los que reciben el evangelio quedan unidos a Jesús indisolublemente. Para siempre. Ese es el poder de Dios para salvación de todo aquel que cree. Una fe que nos ata al Dador de la fe. La apostasía no tiene lugar entre quienes viven unidos a aquel que los compró al precio de su sangre, los trasladó de la potestad de las tinieblas, al reino de su amado Hijo (Co.1:13). Nada ni nadie los podrá separar del amor de Dios. El Padre que nos dio a Jesús es mayor que todos, y nadie nos puede separar de la mano de su Padre (Jn.10:27-29). Somos guardados en su nombre (Jn.17:11,12). Eso es habitar al abrigo del Altísimo, morar bajo la sombra del Omnipotente (Sal.91:1). Torre fuerte es el nombre del Señor, a él correrá el justo y será librado (Pr. 18:10). Por tanto, hay una unión indisoluble entre Jesús y los que son suyos, el poder del evangelio nos vincula a su Autor de forma que hemos quedado unidos a él en su muerte, su sepultura, su resurrección, su ascensión, su exaltación y su glorificación. El apóstol Pablo lo deja bien claro en todas sus cartas. Por tanto, amados de Dios, nuestro gloriarnos es en el Señor. El que se gloríe, que se gloríe en el Señor. La clave de nuestras vidas no somos nosotros, es Cristo en vosotros la esperanza de gloria. La nueva naturaleza es engendrada por esa unión, somos un espíritu con él, y esa unión es la voluntad del Padre, por su voluntad estamos en Cristo. Los yugos desiguales conducen a deformaciones de la verdad y esta vomita las uniones espurias. Pero el desarrollo de la nueva vida en Cristo, (de gloria en gloria), conduce al último peldaño del proceso, su plenitud, que no es otro que la glorificación, es decir, hechos a su semejanza. *«Seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es»* (1 Jn.3:2). *«Habéis muerto, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria»* (Col.3:3:3,4). Seremos glorificados con él, porque padecemos juntamente con él (Ro.8:17). Y el sello final a esta verdad gloriosa nos lo da Pablo cuando dice: *«Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo… a estos también glorificó»* (Ro.8:29,30).

El evangelio de Dios nos une a Cristo en un proceso de santificación hasta la plenitud en él que concluye en la glorificación.

142

Glorificados (III) – Padecimientos y glorias (I)

Por tanto, no desmayamos; antes aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día. Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno ***peso de gloria*** (2 Corintios 4:16,17)

No nos engañemos. La esperanza puesta delante de nosotros no nos exime de padecimientos. En ocasiones multiplica el sufrimiento por causa del evangelio. Pablo predicó en la ciudad de Listra, al principio todo fue sobre ruedas. Hubo una sanidad milagrosa, los naturales quisieron ofrecerles sacrificio, elevarlos a la categoría de dioses, someterse a su dominio religioso mientras hubiera milagros y beneficios. El apóstol, indignado por esa actitud pagana, los reprendió para que se volvieran de esas vanidades al Dios vivo. Poco después el engañoso sentimiento religioso se volvió en lluvia de piedras arrojadas a los apóstoles. Este cambio casi le costó la vida a Pablo; lo daban por muerto (se cree que fue en este momento cuando tuvo la experiencia de ascender al tercer cielo), pero rodeándole los discípulos, se levantó y entró en la ciudad; al día siguiente salió para Derbe; después volvió a Listra para confirmar los ánimos de los discípulos, y exhortarles a que permaneciesen en la fe, y diciéndoles estas palabras: *«Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios»* (Hch.14:22). Si te han predicado un evangelio que te evita los padecimientos por su causa es un evangelio falso. El evangelio es Jesús, y el Maestro primero padeció y luego vinieron las glorias. Nuestra unión con él nos hace partícipes de los mismos padecimientos. *Porque a vosotros os es concedido, a causa de Cristo, no solo que creáis en él, sino que también padezcáis por el* (Fil.1:29). Los profetas de Dios profetizaron, según la indicación del Espíritu de Cristo que estaba en ellos, *«anunciando de antemano los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellos»* (1 Pedro 1:10,11). Y esos padecimientos, resultado de nuestra unión con Cristo, producen peso de gloria, dice el texto que tenemos para meditar. Peso de gloria. Hay glorias muy pasajeras. Hay vana gloria. Pero la gloria que tiene peso, es decir, consistencia, solidez, que es duradera y eterna, es la gloria resultante de nuestra unidad con Cristo. Hay, como veremos más adelante, diversos estados de gloria, distintos vestidos de gloria, diferentes recompensas, y todo ello está vinculado al padecimiento por Cristo y su gloria.

La gloria verdadera de Dios en nosotros toma cuerpo y peso cuando se sustenta sobre nuestra unión con Cristo en sus padecimientos.

143

Glorificados (IV) – Padecimientos y glorias (II)

Y si hijos, también herederos; herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que ***padecemos*** *juntamente con él, para que juntamente con él seamos* ***glorificados.*** *Pues tengo por cierto que* ***las aflicciones*** *del tiempo presente no son comparables con* ***la gloria venidera*** *que en nosotros ha de manifestarse* (Romanos 8:17,18)

Los seres humanos tenemos una mente selectiva. De todo lo que oímos seleccionamos aquello que se ajusta mejor a nuestros intereses. Es innato. Y por alguna razón inexplicable, solemos desoír aquello que perjudica nuestro bienestar o va en contra de los planteamientos que hemos fijado en nuestra mente. Seleccionamos y escogemos lo agradable y se pierde en una espesa niebla aquello que no queremos oír, aunque forme parte de un todo, del mensaje completo que recibimos. Esto le ocurrió a los discípulos de Jesús cuando llegado el momento les comenzó a declarar que le era necesario ir a Jerusalén. Hasta ahí bien. Pero continúa diciendo: y padecer mucho de los ancianos, de los principales sacerdotes y de los escribas, y ser muerto, y resucitar al tercer día. Entonces Pedro le toma aparte y le reconviene (que significa reprender a alguien por lo que ha dicho), diciéndole: *«Señor, ten compasión de ti; en ninguna manera esto te acontezca»* (Mt.16:21-23). Ahora, ¿Pedro pensaba realmente en el Maestro o en sí mismo? Seguramente esta respuesta contenía mucho del temor que dice: «que va a ser de nosotros si tú no estás». Incluso el sentimentalismo de Pedro fue producido por una influencia satánica para evitar la cruz. Jesús le dijo: *«apártate de mí Satanás».* El suceso nos puede parecer secundario, pero tenemos aquí el epicentro de la redención. No hay glorias sin padecimiento. No hay herencia sin el padecimiento para conseguirla. No hay gloria venidera sin las aflicciones del tiempo presente. No hay atajos posibles. Los que no entran por la puerta (y la puerta es Jesús que subió a Jerusalén, a una cruz ignominiosa, se levantó de la muerte y ha sido exaltado en gloria para abrir un camino a los que venimos detrás) ladrones son y salteadores. Pero el pastor verdadero es el que afirmó su rostro con determinación para ir a Jerusalén y entregar su vida en rescate por muchos. Sin el padecimiento de la cruz no hay herencia, pero si somos coherederos, es porque aceptamos todo el recorrido de la herencia, los padecimientos con él, para ser glorificados con él. Las aflicciones pertenecen al breve tiempo presente, pero la herencia que ha de manifestarse es eterna.

Aceptar la herencia de Cristo, siendo coherederos con él, significa participar de las aflicciones del tiempo presente y las glorias venideras.

144

Glorificados (V) – Padecimientos y glorias (III)

Mas el Dios de toda gracia, que ***nos llamó a su gloria eterna*** *en Jesucristo,* ***después que hayáis padecido un poco de tiempo****, él mismo os perfeccione, afirme, fortalezca y establezca. A él sea la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén* (1 Pedro 5:10,11)

Padecimientos y glorias parecen antagónicos pero la Escritura los hace complementarios. El apóstol Pedro, que había querido impedir los padecimientos de Jesús en Jerusalén, (aunque luego negara conocerle cuando llegó el momento de la prueba), ahora escribe en su primera carta que ha comprendido perfectamente lo que el Maestro quiso enseñarles en su día pero que no podían comprender porque estas palabras estaban veladas para que no las entendiesen (Lc.9:44,45). Hay tiempos cuando no comprendemos algunas verdades, o peor aún, las entendemos mal, por tanto, fijamos conceptos errados en nuestra mente que luego nos dirigen por la senda de la obstinación y el error sin remedio. No fue el caso de Pedro, y no debe ser el nuestro. Como digo, en su primera carta el apóstol enfatiza el padecimiento como cristianos y discípulos de Jesús. Hagamos un breve recorrido para verlo. Comienza hablando de una esperanza viva y una herencia incorruptible reservada en los cielos, aunque ahora tengamos que ser afligidos en diversas pruebas (1:3-9). Habla de los sufrimientos de Cristo y las glorias que vendrían tras ellos (1:11). No debemos sorprendernos del fuego de prueba porque somos participantes de los padecimientos de Cristo, para que también lo seamos en la revelación de su gloria (4:12-14). Si somos vituperados por el nombre de Cristo significa que el glorioso Espíritu de Dios reposa sobre nosotros (4:14). Si padecemos como cristianos no debemos avergonzarnos, sino glorificar a Dios por ello (4:15,16). Hay un padecimiento que es según la voluntad de Dios (debemos discernir cuándo es el opresor quién esclaviza y tiraniza nuestras vidas para resistirle y no conformarnos, sino pelear la batalla de la fe), en estos casos debemos encomendar nuestras almas al fiel Creador y hacer el bien (4:19). El mismo apóstol se declara testigo de los padecimientos de Cristo, y por ello dice que es también participante de la gloria que será revelada. Lo mismo para los ancianos de las congregaciones, quienes recibirán la corona incorruptible de gloria cuando aparezca el Príncipe de los pastores (5:1-4). Y finaliza con el texto que estamos meditando (5:10,11). La gracia del Señor nos llama a su gloria eterna, después de haber padecido un poco de tiempo, para luego ser perfeccionados, afirmados, fortalecidos y establecidos. Amén.

Pedro comprendió que la gloria viene después de los padecimientos.

145

Glorificados (VI) – Dolores de parto (I)

*Porque sabemos que toda **la creación gime** a una, y a una está **con dolores de parto** hasta ahora; y no solo ella, sino que **también nosotros mismos,** que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también **gemimos** dentro de nosotros mismos, **esperando** la adopción, la redención de nuestro cuerpo* (Romanos 8:22,23)

El principio de los dolores de parto que aparece en las Escrituras nos muestra claramente que los padecimientos dan a luz una nueva vida. Padecimientos y glorias. Los dolores de parto en la mujer anuncian la llegada de un nuevo ser. Hay un tiempo de contracciones, primeramente de forma espaciosa, luego se van aumentando y el tiempo de las contracciones se hace más breve, hasta llegar al alumbramiento. Esas contracciones y dolores de parto son momentos de angustia, de incertidumbre por la inseguridad de cómo se producirá el parto; la propia naturaleza se abre camino y debemos colaborar con ella sin manipular su curso. Jesús comparó estos hechos con su primera venida. Fueron tiempos cuando el Mesías les sería quitado en un proceso de dolores de parto y padecimientos para llevar a cabo la redención del mundo. Les anunció que en poco tiempo dejarían de verlo, para poco después volver a encontrarse con él. Se refería a su entrega como cordero llevado al matadero, un tiempo de llanto, lamento y tristeza para los suyos (como así fue en el tiempo de las tinieblas en Jerusalén). Pero luego volverían a verlo y se alegraría su corazón, *vuestra tristeza se convertirá en gozo*. Todo ello lo comparó el Maestro con los dolores de parto de la mujer cuando está a punto de dar a luz. Primero hay dolor, porque ha llegado su hora; pero después de dar a luz al niño, ya no se acuerda de la angustia, por el gozo de que un hombre haya nacido en el mundo (Jn.16:16-24). Por tanto, Jesús comparó la entrega a la cruz, la muerte y la resurrección como un tiempo de dolores de parto para dar a luz la vida y la inmortalidad. *«Por la noche durará el lloro, y a la mañana vendrá la alegría»* (Sal.30:5). Ahora el apóstol Pablo nos habla de un tiempo de dolores de parto para la creación, y también para los redimidos. La creación tiene un anhelo ardiente: la manifestación de los hijos de Dios. La misma creación sabe que en esa manifestación hay redención para ella misma, la liberación de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios. Queda una redención final de la esclavitud de corrupción que es precedida por los dolores de parto.

Los dolores de parto en la creación y los redimidos son anteriores a la libertad de la corrupción en la tierra y en nuestros cuerpos mortales.

146

Glorificados (VII) – Dolores de parto (II)

*Porque sabemos que toda **la creación gime** a una, y a una **está con dolores de parto** hasta ahora; y no solo ella, sino que **también nosotros mismos,** que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también **gemimos** dentro de nosotros mismos, **esperando** la adopción, la redención de nuestro cuerpo* (Romanos 8:22,23)

Sabemos por el libro de Génesis que toda la creación de Dios experimentó una alteración de su status inicial por causa de la corrupción que entró en el mundo por el pecado del hombre. La creación natural y la vida del hombre están interrelacionadas. La corrupción del hombre hizo brotar de la tierra espinos y cardos que no existían antes de la caída. El dolor hizo su aparición y por el padecimiento la tierra y el hombre serían redimidas. El pecado del hombre ha avanzado tanto que la misma creación se expresa con gemidos y dolores de parto para ser liberada. Esa liberación vendrá por la nueva creación que ha sido levantada por Jesús en tres días, el nuevo templo del que habló a los suyos. La creación entiende que su liberación ha de venir por la manifestación gloriosa de los hijos de Dios. Esa manifestación, sabe la creación, traerá la libertad de la corrupción y la vanidad a la que ha sido sometida por el pecado. Pablo dice que la creación tiene voluntad, un anhelo ardiente, además de una esperanza a la que ha sido sujetada, esa esperanza está unida a la redención del cuerpo de corrupción (Ro.8:19-21). La Escritura habla de tierra nueva y cielos nuevos en los cuales mora la justicia; de la misma manera que habla de un hombre nuevo, creado en justicia y santidad de la verdad. El día de la redención final tendremos un cuerpo nuevo y la tierra tendrá su cuerpo nuevo. Para llegar a ese estado final necesitamos pasar por los dolores de parto. Un tiempo de angustia y padecimiento hasta que la nueva creación nazca. Como hijos de Dios tenemos las primicias del Espíritu, las arras de nuestra herencia, que nos da un anticipo de los poderes del siglo venidero, y un gemido interno mediante el Espíritu para interceder con gemidos indecibles (Ro.8:26,27). Todavía estamos sujetos a la esclavitud de un mundo caído y de una naturaleza pecaminosa aunque regenerada. No podemos, por tanto, pretender vivir ahora en las condiciones que solo serán efectivas en la redención final de nuestros cuerpos mortales. Podemos gustar las primicias del don, de la palabra y los poderes del siglo venidero (Heb.6:4,5).

Hay un gemido interior en la creación y en el hombre renacido a favor de su liberación final de la corrupción presente expresado en dolores de parto.

147

Glorificados (VIII) – Dolores de parto (III)

Porque sabemos que si nuestra morada terrestre, este tabernáculo, se deshiciere, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna en los cielos. Y por eso también gemimos, deseando ser revestidos de aquella nuestra habitación celestial… porque asimismo los que estamos en este tabernáculo gemimos con angustia; porque no quisiéramos ser desnudados, sino revestidos, para que lo mortal sea absorbido por la vida (2 Corintios 5:1-4)

«*Porque sabemos*». Los textos que hemos usamos en este capítulo y el anterior comienzan con plena seguridad: *porque sabemos*. No hay duda posible. Cristo ha resucitado y ha abierto el camino a la inmortalidad. Jesús se ha levantado de los muertos con un cuerpo glorificado sin posibilidad de volver a corromperse, y esa es nuestra esperanza gloriosa, por lo cual gemimos desde nuestra morada terrestre, este tabernáculo terrenal, para ser revestidos de aquella nuestra habitación celestial. Gemimos con angustia, dice el apóstol, porque sabemos y percibimos por el Espíritu la redención final de nuestros cuerpos mortales, pero aún estamos como desnudos de él, sometidos a las limitaciones de un cuerpo de muerte. Pablo compara el tabernáculo temporal de nuestro cuerpo actual con un edificio, una casa no hecha de manos, eterna en los cielos. Somos casa de Dios (Heb.3:6), construida de piedras vivas como casa espiritual (1 P.2:5). Pero debemos recorrer el camino de santidad que conduce al final de la redención. *«Porque en esperanza fuimos salvos; pero la esperanza que se ve, no es esperanza; porque lo que alguno ve, ¿a qué esperarlo? Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos»* (Ro.8:24,25). Y en otro lugar dice. *«No mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas»* (2 Co.4:18). Para luego dejar constancia de su certeza: *«porque sabemos».* Vivimos por fe, no por vista. La fe es la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve. Miramos las cosas de arriba, donde nuestra vida verdadera está escondida con Cristo en Dios. Y todo ello por el Espíritu de Dios que todo lo escudriña. Hemos recibido, no el espíritu del mundo materialista y pagano, sino el Espíritu que proviene de Dios para que sepamos lo que Dios nos ha concedido (1 Co.2:10-12). Sabemos que somos extranjeros y peregrinos en la tierra. Tenemos una casa no echa de manos, eterna, en los cielos. Cuando se deshaga esta morada terrenal estaremos ausentes del cuerpo y presentes en el Señor (2 Co.5:5-10).

Grata certeza… Porque sabemos… Miramos lo que no se ve, que es eterno… aquella nuestra habitación celestial por la que gemimos con angustia.

148

Glorificados (IX) – Semejantes a él (I)

Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas (Filipenses 3:20,21)

Entramos ahora en la recta final de esta serie viendo los aspectos más gloriosos de nuestra esperanza. Nuestra vida es Cristo. El propósito de nuestra vida, dice Pablo, es conocerle, y el poder de su resurrección, participar de sus padecimientos y llegar a ser semejantes a él en su muerte y resurrección; para concluir el capítulo tres de su carta a los Filipenses con los textos que tenemos para meditar. Somos extranjeros y peregrinos en la tierra, nuestra ciudadanía está en los cielos. No tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la por venir (Heb.13:14). Sin embargo, aún estamos sujetos a las condiciones de un mundo caído, bajo la influencia de la corrupción con todas sus injusticias y limitaciones. Por otro lado, sabemos lo que Jesús ha hecho, nos ha redimido, y vivimos una ambivalencia en la que estamos en el mundo pero no somos del mundo. Hemos sido redimidos, pero arrastramos el cuerpo de la humillación nuestra, en la esperanza de ser transformados. Esa transformación comienza ya con la nueva vida en Cristo, en el nuevo nacimiento. Luego somos transformados de gloria en gloria a medida que miramos como en un espejo la gloria del Señor (2 Co.3:18). Disfrutamos las primicias de una vida indestructible en el poder de la resurrección, con las limitaciones que impone el hecho de que aún no hemos llegado a la redención final de nuestros cuerpos sometidos a la tiranía de la corrupción. De ahí el anhelo y gemido que mencionamos en anteriores meditaciones. Pero en este estado se levanta una declaración gloriosa que hace la vida muy distinta en esta tierra. Nuestra esperanza es que el cuerpo de humillación en el que habitamos por el pecado y sus consecuencias, será transformado y hecho a la semejanza del cuerpo glorificado de Jesús. Seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es (1 Jn.3:2). Tendremos un cuerpo glorificado semejante al de Jesús. ¿Y cómo es el cuerpo glorificado de Jesús? ¿Qué aspecto tiene? ¿Qué transformaciones lo hacen tan distinto del actual? Como es Jesús, así seremos en su manifestación. Es más. Ya hemos sido revestidos de Cristo (Gá.3:27). Ya ha comenzado la transformación a su semejanza. Todo ello lo iremos viendo en los próximos capítulos. Como está escrito: *«Puestos los ojos en Jesús».*

Jesús fue humillado y exaltado. Los que somos de Jesús seremos humillados y exaltados juntamente con él. Seremos semejantes a él.

149

Glorificados (X) – Semejantes a él (II)

Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas (Filipenses 3:20,21)

Las condiciones de vida presentes no son eternas. Las limitaciones e injusticias de los hombres tienen fecha de caducidad. Los dolores de parto darán lugar a un día único, conocido del Señor, en el que los cuerpos de humillación serán transformados a uno de gloria semejante al del Hijo de Dios. Esto para los que son de Cristo. Los que viven unidos a Jesús y son un espíritu con él. Tenemos en este pasaje dos cuerpos. Uno de humillación y otro de gloria. Uno semejante al primer Adán, el otro semejante al postrer Adán, es decir, Cristo. Hemos traído la imagen del terrenal y tendremos la imagen del celestial (1 Co.15:45-49). Jesús se hizo hombre —por eso es tan importante la doctrina de la encarnación del Hijo— para tomar sobre sí las limitaciones del cuerpo de muerte, el de humillación. Jesús se humilló hasta lo sumo. Se despojó de su gloria y deidad para tomar forma de siervo, un cuerpo servil, de humillación, por cuanto estaba sometido a corrupción —él fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado—, semejante a los hombres. Como hombre se volvió a humillar haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz (Fil.2:5-8). Pero la muerte no pudo retenerlo, fueron sueltos sus dolores y el poder de la resurrección entró en un cuerpo de hombre sometido a corrupción y transformado en un cuerpo glorioso sin relación con el pecado, ni la posibilidad de volver a ser corrompido, ese es uno de los aspectos gloriosos de la resurrección de Jesús. El Hijo de Dios fue oído, en los días de su carne, habiendo ofrecido ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte (Heb.5:7), para levantarse en victoria sobre la muerte y su poder, abriendo un camino nuevo y vivo de inmortalidad y vida, alejado del poder de la corrupción poniéndolo a disposición de todos aquellos hijos que serán llevados a la gloria, la gloria del Hijo de Dios. Esta es la predicación de Pablo en Antioquia de Pisidia en su primer viaje misionero. Medita Hechos 13:34-39. Dios ha levantado al Hijo de los muertos para nunca más volver a corrupción, es decir, un cuerpo que no tendrá posibilidad nunca más de pecar ni corromperse, ese es el cuerpo de la gloria suya al que seremos semejantes en su manifestación.

Tendremos un cuerpo glorificado semejante al de la gloria suya sin posibilidad de volver a corromperse.

150

Glorificados (XI) – Semejantes a él (III)

Pero dirá alguno: ¿Cómo resucitarán los muertos? ¿Con que cuerpo vendrán? (1 Corintios 15:35)

Este tema suscita muchas preguntas. Y cuando respondes alguna de las preguntas suscitadas vuelven a aparecer otras nuevas. Pablo dice que *ahora vemos por espejo, oscuramente; mas entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré como fui conocido* (1 Co.13:12). Hay una parte que debemos dejar para *«entonces»,* ese día cuando le veremos tal como él es y comprenderemos mejor. Sin embargo, podemos ver; no todo, pero sí lo suficiente para alimentar la esperanza que tenemos y presentar defensa de ella. ¿Cómo será el cuerpo que tendremos en la eternidad? Hemos dicho hasta ahora que será semejante al de Jesús una vez que venció la muerte y se levantó en resurrección, exaltación y glorificación. Por tanto, debemos mirar a Jesús. Hemos hecho en anteriores capítulos un recorrido por Lucas 24 y los evangelios donde aparece Jesús a sus discípulos durante cuarenta días. Tenía un cuerpo de carne y huesos, podía comer con ellos, no estaba limitado a puertas cerradas, era parecido al que había tenido antes de la resurrección y a la vez distinto, puesto que no podían reconocerle, a pesar de que había estado con ellos durante más de tres años a diario. Lo cual nos muestra que el cuerpo resucitado de Jesús mantenía las marcas de los clavos, pero a la vez pudo ascender al cielo. En definitiva, se mantenían aspectos iguales y otros bien distintos. Jesús podía andar en el ámbito físico y a la vez moverse en la dimensión espiritual. Ambas dimensiones parecen accesibles al nuevo cuerpo resucitado. Está escrito que así será el nuestro también (Fil.3:21). Pero además, dice el apóstol, que el cuerpo resucitado será un cuerpo **de gloria y poder** (1 Co.15:43); un cuerpo **espiritual**, un **espíritu vivificante**; es del cielo, **celestial** (1 Co.15:44-49). Y así como hemos traído la imagen del hombre terrenal (Adán), traeremos también la imagen del hombre celestial (Cristo). Es un cuerpo alejado de la corrupción, **incorruptible**, un cuerpo **inmortal** (1 Co.15:53,54). Un cuerpo que ha vencido sobre la acción de la muerte y su poder, la muerte ya no puede retenerle. La muerte es el último enemigo que será derrotado, librando a todos los que por su temor estaban toda la vida sujetos a servidumbre. (Heb.2:14,15). Sorbida es la muerte en victoria. Consumado es. El día se acerca.

El cuerpo glorificado de los redimidos es un cuerpo resucitado, incorruptible, no se puede corromper, inmortal, que ha vencido la muerte.

151

Glorificados (XII) – Semejantes a él (IV)

… Produce en nosotros un cada vez más excelente y ***eterno peso de gloria****… pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven* ***son eternas****… tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos,* ***eterna****, en los cielos…* (2 Corintios 4:17,18 y 5:1) *Para que todo aquel que en él cree, no se pierda, más* ***tenga vida eterna*** (Juan 3:16)

¿Qué es el hombre? En diferentes lugares de la Escritura se nos dice que sus días son pocos y malos, pronto pasan y volamos, es como la hierba y la flor de la hierba, a la mañana aparece, y por la tarde ya no está, es como una niebla pasajera. La temporalidad es un hecho innegable a todo ser humano. *«Los días de nuestra edad son setenta años; y si en los más robustos son ochenta años, con todo, su fortaleza es molestia y trabajo, porque pronto pasan, y volamos»* (Sal. 90:10). La volatilidad del ser humano, en medio de una gran ansiedad por su vida, le lleva al salmista a orar: *«Enséñanos de tal modo a contar nuestros días, que traigamos al corazón sabiduría»* (Sal.90:12). Y en otro lugar dice: *«Hazme saber, YHWH, mi fin, y cuánta sea la media de mis días; sepa yo cuán frágil soy»* (Sal.39:4). Una y otra vez la Escritura advierte al hombre que es finito, tiene caducidad, por tanto, hay que ser sabio para escoger bien como invertir nuestra vida. Por otro lado, hay una sensación interna en el alma humana que anhela la eternidad, la búsqueda de permanencia. Hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios, por eso dice el predicador: *«Todo lo hizo hermoso en su tiempo; y ha puesto eternidad en el corazón de ellos, sin que alcance el hombre a entender la obra que ha hecho Dios desde el principio hasta el fin»* (Ecl.3:11). Job se preguntó: *«Si el hombre muriere, ¿volverá a vivir? Todos los días de mi edad esperaré hasta que venga mi liberación»* (Job 14:14). Y la liberación de este cuerpo de muerte llegó. Jesús sacó a luz la vida y la inmortalidad por el evangelio. La obra de Dios en los hombres redimidos es eterna. El Eterno nos hace participes de su eternidad en la persona del Hijo. La vida resucitada de Jesús que hemos recibido es eterna. La gran pregunta de todos los hombres en todas las generaciones ha sido respondida por la voz del Hijo de Dios: *«El que cree en mi, tiene vida eterna»*. También hay otra realidad que debes conocer. Procede de la misma voz. *«Pero el que rehúsa creer en el Hijo no verá la vida, sino que la ira de Dios está sobre él»* (Jn.3:36). Escoge, pues, la vida eterna.

Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quién has enviado. En esa unión tenemos vida eterna.

152

Glorificados (XIII) – El vestido de gloria (I)

*… Habiéndoos despojado del viejo hombre con sus hechos, y **revestido** del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creo se va renovando hasta el conocimiento pleno… **vestíos**, pues, como escogidos de Dios… Y sobre todas estas cosas **vestíos** de amor, que es el vínculo perfecto* (Colosenses 3:9-14)

Hemos visto hasta aquí algunas de las características del cuerpo glorificado, a partir de ahora nos centraremos en el vestido que cubre ese cuerpo de gloria. De la misma manera que comenzamos en el nuevo nacimiento a ser transformados a la semejanza de Jesús de gloria en gloria, en un proceso que se inicia en la tierra y culmina en la eternidad, también el vestido que tendremos comienza a tejerse una vez que somos hechos hijos de Dios, nuevas criaturas. Y aquí debemos decir algunas cosas. El vestido nuevo está diseñado para la eternidad, nos es dada la hechura en Cristo por gracia, pero se teje con buenas obras, mediante una vida de santidad a la semejanza de Cristo, las que han sido preparadas de antemano, el fruto de justicia. El vestido será diferente para unos y otros, no en calidad, que será la misma en todos, puesto que ha sido comprado por Cristo, si no en su diseño final, es decir, el vestido de gloria tendrá la medida de la estatura de la plenitud de Cristo que habremos alcanzado en el grado de madurez conseguido. Por eso dice el apóstol a los gálatas que vuelve a sufrir dolores de parto por ellos, *hasta que Cristo sea formado en vosotros* (Gá.4:19). El vestido no puede tener la misma medida en un cuerpo glorificado de niño que en el de una persona que ha alcanzado la madurez. Hay una gran diversidad de recompensas. Todos compareceremos ante el tribunal de Cristo para recibir distintas recompensas obtenidas en función de lo que hemos edificado sobre el fundamento que es Cristo (2 Co.5:10) (1 Co.3:10-15). El vestido es de lino fino, y el lino fino es una figura de las acciones justas de los santos (Apc.19:8). La Escritura pone mucho énfasis en vestirnos de Cristo y no satisfacer los deseos de la carne (Ro.13:14). El pecado mancha las vestiduras blancas (Apc.3:4,5), por tanto, es necesario combatir el pecado con determinación (Heb. 12:4) para que seamos vestidos y no desnudos, como lo fueron Adán y Eva. Recuperamos el vestido de gloria en Jesús, aquel que perdimos en Edén, ahora lo reencontramos en Cristo. Por ello nos exhorta el apóstol: *«vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad».*

Andar en novedad de vida es comenzar a tejer el vestido nuevo de gloria. Ezequías lo expresó así: *«Como tejedor corté mi vida»* (Isaías 38:12).

153

Glorificados (XIV) – El vestido de gloria (II)

Una es la gloria del sol, otra la gloria de la luna, y otra la gloria de las estrellas, pues una estrella es diferente de otra en gloria. Así también es la resurrección de los muertos (1 Corintios 15:4142)

Quiero insistir en la importancia que tiene comprender la diferencia que hay en las distintas clases de gloria. Hemos sido adoctrinados en la igualdad: todos somos la esposa de Cristo, todos hijos de Dios, todos la iglesia, todos vamos al cielo, y con ello, siendo verdad en lo básico, es importante que comprendamos que no todos recibiremos la misma recompensa, ni el mismo vestido de gloria, ni la misma función en la eternidad. Que hay una correlación evidente entre la siembra de nuestras vidas en el tiempo presente, con nuestra posición y ocupación en el siglo venidero. Pablo enseña en el capítulo de la resurrección que hay distintas clases de gloria. Una es la gloria del sol, otra la de la luna y otra la de las estrellas. Y luego remarca que *«una estrella es diferente de otra en gloria».* Esta expresión me recuerda la palabra dicha por el Eterno a Abraham. Le habló de su descendencia usando la figura de la arena del mar y las estrellas del cielo. Debe haber una diferencia de gloria y función entre la descendencia terrenal (arena del mar), y la descendencia celestial (estrellas). Si las estrellas son figura de personas, hijos de Abraham, el texto dice que hay diferencias en la gloria de cada una de ellas, porque *«una estrella es diferente de otra en gloria».* ¿En qué radica la diferencia? Entiendo que en el vestido que cada una de ellas viste. El vestido dignifica a las personas o las menoscaba, recordemos la figura del hijo pródigo al volver a la casa, el Padre dijo a sus siervos: *«Sacad el mejor vestido, y vestidle; y poner un anillo en su mano, y calzado en sus pies».* Venía vestido de andrajos, la vieja y vana manera de vivir; ahora fue vestido con la dignidad de hijo. También lo vemos en las vestiduras viles del sumo sacerdote Josué en días de Zacarías. *«Quitadle esas vestiduras viles… te he hecho vestir de ropas de gala»* (Zac.3:1-5). Pablo enseña que no toda carne es la misma carne, Dios le da a cada cuerpo como él quiso, y a cada semilla su propio cuerpo. Una carne es la de los hombres, otra la de las bestias, otra la de los peces, y otra la de las aves. Hay cuerpos celestiales, y cuerpos terrenales, y una es la gloria de los celestiales, y otra la de los terrenales. También hay distinción entre la gloria de las estrellas, figura de los cuerpos celestiales, por tanto, debemos entender que hay diferencia entre unos y otros en la eternidad. La diferencia está en el grado de santidad, madurez y gloria alcanzada por la obediencia.

Hay una gloria distinta para cada vestido en el cuerpo glorificado.

154

Glorificados (XV) – El vestido de gloria (III)

Pero tienes unas pocas personas en Sardis que no han manchado sus vestiduras; y andarán conmigo en vestiduras blancas, porque son dignas. El que venciere será vestido de vestiduras blancas; y no borraré su nombre del libro de la vida, y confesaré su nombre delante de mi Padre, y delante de sus ángeles (Apocalipsis 3:4,5)

Nos hemos adentrado poco a poco en algunos de los aspectos escatológicos de la Escritura. No pretendo resolver este gran rompecabezas. Estamos centrándonos especialmente en lo que tiene que ver con el cuerpo glorificado, el vestido de gloria, y dentro de poco veremos más en detalle sobre la ciudad celestial. Hemos dicho que hay diferencias de gloria. Es lógico, pero además la Escritura lo deja claro, aunque no siempre lo hayamos visto. Vamos a meditar ahora en algunos textos del libro de Apocalipsis relacionados con el vestido. Me he dado cuenta que se mencionan dos tipos de vestidos. A uno se le llama *«vestiduras blancas»* y lo encontramos en 3:4,5 y también en 7:9-17. El otro término que se usa es *«vestido de lino fino, limpio y resplandeciente»,* lo tenemos en 19:7,8,14. La pregunta que me hago es si en ambos casos se trata del mismo vestido, o si por el contrario hay diferencia entre ellos. Veamos. Había personas en la iglesia de Sardis que no habían manchado el vestido blanco, lo cual mantenía su dignidad. Eso quiere decir también que tal vez algunos sí habían machado el vestido y vivían sin la debida dignidad de hijos. A los primeros, los vencedores, se les dice que conservarán el vestido blanco, su nombre se mantendrá en el libro de la vida y será confesado por el Señor delante del Padre y sus ángeles. Esto concuerda con las palabras de Jesús sobre quienes no se avergüenzan de él delante de los hombres. Nuestra confesión de fe mantiene nuestro vestido limpio. Este vestido, se dice en 7:9-17, lo tienen quienes han salido de la gran tribulación (extensa, a todas las naciones), y han lavado sus ropas en la sangre del Cordero. Formaban parte de una gran multitud que estaba delante del trono y le sirven en su templo (mas adelante lo ampliaremos). Y en Apc.19:7,8 se habla de la esposa que tiene un vestido de lino fino, limpio y resplandeciente. Ambos vestidos son blancos, llamativos. Una boda consta de los novios, su familia y los invitados. Los vestidos de todos los invitados son por lo general muy llamativos, comprados para la ocasión; pero hay un vestido que destaca por encima de todos los demás, es el vestido de la novia. Por tanto, pienso que ambos vestidos no son iguales, sino que hay una diferencia entre ellos…

Hay diferencia entre el vestido de los invitados a la boda y el de la novia.

155

Glorificados (XVI) – El vestido de gloria (IV)

Después de esto miré, y he aquí una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas, que estaban delante del trono y en la presencia del Cordero, ***vestidos de ropas blancas****, y con palmas en las manos… y adoraron a Dios* (Apocalipsis 7:9-11)

Estamos haciendo una diferencia entre el vestido de ropas blancas, y el vestido de lino fino. Recuerdo que el sumo sacerdote, vestido de lino, entraba al lugar santísimo; mientras la gran multitud del pueblo, santificado, estaba en los atrios del templo. Hemos visto también que el apóstol de los gentiles enseña que hay distintas clases de gloria para cada uno de los distintos cuerpos que Dios da. Ahora, en el capítulo siete de Apocalipsis nos encontramos con una gran multitud de todas las naciones, tribus, pueblos y lenguas, todos ellos están vestidos de ropas blancas, y tienen palmas en sus manos. Todos ellos se unieron a los ángeles, los veinticuatro ancianos y los cuatro seres vivientes en adoración a Dios. Uno de los ancianos habló con el apóstol Juan y le preguntó por la multitud que estaba vestida de ropas blancas, quiénes eran y de dónde habían salido. Fue una pregunta retórica, porque Juan no lo sabía y el anciano le respondió: *«Estos son los que han salido de la gran tribulación, y han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero. Por esto están delante del trono de Dios, y le sirven día y noche en su templo».* Aquí nos encontramos con otro concepto de la escatología bíblica, la gran tribulación. Uno de mis maestros me enseñó que la palabra «gran» es el término *«megalis»,* que significa extensa, a todas las naciones. Por tanto, debe referirse a la gran tribulación que siempre ha estado presente en la historia de Israel y la iglesia. La sangre de Jesús es la que hace las ropas blancas, y esto es para todos los discípulos, sin distinción. Esta gran multitud sirve a Dios, están ocupados. *«Y el que está sentado sobre el trono extenderá su tabernáculo sobre ellos. Ya no tendrán hambre ni sed, y el sol no caerá más sobre ellos, ni calor alguno; porque el Cordero que está en medio del trono los pastoreará, y los guiará a fuentes de aguas de vida; y Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos»* (Apc.7:15-17). Las ropas blancas, lavadas en la sangre del cordero que fue inmolado, es la garantía para estar delante del trono de Dios y disfrutar de las condiciones que se mencionan aquí. Jesús hizo una advertencia en su parábola de la fiesta de bodas relacionada con la importancia del vestido para poder entrar (Mt.22:11-14). ¿Estás vestido?

Debemos asegurarnos estar vestidos de la forma adecuada para entrar a la boda. La sangre del Cordero nos garantiza las ropas blancas.

156

Glorificados (XVII) – El vestido de gloria (V)

Gocémonos y alegrémonos y démosle gloria; porque han llegado las bodas del Cordero, y su esposa se ha preparado. Y a ella se le ha concedido ***que se vista de lino fino, limpio y resplandeciente****; porque el lino fino es las acciones justas de los santos* (Apocalipsis 19:7,8)

¡Las bodas han llegado! Un tiempo único en el devenir escatológico bíblico. Ahora pensemos. En una boda tenemos al esposo (Jesús), la esposa (solemos decir la iglesia, pero ¿toda la iglesia?), y los invitados. Estar en la boda ya es un privilegio único, pero debemos comprender que hay diferencia entre la esposa y los invitados, la esposa y los llamados a la cena de las bodas (Apc.19:9). Todos ellos tienen vestidos gloriosos, con una diferencia que venimos sosteniendo, los invitados están vestidos de ropas blancas, mientras que la esposa tiene un vestido de lino fino, resplandeciente. Tampoco hay la misma intimidad entre el esposo y la esposa, que entre el esposo y los invitados. Juan el Bautista se gozó de ser el amigo del esposo y oír su voz (Jn.3:29). Hemos relacionado la posición de cada uno en estas bodas con la dignidad del vestido, que a su vez está confeccionado mediante las acciones justas de los santos. Juan menciona un grupo especial con características únicas, los conocemos como los ciento cuarenta y cuatro mil, aunque debemos comprender que este número es simbólico. Se dice de ellos que tenían el nombre de él y el de su Padre escrito en la frente, cantaban un cántico nuevo delante del trono, y solo ellos conocían aquel cántico. Son los que no se han contaminado con mujeres, pues son vírgenes. Estos siguen al Cordero por dondequiera que va. Fueron redimidos de entre los hombres como primicias para Dios y para el Cordero; y en sus bocas no fue hallada mentira, pues son sin mancha delante del trono de Dios (Apc. 14:1-5). Este grupo tiene una relación especial con el Cordero. Les identifica una forma de ser y vivir únicas, siguen al Cordero por donde quiera que él vaya. Es un discipulado radical. Me recuerda el canto de Cantar de los cantares, donde vemos a la esposa buscando con afán al esposo, y viceversa. Vemos en Apc.19:14 otra variante de aquellos que están vestidos de lino finísimo, blanco y limpio, que siguen al Verbo de Dios en caballos blancos. En definitiva, La Biblia enseña que hay distintas recompensas, por tanto diferentes funciones en la eternidad. Hay también distintos vestidos que determinan la relación más o menos cercana con el Señor, aunque en todos ellos predomina la gloria que los envuelve.

La esposa del Señor en las bodas del Cordero aparece vestida de lino fino, limpio y resplandeciente, es el vestido de la santidad suprema.

157

Glorificados (XVIII) – La ciudad celestial (I)

*Y yo Juan vi **la santa ciudad**, la nueva Jerusalén, descender del cielo, de Dios, dispuesta **como una esposa ataviada para su marido**. Y oí una voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres… Ven acá, yo **te mostraré la desposada, la esposa del Cordero**. Y me llevó en el Espíritu a un monte grande y alto, **y me mostró la gran ciudad santa de Jerusalén**, que descendía del cielo, de Dios, teniendo la gloria de Dios* (Apocalipsis 21:2,3,9,10,11)

Estamos a punto de encontrarnos con la ciudad perdida, el paraíso perdido (que diría John Milton), aquel Edén del que fueron expulsados nuestros padres, y donde Dios puso querubines y una espada encendida que se revolvía por todos lados, para guardar el camino al árbol de la vida (Gn.3:24). La ciudad perdida y la gloria perdida reaparecen ahora en el último libro de la Biblia. Es la ciudad que esperaba Abraham, cuyo arquitecto y constructor es Dios (Heb.11:10). Vivió como extranjero y peregrino en la tierra buscando una patria celestial, y Dios les ha preparado una ciudad (Heb.11:14-16). Es la Jerusalén celestial, el monte de Sión, la ciudad del Dios vivo (Heb.12:22-24). Hay una Jerusalén terrenal y otra celestial. La dimensión terrenal y celestial aparecen superpuestas en la Escritura y no debemos excluir ninguna de ellas. Ambas pertenecen a una misma realidad en el plan de Dios. Pero ese tema lo dejamos para otra ocasión. Ahora quiero fijarme en un detalle que quiero que veas conmigo. Juan vio la santa ciudad, la nueva Jerusalén, y dijo que la vio como una esposa ataviada para su marido. Luego se le dijo, ven acá y te mostraré la desposada, la esposa del Cordero, y le llevó en el Espíritu a un monte grande y alto y ¿qué le mostró? *«Me mostró la gran ciudad santa de Jerusalén».* Interesante. Debemos concluir, pues, que la esposa es la ciudad celestial de Jerusalén, y que la ciudad celestial es la esposa del Cordero. Recuerda que el libro de Apocalipsis fue mostrado a Juan mediante figuras y signos. La inmensa mayoría de lo que vio el apóstol en la isla de Patmos fueron verdades espirituales mostradas a través de un lenguaje simbólico. A pesar de ello, quedamos sorprendidos cuando vemos que la ciudad gloriosa del final de la revelación de Dios es la esposa del Cordero. También sorprende que las naciones (hay naciones aquí) que hubieren sido salvas (tal vez después del milenio, o tal vez en el mismo milenio) andarán a la luz de ella; y los reyes de la tierra (dimensión terrenal y celestial combinadas) traerán su gloria y honor a ella. Veremos más detalles de esta ciudad en el próximo capítulo.

La santa ciudad celestial de Jerusalén es la esposa de Cordero.

158

Glorificados (XIX) – La ciudad celestial (II)

La ciudad no tiene necesidad de sol ni de luna que brille en ella; porque la gloria de Dios la ilumina, y el Cordero es su lumbrera. (Apocalipsis 21:23)

Fijémonos ahora en las peculiaridades de esta ciudad gloriosa. Se le llama *santa ciudad* (21:2); *esposa ataviada* (21:2); *tabernáculo de Dios* (21:3); *la esposa del Cordero* (21:9), *ciudad santa de Jerusalén* (21:10); no necesita de sol porque *la gloria de Dios es su lumbrera* (21:23). *Tiene la gloria de Dios* (21:11). Recordemos todo el recorrido que hemos hecho a lo largo de toda la Escritura sobre la gloria en el hombre, su pérdida por el pecado, puesta en el tabernáculo en el desierto, luego en el templo de Jerusalén, para finalmente aparecer en la Persona del Hijo de Dios. Ahora reaparece finalmente en la ciudad celestial. Esta ciudad está *construida de piedras preciosísimas* (21:11); *piedras vivas* (1 Pedro 2:4-5); tiene un muro grande y alto con *doce puertas* (21:12); doce ángeles en las puertas (21:12); cada puerta con un nombre de *las doce tribus de Israel* (21:12); doce cimientos con el nombre de *los doce apóstoles del Cordero* (21:14). Es un cuadro con medidas de longitud y anchura iguales (21:16); la ciudad era *de oro puro*, y los cimientos del muro adornados con piedra preciosa. Las doce puertas *son perlas* (21:21); la calle de la ciudad *era de oro puro*; *la gloria de Dios la ilumina* (21:23); *sus puertas están siempre abiertas, y las naciones traen su gloria y honor a ella* (21:24-26). **¿Quién puede entrar en esta ciudad?** Todos *los inscritos en el libro de la vida del Cordero* (21:27). No puede entrar ninguna cosa inmunda, que hace mentira, ni los perros, hechiceros, fornicarios, homicidas, idólatras, el que ama y hace mentira (22:15). **¿Qué hay en la ciudad?** Santidad y pureza. *No habrá lágrimas* (7:17); *ni muerte, ni clamor, ni dolor* (21:4). Están en ella *los que han lavado sus ropas en la sangre del Cordero* (7:14); los que *han salido de la gran tribulación* (7:14); está *el trono de Dios* (7:15); *los que sirven a Dios* (7:15); y *no habrá hambre, ni sed, ni calor alguno* (7:16). Hay *una gran multitud* vestida de ropas blancas a quién *el Cordero pastorea*, los guía a fuentes de agua de vida (7:9,17), que *adoran a Dios*. En medio de la calle de la ciudad *estaba el árbol de la vida*, y las hojas de árbol eran para la sanidad de las naciones, no habrá más maldición, *está en ella el trono de Dios y del Cordero*, y sus siervos le servirán, verán su rostro, y su nombre estará en sus frentes. *No habrá allí más noche*; y no tienen necesidad de luz de lámpara, ni de luz del sol, porque *Dios el Señor los iluminará*; y *reinarán por los siglos de los siglos* (22:1-5).

La esperanza del evangelio contiene un cuerpo glorificado a la semejanza de Jesús, un vestido de gloria y una ciudad celestial donde Dios habita.

159

Glorificados (XX) – El reino eterno (I)

Porque de esta manera os será otorgada amplia y generosa ***entrada en el reino eterno*** *de nuestro Señor y Salvador Jesucristo* (2 Pedro 1:11)

El orden de los acontecimientos finales siempre presenta dificultades. Nuestra motivación innata es encontrar certezas inamovibles, pero en este terreno andamos sobre arena pantanosa. No porque no haya una esperanza cierta y segura, hemos visto que la hay, si no porque nadie tiene todos los detalles, ni el orden perfecto en el que sucederán los acontecimientos, y mucho menos el día y la hora. Pero sí sabemos que hay un reino eterno. El apóstol Pedro lo expresa con rotundidad. Hay una manera en la que nos será otorgada entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. Por tanto, sepamos cómo. Pongamos el énfasis en entrar al reino y no tanto en los detalles de cómo sucederá todo. La entrada está clara en la Escritura. Jesús dijo: *«El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos, y creed en el evangelio»* (Mr.1:15). También le dijo a Nicodemo: *«… el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios… el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios»*. Ahora el apóstol Pedro nos dice que Dios nos ha dado preciosas y grandísimas promesas, para que por ellas llegaseis a ser participantes de la naturaleza divina. Y una vez recibida la nueva naturaleza, nacer de nuevo, debemos aplicarle diligencia a la nueva vida añadiendo a la fe, virtud; a la virtud, conocimiento; al conocimiento, dominio propio; al dominio propio, paciencia; a la paciencia, piedad; a la piedad, afecto fraternal; y al afecto fraternal, amor. Todas estas añadiduras impedirán una vida ociosa en cuanto al conocimiento de nuestro Señor. Recordemos la oración de Jesús: *«Esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, el único Dios verdadero; y a Jesucristo, a quién has enviado»*. De esta manera hacemos firme nuestra vocación y elección sin caída. Y culmina Pedro con las palabras iniciales de nuestra reflexión: *Porque de esta manera os será otorgada amplia y generosa entrada en el reino eterno*. Pablo lo llama *reino celestial* (2 Tim.4:18). El reino de Dios vino con Jesús y se establece en los corazones de todos aquellos que le invocan como Señor. El reino de Dios tiene una dimensión física en el reino mesiánico que esperamos cuando Jesús regrese a Jerusalén. Y el reino de Dios es eterno, por toda la eternidad, después de culminarse todos los acontecimientos dispersos por toda la Escritura, cuando haya *nuevos cielos y nueva tierra, en los cuales mora la justicia* (2 Pedro 3:13).

La entrada al reino eterno será el comienzo de la era final.

160

Glorificados (XXI) – El reino eterno (II)

Luego el fin, cuando entregue el reino al Dios y Padre, cuando haya suprimido todo dominio, toda autoridad y potencia. Porque preciso es que él reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies. Y el postrer enemigo que será destruido es la muerte… entonces también el Hijo mismo se sujetará al que le sujetó a él todas las cosas, para que Dios sea todo en todos (1 Corintios 15:24-28)

«Luego el fin». Hay un fin del mundo tal y como lo conocemos ahora. La historia en la cosmovisión bíblica es lineal, tiene un principio y un final. Aunque también hemos dicho a lo largo de esta serie que la historia del hombre es circular, comenzó antes de la fundación del mundo, tuvo un origen, y regresa al punto de partida: Dios. De la misma manera el reino regresa a Dios, Jesús se lo entregará después de que haya suprimido todo dominio, autoridad y potencia. Ese fin viene después del debido orden en la resurrección. Primero Cristo, luego las primicias; luego los que son de Cristo, en su venida, y luego el fin (1 Co.15:23,24). Después de la resurrección Jesús ascendió al cielo y se sentó a la diestra del Padre, fue glorificado, esperando hasta que sus enemigos sean puestos bajo el estrado de sus pies (Sal.110:1). La congregación de los redimidos realiza su misión en ese proceso sujeta a la cabeza (Ef.1:19-23). Pero no será suficiente. Jesús volverá para establecer su reino mesiánico, anunciado ampliamente por los profetas, y esperado por Israel. Recuerda, *«nosotros esperábamos que él era el que había de redimir a Israel»* (Lc.24:21). *«Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo?»* (Hch.1:6). La venida del reino mesiánico está pendiente para que el Señor reine en Sión sobre todas las naciones en el milenio, manifestando su reino de justicia y paz verdadera, eso después de los dolores de parto anunciados. Volverán con él los santos para reinar. Luego será desatado Satanás nuevamente y el Señor lo destruirá y arrojará al lago de fuego y azufre, y llegar al justo juicio de Dios, *«para que seáis tenidos por dignos del reino de Dios, por el cual asimismo padecéis. Porque es justo delante de Dios pagar con tribulación a los que os atribulan, y a vosotros que sois atribulados, daros reposo con nosotros, cuando se manifieste el Señor Jesús… para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio… para que el nombre de nuestro Señor Jesucristo sea glorificado en vosotros, y vosotros en él»* (2 Tes.1:5-12).

Hay un fin para cada cosa, aunque el hombre no alcance a comprender plenamente la obra que ha hecho Dios desde el principio hasta el fin (Ecl.3:11).

Saludos, Virgilio Zaballos

Barcelona, Octubre – 2015

vzaballos@hotmail.com